EN LOS SUEÑOS
MARTIN KORN
Sultana del Lago
EDICIONES

EDITORES

En los sueños

Martin Korn

Martin Korn
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798777813923

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

1.

La primera vez que sucedió, Damián solamente contaba con siete años de edad. A decir verdad, sus recuerdos se encontraron siempre difusos y vagos en las profundas tinieblas de su memoria, como si lograra visualizarlos bajo una espesa neblina que caía lentamente sobre ellos, cubriéndolos, impidiendo discernir entre lo real y lo imaginario, pero aun así manteniendo firme la certeza de que había sucedido. Tuvo que suceder.

Se encontraba de pie frente a una pequeña casa hecha de chapas a pocos metros de la gran casona de estilo colonial donde dormía junto a su familia aquella noche. O al menos estuvo durmiendo hasta ese preciso momento en el que sintió una brisa de aire fresco dentro de los calzoncillos. Tampoco estaba seguro de ello, pero le dio poca importancia. Sus dedos jugueteaban con el verde, frío y húmedo césped bajo sus pies mientras una hormiga distraída cruzaba presurosa su empeine. Del lado derecho de la pequeña casa, un inmenso ombú se erguía imponente, proyectando las largas sombras de sus ramas por todo el terreno. Como si se percatasen de que las observaban, aquellas sombras siguieron creciendo y creciendo hasta perderse a lo lejos entre las matas y cultivos, desapareciendo en el horizonte. El cielo estrellado iluminaba profusamente los campos cultivados mientras jirones de nubes grises recorrían a toda velocidad los

cielos hasta perderse de vista. Todo sucedía tan rápido, que Damián no llegaba a seguir el trayecto de nube o sombra alguna perdiéndose a lo lejos.
Una de las ventanas de la pequeña casa de chapa se encendió de pronto, devolviendo a tierra al joven Damián. No veía movimiento ni sombra alguna, solo la luz radiante e incandescente de alguna lámpara encendida. ¿Qué horas serían? Pensó que debía de ser muy tarde. Después de todo, hasta hace un rato se encontraba durmiendo en la cama que le habían preparado sus abuelos maternos en la gran casona de dos pisos de estilo colonial que tenían un poco más atrás de donde se encontraba parado. Se preguntó si el empleado de su abuelo se encontraría despierto, esperándolo dentro de esa pequeña casa. Era un hombre delgado y alto, un poco encorvado y entrado en edad. Había trabajado en los campos de su abuelo toda su vida; toda una vida de servicio arando aquellas tierras, levantándose antes de que los primeros rayos de luz del nuevo día rozaran los cultivos, dedicando sus yermos años a la siembra y cosecha de las tierras del patrón. Claro que Damián, mucho no entendía de eso. Él se limitaba únicamente a observar como el *mencho*, como su abuelo lo llamaba en la intimidad que compartía con su nieto aún cuando su verdadero nombre fuera Ceferino, y otros pocos trabajadores contratados araban la tierra con inmensas máquinas mientras él comía galletitas sentado a la sombra de un gran ombú. Le encantaba obser-

var los tractores y mosquitos recorrer las grandes extensiones del campo de su abuelo, sembrando, arando o trillando la cosecha hasta perderse en el horizonte y volver con la caída del sol.

La puerta de aluminio de la pequeña casa comenzó a abrirse lentamente, dejando entrever sombras en su interior que danzaban con los destellos de la luz de lo que podía ser la habitación del *mencho*. Aquellas sombras, dibujaban extrañas figuras que parecían danzar en mitad de la noche, llamándolo, acechando imperceptibles, esperando al resguardo de las tinieblas. Metió la mano en el calzoncillo y se rascó el culo, para luego, sin pensárselo dos veces, comenzar a avanzar lentamente hacia las fauces negras de aquella puerta que lo esperaba, como siendo atraído por algo mucho más fuerte que su propia voluntad. Las nubes corrían veloces, chocando y mezclándose unas con otras, danzando en las penumbras y perdiéndose a sus espaldas mientras avanzaba decidido hacia la pequeña estancia.

Las luces, como engullidas por la oscuridad, se apagaron abruptamente una vez que el joven Damián llegó hasta la puerta, miró hacia atrás, observando cómo la gran estancia de sus abuelos se perdía a lo lejos, como si la hubiesen trasladado a cientos de metros de distancia cuando siempre se encontraron a pocos pasos una de la otra. Volvió la mirada al frente. El umbral se encontraba a oscuras. No alcanzaba a divisar nada en su interior. Tragó saliva y, conteniendo el aliento, dio los primeros pasos dentro.

Se encontró de pie bajo un enorme ombú. Sus inmensas ramas ocultaban a la vista el cielo estrellado. Un extenso camino custodiado a sus lados por siniestros y oscuros árboles torcidos finalizaba a lo lejos, en un amplio lago iluminado por las estrellas a pocos metros de donde se encontraba. A orillas del lago, observó cómo una madre jugaba con su hijo, pasándose de a toscos puntapiés la pelota el uno al otro. El chico, de cabello oscuro, delgado y que no debía de tener más de seis o siete años, corría tras la pelota, tomándose su tiempo para acomodar la pelota en cada intento de devolvérsela a su madre a fuerza de patadas. La mujer, vestida de pollera y blusa, dejó el juego al poco tiempo, extenuada. Se sentó en una roca que asomó de improvisto de la tierra mientras rebuscaba en el interior de una cesta de mimbre, sacando de sus entrañas un termo marrón. Sirvió el líquido en la tapa del termo y se lo entregó a su hijo, observando cómo éste vaciaba su contenido, sediento. Acarició sus cabellos, sonriendo. Luego se sirvió en la misma tapa y bebió hasta saciarse, guardando el termo en el mismo lugar del que lo había sacado.

Ambos hablaban entre sí animadamente, pero Damián no podía escuchar la conversación debido a la distancia que los separaba, aunque no obstante, pudo apreciar la felicidad que compartían ambos. Dubitativo, comenzó a acercarse lentamente a ellos, cerciorándose de no llamar demasiado la atención. Ninguno se había percatado aún de su presencia. A medida que avanzaba, comenzó a sentir el césped

más y más húmedo y observó en el cielo cómo las estrellas comenzaban a apagarse una a una, como si se tratasen de las ventanas de un edificio. Cuando volvió la vista hacia la madre y su hijo, ambos ya habían depositado su atención en aquel intruso que hacía su inoportuna aparición en aquella idílica escena, para ser engullidos por una oscuridad absoluta y repentina, desapareciendo de su vista incluso el enorme lago. Como si hubieran cortado la electricidad, el cielo y sus alrededores se apagaron repentinamente. En penumbras, asustado, Damián comenzó a gritar, pidiendo ayuda.

La claridad volvió tan repentinamente como se había ido. Hecho un ovillo, se halló sentado en medio de un gran patio rodeado de enormes arcos y columnas de estilo toscano que custodiaban como guardianes silenciosos amplias galerías de habitaciones siniestras y envueltas en densas penumbras. Flores, arbustos y helechos adornaban el paisaje y un esbelto farol se alzaba firme y orgulloso en el centro de aquel patio con tan exquisito gusto diseñado, iluminando con su fina luz todo aquel paraje extraño y, a la vez, fascinante. El cielo atrajo su atención inmediatamente. Sobre el plano oscuro de la noche se desplazaban a toda velocidad los mismos nubarrones que había visto poco rato antes, sólo que esta vez, las estrellas parecían moverse también en la misma dirección, aunque mucho más lento, dejando una tenue estela a su paso.

A lo lejos, la luz de una habitación se había encendido. Observó detenidamente aquel resplandor que no

parecía tener intenciones de develar secreto alguno de aquello que albergaba en su interior. Sucumbiendo a la tentación, tragó saliva al ponerse de pie y comenzó a andar lentamente. Tocó una de las firmes columnas, como intentando convencerse de si se encontraba sumido en un sueño o era la realidad la que se había vuelto completa fantasía. Sintió bajo sus pies el frío mosaico mientras avanzaba a paso incierto. Las puertas de las habitaciones se cerraban lentamente a medida que se acercaba a una de ellas. Observó por los vidrios de las puertas, cerciorándose de atrapar al culpable de ello, pero le fue imposible encontrarlo. Las habitaciones estaban completamente en penumbras. Sintió un frío recorrer por su espalda. El miedo le hizo un nudo en la garganta. Deseaba correr con todas sus fuerzas, meterse en la cama de sus abuelos y pedirles que lo lleven a casa, pero algo muy dentro de él tenía la certeza de que eso no era posible. Por más que fuera un niño aún, comprendía que no había otro camino que llegar a aquel cuarto iluminado.

Quedó paralizado al percatarse de la presencia de un cuerpo extraño tendido en el umbral. La poca luz que emanaba la habitación iluminaba la mitad inferior de un hombre robusto. Sus largas botas negras que llegaban casi a sus rodillas resaltaban frente a los pantalones blancos y salpicados de manchas de sangre oscura que llevaba. Contuvo el aliento al acercarse y poder observar el cuerpo completo. Frente a él, yacía el cadáver de lo que había sido un robusto y pequeño hombre. Bajo sus finas patillas, su rostro exhibía un

oscuro hueco en donde debía estar su boca. Su camisa, una vez blanca, se teñía casi por completo de rojo, tendido en un charco de sangre. Quiso gritar, pero extrañamente no pudo emitir ningún sonido. Dentro de la habitación, la luz se iba extinguiendo no sin dejar percibir la presencia de un hombre tendido en una cama. Aquel hombre que lo miraba con una clara expresión de angustia impregnada en su rostro no era otro que el trabajador de su abuelo, Ceferino.

Su consumido ser, le hacía señas con una mano al niño para que se acercara hasta donde se encontraba. La luz de una pequeña farola dispuesta en una mesa a su lado empapaba con su luz las paredes de la habitación. Las sombras que escapaban a su manto danzaban animadas formando extrañas figuras sobre el escaso mobiliario de que disponía la habitación, alzándose en las paredes amenazantes e inestables.

Paralizado, atemorizado, el joven seguía plantado en el umbral, intentando ordenar sus pensamientos. No cabía en las posibilidades de su imaginación que todo aquello que estaba viendo fuese real. ¿Es acaso un sueño, una ilusión? ¿Esto realmente está pasando? Los objetos que se proyectaban frente a él, mostraban un extraño contraste, propio de todo aquello que fuese observado como a través del fondo de un vaso o una botella. Aquel extraño panorama tan surreal carecía de coherencia, y hasta la mente de un niño de diez años parecía percibirlo claramente.

Pronto su cerebro recobró el mando y volvió a emitir los impulsos necesarios para levantar una mano y pe-

llizcarse con fuerza la mejilla. El dolor era real. El frío en las plantas de sus pies era real. De ninguna forma, todo aquello podía ser un sueño o una ilusión. Tragó saliva y tomó el coraje suficiente para avanzar hacia aquel desfalleciente ser que lo llamaba. Ese hombre que siempre lo trataba cordialmente a pesar de ser el nieto del patrón, al cual siempre observaba de lejos trabajar desde que el sol se alzaba en el cielo hasta esconderse tras el horizonte. Laborioso, eminente, rústico, ahora aparecía ante él deshecho, consumido. Tomó asiento entre las sábanas junto a aquel ser a punto de desfallecer, respirando con dificultad.

—¿Dónde estamos, Ceferino? —cortó el silencio el muchacho, intrigado.

El *mencho* inhaló aire entrecortadamente hasta llenar sus pulmones y exhalar con ímpetu, recorriendo con la mirada aquella extraña habitación. Observó, cómo la oscuridad se alzaba amenazante allá fuera y sus ojos se llenaron de un pánico visible, como adquiriendo consciencia plena de estar en un lugar que no le correspondía.

—Hace… —comenzó aquel hombre cansado, tras tragar saliva buscando las palabras adecuadas—. Hace muchos años, conocí este lugar. Había venido con mi mamá a visitar el palacio… pero no fue hace mucho… Yo estaba jugando con ella hasta recién. En el lago. Tiene un lago hermoso, enorme. Y me contó que acá mataron al General. Acá, en esta pieza.

Con la espalda erizada de miedo, comprendió de quien debía de ser aquel cadáver. Girando la cabeza

lentamente hacia la entrada, observó que el difunto ya no estaba. Como esfumado en el aire, aquel cuerpo había desaparecido. No encontró sangre en el piso ni rastros en la puerta.

Comenzó a sentir cómo el frío recorría su espina hasta plantar una idea fija en su mente: salir de ahí lo más rápido posible. Impulsado por el miedo, tomó del brazo del *mencho* y saltó de la cama tirando con fuerzas del pobre hombre.

—¡Nos tenemos que ir! ¡Levantate! —gritó, aterrado. La luz de la farola comenzaba a extinguirse mientras un viento súbito golpeaba las ventanas de algún lugar cercano.

—No puedo. No me quedan fuerzas para moverme. Andate vos. Si yo estoy bien acá —respondió sonriendo, con una calma inusitada—. Yo estoy en el palacio del General. ¡Mira si me voy a querer ir! Andá vos, dale.

—¡Yo te vi con tu mamá! ¡Vení conmigo! ¡Vamos a verla juntos! —gritó desesperado mientras escuchaba como allá fuera el viento daba paso a la lluvia de súbito.

—No. ¿Qué me voy a ir, gurí? Mamá me dijo que me quede acá. Ahora viene. Sino quédate, así la conoces.

El miedo lo invadió de súbito. Asustado y sin pensarlo siquiera, decidió abandonar a Ceferino momentáneamente y salió a toda velocidad de la habitación. El firme resguardo de la galería quedó atrás, y pronto se encontró bajo la densa lluvia. Una espesa niebla se había levantado a su alrededor, cubriendo con su manto lentamente aquel extraño palacio envuelto en tinieblas. Extendió sus manos, probando que aquel

inesperado manto transparente suspendido en el aire no dejaba ver más allá de sus dedos.

Se tomó un momento, reflexionando que hacer a continuación. La primera idea que cruzó por su mente había sido huir en búsqueda de la ayuda de su abuelo. Ceferino no se encontraba bien. Con sus escasos diez años, llegaba a comprender que el *mencho* debía de sentirse demasiado mal como para no poder levantarse de la cama. Nunca le había sucedido algo tan grave. Siempre que tenía fiebre, su abuela lo hacía acostarse y dormir largas horas, procurando que el cuerpo descanse y logre luchar contra cualquier enfermedad que lo aquejara, pero él se escapaba cada tanto de los cuidados requeridos con la intención infantil de seguir jugando con sus juguetes, de perderse en su mundo. Nunca le había sucedido no tener fuerzas para levantarse. Tal vez podrían llevar a Ceferino a la casa, aquella casa que tan bien conocía Damián, y llamar a un médico para que lo tratase, y así el *mencho* se sentiría mucho mejor. Pero para ello, debía encontrar el camino de vuelta a casa.

Empapado por completo, con la firme determinación de correr con todas sus fuerzas en dirección a sus abuelos con la esperanza firme de socorrerlo, y aún sin tener siquiera una vaga idea de hacia dónde correr, dio media vuelta, preocupado, con la intención de echar un último vistazo a la habitación donde se encontraba el viejo Ceferino. Poco a poco, la lluvia fue dando paso a una furiosa tormenta surcada por relámpagos en el cielo que iluminaban de a ratos las

penumbras que todo lo devoraban. Las finas gotas caían golpeando su cuerpo con una furia inusitada, rauda e incesante.

La luz de la habitación donde reposaba Ceferino casi se había apagado. Escuchó el alegre llamado de aquel hombre a su madre, como si se encontrara con ella en ese mismo instante. Pero aquello, de pie en mitad del cuarto, no era su madre. Mientras aquellos hilos de luz luchaban por no extinguirse, mostraron la figura oscura, casi amorfa, de un ser de pie en mitad de la habitación. Como una sombra gigante, sus largas y delgadas extremidades casi pasaban inadvertidos junto a su robusto y encorvado cuerpo siniestro. Sus cavidades hundidas en las tinieblas y una expresión incógnita y sombría le dedicaron una mirada espectral, como si advirtiera de la presencia del pequeño de pie en el patio. La farola se apagó de súbito y las enormes puertas de aquella habitación se cerraron estruendosamente, como impulsadas por una fuerza invisible.

Totalmente aterrorizado, intentó correr lo más lejos posible de aquella figura tenebrosa, cayendo de bruces al resbalarse con el barro a sus pies. El amplio patio interno se había vuelto pronto un lodazal de amplias proporciones. ¿Acaso no estaba cubierto de mosaicos?, se preguntó, aturdido. Sin esperar respuesta alguna, con grandes esfuerzos, se puso de pie nuevamente y emprendió la dificultosa huida. El viento, aumentando inclemente su intensidad, lo empujaba de un lado hacia otro mientras la tormenta golpeaba con fuerzas su rostro, pareciendo empeorar a cada segundo. Co-

rrió a ciegas, secándose los ojos con las manos sucias de tierra. La niebla dificultaba en suma medida ver hacia donde se estaba dirigiendo, por lo que trastabilló varias veces al chocar con macetas o canteros prácticamente invisibles. Se encorvó, sintiendo cómo la cabeza comenzaba a dolerle de súbito, aumentando su intensidad poco a poco. Siguió avanzando lentamente, tanteando el aire con sus manos, pero pronto cayó en la cuenta de que, por más que avanzara, por alguna razón no llegaba al otro extremo de la galería. Sus dedos atravesaban la densa niebla en búsqueda de alguna columna, ventana o puerta en vano. La niebla lo envolvía todo y, por más que se esforzara, no veía nada más allá de sus extremidades.

Perdido y presa del pánico, comenzó a llorar desconsolado, pidiendo ayuda. La tormenta empeoraba a cada segundo. Sintió que algo detrás de él se movía, muy lentamente. Era como si alguien arrastrara los pies por el piso, pero tomándose su tiempo entre un paso y otro. Se volvió, pero no consiguió ver nada. Gritó con más fuerza, desesperado, presa del pánico. Llamó a su abuelo a duras penas, a su abuela, a su madre, incapaz de contener el llanto. Giró una y otra vez sobre sí, sintiendo reptar a su alrededor a aquella extraña criatura, como un predador acechando a su presa, esperando el momento exacto de lanzarse sobre ella. Un inesperado zumbido comenzó a crecer en sus oídos, con una intensidad tal que pronto logró ocultar el reptar de aquella criatura. La cabeza le palpitaba de dolor y sintió que le iba a explotar. Pensó

que se iba a morir. Que aquella cosa extraña le había hecho daño al *mencho* y que ahora iba detrás de él. Chilló desesperado cuando sintió que algo se aferraba a su hombro.

—¡Damián!

De pie frente a la precaria casa del trabajador rural, Damián se encontró en calzoncillos bajo la luz del sol matutino. Su abuelo había salido al alba, como de costumbre, mate en mano, percatándose de que una pequeña figura se erguía frente a la casa de su *mencho*. Encontró a su nieto chillando con los ojos desencajados de terror. Asustado, lo zamarreaba por el hombro intentando hacer reaccionar al pequeño. Tardó unos segundos en hacer volver sobre sí al niño, quien entendía tanto como aquel sexagenario lo que estaba sucediendo.

Sin darle demasiadas vueltas al asunto, tanto su abuela como su abuelo, llegaron a la conclusión de que había caminado sonámbulo por la noche y por ello había terminado parado hasta entrada la mañana frente a la pequeña morada de Ceferino. Nunca habían experimentado nada como ello de todas las veces que su nieto había llegado a quedarse a pasar un fin de semana con ellos, y la madre nunca les había comentado acerca de situación alguna similar con el niño. Aunque no podían fiarse demasiado de la experiencia maternal de su hija, no le dieron demasiada importancia, salvo Damián. No solo por el extraño sueño que había tenido y el hecho de haber camina-

do dormido. Esa noche, mientras soñaba y paseaba sonámbulo en la intemperie, Ceferino había muerto.

2.

Cuando tomó consciencia de que había olvidado nuevamente el número de tren sin lograr hallarlo entre los diversos dígitos amarillos proyectados por las enormes pantallas dispuestas en la pared, cayó en la cuenta de que no era el único que se encontraba en la misma situación. Mientras rebuscaba en sus bolsillos intentando encontrar sin su pasaje, sonrió al ver como de entre un grupo de orientales, constituidos como un rebaño compacto e indisoluble, se asomaban algunos hombres algo calvos y encorvados frente a las mismas pantallas con ojos y bocas abiertas, rascándose la barbilla, ensimismados en el intento de descifrar el andén por el que partirían hacia su próximo destino. A su izquierda, dos atractivas jóvenes debatían intensamente en italiano (o al menos así lo creyó, aunque muchas veces no pudiera distinguir entre un idioma y otro) apoyadas sobre sus valijas oscuras de mano *Victorinox*.

Las personas a su alrededor echaban rápidos vistazos a la pantalla mientras caminaban en dirección al baño o bajaban apresuradas hacia su próximo destino. Detrás de él, el ruido de platos, tasas y sillas chirriando y entrechocándose alrededor de los pequeños y coquetos cafés de la terminal se iban mezclando con el traqueteo de las ruedas de las valijas en el pulcro piso recién lustrado y las charlas en diversos e inentendibles idiomas que mantenían las personas mien-

tras caminaban rápidamente de aquí para allá. Trató de escuchar con detenimiento pero no pudo distinguir ningún acento familiar. Suspiró. Se había acostumbrado al acento español en su breve estadía en el país, pero en la capital italiana no había encontrado persona alguna con quien entablar conversación. Caminando entre la muchedumbre que rondaba por los alrededores del Coliseo, muchas veces se sintió como encerrado en una especie de Torre de Babel sin techos ni paredes de piedra, transitando por las calles empedradas entre lenguas y seres que no había oído ni conocido jamás en aquellas tierras ahora tan lejanas que llamó siempre su hogar.

Habían transcurrido cinco días y cinco noches extrañamente solitarias, sobre todo para una persona que no manejaba otro idioma que el materno y, con defectos de habla propios de alguien que no lo practica habitualmente, un rudimentario ingles que le *salvó las papas* más de una vez. Desde que había llegado a Italia, agradeció incansablemente las incontables horas que había pasado intentando comprender y traducir las intrincadas historias de los diversos videojuegos de su PlayStation 4. Más allá de la enseñanza obligatoria en la escuela, las largas horas que había invertido en RPGs y demás juegos de aventura, constituyeron el único nexo por años entre él y el idioma, cosechando sus frutos la primera noche al intentar pedir toallas en el hotel de mala muerte en el que se hospedaba ante la mirada alerta y alterada de un conserje pasado en cafeína que hablaba el idioma como si hubiese nacido en el Reino Unido.

Observó los papeles que había sacado de su bolsillo, haciendo bollos con aquellos que no eran el que buscaba. Un recibo de una pizza margarita aplastado en su mano izquierda. Un folleto de un free tour que ofrecía sus servicios de recorrido histórico por el Circo Máximo, el Coliseo y el Palatino a la carta, aplastado junto al recibo. Siguió buscando pero, más allá de la billetera, no encontró su boleto. Buscó en los bolsillos traseros de su jean, en los de su campera Mountain recién adquirida en su breve estadía por Madrid. Nada. Sintió un nudo en la garganta. « ¡Lo tenía encima hasta recién!», pensó. Comenzó a entrar en pánico. Volvió a revisar sus bolsillos, desesperado. Se descolgó a toda prisa su mochila de viaje, abriendo todos los cierres uno por uno y revolviendo entre su ropa interior, remeras dobladas en forma de cilindros y pequeños souvenirs en bolsitas de plástico. Nada. « ¿Y si se me cayó mientras subía las escaleras mecánicas?»

Cerró cada uno de los cierres de su mochila con rapidez y torpeza y se preparó a correr escaleras abajo en búsqueda de aquel valioso papel cuando sintió como unos finos dedos le golpeaban suavemente el hombro. *Excuse me*, lo llamó a sus espaldas una voz femenina y un tanto infantil que intentaba detenerlo. Giró rápidamente sobre sí mismo para encontrarse frente a frente con una jovencita asiática con un par de pequeños ojos abiertos de sorpresa ante el inesperado giro brusco de aquel extraño con la desesperación pintada en el semblante. Llevaba el pelo largo teñido de castaño recogido en una cola de ca-

ballo reposando en su hombro derecho, unos jeans, zapatillas blancas y un inmenso abrigo entreabierto marrón claro que le llegaba hasta las rodillas y que dejaba ver una camisa a cuadros y una remera blanca por debajo. Sus finos labios rosados se curvaron en una sonrisa y extendió hacia él sus pequeñas y delicadas manos entrecerradas en un delgado papel blanco. Tardó unos segundos en comprender lo que aquella joven pretendía. Lentamente alzó una mano hacia la suya y tomó el papel sin quitarle la vista de encima a aquellos pequeños ojos que lo animaban a realizar su cometido. Deslizó sus dedos por entre el papel y lo examinó minuciosamente. Sonrió al reconocer que era su boleto a Ámsterdam.

Alzó la vista para agradecerle el gesto, pero se encontró solo. La muchacha ya no estaba. Recorrió rápidamente el lugar, observando detenidamente los rostros de las muchachas que se encontraban a su alrededor. Transeúntes, como figuras extrañas se desplazaban rápidamente de un lado a otro, como hormigas realizando su labor diario. A lo lejos desde las escaleras mecánicas aparecían rostros nuevos que se mezclaban con aquellos sentados frente a las mesas, o caminaban hacia él para desaparecer detrás suyo segundos después. Una leve sensación de vacío ensombreció sus pensamientos, como si lo que acababa de suceder hubiese sido producto de su propia imaginación. Sumido en sus cavilaciones por un momento, observando nuevamente a su alrededor, comprendió lo que era sentirse acompañado y completamente

solo al mismo tiempo. Una sensación extraña que abandonó con la mayor rapidez posible, volviendo a la búsqueda de aquella joven tan amable.

Finalmente la encontró sentada en una mesa de un café a unos pocos metros de donde se hallaba. Inclinado hacia ella y con una expresión de suma atención en su rostro, un joven mozo rubio y alto se encorvaba intentando anotar en un pequeño block de hojas su orden. Ataviado con camisa blanca, largos pantalones de vestir negros y zapatos a juego, asomaba una nariz prominente de su rostro. Al verla, no pudo contener las ganas de tocar la suya. Siempre puso atención en la nariz de los demás, observándola, analizándola, y siempre llegaba a la conclusión de que su nariz era más grande que la que observaba, aún cuando no lo fuera de hecho. Desde pequeño había sido una especie de morbo, fetiche o fobia que tenía por realmente poseer una nariz grande. Aún no se decidía del todo, pero desde hacía cierto tiempo, y tras largas reflexiones y sesiones de observación prolongada de aparatos respiratorios ajenos a las que denominaba "trabajo de campo", había decidido no prestar mayor atención a ello.

Dejó de tocarse la nariz cuando el mozo asintió y se alejó veloz hacia el mostrador. Se tomó un momento para reflexionar sobre la forma en la que tendría que agradecerle el gesto. Sin que el cerebro diera una orden precisa los pies comenzaron a moverse en dirección a las mesas, como si poseyeran motricidad propia. Esquivando el andar de hombres, mujeres, valijas

y bolsos, pronto se encontró de pie junto al asiento de la muchacha. De un pequeño bolso de cuero ella había sacado y desparramado sobre el mantel de la mesa de frio metal cierta cantidad de postales de diversos tamaños que no se detuvo a contar, disponiéndose a volcar en su reverso finos trazos de una exquisita caligrafía que solo había visto casualmente en algún anime y que comprendían parte de un mundo totalmente distinto al que conocía. Algunas de estas postales mostraban hermosos monumentos históricos de lugares que nunca antes había visto, mientras otras mostraban boca arriba el reverso lleno de estos hermosos y extraños caracteres. Inclinada y concentrada en su tarea, un largo mechón de cabello acariciaba su muñeca mientras desplazaba el fino lápiz amarillo sobre el reverso de una postal que seguramente mostraba algún hermoso monumento histórico que no llegaba a vislumbrar ni imaginar. Había colocado su largo abrigo en el respaldo de la silla y, a su lado, de pie como un guardián se encontraba dispuesta una valija plateada con ruedas de considerable tamaño. No escapaba a la imaginación el hecho de que debía de estar en medio de un largo viaje y que esas postales eran consideradas el recuerdo y medio de comunicación que debía mantener la joven con alguien realmente cercano.

Sin perder tiempo se dispuso a dirigirle palabras de agradecimiento cuando observó de pie, como si se tratase de una aparición al otro lado de la mesa, al joven mozo sosteniendo magistralmente una bandeja

de plata. Vaciando su contenido sobre la mesa con elegantes movimientos dignos de una persona que realiza su labor con amplia experiencia, depositó delante de la joven una taza de té y una pequeña tetera de cerámica que escupía un fino vapor desde su interior. La disposición de la tasa y la tetera fue tan milimétricamente dispuesta que ambas no llegaron a rozar postal alguna. El joven le dirigió una breve mirada al muchacho de pie al otro lado de la mesa y se retiró tan rápido como llegó. La muchacha lo siguió con la vista agradeciéndole con un movimiento de cabeza que quedó imperceptible para el veloz camarero.

No tenía tiempo que perder. Carraspeó, intentando llamar su atención. La joven se volvió hacia él y posó sus pequeños ojos en los de su interlocutor, extrañada. Sin titubear, el muchacho dibujó en su rostro una tímida sonrisa y pronunció la frase de en ingles que había armado segundos antes en su cabeza para agradecerle el gesto. Porque había aprendido que, si bien resultaba fácil armar frases para comunicarse en aquel idioma, necesitaba cierto tiempo, minúsculo a veces, prolongado en ocasiones, para poder expresarse correctamente. Correctamente es un decir, claro. Tenía la dicción atrofiada, pero terminaba haciéndose entender.

La joven sonrió e inclinó la cabeza respondiendo a sus agradecimientos. Él también inclinó la cabeza sin saber por qué, y, sonriendo, fue dándose la vuelta lentamente en dirección hacia los grandes monitores de la pared. La cantidad de personas apelmazadas frente

a las grandes pantallas negras que escupían caracteres amarillos se había duplicado en lo que había tardado en agradecer a la joven. Observó el número de tren y andén que le correspondía en el billete y lo buscó en la pantalla. Tardó un largo minuto en localizar su partida y cayó en la cuenta que faltaban al menos cuarenta y cinco minutos para abordar el tren hacia Ámsterdam. «Puta madre, llegué temprano.», pensó.

Se había perdido el desayuno por equivocarse en la hora de partida y comenzaba a sentir algo de hambre. Se dio la vuelta y decidió matar el tiempo en alguno de los cafés detrás suyo, como aquella joven. Tomó asiento unas mesas delante de ella, recostando su mochila en la silla metálica a su lado. Recorrió la carta plastificada con la mirada y pidió al mismo mozo de nariz prominente unos sándwiches y un café. Las personas caminaban a su lado sin prestarle especial atención. Una niña se subió a la valija con ruedas que llevaba su padre, risueña y divertida. Cuatro muchachos chinos (o eso pensó) observaban ahora las pantallas, ensimismados en sus pensamientos. De los baños un poco más atrás, hombres y mujeres emergían renovados, dirigiéndose a toda prisa hacia las escaleras mecánicas. Algunos muchachos comían solos en mesas un poco más allá. Otros deslizaban el dedo por sus Smartphone. «Cada quien está en la suya», pensó. Sonrió. No resultaba del todo común para el quehacer rutinario de su existencia encontrarse con la sensación de no ser observado. Debía ser la bendición de las ciuda-

des cosmopolitas: todos están tan ocupados en sus vidas que no es necesario fijarse demasiado en la de los demás. O tal vez fuera una maldición. Todo depende del punto de vista, claro. Pero él había crecido en una pequeña ciudad en el interior de Entre Ríos, por lo que disfrutar de aquellos momentos en los que nadie procura de tu existencia resultan pequeñas caricias al alma.

Devoró un sándwich en tiempo record y se quedó mirando hacia los grandes ventanales que proyectaban los enormes Boeing 747 en la pista como enormes aves metálicas en reposo. La muchacha seguía escribiendo, pero ahora en un pequeño cuaderno de tapa purpura que había sacado de su bolso. Apoyado el mentón en su mano, se dispuso a contemplarla nuevamente. De facciones muy bonitas, toda ella emanaba un aire muy femenino. Siguió el movimiento de sus piernas al cruzarse por debajo de la mesa. Sus dedos desaparecieron dentro de su largo cabello sin quitar la vista de su ininterrumpida escritura. Se mordía suavemente los rosados labios, buscando las palabras justas que expresaran todo aquello que sintió al contemplar la arquitectura de cada lugar visitado. «Que buena que esta la china.», suspiró en voz alta, sin reparar en quien lo escuchase, tal vez por el hecho de estar rodeado por tantas lenguas que no fuesen la suya, tal vez porque le importara poco si lo escuchasen. Simplemente se perdió en la belleza de aquella muchacha como quien se pierde en la belleza de un perfecto atardecer.

Ensimismado, reparó demasiado tarde en el hecho de que la muchacha lo observaba, sonriente. El murmullo del paso de la muchedumbre pareció irse apagando a medida que iba cayendo en la cuenta de que estaban manteniendo contacto visual. ¿Estaría observando algo o a alguien detrás suyo? ¿Acaso lo había oído? ¿Le había entendido una palabra de lo que había dicho?

—Gracias. Pero soy coreana —dijo en un perfecto español, cruzando sus largas piernas por debajo de la mesa y con una sonrisa perlada estampada en su rostro- . Aunque puede resultar un poco ofensivo eso de china, ¿no te parece?

Sintió como si dejaran caer sobre sí cantidades ingentes de agua helada. Como si el tiempo transcurriera lentamente, la expresión de su interlocutora se mantenía impasiva, esperando su reacción. Cayó en la cuenta de que mantenía la boca abierta, pasmado ante la sorpresa de que la persona menos pensada dentro de aquel enorme hormiguero de acero y vidrio supiera responder en su lengua materna. Cerró la boca y tragó saliva, pensando con una rapidez inusitada una posible y certera respuesta. Ruborizado, se acomodó en su asiento intentando no parecer una figura tan patética como la que pensó que proyectaba.

—Perdón. No te quise ofender. —comenzó, rojo como un tomate, pero tomando valor desde lugares inhóspitos—. No es que sea racista ni nada. Me entretuve mirándote y simplemente salió desde dentro mío.

—Algunas veces resulta conveniente el controlar ciertos impulsos.
—Quizás —respondió, acomodándose en el asiento y sintiéndose un poco más corajudo— . Pero me dió pie para poder hablar con vos, y ya eso demuestra que esa teoría, a veces, se cae.
—¿Uruguayo?— preguntó la muchacha, interesada, dejando suavemente sobre una de las postales el fino lápiz que hasta el momento estuvo utilizando.
—Argentino. Estuviste cerca —sonrió, percatándose del interés de la muchacha-. ¿Y vos? ¿Cómo es que hablas español?
—He vivido algún tiempo por España. Mi padre tuvo que trabajar por aquellas tierras un tiempo, y es por ello que hemos aprendido el idioma por la fuerza. Bueno, no creas que ha sido una experiencia mala. Para nada. España es bellísima y su gente aún más. Y nos brindó la oportunidad de conocer un poco más en profundidad el resto de los países de la comunidad europea. Justo hace unos días tuve la oportunidad de volver por estas tierras. Desde niña que no lo hacía y ya iba haciendo hora. ¿Y tú? ¿Menudo viaje que has hecho, eh?
—Estuve en Madrid pero solo un día. Después me vine directamente para acá en avión. Es bellísimo Roma, no se compara a nada que haya visto. ¡Bah! La verdad es que no vi mucho que digamos como para comparar. Me quedé tresdías y ya va haciendo hora de que siga, que sino me quedo sin tiempo. ¿Hace mucho que estás en la ciudad?

—Cinco días —contestó, tras beber un sorbo de té y haciendo chocar la enorme taza sobre el ancho platillo de cerámica perlada—. Es muy hermoso en verdad. Donde miréis, podríais admirar numerosas edificaciones antiguas dotadas de largos años de historia. Dejó perder su mirada en el pálido cielo que proyectaban los largos ventanales de la estación, inmersa en cavilaciones que resultaban imposibles de ser descifradas. El muchacho se quedó contemplándola. Su mente funcionaba a toda marcha, incapaz de hilvanar idea alguna que le diera rastro de como continuar la conversación sin quedar como un idiota. Pero, como si emergiera desde el fondo de un río, la joven volvió inmediatamente a este mundo y a la conversación que mantenía con una naturalidad abrumadora, cómo si aquella pausa nunca hubiese existido. Sus labios esbozaron una fina sonrisa.

—¿Por qué no te sientas conmigo? Al parecer los dos estamos solos. Podríamos hacernos compañía mientras esperamos embarcar en nuestros respectivos trenes.

Incrédulo, tomó sus cosas lentamente y las depositó a un lado del asiento frente a la muchacha. Ella juntó las postales cómo si fuesen partes de una baraja de cartas, las unió con una bandita elástica de color rosa y las guardó en su pequeño bolso de cuero junto con su lápiz amarillo. Una vez en el suelo, la mochila del joven cayó ante su propio peso, por lo que tuvo que inclinarse para acomodarla nuevamente en su lugar. Al levantar la vista, una pequeña y blanca mano se tendía frente a él.

—Mi nombre es Yoo Hye-Su. Pero puedes decirme Hye. Ya sé que a ustedes los occidentales les cuesta pronunciar nuestros nombres. A decir verdad, no entiendo por qué.
—Damián Cañete —respondió al estrechar la suave mano de su compañera, costumbre realmente extraña pero de lo más común más allá de las fronteras de su país-. Decime Damián, o como te parezca. Odio que digan mi nombre completo.
Ambos se quedaron conversando sobre sus experiencias en la ciudad eterna mientras los minutos avanzaban infames. Los rostros a su alrededor se iban renovando a medida que el tiempo continuaba su marcha incesante. Afuera, una fina llovizna empalidecía aún más el paisaje y las sombras impolutas de las aves surcaban el cielo ante la inminente tempestad que se desataría en cualquier momento. Ambos pidieron un té, sumidos en el breve instante de haber encontrado en aquella selva de acero un alma con la cual compartir un insignificante momento.
—¿A qué te dedicas?— preguntó Damián.
—Soy seminarista en un PH.D. de mi universidad, por lo que de momento no trabajo. Solo me dedico a devorar libros —sonrió Hye-Su—. Hace poco entramos en receso lectivo y, como había ahorrado algo de dinero de mi beca de estudios, sumado a otros ahorros, pude costearme el pasaje y la estadía hacia Europa.
—¿Y por qué volviste a España? Digo, si lo pudiste conocer a pleno, ¿Por qué volver en vez de aprovechar para conocer otros países?

—Por una promesa.— contestó, observando las oscuras nubes moverse fuera.
¿Promesa? Sopesó la idea de continuar interrogándola sobre aquella promesa, pero desistió al observar aquel semblante esquivo y sin el menor interés en seguir por aquel camino la conversación. A su vez, tampoco le importaba mucho. Ella formaba parte de los escasos contactos humanos mantenidos en el corto trayecto de su viaje, sin tener un mínimo indicio de si sería la última vez que se verían o no. Total, a fin de cuentas, ya se acercaba la hora de tomar el tren que lo llevaría hasta su próxima parada.
Frente al silencio indeleble que se había levantado entre ambos, Damián rebuscó en su abrigo por un momento para, segundos después, sacar de uno de sus bolsillos un pañuelo de papel arrugado. Lo había doblado de tal forma que había quedado hecho un pequeño cuadrado blanco y maltrecho que bien podía caber en la palma de la mano fácilmente. Se sonó la nariz con fuerza, produciendo un sonido aflautado y chillón al sonarse. Luego lo dobló y volvió a guardarlo en el bolsillo del abrigo dispuesto en su respaldo. Al volverse a su compañera, ésta lo observaba con aire divertido.
—¡Uf! Me recontra resfrié —dijo con la nariz roja como un tomate—. Hace un frio de cagarse acá.
La joven rió con ganas mientras él se ponía más colorado que antes. Ya al segundo día de recorrer las calles de la ciudad el frio había hecho mella en su salud más rápido de lo que esperaba. Nunca había sentido un invierno tan frio como ése.

—¿Cómo puedes guardar un pañuelo ya tan usado?
—Es el último que tengo. Tengo que comprar más una vez que llegue a Ámsterdam.- dijo, ruborizado, intentando cambiar de tema.
—¿Estáis yendo hacia allí ahora?
—Si. Me quedo unos cinco días y después me voy a Paris, y de ahí Madrid- Buenos Aires. ¿Vos?
—Cogeré un tren hacia Berlín y, desde allí, Ámsterdam —respondió interesada, inclinándose con los brazos apoyados en la mesa—. ¿Ya tienes hospedaje?
Sacó su celular del bolsillo de sus jeans y deslizó el pulgar, buscando entre la tanda de mails que le enviaban las paginas especializadas en viajes y alojamiento con recomendaciones hasta el hartazgo.
—Ámsterdam Art Hotel—dijo finalmente, luego de buscar por un breve momento que a él le pareció eterno—. ¿Y vos? ¿Ya reservaste hotel?
—Aún no.- contestó distraída, mientras anotaba algo en su celular. Era gigante entre sus pequeños dedos, de una marca que no había escuchado hablar nunca. Damián supuso que debían de haber miles de marcas que no entraban al país por una u otra razón y es por ello que resultaba de lo más normal del mundo que no conozca muchas de ellas. Después de todo, ella provenía de un país totalmente industrializado. O al menos así lo entendía, ya que esas creencias formaban parte de la idiosincrasia de su pueblo.
Observó las enormes pantallas dispuestas a su izquierda. Algunas personas se agolpaban frente a estas por breves momentos, sucediéndose a intervalos

y con la misma curiosidad que aquella a la que reemplazaban como si fuesen tomando la posta unos con otros. Los dígitos amarillos de su destino ya mostraban la plataforma a la cual debía dirigirse, igual que los de ella. Consultó la hora en su celular. Llamaron al camarero casi al unísono y pagaron sus respectivas cuentas. Ambos se pusieron de pie buscando sus cosas, y se dirigieron escaleras abajo sin prisa alguna. Siguieron conversando acerca del itinerario de cada uno, de todo aquello que habían visto y esperaban ver. Pronto se encontraron de pie, frente a sus respectivos andenes. A sus espaldas se erguían los vagones de sus respectivos trenes. Como sombras en la noche, hombres y mujeres se perdían presurosos junto a sus equipajes de mano dentro de los vagones, tomando asiento junto a las ventanas próximas o pasando de largo en busca de un mejor lugar.

—Disfruté mucho conocerte, Damián. —dijo Hye-Su, sosteniendo su suave mano en el aire.

—Lo mismo digo —respondió, acomodándose rápidamente el porta termo tras la espalda y apresurándose a estrechar su mano—. Se me pasó rápido el tiempo charlando con vos. Ojala nos volvamos a ver.

—Tal vez nos crucemos por ahí. —respondió, regalándole una sonrisa que le resultó algo extraña.

Ella desapareció engullida por el frio metal de aquellos vagones dispuestos a perderse en el horizonte. La observó desaparecer y emerger al poco tiempo tras una ventana, como el pálido espectro de lo que había sido momentos antes. El pitido del guarda marcó la

hora de partida, por lo que se apresuró a subirse al suyo y buscar algún asiento donde poder observar la partida del tren de Hye-Su. El vagón iba lleno, pero encontró asiento junto a la ventana en el próximo. Frente a él, un hombre con barba de tres días y olor a alcohol lanzaba ronquidos entrecortados. «Olvidate de dormir», suspiró, mientras acomodaba sus bolsos junto a los del borracho inconsciente en el portaequipaje sobre su cabeza.

Una vez sentado, contempló como ambas locomotoras iniciaban su viaje a destiempo. El tren donde viajaba iba un poco más lento que el que se encontraba a su lado, con claras intenciones de dejarlo avanzar primero. Observó impaciente por la ventana, esperando y deseando el momento en el que cruzaran miradas por última vez. Las locomotoras comenzaron a avanzar con mayor rapidez, casi insonoras, casi imperceptibles. Las personas a su alrededor hablaban animadas. Otras dormían. Otras comían, leían o miraban sus celulares, en la espera de llegar a destinos diferentes. El tren a su lado se adelantó sin dar indicio alguno del cambio de marcha. Allí estaba ella, observándolo desde su ventana. Ambos cruzaron miradas por última vez. Él la saludó agitando la mano. Ella le devolvió el saludo con una sonrisa. Pronto ambas locomotoras tomaron rumbos distintos y se perdieron en el horizonte.

3.

Hacia las ocho de la mañana observó sentado frente a su plato de desayuno —desayuno de tipo inglés, estadounidense, europeo, ya daba igual—se quedó observando como el sol comenzaba a asomar más allá de los pintorescos edificios apretados uno junto al otro tan característicos de la ciudad. Sus primeras noches en Ámsterdam, frías y largas, habían pasado con relativa normalidad para lo que a un turista respecta; luego de haber frecuentado los *coffee shops*, recorrió de punta a punta, las extensas calles comerciales de la famosa *zona roja* con sus hermosos canales, bajo los efectos del THC de un tipo de marihuana que jamás había visto antes, quedó hipnotizado bajo el influjo opiáceo de los cuerpos voluminosos y perfectamente esculpidos de aquellas emperatrices del deseo nocturno. Mujeres de ensueño le hacían señas a los transeúntes tras vitrinas teñidas del rojo de las farolas, a la caza del cliente fácil y el bolsillo abultado. Damián se quedó largo rato contemplando, la mayoría de las veces drogado hasta la medula, como grupos de amigos, con acentos foráneos y en peores condiciones que en las que él mismo se encontraba, salían de los oscuros tugurios nocturnos aledaños entonando cánticos y siendo seducidos por aquellas amazonas reconocidas por la ley. Algunos pocos argentinos incursionaban en estas experiencias, pero la mayoría no salía de los bares y coffee shop. «Claro»,

pensó Damián «si un polvo te sale un ojo de la cara.» Bostezó sentado a la mesa, desperezándose. Hacia las ocho de la tarde, al salir de uno de los característicos bares de la zona, el sol ya había desaparecido y la vasta sombra de la oscuridad se había cernido ya por los cielos. Desde que había pisado Europa, había comprendido que la noche invernal comenzaba a caer mucho más temprano que en su país. Hacia las seis de la tarde ya no había una sola luz diurna en el cielo y, siendo el invierno tan crudo como era, resultaba harto desagradable aguantar el frio recorriendo las arterias de la ciudad. Es por ello que muchos turistas preferían disfrutar del día paseando y por la tarde matar el tiempo en las tiendas o bares. Damián no fue la excepción. Pateando la calle y tiritando de frío, no lo pensaba dos veces.

En su intento de tratar de apartarse de los grupos de porteños con las emociones exacerbadas recorriendo las calles fumando y bebiendo cerveza, trabó amistad en un bar con una pareja mexicana, dos jóvenes estadounidenses y una muchacha neozelandesa. Sentados en la mesa contigua a la suya, se encontraban discutiendo sobre su reciente visita en Polonia a los campos de exterminio de Auschwitz y Auschwitz- Birkenau, cuando a una de las jóvenes estadounidenses, de larga cabellera rubia, pequeña, delgada y enérgica al expresarse, tumba al piso sin notarlo su largo abrigo beige del respaldo. Aún atontado por los efectos de la marihuana, Damián logró percatarse de ello, estirándose a levantarlo y devolvérselo a la joven. Al notar que se encontraba solo, la joven lo invita a acompañarlos.

Alberto y Diana, pareja mexicana, le hicieron las veces de traductores tras presentarle a sus acompañantes. Alberto, vestido de camisa a cuadros rojos y blancos y un jean elastizado ajustado a sus enormes muslos, llevaba una espesa barba candado sobre su rostro regordete y más bien alegre. Diana, por otro lado, delgada, de tez morena y brillante y larga cabellera oscura, vestía un top negro con un *miau* escrito en enormes letras blancas en el pecho y unos jeans desgastados y bien ceñidos. Reían ante las historias de sus compañeras en un idioma que Damián pensó jamás comprendería. No era porque no tuviese los recursos ni la capacidad para ello; simplemente carecía de la voluntad necesaria para enfrascarse en la ardua tarea de aprender un idioma que no le había interesado nunca en sus largos años de trayectoria lectiva. Vaya a saber cómo, siempre hizo lo mínimo e indispensable para aprobar la materia durante su escolaridad. Aprovechándose de las escasas ganas de trabajar que tenían sus profesoras, cumplía a rajatabla con las tareas sin comprender apenas qué era lo que estaba haciendo, sorteando los exámenes a machetazo limpio y llano. Recordarlo lo hacía sonreír. Ahora se dedicaba a descubrir las trampas que hacían sus alumnos a la hora de la verdad.

Las otras tres muchachas parecían una copia casi idéntica una de otra. Las trillizas de oro, como las describió a sus amigos en casa mucho más tarde en alusión a tres hermanas que ya nadie recordaba, podían definirse como tres gringas pálidas de larga ca-

bellera trigueña y ojos verdes. Por lo que le contaron sus nuevos amigos mexicanos, Hanna y Ashley eran estudiantes universitarias realizando un largo viaje de mochileras por Europa. Habían conocido a Audrey, neozelandesa de nacimiento, en la Universidad de Yale, donde estudiaban, y juntas habían decidido realizar aquel viaje soñado. Por la mañana partirían hacia París, mientras que Diana y Alberto, a quienes habían conocido en el bus camino a Cracovia, partirían rumbo a Praga, la ciudad de ensueños de Diana. Audrey se había entusiasmado contando una historia acerca de un polaco algo ebrio y maleducado con quien les tocó compartir vagón en su viaje hacia Ámsterdam. Aquel hombre totalmente embriagado se disgustó al subir Audrey un bolso de mano al portaequipajes por sobre su cabeza. Completamente beodo, farfulló algunas cuantas palabras y luego se dispuso a dormir todo el camino hacia Holanda, generando con su cuerpo una sinfónica de sonidos incómodos y guturales. Todos reían y comentaban con entusiasmo detalles acerca de aquel momento incómodo. Aún sin entender nada, Damián también lanzaba risitas como para no desentonar, algunas veces atendiendo a las explicaciones de Diana, otras veces a causa de la cerveza..

Tras pasar el rato en el bar, caminaron algunas calles sintiendo el gélido frio invernal helar poco a poco la piel hasta dar con un coffee shop. El sol ya se había puesto del todo, dando paso a una intensa noche invernal que helaba hasta los huesos. El pe-

queño establecimiento presentaba unas siete mesas altas redondas y bancos altos de aluminio con relucientes almohadones de distintos colores chillones y una barra de iguales dimensiones donde dos jóvenes totalmente puestos atendían los inaudibles pedidos de sus clientes. Damián clavó la mirada en sus rostros ojerosos y algo avejentados. Aunque deberían de tener unos veintitantos años, parecían de más de treinta. Se veían cansados y adormilados, moviendo lentamente los ojos rodeados por profundas ojeras, como tomándose el tiempo para realizar cualquier acción. Las personas a su alrededor fumaban y reían enérgicas bajo una intensa nube de humo, mezcla de diversos aromas. No eran muchas, aunque Damián no se detuvo a contarlas.

Se acercaron a la barra e inspeccionaron un menú sencillo impreso en papel blanco plastificado. No contenía más de diez o quince especies de sativa e índica, todas a unos diez euros el gramo. Una fortuna, pensó Damián, pero ya estaba en el baile y no era la primera vez que compraba desde que puso un pie en la ciudad. Pidieron unos gramos de *White Widow*, un híbrido muy popular en la zona. Bajo un intenso humo sobre sus cabezas, se sentaron en una mesa libre a aguardar su pedido. Desde los parlantes dispuestos en las esquinas del local sonaba *Are you gonna be my girl?* de los *Artic Monkeys*, y algunas muchachas de rostro inanimado bailaban en el lugar mientras charlaban y reían.

Pronto uno de los muchachos de la barra, rubio, alto y delgado, les dejó sobre la mesa papel para fumar y

su pedido en una bolsita plástica transparente. Ashley se arremangó su camisa a cuadros, tomó entre sus dedos el papel para armar y lo abrió sobre la mesa. Abrió otros papeles y los puso uno encima del otro con un cuidado propio de un maestro artesano en pleno proceso artístico. Luego, comenzó a triturar con los dedos el cogollo sobre el papel, distribuyendo el montón encima de los papeles amontonados. A partir de este punto Damián perdió el interés en aquel proceso que tenía hipnotizados a sus compañeros. Observó las caras risueñas de las personas en el lugar, muchas veces con cierta dificultad para distinguirlos a través del humo y de la poca luz que los tubos leds dispuestos en las paredes emanaban. Reflexionó en lo extraño de aquel mundo que llamaban en su país "Primer Mundo". Si bien no acordaba con sus compatriotas acerca de la caracterización casi idílica del continente europeo, si aceptaba ahora que tenía algo extraño y bello a la vez. Nadie podía negar lo bello y funcional de la infraestructura y la estética que poseían las ciudades que había visitado, pero también era un componente de irresistible atracción el clima de calma, sosiego y libertad que vivían las personas en aquellos países. Notaba una total ausencia de despreocupación en sus rostros y se preguntó si sería acaso por la aparente falta de preocupaciones económicas que pasarían los habitantes de aquellas grandes metrópolis capitalistas contemporáneas. No. Había algo más que la falta total de aquellas preocupaciones. Había algo en la forma que tomaba la

libertad para los ciudadanos de aquel mundo. ¿Era tan distinto que el de sus compatriotas? ¿Acaso había tantas diferencias?

Un porro gigante humeaba frente a su nariz, sacándolo de su ensimismamiento. Animado por las caras risueñas y atontadas de sus nuevos amigos, se unió con determinación al ritual. Las horas pasaron rápido charlando con Alberto, Diana y sus amigas. El pequeño local se llenó de personas y el humo creció de tal forma que las personas de pie quedaban con las cabezas escondidas tras la espesa niebla. El punk a toda velocidad de los *Artic Monkeys* fue desplazado imperceptiblemente por música tecno que animó a mas jovencitas universitarias a mover sus cuerpos al ritmo de la hermética música.

Horas más tarde se encontraron bajo una tenue llovizna despidiéndose en dificultosos "adiós". Quedaron en agregarse en las redes sociales y se despidieron con calurosos abrazos. Las esperanzas de subir a su habitación con una de las "gringas" quedaron pronto marchitas y Damián emprendió el retorno veloz hacia la comodidad de la habitación de su hotel.

Y allí estaba. Sentado al amanecer de otro día inocuo en un bar que difícilmente recordaría el nombre, desayunando algo tan grasoso y proteico que poseía la total certeza de que pronto acabaría en el inodoro. Solo. Si bien le daba tiempo para pensar o pulir su carisma y escasos dotes lingüísticos intentando conocer a otras personas, lo cierto es que viajar solo no había sido del todo agradable para Damián. Observando a Diana y

Alberto, sintió que le faltaba algo vital a su viaje: compañía constante. Alguien con quien compartir, en el momento, aquellas vivencias soñadas y por fin vueltas realidad. Suspiró, pensando en que tal vez su viaje haya sido apresurado. Ningún amigo o compañero había podido seguirlo debido a los altos costos que resultaba costear semejante travesía. Y no es que a él le sobrase. Con su sueldo de preceptor y docente, resultó fácil juntar el dinero indispensable para viajar gracias al apoyo de su abuela. Después de todo, había resultado de alguna forma beneficioso el no pagar alquiler y vivir con una mujer que pasaba sus días en la iglesia y maldiciendo en un alemán oxidado. Suspiró, aceptando el hecho de que estaba allí y debía disfrutar aquel momento, efímero momento, antes que se desvaneciera y volviera a la rutinaria vida que llevaba.

El día transcurrió lentamente, visitando una cadena de pueblos aledaños oníricos, como salidos de las profundidades de un imaginario utópico. Casas relucientes y perfectamente alineadas se alzaban sobre calles y canales definidos al detalle frente a una costa calma, serena y relajante. La vida parecía perfecta en aquellos preciosos pueblos a orillas del mar. En el camino costero que bordeaba el pintoresco poblado de Volendam, hombres y mujeres pasaban al trote junto a familias enteras que disfrutaban de los cálidos rayos del sol en una cielo repleto de nubes pasajeras. Hombres entrados en edad pescaban cerca de niños que jugaban correteándose. Damián disfrutó de aquella escena idílica, masticando una hamburguesa a res-

guardo de las bandadas de gaviotas que sobrevolaban patrullando la zona en busca de alimento.
La oscuridad lo tomó de improvisto de regreso a la gran ciudad. El cielo nuevamente se había llenado de oscuras nubes que presagiaban una pronta tormenta. Decidió que al llegar pasaría por la habitación a abrigarse un poco más antes de salir a merendar algo. Por más que lo pensara, no veía objeción alguna para no terminar nuevamente en un bar, mirando por los enormes televisores algún partido de fútbol de algún equipo que sabía no conocería.
El colectivo de regreso lo dejó a unas cuadras de donde se encontraba el hotel. La ciudad se veía, como de costumbre, atravesada por turistas y locales desbordando las calles. Los peores enemigos de los peatones, los ciclistas, hacían sonar incansables las campanillas a todo aquel que osara importunar su paso. Frente a los locales de comida rápida se formaban colas de hombres y mujeres con rostros desfigurados esperando saciar las ansias de comida chatarra, charlando animadamente o bajo un estricto silencio. Caminó atravesando una manifestación de hombres ataviados en chalecos amarillos y portando pancartas con consignas en un lenguaje inentendible para Damián, quien se jactaba de apenas saber hablar español. Le extrañó la relativa calma con la que se desenvolvía aquella manifestación frente al palacio real, sobre todo teniendo en cuenta las imágenes que mostraban los noticieros de su país frente a manifestaciones y piquetes dispuestos en la capital porteña. Así no les va a dar bola nadie, pensó, sin aminorar el paso.

Subió las angostas escaleras que daban paso a la entrada del hotel y saludó a la recepcionista, llamada Kore, quien le devolvió una cálida sonrisa. Vestía una camisa blanca ceñida y un pantalón de vestir negro que envolvía sus largas piernas. Con el cabello castaño suelto y la sonrisa blanca y radiante, parecida salida de la tapa de una revista donde posan inertes mujeres famélicas de rasgos preciosos. Tuvo la suerte de encontrarse con una joven alemana que había vivido un tiempo en Perú como alumna de intercambio y manejaba cierto nivel de español, por lo que ubicarse en la ciudad y conocer los principales atractivos turísticos no resulto problema alguno en el momento de arribar a Ámsterdam. Tras intercambiar breves comentarios respecto a los pueblos visitados durante la jornada, Kore le entregó la llave de su habitación y le recomendó visitar un bar
donde aún podía llegar al *Happy Hour*. Tras agradecerle, caminó en dirección a las escaleras a toda prisa. Pasando por el pasillo, observó en un pequeño espacio colgando un oscuro teléfono a disco antiguo. Hacía recordar a aquellos teléfonos a disco que abundaban en los noventa. Verlo, lo transportó a su infancia, cuando jugaba con sus dedos en el teléfono de sus abuelos, divirtiéndose al marcar algún número y observar cómo volvía lentamente el disco a su posición original. La curiosidad lo llevó a descolgar el auricular y posarlo en su oreja. Como pensó, la línea estaba muerta. Debía de ser un objeto de decoración. ¿Por qué no había reparado en aquel teléfono antes?

Luego cayó en la cuenta, de que había vuelto al hotel dos noches seguidas completamente drogado o alcoholizado. Tal vez por ello no lo había visto. Tal vez por las mañanas, somnoliento y con el claro objetivo de desayunar no había recabado en su existencia. Sin darle mayor importancia, dejó el teléfono atrás y se encaminó hacia las escaleras en dirección a su habitación. Al girar casi choca con un hombre vestido con mameluco y gorra azul. Llevaba una caja de herramientas en la mano y se detuvo en seco ante el movimiento brusco de Damián.

—¡Uh! Perdón. —se disculpó Damián con el hombre. Éste sonrió y levantó la visera de su gorra con letras doradas formando una palabra incomprensible. Luego siguió camino sin darle mayor importancia. «Debe ser de mantenimiento», pensó Damián mientras seguía camino hacia su habitación.

Subió los dos pisos hasta la habitación ciento veinticuatro. Introdujo la llave y abrió la puerta. La habitación presentaba una imagen pulcra y reluciente. La cama estaba hecha y sobre ella descansaban toallas nuevas y dos caramelos de menta de una marca impronunciable. El baño había sido limpiado a fondo y sobre la jabonera habían retirado los jabones usados y suplantados por jabones nuevos con su respectivo envoltorio. Se alegró de haber pagado un poco más y haberse hospedado en un hotel con semejantes atenciones, aunque cierto era que desde que había llegado, todo le había parecido excesivamente caro, tanto así que prefería sacar las cuentas una vez en casa.

Se duchó sin prisa, disfrutando de la caída del agua caliente. Mientras se bañaba, realizó un recorrido mental de todos los lugares que había visitado, cayendo en la cuenta de no poder aún creer en todo lo que había estado haciendo hasta ese momento. Se encontró sentado frente a la Fuente de Trevi, comiendo un paninni rodeado de personas con caras inciertas que posaban a su lado velozmente para las fotografías y salían como expulsadas a la misma velocidad con que vinieron; de pie frente a los imponentes arcos del Coliseo romano, observando cómo inmigrantes africanos intentaban vender globos con luces que titilaban a la manada de curiosos que visitaba el anfiteatro. Pronto se encontró en las frías calles de Ámsterdam, o en sus coffe shop atestados de turistas, o frente al mar en un pequeño pueblito idílico. Sus fantasías lo llevaron a las sonrisas de Ashley, Hanna y Audrey. Sus largas cabelleras rubias danzaban a cada movimiento que hacían y lo invitaban, sentadas en una cama desconocida, a un cuarto desconocido. Entre risas se sacaban la ropa entre sí, ayudándose con movimientos lentos y que invitaban al erotismo. Lo llamaban con sonrisas picaras y besos en el aire. Se acostó entre ellas, percatándose de que iba perdiendo la ropa a medida que tocaba el colchón, como si ésta se fuese desintegrando en el aire por alguna extraña razón. Ashley y Hanna lo besaban y golpeaban suavemente en la cara con sus pechos mientras Audrey se introducía su pene en la boca hasta volverlo erecto. Las tres jugaban con su pene entre risitas cómplices

y gemidos de placer. Hanna se le sentó encima y comenzó a balancearse hacia un lado y hacia el otro con un gesto de placer marcado en su rostro. Audrey y Ashley se besaban entre sí mientras esperaban su turno. Las fue penetrando una a una, haciéndoles el amor con ansiosos y rápidos movimientos.

Insistentes golpes en la puerta lo sacaron de sus fantasías. Bajo la ducha y con el pene en la mano, pensó si debía contestar o volver a sus fantasías y terminar lo que había

empezado. Tras un breve momento de cavilaciones, decidió ignorarlo y volver a sus fantasías. Pero nuevos golpes en la puerta perturbaron su momento de autosatisfacción. Cerró las perillas del agua caliente y se secó con la toalla a toda velocidad, insultando por lo bajo a quien quiera que hubiese osado perturbarlo en aquel momento.

¡Voy! Gritó, mientras se tapaba con la toalla y se calzaba las ojotas. Sonoros golpes volvieron a sonar en la puerta como martillazos furiosos uno tras otro. Aún más cabreado, Damián se abalanzó hacia la puerta. Al abrirla de golpe y con el ceño fruncido, se quedó contemplando a una joven asiática de pie en el umbral. Vestía unos jeans y una remera oscura con el rostro de Layne Staley, cantante de *Alice in Chains* estampado en el frente sobre el nombre de su banda, apenas visible bajo la camisa a cuadros que llevaba encima. Venía cuidadosamente maquillada, por lo que apenas se notaba el carmín sobre sus labios rosados. Damián se quedó pasmado, tratando de recordar el nombre de aquel rostro tan familiar.

—¡Hola! —saludó con una sonrisa de oreja a oreja, esperando paciente la reacción de su interlocutor.
—¿Hye? ¿Qué haces acá? —preguntó Damián manteniendo la misma expresión de incredulidad.
—Hye-Su —corrigió la joven con tono severo, blandiendo el dedo índice frente a su rostro. Luego cambió su expresión y volvió a sonreír—. Vale, tú me puedes llamar Hye. ¿Me harás pasar o seguiremos conversando en el pasillo?
Cerró la puerta tras de sí mientras contemplaba la esbelta y graciosa figura de aquella joven oriental que había conocido tiempo atrás en Termini. Caminó atravesando la habitación en dirección a los enormes ventanales dispuestos a pocos metros del escritorio y la cama. La vista era preciosa: podían apreciarse las casas tradicionales apiladas una junto a la otra, firmes y erguidas, algunas con una leve inclinación a la derecha, frente a un transitado canal. Las personas caminaban junto a éste y se perdían de
vista entre las calles y callejones mientras la nieve comenzaba a caer de improviso sobre sus cabezas, brindándole a la ciudad un aspecto más hermoso del que poseía.
«¡Qué bonita vista tienes!», comentó entusiasmada Hye-Su, mientras tomaba asiento en un sillón de roble finamente tallado junto a la ventana, apreciando con toda su atención aquel espectáculo. Tras un breve momento de silencio en el que el objeto de contemplación de ambos resultaba completamente distinto, Hye- Su giró sobre sí, percatándose de un detalle que

se le había escapado antes.
—¿Vas a seguir allí de pie vestido solo con la toalla? Oye, que te encuentras frente a una dama. No te equivoques.
Ruborizado y percatándose de ello, Damián tomó del bolso que tenía abierto sobre la cama la ropa que necesitaba y cerró con prisa la puerta del baño tras de sí. Se vistió a toda prisa con una remera con el logo de los *Guns and Roses,* unos jeans y zapatillas de lona que había sacado de una bolsa. Se puso desodorante, se lavó los dientes y se acomodó con los dedos el cabello, que le resultaba ese día inesperadamente enmarañado. Al salir, la encontró en la misma posición en la que la había dejado, observando la nieve caer y derretirse al tocar el suelo por la ventana.
—¿Qué haces acá? ¿Cómo sabias que estaba acá?
—Tú mismo me lo dijiste. Que ibas a quedarte en este hotel, y como resulta que también voy a pasar unos días en la ciudad, decidí que sería lo más lógico hospedarme aquí. ¿Qué mejor forma de conocer Ámsterdam que con alguien con quien pudiera platicar y que ya conociese? —respondió sin quitarle los ojos al paisaje. Luego se volvió, con la expresión totalmente cambiada, preocupada— ¿Es que acaso te he molestado? ¿Quieres que me vaya?
—No, no —respondió nervioso—. Es que me tomaste por sorpresa. No te esperaba. De hecho me estaba bañando para salir a tomar algo.
—¡Vámonos, entonces! —exclamó entusiasta, poniéndose de pie de un salto..

Damián se puso una sudadera gris y una campera impermeable negra Mountain que había comprado en su breve estadía en Madrid. Salieron al pasillo y lo atravesaron hasta llegar a la habitación 214. La muchacha extrajo de su bolsillo derecho una pequeña llave, la introdujo en la cerradura de la puerta blanca y maciza con números dorados y empujó hacia dentro. La habitación era un tanto más pequeña de la suya, pero el aspecto no estaba nada mal, salvo por el hecho de estar cubierta, en su mayor parte, por prendas femeninas. Sobre el escritorio y la silla de roble dispuestos frente a la ventana había remeras, chalinas y shorts desperdigados sobre y alrededor de estos. Sobre la cama descansaban dos enormes valijas abiertas de par en par mostrando las entrañas con forma de desodorantes y remerones. A su lado, una caja enorme de pizza yacía abierta y vacía, mostrando sin pudor alguno aquellas partes en las que la grasa había dejado su marca. Varios pares de zapatos se encontraban tirados en el suelo, desperdigados, por lo que al entrar uno tenía que esquivarlos o pegarles un puntapié.

—¡Está linda la pieza, eh! —bromeó Damián desde el umbral.

Hye-Su sonrió. Tomó un abrigo marrón, largo hasta las rodillas y lo empujó hacia la salida.

—Oye, no tienes que hacer comentarios sobre el cuarto de una chica. ¿Qué te pasa?

Bajaron las escaleras hasta llegar al pequeño pasillo que las conectaba con la entrada. Pasaron sin prisa

al lado del teléfono a disco antiguo que seguía inerte y obsoleto clavado a la pared hasta llegar a la recepción. Una mujer robusta de aspecto alegre los despidió con un movimiento de la mano mientras el gélido frío exterior les daba la bienvenida.

La nieve había cesado de caer pero el frío había aumentado considerablemente en lo que se hacía de noche. Las personas, aún así, transitaban las calles a toda prisa, conversando entre ellos tras bocanadas de vapor, algunos tiritando de frío, otros duros debido a otros asuntos. La vida en la ciudad no había cesado, y entre los callejones y calles, hombres y mujeres se desplazaban de aquí para allá. "El centro debe de ser un quilombo", pensó Damián, imaginándose la zona más transitada por los turistas como el hervidero de un enjambre de abejas en un panal.

Conversaron durante todo el trayecto hacia la zona roja. Hye-Su le relataba, paso a paso, su experiencia en Berlín. A través de la cámara de su celular había retratado, desde diversos ángulos, cada uno de los sitios turísticos que había visto. Había visitado todos aquellos puntos relacionados con el Tercer Reich, posando sonriente y con los dedos en v en cada uno de los monumentales edificios que habían albergado departamento o ministerio alguno relacionado a la Alemania Nazi. Damián pasaba las fotos lentamente, mientras ella le relataba la particular historia de cada edificio, observando la cara sonriente de aquella curiosa muchacha y pensando para sus adentros que, no importara la fotografía, siempre salía retratada con la

misma expresión, como si hubiese copiado y pegado su rostro en cada una de las imágenes visualizadas. Aquello, le llevó por un momento a reflexionar, si tener un rostro poco expresivo sería característica hereditaria de los orientales. Recordó el rostro de la mujer china atendiendo la caja del supermercado al que concurría habitualmente. Un rostro con dos facetas: feliz y furiosa. Este último sobre todo cuando no traía cambio para pagar lo que compraba. Nunca mostraba un término medio. O al menos así le parecía a Damián. Pero, pensándolo mejor, Hye-Su parecía tener un poco más de expresión en su rostro. Lo demostraba al detenerse en detalles de su estadía en Berlín, sobre todo en el momento de mostrarle, con lujo de detalles, el estacionamiento donde alguna vez se erigió la entrada al búnker del Fuhrer.

Hacia fines de la Segunda Guerra Mundial, Adolf Hitler y su esposa Eva Braun se suicidaban en las entrañas de un bunker en el jardín de la cancillería del Reich, mientras Berlín sucumbía bajo el asedio de los ejércitos aliados. Cumpliendo con sus últimas órdenes, sus cuerpos fueron consumidos por el fuego antes de la llegada del Ejército Rojo, evitando de esta forma convertirse en un trofeo para la victoria aliada. O al menos, según Hye-Su, así lo relataba la historia oficial. En 1947, con la ocupación soviética de Berlín del este, el búnker había sido explorado y fotografiado por dentro con la intención de documentar visualmente la última guarida de Hitler. Sus amoblados y sus diversas habitaciones, sala de juntas y despacho, fueron fotografiados minuciosamente, sir-

viendo años después para recrear en maquetas y diseños la verdadera apariencia y disposición del *Fuhrerbunker*. Siguiendo las órdenes enviadas desde Moscú, se procedió luego a detonar su interior y convertirlo en escombros. Pero los poderosos explosivos utilizados no pudieron cumplir su cometido debido al grueso espesor de las paredes de concreto, las cuales cumplían la función de proteger a los habitantes en el interior del bunker ante posibles ataques aéreos de gran envergadura. Tras fallar en su primer intento, el cual había desmoronado parte del techo de concreto de casi 3 metros de espesor sobre algunas pocas habitaciones, se decidió sellar la entrada con una poderosa explosión. Años después, la última guarida del Fuhrer quedaría sepultada bajo el hormigón de un inmenso estacionamiento, rodeado de burdos edificios, siendo olvidado por largos años. Luego de la caída del muro de Berlín y de la unificación de República Federal Alemana y de la República Democrática Alemana, algunos partidos propusieron en el parlamento la consagración del *Fuhrerbunker* como un monumento histórico, pero las diversas facciones partidistas acordaron en la necesidad de clausurarlo, poniendo fin a la posibilidad de convertirlo en lugar de adoración y peregrinaje de grupos de ultraderecha. Damián escuchaba atento el relato de su compañera mientras observaba como ésta posaba sonriente con los dedos en v junto al cartel descriptivo que había dispuesto el municipio de Berlín frente al estacionamiento tras la insistente búsqueda de aquel lugar por parte de visitantes alemanes y extranjeros a la ciudad.

El camino hacia la zona roja de Ámsterdam se hizo más corto de lo habitual debido al extenso relato animado de Hye-Su. Pronto se encontraron pasando frente a las vitrinas de mujeres exuberantes, quienes intentaban seducir con sus voluptuosos atributos a los transeúntes bajo la roja e incandescente luz de las farolas. Los bares y clubes nocturnos se encontraban atestados de visitantes ruidosos y las estrechas calles que bordeaban los canales, se encontraban atestadas de turistas puestos bajo los efectos de diversas flores, hongos o alcohol. Líneas interminables de bicicletas atadas a los postes o barandillas que cercaban los canales parecían demarcar el camino que podían seguir los peatones, mientras los pocos automovilistas y los muchos ciclistas con clara expresión de hastío se intentaban abrir paso en las angostas calles y callejuelas céntricas de la ciudad.

Se detuvieron frente a un gran cartel de neón con una flecha azulada y parpadeante que indicaba la entrada a un discreto bar dispuesto entre farolas rojas y vitrinas con bancos altos sin ocupar. Frente a la entrada, unos cinco hombres altos y fornidos que no debían superar la treintena, fumaban y charlaban animadamente moviendo con cada ademán, el contenido de sus pintas a medio vaciar. Haciendo ademán de haber encontrado el lugar para llenarse de cerveza, Hye-Su tiró de la manga de Damián en dirección al bar sin interrumpirse en su ardua descripción de la Puerta de Brandeburgo y sus inmediaciones.

Al abrir la puerta de entrada un intenso tufo caliente proveniente del interior les dio la bienvenida. A un

lado de la extensa y concurrida barra, hombres y mujeres de distintas edades bebían sentados en mesas repletas de jarras, vasos y ceniceros colmados, iluminados por una tenue y agradable luz led. Los barman se movían al acto, sirviendo los pedidos de sus clientes mientras una cajera cobraba las consumiciones en una esquina de la barra, moviéndose al ritmo ensordecedor de *Bad Guy* de Billie Eilish. Damián se quedó absorto viendo cómo una jovencita y un muchacho de su edad, mantenía la vista fija en el otro, moviendo la cabeza al ritmo de la canción sin emitir sonido alguno. Sus pupilas expandidas se escondían tras rostros inexpresivos y exhaustos, como si se hubiesen quedado observando el vacío por largo tiempo sin esperanzas de que ocurriera nada en especial. Sus vasos reposaban sobre la mesa aún llenos de cerveza, sin indicios de haber sido tocados siquiera.

—¿Qué tan puesto tenés que estar para quedar así? —se hizo oír sobre la música Damián, señalando con la vista a la pareja. Hye-Su rió, encogiéndose de hombros con expresión divertida.

Ambos tomaron el lugar de dos amigos que pagaban la cuenta y se iban riendo a carcajadas. Se respiraba un ambiente agradable en aquel bar libre de humo, por lo que no dudaron en tomar asiento. Luego de consultarlo, Hye-Su pidió en un inglés perfecto dos pintas de Heineken al barman más alto y corpulento de los tres que trabajaban esa noche. Tras escuchar las órdenes, confirmó con dos dedos en el aire la cantidad de cervezas pedidas, desapareciendo al fondo

de la barra, para volver al poco tiempo con dos chops rebosantes de cerveza espumosa. Ambos brindaron a la salud del otro y bebieron, librando sus sentidos al ambiente nocturno, la música a todo volumen y la frescura de la cerveza cayendo por sus gargantas. Las personas entraban y salían del bar, en parejas o grupos de chicos totalmente excitados y dispuestos a seguir bebiendo hasta desmayarse. Pronto el pequeño bar con algunas pocas personas, pasó a estar atestado de personas cantando, bailando y conversando animadamente.

—¿Y qué es lo que haces? —preguntó Hye-Su, haciéndose escuchar por encima del tumulto luego de haberse tomado de un trago la mitad de su pinta— No te lo he preguntado la última vez que nos vimos en Termini. ¿Cómo te has podido costear este viaje? Me imagino que si no ha sido barato para mi menos habrá sido para ti, ¿no?

—¿Qué querés decir?

—Bueno, de lo poco que sabemos allá en mi país acerca de Latinoamérica en general, es que no la están pasando tan bien, ¿o no?

Damián clavó sus ojos en su interlocutora, intentando descifrar el sentido de aquella pregunta. Se preguntó si se refería a la inestabilidad económica y política del país o si se figuraba que en su país aún vivían en chozas. Se había cruzado con algunos norteamericanos que le habían expresado, en el escaso español que manejaban, estar completamente seguros que Argentina y Brasil se ubicaban en el mismo

lugar del mapa. Ofuscado por aquel episodio, se había percatado de la poca noción que tenían algunos europeos sobre su país. No es que se pusiera en plan nacionalista, sino que percatarse de que su lugar de nacimiento no representaba significancia alguna para aquellas personas que, se supone, tienen, entre otras cosas, un supuesto mejor sistema educativo, le hacía replantearse muchas cosas en torno al papel que ocupaba Argentina a nivel mundial, el cual podría resumirse a ninguno.

—En realidad, desde que tengo memoria al menos, mi país atraviesa crisis tras crisis. Algunos la pasan mejor que otros, obvio. Pero con lo que a mí respecta, trabajo como Profesor de Literatura en algunas escuelas, y en otra soy preceptor. De ahí, junto con algo que me prestaron, me pagué el viaje.

—¿Preceptor? —preguntó Hye-Su, ladeando la cabeza hacia un costado.

—Es cómo… cómo un profesor que está ahí para cuidar a los chicos y hacer el papelerío que le mandan —consiguió explicar, escuetamente—. ¿No hay preceptores allá en tu país?

Hye-Su se llevó la mano a la barbilla y entornó los ojos, pensando. Debía de ser una figura un tanto problemática de representarse, pues se tomó demasiado tiempo para contestar. Finalmente, antes de contestar, se bebió de un trago lo que quedaba del vaso y lo depositó con un golpe en la barra. Llamó al barman inclinándose sobre la barra pulcra y lustrada hasta brillar incluso con la poca luz que emitían los leds y

pidió otra ronda para ambos. El barman, como soldado raso, obedeció a la orden y desapareció tras el tintineo de copas y los rápidos y agiles malabares que realizaban sus compañeros con sus respectivas cocteleras, para volver al poco tiempo con dos vasos nuevos llenos a rebosar de cerveza. Hye-Su no expresó palabra alguna, reposada en la barra y observando las cocteleras volar en el aire para caer con gracia sobre las ágiles manos de aquellos barman, hasta que tuvo en sus manos un vaso nuevo. Con cara de felicidad, volvió a sentarse y sonreír a su acompañante. Su sonrisa se desvaneció rápidamente, como cayendo en la cuenta de que había olvidado algo. Con una mano sosteniendo la pinta de cerveza y la otra llevada nuevamente a la barbilla, volvió a reflexionar durante un breve instante.

—Serías como un profesor de turno, supongo —dijo, tras pensárselo un largo rato—. No lo sé. De mi época en la preparatoria no recuerdo casi nada. Es como que, una vez fuera, mi cerebro, como si fuera una computadora, borró de su disco duro muchos archivos, podríamos decir.

—¿Acaso no la has pasado bien? —preguntó, cayendo en la cuenta de haberse expresado de una forma que no usaba habitualmente. Sonrojado, se sintió un idiota.

—No es eso —comenzó, dejando el vaso sobre la barra y sin quitar la vista de una pareja de enamorados besándose a unas mesas de distancia. El hielo de sus tragos en vasos largos, danzaba bajo las luces de neón azules de una forma un tanto hipnótica—.

Fue una época un tanto extraña para mí. Es una larga historia.
—Tengo tiempo. —sonrió Damián, dando un largo trago.

4.

La lluvia arreciaba con furia sobre los techos de las casas y las personas, cómo sombras en la noche, corrían velozmente intentando refugiarse en el reparo de los zaguanes, saltando charcos, en dirección a quien sabe dónde. Damián los observaba por el ventanal de su habitación mientras subrayaba fotocopias con un fibrón amarillo fluorescente sentado frente a su discreto escritorio de madera barnizada. Desde que se había mudado con su abuela, ese escritorio representaba el único objeto de valor que poseía. Lo había comprado en una feria a muy bajo precio con el primer sueldo cobrado tras patear calles repartiendo las revistas de diversas tiendas de electrodomésticos y artículos varios, sudando a chorros bajo los rayos del sol veraniego. Siendo lo primero que había adquirido con esfuerzo propio, pasaba largas horas frente al mismo, memorizando pequeñas columnas de textos obligatorios. La escuela había quedado atrás hacía ya varios años y el profesorado en literatura le absorbía una cantidad considerable de tiempo, por lo que equiparse del mueble en una habitación donde solo se encontraban dispuestas una cama y un placard resultaba no solo útil, sino estético. El escritorio dispuesto frente al ventanal brindaba otra perspectiva a la antes semivacía habitación.

Se quedó contemplando nuevamente la lluvia, inmerso en sus pensamientos. Recordó, observando las go-

tas caer, aquel extraño sueño que había tenido de niño. ¿Acaso fue un sueño? ¿Había ocurrido realmente? Se le erizó la piel de recordarlo. Se había sentido muy real. El terror. La niebla. La criatura. El pobre *mencho* exhalando el último suspiro aquella misma noche.

Desde aquel episodio hasta los últimos años de la secundaria no había vuelto a experimentar nada semejante a lo ocurrido en su niñez en la casa de sus abuelos. Con el pasar del tiempo, el terror que había sentido se transformó poco a poco en un efímero recuerdo a punto de esfumarse de entre los recovecos de su mente. Tan vago era que apenas mantenía alguna forma. Al tratar de hacer memoria, al tratar de reconstruir los hechos, muchas veces no lograba unir las piezas necesarias para darle forma al recuerdo y, finalmente, terminaba proyectando en su mente escenas hacia la mitad o mezcladas con otros sucesos que había vivido. Y mientras pasaba el tiempo más se iba dando cuenta que pronto aquella pesadilla tan real y vivida, aquellos eventos terroríficos y desafortunados, terminarían pronto por ser simples halitos evanescentes, productos con fecha de expiración en sus recuerdos. Era extraño que no pudiera mantener las imágenes unidas de aquel sueño. Por alguna extraña razón, su mente parecía rehusarse a continuar manteniendo aquella información a salvo.

En los últimos días de un noviembre húmedo, Damián se encontraba caminó a casa luego de no haber aprendido absolutamente nada en su clase de Histo-

ria en la escuela. Mientras el profesor se encontraba inmerso en una extenuante descripción de los hechos que desencadenaron el proceso revolucionario que llevaría a la emancipación de los pueblos americanos bajo el yugo de la corona española, Damián se había pasado la hora clavando la mirada hacia la nuca de Camila. Su cabello oscuro caía con gracia sobre sus hombros dejando su suave y largo cuello descubierto. Desde que cursaban juntos la primaria, Damián se había sentido atraído por su compañera pero nunca había tenido el valor de decírselo. Camila tenía la misma edad que él, pero era unos centímetros más alta y de una belleza floreciente. Desde que comenzaron a cursar la secundaria, había mudado lentamente de cuerpo, cómo una mariposa despojándose de su capullo, dejando atrás la figura infantil que había portado para comenzar a sacar un prominente pecho y tímidas curvas propias de la adolescencia.

Aquel cuerpo de jovencita, aquella sonrisa radiante y vivos ojos verdes habían terminado por enloquecer el corazón de Damián, aunque no fue el único. Pronto la vio rodeada de pretendientes mayores que ella, y no tardó demasiado tiempo hasta que se corriera el rumor de estar saliendo con un joven universitario. Por más que supiera que podían ser solo rumores, y a pesar de nunca haberla visto en una situación comprometida con algún otro muchacho, escuchar aquel rumor lo había desmoralizado demasiado, hasta el punto de abandonar completamente la idea de declararle su amor de alguna forma.

«No podes ser tan pelotudo.», repetía constantemente su mejor amigo al verlo dubitativo, sentado al sol contemplándola a lo lejos en cada recreo. Se habían conocido con Matías Kloster cursando el segundo año de secundaria y, a pesar de algunas diferencias en sus formas de ser y de interpretación, pronto trabaron una firme amistad.

Matías vivía a unas quince cuadras de la casa de su abuela, en una pequeña casa cercana al puerto de la ciudad. Los enormes tanques de YPF que almacenaban combustible se alzaban tras un grueso paredón como guardianes silenciosos del enorme complejo que ocupaba la empresa. Más allá, el rio silencioso mantenía su ritmo impertérrito. Desde que se había mudado a la casa de sus abuelos en la ciudad y había tenido la oportunidad de conocer a Matías, pasaba mucho tiempo por aquel barrio. Se sorprendió por lo rápido que su sentido del olfato se había acostumbrado al hedor constante de combustible que emanaban los depósitos. Matías, por su parte, ya ni siquiera lo sentía. Su nariz, según él, ya era inmune al olor. Lo cierto era que, algunas veces, uno llegaba al barrio y el olor a gasolina lo golpeaba en las fosas nasales. A su vez, Matías, con su metro setenta de altura, su cabello corto y peinado hacia el costado y su constante verborragia, le hacía olvidar muchas veces aquel hedor persistente.

— ¿Por qué no vas y se lo decís de una? —lo instaba cada vez que hablaban sobre el tema o, con ojo preciso, notaba que su amigo estaba pensando en ella— ¿Qué podes perder? Ya el no lo tenés. Vas, le decís lo

que sentís y si te dice que no, nos tomamos un vino. —dijo, divertido..

El sol les daba en la cara mientras fruncían el ceño intentando enfocar la vista en lo que sea que intentaran ver, tendidos en el patio de la escuela en un recreo que pintaban de eterno y resultaba comúnmente efímero. Sus compañeros se encontraban sentados en el piso como ellos, charlando de pie en las galerías que daban a las aulas o corriendo y golpeándose, sobre todo los niños de primer año. Algunos ya mostraban suciedad y rayones de birome en sus chombas blancas, sin darles demasiada importancia. Un grupo de chicas hablaban con un profesor joven mientras una preceptora ya entrada en años y de gruesas caderas separaba de un grito a dos alumnos trenzados en un pleito que claramente iba a llevar a nada.

—A veces no sirve de nada arriesgarse así. —reflexionó Damián luego de un breve período de silencio entre ambos.

—¿Y por qué no? ¿Te vas a pasar la vida con la duda? ¿Mirándola feliz con otros?

—A veces prefiero solo verla feliz, no importa si es conmigo —dijo, volteando a verlo—. Otras veces vuelvo a ser el mismo egoísta de siempre.

—Pará, Coelho. —rio Matías.

El timbre sonó nuevamente indicando que el recreo había terminado. Se quedaron un momento más bajo el sol, disfrutando de sus cálidos rayos hasta que los gritos iracundos de su preceptora los obligo a abandonar lentamente su descanso.

—¿Tenés miedo?
—No sé. Capaz.
—¿Capaz? Si o no, boludo. ¿Qué puede pasar si el no ya te dije que lo tenés?
—No es fácil encarar el miedo, Maty —comenzó Damián, poniéndose de pie—. Cuando uno toma decisiones así, que pueden influir en una relación, por más efímera que sea ésta, las cosas cambian. Ponele que me dice que no y se enteran todos. Voy a ser al que lo rechazaron. El que le tiró los perros y rebotó cómo loco. No quiero eso. Prefiero quedarme así. Así está bien.
Matías lo miró como si mirase a un loco.
— ¿Así vas a vivir tu vida? ¿Vas a tener la misma posición así con todo? Eso es de cagón.
—Cerrá el orto.
Las clases de química transcurrieron con normalidad. Una vez que sonó el timbre, Damián guardó sus útiles en su mochila y caminó hacia la salida de la escuela charlando con sus amigos. Matías contaba chistes negros relacionados con un muchacho gordo de su clase mientras Beto, un muchacho alto y desgarbado con una risa contagiosa reía a carcajadas y proponía otros. Pasaron por debajo de las galerías de mosaicos y columnas dóricas hacia la salida de la descomunal escuela normal, mezclados con la manada de niños chillones con guardapolvos blancos y mugrientos que se agolpaba hacia la salida. Una vez que se encontraron bajo el umbral de la entrada, se despidieron chocando las manos frente al busto del Padre de

la Educación y cada uno tomó rumbos separados. Matías marcó rumbo a su hogar frente a los apestosos tanques de YPF mientras Beto desencadenaba su bicicleta de las gastadas rejas de la institución. Damián, por su parte, no tenía nada más que hacer que ir hasta la casa de sus abuelos.

Fue al llegar cuando no encontró a nadie más que a su padrastro sentado en el sillón del living, mirando la tele. «Tu abuelo murió», dijo, apagándola con el control remoto. Tras pasar más de un año sin hablarse, esas fueron las primeras palabras que le dirigió. «Cambiate que te llevo al velorio», dijo, incorporándose de su asiento.

Su abuelo retornaba a la ciudad luego de varios días de controlar la cosecha cuando su camioneta se despistó y chocó contra otro automóvil que circulaba por la vía contraria. Había sufrido un infarto agudo de miocardio, falleciendo en el acto sobre el volante. Las otras dos personas que iban en el otro vehículo sufrieron heridas de gravedad, siendo internadas en el Hospital Urquiza, pero salvando sus vidas luego de una larga internación. Ver el cuerpo de su abuelo tendido en el ataúd bajo la luz de las farolas dispuestas en el velatorio erizo cada uno de los pelos de Damián. Su familia estaba quebrada. Aquel hombre que había reconocido como una figura masculina a seguir; quien lo viera crecer y le mostrara tantas maravillas mundanas yacía inerte frente a sus ojos.

Damián no llegó a conocer a su padre. Cuando sus padres se conocieron, su madre era una joven de diecisiete años que cursaba la secundaria en la misma escuela normal en la que hoy se tendía bajo el sol. Como toda adolescente de su edad, pasaba los días cursando en la escuela y saliendo con amigas y amigos. Cuando por fin llegaba el viernes, buscaba algún pretexto para pasar el fin de semana en casa de alguna amiga cuyos padres le brindaran mayor libertad. De ésta forma, su madre podía olvidarse por un momento de la apacible y rutinaria vida campestre y disfrutar de una noche de baile con amigas.

Fue en uno de estos boliches cuando conoció al padre de su futuro hijo. X era unos cinco años mayor que ella, aunque poco le importó aquella diferencia tan marcada de edad. Tenía la barba del mentón a medio crecer y el cabello peinado hacia un lado, aunque un tanto revuelto. Trabajaba de mecánico en un taller caído a pedazos frente a las calles de algún boulevard de la ciudad que no llegó a identificar por lo alto que estaba la música. El humo flotando en la oscuridad y los bajos de los parlantes generaban una atmosfera extraña en la que cualquier suceso podía distorsionarse de acuerdo a quien lo viviera y al nivel de alcohol que recorriera su sangre.

Ambos siguieron una relación oculta de las miradas inquisitorias de la sociedad, viviendo su amor de a ratos y a escondidas. Pronto los vómitos comenzaron a aparecer y, con ellos, la barriga comenzó a inflarse como un globo. Ambos entraron en pánico. Sin saber

bien que hacer, sin haberlo acordado con el futuro padre, su madre confeso toda la verdad a sus abuelos incapaz de seguir manteniendo el secreto ante los evidentes cambios en su cuerpo.

Según cuenta su madre, su abuelo subió a su camioneta Ford F100 roja desteñida y manejó con su escopeta *Akkar Churchill* en el asiento del acompañante. Siendo una ciudad pequeña, *pañuelo*, donde *todos se conocen con todos*, no le resultó nada difícil ubicar el paradero del taller del muchacho. Manejó por el boulevard siendo saludado a cada cuadra por los bocinazos de algún conocido que lo avistaba desde la otra vía, sin responder a ningún saludo. Estaba fuera de sí, *re caliente* como solía decir.

Cuando llegó al taller, caían los rayos del atardecer sobre un Renault 18 bordó sin la puerta del acompañante. Detuvo la camioneta sobre la vereda, subiendo el cordón, calculando los milímetros precisos para no estrellarse contra el automóvil estacionado, y bajó con la escopeta en la mano. Desaforado, con el ceño desencajado, bramó llamando a X desde el portón de entrada mientras intentaba cargar la bala en la escopeta. A los pocos segundos, sin entender bien que era lo que estaba ocurriendo, emergió desde las entrañas del taller la figura de un hombre entrado en años. Encorvado, con amplia barba canosa y un trapo engrasado en sus manos que hacía juego con su mameluco azul manchado por doquier de grasa y aceite, el aparente dueño del taller se tomó su tiempo para atender al iracundo ser que bramaba.

—¿Diga? —preguntó el hombre, forzando la vista bajo los enceguecedores rayos del sol.
Una figura se alzaba a pocos metros, con lo que le parecía ser un palo o algo parecido. Claramente, sin los lentes, no veía más que figuras borrosas.
—¿Vos sos X? —preguntó el abuelo de Damián a aquel ser que se erguía frente a él, lamentándose el no haber traído los lentes para ver de lejos.
—Si, ¿Qué necesita? —preguntó el hombre, quien aquejado por la sordera no había escuchado la pregunta y respondía por costumbre y cortesía.
El disparo hizo volar por los aires el espejo del Renault Clío que estaba arreglando el pobre viejo al momento de la visita de aquel viejo extraño y cabreado. La reconstrucción de los sucesos fue muy confusa para los medios locales. Algunas personas entrevistadas al azar opinaban que podía tratarse de un ajuste de cuentas, que el viejo debía de vender cocaína o debía plata y se la vinieron a cobrar a la fuerza. Otros pensaban que se trataba de un cliente enfadado por el precario trabajo realizado por el viejo del taller, mientras otros aseguraban que se trataba de una riña entre enamorados. Según los periódicos, testigos afirmaban incluso que el sonido del disparo llegó a escucharse hasta en Capital Federal, aunque, claro está, era completamente imposible. Los periodistas locales no presenciaban eventos similares todos los días, por lo que no escatimaron en recursos para enriquecer sus notas, aún cuando fuesen de escaso valor o poco verosímiles. Periodismo amarillista; sí que abundaba en el país.

Lo cierto era que el pobre mecánico se había logrado salvar de milagro. Pensando en que estaba siendo asaltado, el viejo mecánico se arrojó dentro del taller, tomó una llave cruz de la mesa de trabajo atiborrada de herramientas y, enfurecido por los destrozos del automóvil que estaba arreglando y sin siquiera reflexionar sobre el peligro que podía enfrentar con ello, corrió como pudo en dirección al hombre de la escopeta, blandiendo en el aire la llave de tal forma que le asestaría un duro golpe a su contrincante antes de que este pudiera recargar nuevamente el arma. El abuelo de Damián intentó, con mano temblorosa, insertar un nuevo casquillo en la ranura de la escopeta, pero sus esfuerzos eran en balde. Los dedos ya no respondían a las órdenes del cerebro, sacudiéndose furiosos sin dar respiro y soltando al piso las balas sin dar en la ranura. A pasos pesados y decididos el hombre pronto le dio alcance. Rápido de reflejos, atinó a lanzarle a las rodillas la escopeta y salir corriendo en ese preciso momento, ya preso del pánico. El mecánico gritó de dolor. « ¡La concha de tu madre!», le gritó sin dejar de perseguirlo.

Daban vueltas alrededor de la Ford F-100 y el Renault 18, insultándose mutuamente. La gente observaba desde la vereda de enfrente, o de pie en la puerta de su casa toda aquella locura desatada. Los automovilistas divertidos golpeaban sus bocinas, reduciendo la velocidad al pasar. Un patrullero, de los pocos que circulaban por la ciudad y pasaba por la zona, hizo sonar las sirenas al visualizar la escena. Los efectivos bajaron

del auto a toda velocidad y, al ver que la escopeta yacía en el piso, decidieron sin dudarlo reducir a ambos hombres que seguían corriendo e insultándose alrededor de los autos. « ¡Tírense al piso!» gritó uno de los efectivos desenfundando la pistola mientras el otro dejaba en el suelo el termo y el mate e imitaba a su compañero. El mecánico se acostó como pudo en el piso pero el abuelo de Damián siguió corriendo agitado, sin haberlo escuchado o percatarse de la presencia de los efectivos. « ¡Tirate al suelo, te dije!». Por fin dejó de correr y se giró para observar al efectivo apuntarle con el arma. El hombre alzo las manos y lentamente se fue poniendo de rodillas hasta quedar tumbado. Una vez en el suelo, fueron esposados y subieron a rastras al patrullero para disponer de las explicaciones necesarias en la comisaria. Uno de los policías tiró un poco de yerba en un cantero vacío y arrancaron el patrullero tomando nuevamente unos mates.

Esa fue la primera y única vez que algún miembro de la familia de Damián pasó una noche en el calabozo. Cierto es que causó un gran revuelo en la ciudad y la noticia se volvió la comidilla de los vecinos y el comentario obligado en la mesa de cualquier asado dominguero en familia. Zanjada la discusión, y entrando en razones, el pobre mecánico y el viejo Cañete llegaron al acuerdo de que el primero no levantaría cargos siempre y cuando el segundo pagase por los daños hechos al cacharro que se encontraba reparando al momento de la trifulca. Claro está que el diablo es sabio más por viejo que por diablo, por

lo que aparecieron varias partes rotas y chapas agujereadas en la cuenta que le pasó. El viejo Cañete prácticamente pagó por un automóvil nuevo. Sentado a la mesa frente a su familia más cercana, recordaría lo último que le dijo el viejo mecánico cuando fue a reclamarle semejante barbaridad: «Somos pocos, nos conocemos mucho.»

La noticia del hecho recorrió rápidamente la ciudad, llegando a oídos del padre de Damián. Ni lento ni perezoso, tomó sus cosas y desapareció de la ciudad con una rapidez envidiable. Nadie supo más nada del paradero de su existencia. Ni siquiera los padres, un matrimonio anciano, tuvo noticias del muchacho, o al menos eso fue lo que dijeron, tal vez por miedo a que el viejo Cañete tuviera una nueva oportunidad de completar su venganza. Sin embargo, nada de ello ocurrió. Madre e hija, impulsadas por consejo de los propios policías, le gritaron tanto al pobre viejo que desistió de cualquier intento de hacer contacto con el muchacho, quedando de acuerdo en que si él quería verlos él se pondría en contacto de alguna forma.

Los nueve meses pasaron rápidamente y, lejos de las miradas fisgonas y recriminatorias de la sociedad, nació finalmente el niño. Su madre lo llamó Damián, en honor a aquel personaje que llevaba un nombre similar en el libro de Herman Hesse que había terminado semanas antes del parto. Su madre lo crió mientras culminaba sus estudios e ingresó al magisterio como una profesión que podría mantenerlos económicamente a ambos para poder finalmente despegarse del yugo paterno.

La situación del campo de sus abuelos iba mejorando día a día, por lo que, si bien su madre comenzó a dar los primeros pasos hacia la independencia financiera, se tomó su tiempo. Damián vivió hasta su primer año de primaria en la gran casona de sus abuelos. Espacio había de sobra: cinco habitaciones, dos baños, una cocina completamente equipada y un gigantesco comedor repleto de muebles de roble en una casa de dos pisos que bien podría pasar como mansión modelo de cualquier terrateniente. Damián y su madre se sentían verdaderamente cómodos en aquel lugar. En la habitación de sus abuelos había una biblioteca de roble repleta de libros. Si se pone a pensar, tal vez allí podría encontrar el punto de partida de su afición por la lectura. Pasaba horas escuchando a su abuelo, sumergido al detalle en las aventuras de los marineros en busca de la ballena en *Moby Dick* o imaginando las vicisitudes y tragedias de la familia Buendía en el idílico Macondo de *Cien Años de Soledad*. De pequeño, y cuando no le leían o le enseñaban a leer, se pasaba horas acompañando a su abuelo a recorrer las amplias hectáreas que poseía, jugando entre los cultivos o sentándose bajo las sombras de un gran ombú, contemplando la vastedad de colores sembrados a su alrededor. Una niñez apacible, perturbada solo por los fugaces noviazgos de su madre.

Si se toma un momento para recurrir a su memoria, uno de los primeros recuerdos que le viene a la mente a Damián es el de ver a su madre hacer el amor. No debía de ser más que un bebe, pero recordaba nítida-

mente, como si hubiera pasado hace unos momentos, el cuerpo desnudo de su madre haciendo el amor con una figura sin rostro en una cama deshecha. Tal vez algún compañero de curso o muchacho que hubiese conocido un sábado a la noche. Sin hacer esfuerzo, incluso recordaba la calidez en la espalda del lienzo del sillón en el que se encontraba recostado, mientras en una enorme cama su madre
gemía y se abrazaba al cuerpo voluminoso de aquel hombre. Su embestida era cada vez más violenta, haciendo que los gemidos de su madre y los golpes de la cama contra la pared se volvieran completamente ensordecedores. Luego la oscuridad. Luego el silencio. Ya no recordaba absolutamente nada de lo que había ocurrido después, pero el recuerdo se encontraba vivo y latente en su memoria. Sin embargo, la frecuencia de aquellas escenas le hacía reflexionar sobre el hecho de que su madre no lo dejara al cuidado de sus abuelos sino que lo llevara consigo incluso a sus propias citas. Debía de ser bastante molesto para su acompañante tenerlo cerca, pero ella se negaba a alargar la distancia entre uno y otro, al menos por el momento. Esta necesidad de cercanía transmutaría tiempo después.

Antes de ingresar a la escuela primaria, Damián y su madre se habían mudado a una pequeña casa en la ciudad que sus padres habían comprado aprovechando la bonanza económica y los réditos de las cosechas de aquellos años. Era una pequeña casa de material y cemento que habían construido sobre un pequeño

terreno adquirido bajo un largo préstamo hipotecario. Construir llevó su tiempo, pero aseguró una cómoda vivienda donde madre e hijo disponían de habitación para cada uno. Con la mudanza a la ciudad, su madre no perdió tiempo en matricularlo en la escuela normal donde había egresado y tomado un cargo como maestra, por lo que podía llevarlo y traerlo a la institución con comodidad y sin apuros.

Damián recuerda como por el camino de entrada de aquella casa desfilaron las siluetas de hombres de diversa estatura y tamaño. Sus rostros se entremezclan y desfiguran en las profundidades de sus recuerdos, pero el sentimiento de tenerlos allí presentes, deslizándose por entre las sabanas en la contigua habitación de su madre, fumando a un costado de la ventana o tirando de la cadena del inodoro seguía latente en su memoria. Hombres que llegaban impulsados por meras necesidades carnales, motivados por una sed insaciable de deseo y placer que solo podía extinguirse bebiendo del cuerpo de aquella mujer que no guardaba recaudo alguno en ser vista u oída por el fruto de su vientre. Damián solía encerrarse en su habitación y taparse los oídos con su suave almohada para evitar escuchar sus gemidos bajo el tacto de un hombre distinto cada vez, penetrándola, llevándola al éxtasis del placer. El sexo, para el joven Damián, llegó a su vida de una forma precoz, aunque él tardaría aún demasiado tiempo en experimentarlo y comprenderlo.

Los años pasaron y pronto su madre se comprometió con Rubén, un hombre robusto que rayaba la trein-

tena. Camionero de profesión, solía estar poco por la casa que antes compartiera solo con ella. Pareció un buen hombre al principio, cariñoso, trabajador. El casamiento se llevó a cabo, como de costumbre en la ciudad, en una pequeña pero elegante parroquia donde la galante pareja vestida de traje y punta en blanco expresó su deseo de pasar el resto de sus vidas frente a familiares y amigos que vitorearon al unísono el hermoso momento celebrado. Todos parecían felices con la unión. Incluso Damián lo fue, bailando en la celebración con su madre con una sonrisa enorme pintada en los labios. Vestida con su traje de novia, reía y daba vueltas en medio del salón al ritmo de una tras otra cumbia. Nunca la había visto tan feliz.

Dicen que para conocer a alguien, verdaderamente conocerlo, basta con dejar pasar el tiempo. Es el tiempo el determinante que ayuda a conocer a las personas en profundidad, como un silencioso testigo que susurra pidiendo paciencia. El año del matrimonio pasó fugazmente y la vida apacible de los tres fue sorprendida por el embarazo de su madre. La noticia tomó a Damián por sorpresa. Cuando recién estaba haciéndose a la idea de que iba a pasar a ser un hermano mayor para alguien, las sorpresas crecieron en proporción. Tras cinco meses de embarazo, la ecografía mostraba que en el vientre de su madre se movían dos pequeños fetos en distintas bolsas. Su madre esperaba mellizas. La casa que en otros tiempos le parecía adecuada para la vida apacible de ambos se iba encogiendo más y más. Haciendo espacio como

podían, se las apañaron para caber todos. Su cuarto, santuario de su privacidad y refugio contra las visitas indeseadas, pronto rebosó de cunas, juguetes, osos de peluche, sonajeros y mamaderas que iban recibiendo de amigos y parientes. Damián se sentaba a diario, a oscuras, contemplando con lo que la luz de la luna lograba tocar a través de la ventana todo aquello que interrumpía la frágil existencia que antes caracterizó su habitación, su lugar en el mundo en el que a diario despertaba, caminaba, se desenvolvía. Resignado, aceptó el cambio inevitable, abrazándolo, comprendiendo que no era el momento de objetar nada.

La relación con Rubén se deterioró radicalmente una vez que las mellizas llegaron al hogar. Antonia y Mariela llenaron la casa de llanto, ruido y olores que antes no invadían su hogar, pero aprendió con el tiempo y esfuerzo a quererlas y aceptarlas, ayudando a su madre en la crianza de éstas en ausencia de Rubén por sus constantes viajes hacia Buenos Aires y otras provincias. Fue en uno de sus regresos a casa cuando Rubén volvió transformado. Comenzó a beber más seguido y a apartarlo comúnmente de sus planes, al punto de pretender ignorar su existencia por completo. Solía aparecerse borracho por las noches y criticarlo frente a su madre, buscando cualquier pretexto en su día a día que le diera pie a burlarse de él. Su madre mantenía un silencio pasivo y cómplice ante estas situaciones que se repetían continuamente, como si no quisiera complicar aún más las cosas. Cuando optaba por defenderse, era en ese momento

cuando su madre despertaba del letargo y lo mandaba callar. «No se le contesta a los mayores» y «Pendejo insolente» solían ser frases recurrentes a la hora de una discusión. Pronto, como influenciada por las palabras de su marido, la relación con su madre se enfrió paulatinamente, reduciéndose a atender los cuidados básicos para su subsistencia. Ya no hablaban ni compartían tiempo juntos; las niñas y las borracheras de su marido se habían convertido en el motor de sus preocupaciones. Damián sufrió mucho durante toda su infancia el ambiente que se vivía en su hogar. Cualquier acción, cualquier nota que sacase, cualquier idea o duda que compartiera era motivo de reproche y burla de la boca de aquel hombre, secundada bajo el silencio gélido de aquella mujer transformada.

Los años formaron finalmente a un adolescente huraño en su hogar y lleno de resentimiento. Pero también formaron a un muchacho robusto, solitario y pensativo. Cuando no estaba con sus amigos, los libros se constituyeron como única fuente de evasión de la realidad de su hogar. No era raro encontrarlo encerrado en su cuarto sumergido en la lectura de alguna obra recomendada por los docentes o tomada bajo préstamo de la biblioteca. Una noche, mientras se encontraba leyendo *El Señor de los Anillos*, libro que le había prestado un compañero de la escuela fanático de la saga, sintió el hedor a vino característico de Rubén deslizarse como una sombra errante fuera de su habitación. La luz del pasillo ensombrecía su figura rechoncha apoyada en el umbral. Amenazante, sin mediar palabra, avanzó hacia

su cama. Sus pesados pasos resonaron uno tras otro sobre el piso flotante. Sus dedos se cerraron sobre el libro y tiraron violentamente hacia donde se encontraba, quitándoselo de sus manos.

—¿Qué es esto? —preguntó, dándole vueltas e intentando enfocar la vista en el título del libro— ¿A quién se lo choreaste?

Damián no había robado nunca nada en su vida, por lo que sintió aquella acusación como una ofensa imperdonable, tanto más viniendo de un ser tan detestable. No era la primera vez que inventaba algo sólo para generar un conflicto, ofenderlo o reírse de él. Ya estaba más alto y sus hombros más anchos. Ya no le daba miedo trabar pelea con aquel abusivo. Pero debía controlarse. Después de todo, por más que lo aborreciera, era el padre de sus hermanitas. Había madurado lo suficiente como para contenerse. Controló sus impulsos como pudo antes de mirarlo a los ojos, intentando que la ira no se le notase demasiado en el ceño.

—No lo robe. Me lo prestaron. —contestó, apretando los dientes.

—¿Quién te lo prestó?

—Un amigo.

—¿Qué amigo?

—¿Para qué querés saber eso si no conoces a ninguno? —contestó, desafiante.

Rubén arrojó con fuerza el libro hacia la esquina de la habitación. El libro choco contra la pared y cayó al piso con estrepito. Damián siguió la trayectoria del libro, reteniendo la cólera en su interior. Aquel ser que

vivía provocándolo y despreciándolo se erguía amenazante frente a él, con una mueca en la cara de regocijo tras aquella insólita e innecesaria acción. Provocaba. Vivía provocándolo. En medio de su lucha por retener sus impulsos, algo se quebró en su interior. Algo que manaba por salir desde hacía mucho tiempo y que el autocontrol bregaba por encerrarlo. Sabía que ya no se iba a aguantar por mucho más tiempo.

—Siempre estás perdiendo el tiempo en estas pelotudeces vos. ¿Cuándo mierda vas a aprender a hacer algo, inútil de mierda? ¿Por qué no salís a cortar el pasto o a lavar los plato vo', pedazo de vago?

Sabía que mentía. Sabía que no había platos que lavar y que el pasto estaba corto porque él mismo le había pasado la cortadora el fin de semana. Buscaba una excusa. Un motivo para joderle la tarde, nada más. Se miraron fijo a los ojos, desafiantes. La frialdad de sus miradas congeló aquel momento en la memoria de Damián. Fue en ese momento donde decidió que ya nunca más iba a controlarse, a silenciarse, para no hacer sentir mal a los demás.

Rubén no dijo más. Tras eructar, se dio media vuelta y caminó hacia la puerta.

—Acá el inútil sos vos, borracho de mierda.

Su padrastro se dio la vuelta, incrédulo por lo que había escuchado. De pie, Damián lo observaba con visible hostilidad en su rostro. Sus manos se cerraban en puños preparados para cualquier cosa que viniese. Era la primera vez que le había contestado alguna agresión a aquel ser nefasto, por lo que no sabía que podría pa-

sar luego. Se sentía como si pisara un terreno nuevo, inexplorado. Comenzó a entender el miedo de los hobbits a todo lo que existía más allá de la comarca.
—¿Estás en gallito, gurí? —preguntó, acercándose lentamente— ¿Querés pelear, putito?
—Quiero que me dejes en paz.
Rubén se acercó aún más a Damián, al punto de estar frente a frente. Podía sentir el olor a alcohol que despedía de su boca. Sus ojos cansados e inyectados de sangre mantenían una mirada vacía, pero cargada de hostilidad y prepotencia.
—Quiero que me dejes en paz —repitió en tono burlón—. Hace algo. Nos la pasamos laburando con tu mama. ¿Vos que haces?
—Voy a la escuela.
—Voy a la escuela.- repitió con tono de burla.- A tu edad yo no iba a la escuela. Laburaba en los arrozales y mira como salí. Empezá a trabajar, zángano.
—Yo no quiero ser como vos. Yo voy a ser alguien, no un camionero borracho de mierda.
Un fuerte golpe en el rostro lo empujó hasta sentarse en la cama. Ante la sorpresa, el dolor tardó en llegar, manifestándose un fuerte ardor en el oído izquierdo y la mejilla. De improvisto, su padrastro lo había golpeado con la palma de la mano abierta, con tal fuerza que él mismo se sorprendió de lo que había hecho.
Damián reaccionó rápidamente. Impulsado por una terrible ira, sin perder tiempo se arrojó hacia el cuello de su padrastro. Tirándolo al suelo y sentándose encima de aquel obeso cuerpo, comenzó a apretar

su cuello con todas sus fuerzas. Sus dedos se cerraban en su carnoso cuello como tenazas, asfixiando a su oponente como si fuese una boa constrictora mientras con un pie libre pisaba un brazo paralizándolo, dejándolo indefenso. Desesperado, sin poder soltarse, comenzó a golpear a Damián con su brazo libre, en torpes intentos de librarse de su agarre. Damián apretaba más. Cada vez más. Sentía como Rubén buscaba desesperado una bocanada de aire, golpeando con cada vez menos fuerza. Sus ojos se desorbitaban mientras sus mejillas se ponían cada vez más coloradas. Damián estaba fuera de sí, tomando venganza por años de malos tratos de aquel intruso que le había quitado no solo la casa, sino también la estima y el cuidado de la persona que alguna vez quiso con mayor fuerza en este mundo.

Algo en él lo hizo recapacitar. «Pará. Lo vas a matar», pensó. Observó nuevamente el rostro de aquel hijo de puta, y lo soltó. Su padrastro tosió desesperado, intentando recobrar el aire que le había sido arrebatado. Su cara colorada y redonda parecía un globo, tendido hacia un lado, intentando recuperar el aliento.

«No vales la pena», sentenció Damián, incorporándose y dirigiéndose lentamente hacia la puerta. Salió de su casa sin llevarse nada, sintiendo los alaridos y provocaciones de su padrastro tan lejanos que parecía que alguien iba bajando el volumen de un televisor lentamente. Caminó sin destino fijo, atravesando calles y personas en un silencio insólito, como si el mundo se hubiese apagado junto con los gritos de

aquel hombre. Al pasar frente a una heladería, una niña se le quedó mirando. No debía de tener más de ocho años y agarraba con fuerza un cucurucho de dulce de leche sentada en una silla fuera del local. Al momento de pasar a su lado, la niña levantó la cabeza y se quedó observando el triste semblante de Damián hasta que sus miradas se cruzaron. La niña movió los labios, intentando comunicarle algo, pero su boca no logró emitir sonido alguno. Damián preguntó qué era lo que había dicho pero, nuevamente, no pudo escuchar el mensaje de la niña. El mundo verdaderamente se había vuelto mudo. ¿O tal vez él fuese el sordo? Sin mediar más palabras, sonrió a la pequeña y siguió caminando, tocándose los oídos, ensimismado en sus pensamientos. Sentimientos e ideas se entremezclaban como dentro de un torbellino en la mente de Damián sin darle forma clara a ningún pensamiento. Parecía que mil voces hablaban al mismo tiempo a los gritos en su cabeza, intentando a duras penas ser escuchadas sin lograrlo. Mientras ellas hablaban y se superponían, una idea cruzaba aquel hervidero y se imponía frente a otras hasta lograr ser escuchada: ¿Por qué el silencio?

Damián le dio vueltas al asunto una y otra vez. No podía ser que por un solo golpe en el oído alguien quedara sordo. Ni siquiera era un golpe de una fuerza excepcional. Aquello no podía ser producto de una pelea. Debía tratarse de otra cosa. ¿Pero de qué?

¿Acaso su cuerpo reaccionaba diferente al de los demás?

¿Acaso aquella anomalía había llegado para quedarse?

Sin planearlo, como si sus pies tuvieran vida propia, Damián se encontró pronto de pie frente a la puerta de entrada verde de la casa de Matías. Tocó timbre, sin escucharlo, sumido en el silencio que el mundo y las circunstancias lo habían envuelto. Esperó unos minutos mientras observaba como el sol se escondía en el horizonte y sus últimos rayos iluminaban una tarde sin nubes en el cielo. La luna menguante ya se alzaba en el firmamento celeste, dispuesta a dar inicio al anochecer en cualquier momento. Cuando volvió sus ojos a la puerta, Matías se encontraba de pie frente a él. Llevaba unos joggins azules y una remera con la calavera, la pistola y las rosas cruzadas de los *Guns and Roses* en el pecho. Movió los labios, como intentando expresar algo que Damián no lograba captar.

—No te entiendo. —logró decir casi a los gritos a su amigo, quien lo miraba con aire extrañado. El vacío que sentía pronto fue cediendo y sus oídos, como si de una radio se tratase, comenzaron a captar las interferencias de las frecuencias a su alrededor.

—¿Digo que qué te pasó en la cara?

Cómo si alguien o algo le hubiesen quitado un enorme tapón atorado en la profundidad de sus oídos, la audición le volvió tan rápido como le fue arrebatada. Escuchó tan vivamente la voz de su amigo como los sonidos de la intemperie. Los autos pasaban a lo lejos por alguna de las calles circundantes mientras que un vecino escuchaba *Los Palmeras* con el volumen del equipo de música a pleno. Un perro con la cola crispada pasó por la vereda de enfrente ladrando a

toda velocidad a un motociclista que lanzaba patadas desesperado sin atinarle al hocico. Sonrió ante el contexto tan propio como mundano, sintiéndose como reincorporado a un mundo al que por un momento sintió ajeno, pero dejó de hacerlo. No había durado mucho aquel episodio pero pronto podría repetirse. O tal vez no.

—No me vas a creer lo que pasó.

Pasó aquella noche en lo de su amigo, charlando, debatiendo acerca de lo que había ocurrido y estableciendo la mejor forma de actuar en consecuencia. La madre de Matías lo tenía en estima y no vaciló en invitarlo a quedarse a cenar y pasar la noche. Después de todo, era viernes y no había escuela al otro día, por lo que no presentaba ningún problema. Damián mintió diciendo que su madre le daba permiso, por lo que zanjó el asunto en un momento.

Agobiados por la edad y los recurrentes controles médicos que acompañan los años, sus abuelos maternos habían decidido invertir en una propiedad en la zona céntrica de la ciudad, adquiriendo una enorme y fría casa. Una vez instalados, su abuelo viajaba hacia el campo diariamente para controlar la siembra y cosecha de la soja, a cargo del nuevo *mencho* de la estancia, un jovencito morrudo y vigoroso, sobrino del anterior trabajador rural que no tuvo problemas en aprender el oficio de su tío. Debido al viaje y diversos inconvenientes, se fue haciendo recurrente que pasara noches sucesivas en la enorme casona que tenían en el campo a varios kilómetros de la ciudad, en compañía del nuevo capataz al cual

instruía cada tanto. Con ello prevenían accidentes en la nefasta ruta 14 debido tanto al estado de la ruta como a su avanzado deterioro visual.
Dado que su abuela pasaba largas noches sola en su casa y la relación entre su padrastro y Damián empeoraba día a día, no fue mala idea mudarse al centro de la ciudad por un tiempo hasta que las aguas se calmaran. Luego del suceso, decidió tomar sus cosas e irse a vivir con su abuela. Su madre estuvo de acuerdo, inquiriendo que le haría bien tomarse un tiempo para reflexionar sobre lo que había pasado y cuidar así de su anciana madre. Damián calcula que ese fue el punto de inflexión en su relación con su madre, llenando aquel vacío entre ambos con indiferencia y distancia.
Es así como Damián terminó viviendo con sus abuelos, en relativa paz y tranquilidad hasta el día del funeral.

Cuando trajeron el cadáver para velarlo, sus familiares se agolparon alrededor, llorando, hablando por lo bajo, consolándose el uno al otro. La funeraria se había colmado de personas que Damián no solía ver demasiado y otras que bien no había visto nunca.
Observar a su abuelo solo una vez había sido suficiente. Damián mantuvo distancia, incapaz de acercarse al cuerpo de lo que alguna vez significó algo cercano a una figura paterna. Sentado en un sillón, aislado de sí mismo, recibía como un autómata los abrazos y pésames de sus familiares y amigos mientras un dolor sórdido en el pecho hacia estragós por dentro. No podía llorar. No era el momento.

Por la noche, en bicicleta, llegaron Beto y Matías. Beto vestía unos joggins negros de Adidas, una remera blanca que le quedaba grande y alpargatas oscuras, mientras Matías, por el contrario, llevaba una camisa de manga corta a cuadros rojos y negros sin abrochar, mostrando una remera negra con la inscripción de los *Guns And Roses*, unos jeans azules ajustados y mocasines. Dejaron las bicicletas en la calle y saludaron a los familiares de Damián al entrar, dando su pésame. Al llegar, por fin, los tres se abrazaron.

—Que cagada, hermano —dijo Beto—. Lo siento mucho.

—¿Cómo se enteraron? —preguntó Damián, consternado al verlos—. No le dije a nadie todavía.

—Boludo, esto es un pañuelo —dijo Matías, sonriendo—. Acá se sabe todo.

Ambos tomaron asiento en el robusto y desgastado sillón color crema del salón velatorio mientras observaban como una mujer que nunca había visto Damián lloraba desconsolada, abrazada al hombro de otro hombre.

—¿Quién es esa señora? —preguntó Beto, intrigado.

—Ni idea. —respondió Damián, moviendo la cabeza en gesto negativo.

—¿Y el tipo ese?

—Ni idea.

—¿Qué no conoces a toda tu familia? —preguntó Matías, frunciendo el ceño.

—Ni idea.

Los tres rieron a carcajadas, molestando un poco a unos ancianos recostados en un mullido sillón cerca

de ellos. Sus miradas de soslayo denostaban lo desubicado de sus risas. « Ya fue», pensó Damián. «Cada quien siente las perdidas como quiere».
Los tres amigos charlaron sobre nimiedades hasta bien entrada la noche. Beto se despidió de sus amigos bajo la luz de los postes, pedaleando rumbo a su casa. Matías decidió pasar la noche con su amigo. Había acordado con su madre que pasaría la noche apoyando en ese momento tan difícil a Damián, por lo que se dispuso a estar con él hasta el amanecer. Hacia las nueve de la noche comieron una pizza en una rotisería cercana. Al volver, la mitad de las personas que se agolpaban frente a su abuelo habían desaparecido, prometiendo acompañar a la familia en el funeral por la mañana.

Erguida frente al ataúd, acariciando la frente de su esposo, su abuela se rehusaba a abandonar su puesto, firme como un granadero, como esperando que despertara y la abrazara, diciéndole que todo estaría bien a partir de ese momento, que todo era una intrincada broma. La madre de Damián, envuelta en continuas lágrimas y acompañada por su esposo, se encontraba sentada sobre sendos bancos acolchados cerca de ella. Damián la observaba desde lejos, triste y admirado por el majestuoso temple que mostraba su abuela ante tal fatídico suceso y preguntándose como él mismo aún se veía incapaz de llorar. Impasible y noble, aquella viuda saludaba y contenía a todo aquel que se acercaba a mostrar sus respetos sin dejar rodar lágrima alguna por sus mejillas. «Tal vez es cómo si ninguno de los dos pudiera mostrarse frágil frente a los

demás. Tal vez compartimos eso: sentimos una gran tristeza pero no podemos dejar que otros la vean.» reflexionó Damián, ensimismado en sus pensamientos.
—¿Por qué será que no puedo llorar todavía? —preguntó Damián, dejando escapar una de sus cavilaciones sin quererlo.
Matías lo miró de reojo mientras se sacaba un orégano de los incisivos con las uñas. Se tomó un instante para pensárselo mientras observó a la viuda hablar con su la madre de su amigo.
—Todos nos expresamos distinto —resolvió sin desviar la mirada Matías—. Capaz necesitas tiempo para procesar todo.
—¿Cómo una computadora? —bromeó Damián.
—Si, ponele —rio, mirándose ahora sus pies—. O capaz tenés miedo de que te vean llorar. Hay gente que no le gusta que los vean llorar.
—Llorar es para nenas.
—Llorar lloran todos. Hasta los más machos lloran.
Damián clavó la vista en sus zapatillas. Los ojos se le nublaron poco a poco, secándoselos con la mano.
—Tenés razón —respondió, sorbiéndose los mocos—. Si te pones a pensar todo el mundo llora. No sé porque me contengo.
—Largalo cuando te salga, nomás.
Una moto pasó detrás suyo, por la calle a toda velocidad. El caño de escape, recortado, sonó atronador dentro del recinto, pero nadie pareció inmutarse por ello. A Damián le pareció un aviso publicitario antes de seguir con el programa habitual.

—Hoy en vez de pensar en mi abuelo, pensé bastante en Camila. Sé que es re egoísta esto y que tendría que estar pensando en toda esta situación, en lo que perdí, pero no lo puedo evitar. Siento dolor por las dos cosas.
—Esa gurisa no es para vos, amigo. Ya está, ya fue. Vas a conocer más y mejores. No te va a dar la bola que querés nunca. ¿No vale la pena ponerse mal por algo que nunca fue, no? Yo no me enrosco y no sufro. Somos gurises. ¿Sabes la de minas que falta por conocer? Ya fue, amigo.
Ambos se quedaron en silencio un momento. Damián se secó los mocos y suspiró.
Suspiró largo y profundo.
—Ya fue. —dijo Matías, golpeándole la rodilla con la palma de la mano.
—Ya fue. —respondió mirando el techo.
La medianoche llegó a mitad de un análisis acerca de las proporciones del culo de una compañera de clases. El sueño comenzó a pesarle en los ojos, pero desistió a la tentación de dormirse allí mismo. O al menos así lo creyó.

5.

Parpadeó. O tal vez creyó que lo hizo.
La sala velatoria había desaparecido. Frente a él se levantaba una ciudad destruida. Sus edificios, algunos de ellos convertidos en escombros, se erguían inclinados, llenos a agujeros humeantes que dejaban entrever sus entrañas y enormes cables colgando y chispeando paulatinamente. Enormes pantallas publicitarias colocadas en los techos de edificios que se mantenían a duras penas en pie proyectaban incansable estática. Erguido en lo que alguna vez había sido una tumultuosa y transitada arteria de una enorme e imposible ciudad, plagada de automóviles y camionetas abandonadas a su suerte, Damián observaba incrédulo un paisaje apocalíptico digno de una película de guerra. Algunos semáforos que colgaban de inestables cables cambiaban paulatinamente de rojo a amarillo y verde mientras otros, con sus luces apagadas como ojos entrecerrados, parecían observadores inertes y silenciosos intentando no importunar la soledad que transmitía el paisaje. A lo lejos, un obelisco, como un titán dormido de pie frente a un escenario de caos y destrucción.
Sin comprender del todo que era lo que estaba sucediendo o como había llegado desde la funeraria hasta aquel lugar, Damián comenzó a caminar lentamente en dirección al obelisco todavía en pie a algunas cuadras de distancia. Por alguna razón, aquel parecía

ser un sitio aún seguro dado que no estaba destruido como el resto de los edificios que lo rodeaban. Parecía mantener un área libre de la catástrofe que había golpeado a la ciudad. El cielo en penumbras lanzaba destellos intermitentes sin emitir ruido alguno, iluminando con sus ráfagas de luz los despojos a su alrededor. Le pareció una tormenta de rayos y truenos incesante e insonora, algo que nunca había visto ni en la ciudad ni en el campo de sus abuelos. A medida que avanzaba por la ancha avenida llena de pozos y cráteres, se escabullo entre los coches estacionados mirando en su interior, pero no pudo encontrar a nadie. Todos estaban vacíos.

Comenzó a llamar a los gritos a quienquiera que estuviera cerca, pero fue en vano. Sus gritos no obtuvieron mayor respuesta que el eco burlón de sus palabras. Se sintió abandonado en un mundo sumido en el silencio. Comenzó a caminar más de prisa y pronto los coches quedaron atrás. Un estruendo detrás suyo lo hizo girarse solo para ver la nube de polvo suspendida en el aire por un caño de acero galvanizado que se había desprendido de las ruinas de lo que una vez fue un imponente edificio. El ruido seco que produjo al caer resonó a su alrededor, retornando en un eco que se iba apagando poco a poco como si en verdad no se encontrara en una ciudad abierta y vacía, sino en un pasillo estrecho y solitario.

La avenida se mostraba vacía rodeada de escombros y edificios destrozados. Junto a un poste de luz, una chica se encontraba sentada en una silla de roble.

Sentada sobre un mullido asiento tapizado rojo bermellón, con los brazos apoyados en su posa brazos del mismo tono observaba impasible el lejano obelisco. Tras avanzar hasta encontrarse prácticamente a pocos metros de distancia de ella, reconoció a Camila sentada, ensimismada en sus pensamientos, observando fijamente su objetivo con la mirada expectante, como testigo de algo que pronto ocurriría y que le era imposible descifrar o perderse en ese momento. De jean gris oscuro, remera azul y zapatillas de lona negras, se mantenía quieta, imperturbable del contexto en el que se hallaba.

Caminó hacia ella. Las luces de la tormenta iluminaban y oscurecían el cielo y sus alrededores como si de una lámpara oculta en las tinieblas proviniesen. En la medida en que se acercaba a ella, las luces de los postes se apagaban a su paso, hasta dejar en penumbras a toda la avenida. De los edificios no asomaba luz alguna, solamente alumbrados continuamente por el destello del cielo. Solo la luz del poste que iluminaba a Camila seguía funcionando, haciendo resplandecer su rubia cabellera que caía por su espalda. Se posó detrás de ella sin disimular su presencia, aunque le pareció que no se había percatado de encontrarse acompañada. Las puntas de su cabello se movían de un lado a otro, como si una brisa inexistente los empujara suavemente. Sin pensarlo mucho, estiró un brazo y tocó con sus dedos el pequeño hombro de la joven, llamándola.

La muchacha pegó un salto en su asiento. Sus cabellos salieron disparados por doquier, flotando en

el aire por un breve e increíble momento en el que su rostro asombrado pareció, bajo las luces del farol, más hermoso de lo que nunca lo había visto. Tras levitar un instante sus cabellos cayeron desplomados por la fuerza de la gravedad, volviendo pronto a su estado natural. Así también lo hizo su semblante. Ya no tenía la mirada perdida sino que había vuelto a ser la misma de siempre.

—¡Damián! —exclamó Camila con cara de asombro—. ¿Qué haces acá? ¡Sobreviviste!

—¿A qué? —preguntó consternado, mirando hacia todos lados— ¿Qué pasó?

Sus ojos volvieron a cambiar nuevamente. Su mirada desvaída y apesadumbrada lo observaba como ajena a todo lo que la rodeaba. Parecía presente y al mismo tiempo abstraída de alguna forma de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. En cambio, Damián se sentía totalmente presente. Aquello que estuviese ocurriendo, sea lo que fuese, lo percibía demasiado real, autentico. Estiró una mano y tocó el poste de luz. Sintió su textura fría y metálica en la punta de los dedos, apartándolos asombrado. Estaba allí, en ese preciso momento, en aquel insólito lugar salido de alguna película de Hollywood. Y al mismo tiempo, por alguna razón, sabía que no lo estaba. No podía ser que apareciera en aquel lugar de pronto, así como así.

¿O sí?

El poste los dejó inesperadamente a oscuras para ser reemplazado por una intensa luz incandescente proveniente del cielo infinito que partía las tinieblas

en dirección a aquel devastado mundo. Enceguecidos por un momento, repararon pronto en que no era la luna abriéndose paso a través de las espesas nubes, sino que algo gigante flotaba por encima de ellos. Algo que cubría el cielo casi por completo, cubierto de pequeñas luces parpadeantes que giraban en el sentido de las agujas del reloj. Los cabellos de Camila volvieron a alzarse al cielo, pero esta vez con inusitada fuerza, como siendo reclamados por aquel objeto en el cielo. Como si aquella cosa expulsara una corriente de aire, la basura y el polvo a sus pies comenzó a levantarse y ser expulsada violentamente.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó a los gritos Damián, tratando de observar la enorme nave a través de la enceguecedora luz que emitía.

La mirada de Camila seguía en otro mundo, desprovista de presencia alguna. El polvo comenzaba a levantarse a su alrededor, siendo barrido por el aire expulsado por la nave. Sus cabellos y sus ropas se sacudían violentamente y las luces de las farolas comenzaron a parpadear ininterrumpidamente a medida que la nave intentaba posicionarse sobre ellos.

—Me llaman. —consiguió decir a medida que sus pies se iban desprendiendo del suelo, como siendo absorbida lentamente por aquel objeto que ocupaba la inmensidad del cielo.

Damián dudo por un momento que hacer. Su mente formulaba a toda velocidad interrogantes sin encontrar una respuesta correcta para todas. ¿Tendría que dejar pasar lo que sea que estaba sucediendo en ese

momento o debería actuar frente a ello? Si dejaba que la llevaran, ¿podría por sí solo salir de aquel lugar en el que se encontraba? Las circunstancias se presentaban perturbadoramente extrañas, y a su vez similares a aquellas acontecidas en su niñez. Recordó al *mencho* en aquel momento y aquel extraño sueño que compartió —o pareció compartir, no estaba seguro— con él. «Esto debe de ser un sueño», reflexionó. ¿Pero pasaría lo mismo que en el sueño del *mencho*? Si despertaba, ¿Camila moriría?

Sin meditar mucho más y de improviso, tiró con fuerza de la muñeca de Camila logrando bajarla de su estado de levitación sin mucho esfuerzo y comenzó a correr arrastrándola consigo. A donde corría, no lo sabía muy bien, pero cualquier lugar lejos de allí le resultaba perfecto. Tenía que encontrar la forma de despertar sin que le sucediese nada a ella.

—¡Para! ¿Qué haces? —preguntó Camila, consternada.

—No es seguro acá —respondió sin dejar de correr aferrado a su muñeca—. ¿Qué mierda es eso?

—¡No sé!

—¿Y para que decís que te llaman? ¿A dónde te llaman? —preguntó a los gritos, esquivando un Volkswagen Tiguan con las puertas abiertas.

—No sé —respondió jadeando, agitada pero sin dejar de correr—. Es como que algo ahí me llama. Como que me llaman en mi mente. Me tienen que llevar, pero no sé dónde.

Doblaron en esquina poco iluminada repleta de edificios y automóviles vacíos cuando escucharon tras

de sí una gran explosión que ilumino sus espaldas. Asustados, esperaron un momento hasta volver a la esquina levemente iluminada. Asomando tímidamente desde el edificio más próximo, pudieron observar como el lugar en donde habían estado de pie bajo el poste de luz ardía, sumergido en un intenso fuego reciente. De improviso, la luz de aquel objeto volador en el cielo se apagó, desapareciendo bajo el cielo estrellado. Solo la luna se alzaba ahora, imponente, bañando con su luz pálida las calles. Damián giró sobre si, observando donde estaban. «Esa cosa atacó el lugar donde estábamos recién. No nos podemos quedar quietos. Tenemos que irnos de acá, buscar un lugar seguro y ver la forma de despertar.»

Las sombras que proyectaba un poste de luz se movieron de improviso, captando la atención de Damián. De pie, observándolo, una figura oscura se erguía en la penumbra. Parecía la figura de un hombre vestido completamente de negro con una escafandra que le tapaba el rostro. Pero sus largas extremidades mostraban sendas garras oscuras, estáticas como las de un animal al acecho. Las cuencas de sus ojos vacíos e inexpresivos daban la impresión de observarlos, sin quitarles la vista de encima. Habiéndose movido para captar su atención, ahora se encontraba inmóvil, paciente y alerta. Damián sintió que el estómago se le comprimía como si alguien o algo lo estrujara en sus manos. Reconoció al instante aquel ser proveniente del sueño que tuvo con el *mencho* de su abuelo. ¿Por qué se encontraba allí, en

ese momento, siendo un sueño distinto? ¿Lo estaba siguiendo? ¿Qué es lo que quiere?

Sin pararse a pensarlo, tomó de improviso la mano a Camila y comenzó a caminar lentamente en dirección contraria a aquella criatura sin quitarle los ojos de encima. Su cabeza los seguía a medida que avanzaban por la calle silenciosa.

—¿Quién es ese? —preguntó Camila al caer en la cuenta de que era lo que tanto observaba su compañero de clase.

—No sé. Pero ya lo vi antes y es mejor que nos vayamos rápido.

Comenzaron a correr, alejándose de aquel monstruo, revisando las puertas de los edificios que se erguían alrededor. Tras atravesar tres cuadras al trote, Camila tiró de Damián hacia el interior de un edificio. La puerta de aquel complejo de departamentos se encontraba abierta como una enorme boca negra que los engullo cubriéndolos con su manto de oscuridad. Quitándola del retén y el tope magnético que la mantenía abierta y cerrándola tras de sí con un sonoro *click*, Damián tironeo del picaporte cerciorándose de que estuviera completamente cerrada.

Un amplio hall de entrada cubierto en penumbras se extendía frente a ellos. A lo lejos, una pequeña luz titilante les daba la bienvenida sin llegar a iluminar la sala. Tanteando en el aire, chocaron con un sillón que arrastraron y colocaron para tapar la puerta de entrada e impedir un fácil acceso. Temían que aquella criatura rompiera con facilidad el amplio vidrio que

separaba el hall de la calle pero ya pensarían que hacer una vez que llegara el momento. Se apoyaron contra la pared y avanzaron a tientas, buscando la forma de alcanzar aquella luz parpadeante. Pronto llegaron a unas escaleras pobremente iluminadas con la luz de emergencia titilante e inestable que desprendían los fluorescentes colocados en la pared.

Comenzaron a subir lentamente, apoyados en la fría y desgastada pared de ladrillos que rodeaba las escaleras. Supieron que alcanzaron el primer piso en el momento en el que vislumbraron una puerta de chapa con un blanco número uno en su centro.

—¿Seguimos? —preguntó Camila, nerviosa.

—¿Seguimos uno más por las dudas? Es más probable que el bicho ese revise el primer piso que el segundo, supongo.

—Dale.

Al llegar al segundo piso y abrir la imponente puerta con el numero dos marcada en su centro, se encontraron de pie en un oscuro pasillo apenas iluminado por la persistente luz que emanaba un tubo fluorescente encendido sobre ellos. El pasillo terminaba en un ventanal amplio que daba a la calle. Desde allí Damián pudo observar la intensa luz que emitía el fuego de la explosión. Los edificios y vehículos abandonados se iluminaban de tal forma que Damián se sintió nuevamente en el escenario de una película apocalíptica. Camila tomó la iniciativa al revisar las puertas. Tras tirar del picaporte de tres departamentos, la puerta del cuarto cedió, alumbrándola con la intensa luz de lámparas prendidas.

Ambos entraron rápidamente, cerrando tras de sí la puerta y generando una barricada con un pesado vajillero que empujaron, cerrando el paso a lo que sea que los estuviese persiguiendo. Apagaron todas las luces y ambos se dejaron caer en el piso, apoyándose contra el mueble, escuchando. El silencio lo inundaba todo, solo interrumpido a lo lejos por el sonido de las llamas. Su respiración agitada por el esfuerzo se fue calmando lentamente mientras se mantenían alertas, atentos a cualquier sonido que supusiera que aquella cosa los seguía de cerca.

Pasaron cinco minutos en silencio hasta que fue Camila la que comenzó a hablar.

—¿Se puede saber qué haces acá? —preguntó visiblemente enfadada— ¿Y qué carajos es esa cosa?

—¡Qué sé yo! Yo estaba en el velorio de mi abuelo y de pronto aparecí acá. No sé qué es eso, pero sea lo que sea creo que ya lo vi antes. Es algo que debió de haberme seguido de un sueño que tuve cuando era chico. O no sé. ¡No lo hago a propósito!

Un breve silencio interrumpió la conversación. Camila posó su mano en el hombro de Damián. Su semblante cambió instantáneamente.

—Lo siento mucho. No sabía lo de tu abuelo.

Damián no respondió, asintiendo únicamente con un movimiento de cabeza casi imperceptible.

—¿O sea que esto es un sueño, entonces? —preguntó, cambiando de tema— ¿Qué estabas soñando?

—Creo que ahora estoy un poco más consciente de lo que pasa —comenzó Camila, haciendo memoria

de los hechos recientes—. Yo estaba sentada en esa silla donde me encontraste. La gente pasaba al lado mío, paseando por la vereda. Era de día y hacía calor, así que me quite la chalina. Los autos pasaban a mi lado. Había perros que eran paseados por sus dueños. Me miro las manos y no estaba la chalina. Y todo se apagó. Parecía que la noche vino de repente y apagó el cielo.

Hizo una pausa, como intentando recordar. Damián escuchaba en silencio. Sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, observando la sombra que proyectaban las sillas dispuestas frente a una mesa de vidrio en el living en el que se encontraban gracias a la escasa luz de la luna que entraba por la ventana. Una televisión en la pared se disponía frente a la mesa como un gran y oscuro ojo, y pequeños cuadros colgados en la pared parecían testigos de lo que sucedía en aquel lugar a altas horas de la noche. ¿Qué hora seria en aquel sueño?

—Mire a mi alrededor y no había nadie —siguió relatando casi susurrando—. Las personas que paseaban minutos antes se esfumaron. Desaparecieron. Miro a la calle y los autos estaban vacíos, con las puertas abiertas o volcados. ¿Cuándo chocaron si yo estaba ahí? No entendía nada.

—¿No escuchaste nada?

—No nada —respondió Camila, mirándose las palmas de la mano—. Ni siquiera sentí que me sacaran la chalina. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos, ¿me entendés? Pero es como que sabía que fue lo que

pasó. O tenía una idea. Esa cosa en el cielo lo hizo, de eso estoy segura.
Camila volteó a verlo y sus ojos se encontraron por un momento; un breve momento que sirvió para sonrojar a Damián y apartar la mirada. Era la primera vez que hablaban tanto y tan distendidos. Las palmas de las manos le sudaban de los nervios y se las limpio en el pantalón. Se sorprendió al sentir tan real todo aquello, lo que lo llevó a dudar nuevamente en si todo aquello seria o no un sueño.
—Si, te entiendo. —respondió, recapacitando sobre la situación que estaba viviendo. Si resultaba ser un sueño, aprovecharía al máximo la oportunidad de pasar tiempo con la chica que tanto le gustaba.
Camila volvió a observarse las manos por un momento. Luego comenzó a juguetear con una pulsera de hilo encerado de color violeta y rayas negras.
—Después se encendió la luz del poste. Me quería levantar de la silla pero parecía como si las piernas no me respondieran. Como si sí o sí me tenía que quedar ahí sentada, ¿entendés? Veía a mi alrededor y los edificios bonitos que tenía enfrente antes ahora estaban hechos mierda, como si algo hubiese atacado la ciudad pero no supiera que, pero tuviera una idea general de lo que pasó. No sé si me entendés. Después de que apareciste, todo se nubló. Es como si hubiese dejado de ser yo y una voz en mi cabeza me dijera que me venían a buscar. Que me tenía que ir en esa nave. Pero vos tiraste de mí y acá estamos.- concluyó, sonriéndole.

Damián le devolvió la sonrisa, sonrojado. Las llamas a lo lejos dejaron de escucharse y el cielo comenzó a esclarecer. La luz de la luna se intensifico como si se tratase de un foco que alguien ajustara un poco más. Damián se puso de pie y observó por la ventana. Las estrellas se movían con rapidez centellando y perdiéndose en el horizonte como si de estrellas fugaces se tratara. La luna había adoptado un tamaño gigante, apareciendo detrás de los edificios como un coloso. La extrañeza de esa situación resultó familiar a los ojos de Damián. «Está pasando lo mismo que en el sueño del *mencho*» dijo, sin quererlo, en voz baja.
—¿Cómo? —preguntó interesada Camila, sin entender a qué se refería.
Damián reflexionó por un momento, contemplando aquel espectáculo tan extraño. Luego volteó, dubitativo, deteniéndose en el semblante curioso de Camila.
—Una vez me pasó algo parecido a lo que está pasando ahora —comenzó lentamente, cómo midiendo cada palabra—. Yo era muy chico, pero me acuerdo que de un momento a otro pase de mi cama a la casa que un peón tenía en el campo de mi abuelo. Fue un sueño muy raro, parecido en algunas cosas a éste.
—¿Entonces ésto es un sueño?
—Creo que sí.
—¿Tuyo? ¿O mío?
—No sé —dijo tras reflexionar por un momento—. Tal vez tuyo. Tal vez mío. O de alguien más. A ver, si lo pensamos con calma, ¿no te parece raro todo lo

que está pasando? Si nos ponemos a pensar, vos no sabes cómo terminaste sentada en esa silla en una ciudad que claramente no es la nuestra. Y encima pasó todo lo que pasó así de rápido.- dijo y chasqueó los dedos con fuerza.
Camila asintió en silencio, escuchando atenta mientras daba vueltas la pulsera entre los dedos.
—Y yo estaba en un velatorio, velando a mi abuelo que acaba de fallecer. Y de repente estoy acá, parado en una ciudad hecha mierda.
—Ok. Entonces es un sueño.
—Sí, pero uno real. Porque yo si te toco siento que te toco. La sensación del tacto la tengo.
—Bueno, pero si te pones a pensar cualquier sueño parece real; como si lo que estuvieras viviendo te estuviera pasando posta. ¿Vos decís que es real entonces?
—No sé —respondió alzando las manos, ofuscado—. No te puedo decir si es o no es real. Capaz son las dos cosas, no sé.
Ambos se quedaron en silencio, observándose. Mantenían la mirada el uno del otro, pero sin mirarse realmente, absortos en sus pensamientos.
—Dijiste que había similitudes en el sueño del peón de tu abuelo con este sueño. ¿Cuales?
—Lo que vimos en esa esquina, ese monstruo, ponele. Ya lo había visto en el sueño de Ceferino, el peón de mi abuelo.
Ambos hicieron silencio por un momento. Cuando Damián iba a seguir hablando, escucharon un cristal rompiéndose unos pisos más abajo. Contuvieron la

respiración, inmóviles en el lugar. En la planta baja del edificio algo intentaba abrirse paso entre los cristales rotos. Escucharon las pisadas sobre los pequeños pedazos de vidrio desparramados por el suelo, pisadas frenéticas en la búsqueda de algo. Petrificados, escucharon el largo silencio que sobrevino, solo interrumpido segundos después por el eco de pesados pasos sobre las escaleras. Conscientes de que aquella criatura extraña los había seguido hasta allí, guardaron silencio conteniendo la respiración en un intento desesperado de pasar totalmente desapercibidos. Tal vez, sin mover siquiera un musculo, aquel ser pasaría de largo.

Las pisadas resonaron cada vez con mayor velocidad. La enorme puerta del segundo piso se abrió de golpe, golpeando la chapa contra la pared de tal forma que el ruido ensordecedor del golpe inundó todo el pasillo por un breve momento que pareció a sus oídos eterno. Camila se tapó la boca, asustada, en un intento por no gritar. Su respiración acompasada comenzó a agitarse lentamente y sus ojos abiertos de par en par mostraban un miedo atroz. Inmóvil en su sitio, con una mano alzada a Camila en señal de calma, la mente de Damián trabajaba a mil revoluciones por segundo. ¿Qué debía hacer? ¿Cómo había despertado del sueño de Ceferino la última vez? No recordaba del todo la secuencia de sucesos que había vivido —o soñado— y lo habían hecho despertar de pie frente a la pequeña casa.

Un silencio atroz se cernió sobre el piso. Esperaron, midiendo el ruido que hacían con cada inhalación y exhalación. Damián sintió que se le humedecían las

axilas de los nervios. Los segundos morían uno tras otro sin suceder absolutamente nada. ¿Qué estaría haciendo eso?, se preguntaron ambos. El silencio sagrado que se había cernido a sus alrededores pronto se vio perturbado. La criatura comenzó a arrastrar sus pies por el pasillo. Lentamente arrastraba un pie hacia adelante y luego, como tomándose su tiempo, arrastraba el siguiente. Lo escucharon a dos departamentos de distancia. Luego a uno. Despacio, Damián se puso lentamente de cuclillas. Con la cara sobre el frio piso de losa color crema, inspeccionó por debajo de la puerta. Más allá del vajillero, Damián pudo observar por el espacio que dejaba la puerta del suelo como la luz de la luna iluminaba el pasillo. Pronto la sombra proyectada de dos pies —o algo similar a dos pies— irrumpió en su campo visual, posándose y volteando hacia su puerta.

Damián alzó la mirada y posó un dedo en sus labios mirando a Camila fijamente. El picaporte se movió lentamente hacia arriba y abajo varias veces, hasta volver a quedar estático en su lugar. Damián volvió a observar por debajo de la puerta. La criatura seguía allí de pie, inmóvil. Sus pies oscuros como garras se mantenían inmóviles, firmes tras el umbral. Por detrás de la puerta sintieron como olfateaba el aire con una nariz invisible, pues aquella figura extraña no tenía forma definida ni rostro alguno. Su cabeza ovalada estaba vacía. Sea lo que fuere, aquel producto imposible de las más intrincadas pesadillas acechaba paciente al otro lado de la puerta.

Escucharon como la bestia inhalaba el aire con una nariz invisible, olfateando. Pasaron unos segundos y nuevamente su sonora respiración volvió a interrumpir el silencio. Los segundos pasaron y no se produjo un nuevo intento. De súbito, el picaporte comenzó a agitarse y moverse salvajemente. La puerta y el vajillero apenas podían contener la fuerza de aquella bestia desesperada por entrar. Damián y Camila saltaron a empujar el vajillero contra la puerta e impedir su entrada. El mueble se sacudía en el lugar, frenético, a punto de escupir sus cajones con cada empujón que la criatura daba.

« ¡Empujá! ¡No lo dejes entrar!», ordenó Damián, dejando su puesto para ir en búsqueda de sillas que dispuso sobre el vajillero construyendo una enorme barricada. Con la cara roja y los dientes apretados, Camila empujaba con fuerza el vajillero contra la puerta mientras observaba como Damián iba y venía apoyando mesitas ratonas y sillas sobre y contra el mueble. Pronto logró armar una rustica barricada que parecía capaz de impedir la entrada de aquella cosa, la cual no cesaba en su intento por entrar.

La ventana comenzó a iluminarse con una luz blanca cegadora. En la pared comenzaron a dibujarse pequeñas rajaduras que se iban expandiendo rápidamente o dejaban paso a otras nuevas que aparecían a sus lados. Grieta tras grieta se abría paso por la pared como si de un lienzo se tratase, dibujando toscas líneas que seguían hasta perderse en las esquinas. Camila y Damián se acercaron tímidamente hacia la

ventana para admirar como el cielo desaparecía tras las luces que emitía la enorme nave espacial. Detrás de ellos, un pequeño retrato de una familia feliz salió volando en dirección a la ventana, golpeando el hombro de Damián y siguiendo su rumbo hacia la nave. El golpe fue doloroso, pero no le dio mayor importancia. Como succionado por aquel ovni, la pared y la ventana se despedazaron, saliendo disparados sus restos en dirección a la nave, succionados como si de una aspiradora se tratase. Los edificios se alzaban debajo de ellos en penumbras, solo iluminados por la intensa luz de la nave espacial que, como un reflector de escenario, los bañaba con su luz blanquecina y enceguecedora. Ya no estaban en el segundo piso del edificio. El escenario había cambiado. Había fuego en los edificios en el horizonte y el cielo estrellado se escondía tras una inmensa nave espacial.

Sintió un estruendo a sus espaldas. Girando sobre si observó una garra oscura intentando abrirse paso en el pequeño espacio que cedió la magullada puerta. La criatura empujaba descontrolada intentando alcanzarlos, haciendo resbalar hasta caer al piso las sillas dispuestas sobre el vajillero. No tardaría mucho tiempo hasta conseguir entrar.

La expresión de Camila cambió. Como si la luz ejerciera algún tipo de influencia sobre ella, su semblante aterrado se volvió calmo e inexpresivo, como si se encontrara en trance, manteniendo los ojos y la boca semiabiertos.

—¡Camila! ¡Camila! —la llamó a los gritos, zarandeándola.

—Me llaman. —volvió a responder, con apenas un halito de voz casi imperceptible. Sus pies ya no tocaban el suelo y comenzó a levitar en dirección a la nave.
«¿Cómo mierda me despierto?». Su mente trabajaba a toda marcha mientras sentía como la nave comenzaba a aspirar el aire a su alrededor. El vajillero salió expulsado hacia atrás medio metro y la cabeza sin forma de la criatura emergió del espacio abierto. Las sillas volaron hacia atrás debido al fuerte impacto. Su largo brazo se posó sobre la puerta dejando una garra negra como el alquitrán suspendida en el aire y comenzó a hacer fuerza, haciendo retroceder el mueble lentamente y abriendo finalmente la puerta. « Esto es un sueño. Solo un sueño». De la cara ovalada y sin forma del monstruo se dibujó una enorme sonrisa blanca que surcó el ovalo oscuro y uniforme de lado a lado. Era la única marca distintiva en aquel rostro sin forma. Una sonrisa malvada, tétrica, carente de alegría y de dientes tan filosos que parecía poder arrancar la puerta solo usando la mandíbula. Sin dejar de observarlo ni pensarlo detenidamente, de improviso abrazó por detrás a Camila y se lanzó con ella al vacío, desapareciendo en la noche.

Al abrir los ojos se encontró de pie en el cementerio. Las personas se agolpaban a su alrededor mientras el cura terminaba de recitar algunas palabras y el ataúd con los restos de su abuelo comenzaba a entrar lentamente al nicho. Las personas se agolpaban a su alrededor. Algunas mujeres, entre las que

vislumbro a su madre abrazada a su padrastro a pocos metros, lloraban desconsolados. La mayoría de los presentes allí observaban callados; espectadores silenciosos del ultimo descanso de aquel hombre que alguna vez conocieron. Sintió una gélida mano sobre su hombro. Era la mano de Matías. Con una débil sonrisa lo acompañaba en ese difícil momento. Sus ojeras y su mirada apagada le hicieron saber que había pasado toda la noche en vela a su lado. Pero, ¿y él? ¿Se había dormido? Si es así, ¿cómo llegó a aquel lugar? Observó las tumbas erguirse a sus espaldas y el sacro silencio invadir la inmensidad del descanso eterno allí presente.

Una vez dispuesto el cajón, unos hombres a los que no había visto nunca colocaron con cuidado una tapa provisoria hasta el sello definitivo del nicho. Personas y familiares allí presentes abrazaban a su abuela, quien parecía negarse a mostrar siquiera un signo de debilidad en aquellos momentos. Impasible, de rostro pulcro y noble, los tímidos rayos de sol que se escapaban del cielo encapotado acariciaban el semblante firme de una señora que había perdido a su compañero de viaje y aún así se negaba a llorarlo en público. Damián quedó impactado para siempre con la fuerza con la que afrontaba toda aquella situación. Jamás la había visto derramar lágrima alguna, y aquel día no resulto distinto de los demás. «Las penas se lloran en soledad», lo aconsejaba de niño cuando se caía y se lastimaba las rodillas jugando en la inmensidad del campo.

Cuando la procesión comenzó su marcha hacia la salida y se disolvió gradualmente entre abrazos y pésames, Damián aprovecho el momento para sacarse las dudas que le carcomían la cabeza.
—Boludo, escúchame —comenzó, hablando en voz baja—. ¿Pasó algo anoche?
Matías lo miró, extrañado. Notó que algo perturbaba a su amigo.
—¿Por ejemplo?
—¿Me dormí o algo?
—No que te haya visto. ¿Por? ¿Qué te pasa?- preguntó, frunciendo el ceño.
Damián reflexionó un momento, buscando las palabras adecuadas para expresarse sin dejar a la vista sus intenciones. No consiguió encontrarlas.
—¿Estás seguro que no me dormí? ¿O que caminé sonámbulo o algo?
—¿Sos sonámbulo? —preguntó su amigo con aire divertido.
—¡Dale, boludo!
—No. Que yo sepa, no. Pasamos la noche hablando o boludeando. Hablamos con tu vieja, tu abuela, unos viejos verdes. ¿Qué? ¿No te acordás de nada? ¿Qué te pasa?
Damián no respondió. «O sea que llegué acá consciente y no me dormí. ¿O me dormí pero me mantuve despierto?» Cotejó la posibilidad, aunque le resultara verdaderamente inverosímil.
Se despidió de su amigo y se subió al auto de un conocido de su abuela, quien los transportó de regreso

a su hogar. Llegaron al mismo tiempo que su madre, su padrastro, su abuela y sus hermanas, quienes bajaron del auto discutiendo sobre algo que no pudo dilucidar ni le importó hacerlo. Vivian peleando como buenas hermanas que eran y ya tenía suficiente con todo lo que estaba sucediendo como para limar las asperezas de dos chiquillas.

Al entrar a la casa, su madre acompaño a su abuela a acostarse un rato. Como era recién de mañana, su padrastro fue a calentar agua para los mates y prepararle el desayuno, pero ella se rehusó amablemente optando directamente por ir a acostarse. Fueron demasiadas emociones por el momento y necesitaba un tiempo a solas para procesar todo aquello. Luego de ayudarla a acostarse y cerrarle la puerta, su madre bajó de la alacena pan y mermelada y comenzó a prepararles el desayuno a sus hijos. Damián tomó su toalla y se encerró en el baño. Sentía la necesidad imperiosa de tomar un baño.

Como si el cansancio lo invadiera de pronto, se sentó en el inodoro a mirar un punto fijo por un momento. Sin embargo, su mente, aún lucida y despierta, no paraba de elucubrar ideas. « ¿Tendría que preguntarle a Camila que soñó anoche?» Barajaba la posibilidad de hacerlo, pero el quedar en ridículo con la chica que le gustaba no resultaba una idea del todo atractiva. « ¿Y si en realidad no fue un sueño de ella sino mío? ¿Si en verdad sueño yo y meto a personas que conozco en mis sueños? Tal vez incluso caminó e interactuó con fluidez dormido y todo. Cabe la posibilidad». Co-

menzó a comparar el sueño que había tenido (o participado) de niño y éste reciente, pero no encontraba relación alguna más que el de la presencia de aquella criatura que lo perseguía. « Claramente me busca. Pero, ¿qué mierda quiere?»

Se puso de pie y se observó en el espejo, devolviéndole la imagen de un jovencito con algunos granos y visibles ojeras. Comenzó a sacarse la ropa lentamente. Primero las zapatillas y el jean, que arrojó al frio piso de cerámico blanco. Cuando intentó sacarse por la cabeza la remera, sintió un dolor punzante en el hombro. Al mirarse al espejo, un moretón morado ocupaba gran parte de su hombro posterior. Sin mucho esfuerzo, recordó que, en aquel sueño, un portarretrato lo había golpeado al ser absorbido por la nave espacial. ¿Acaso podía ser dañado en el sueño? Pero si ese fuera el caso, entonces la caída desde el edificio lo hubiese matado. Quizás se hubiese golpeado con algo en el interludio que pasó entre que cerró los ojos y los abrió en el cementerio por la mañana. Era lo más lógico que hubiese podido ocurrir.

6.

Tras acumular sobre la barra cierta cantidad de vasos, ambos salieron al frio de la noche entre carcajadas y comentarios. Tomaron por una pequeña calle concurrida deteniéndose frente a un pequeño local de comida rápida tailandés. Pidieron unos *udon* de cerdo que comieron de pie mientras observaban a las personas dirigirse con rapidez de acá para allá, algunos en el mismo estado etílico en el que ellos se encontraban, otros con los pies más sobre la tierra, tiritando de frio y apurando el paso.

—¿Vamos a un Coffee Shop? —preguntó Damián, luego de sorber los últimos udones de su cajita de cartón.

—No —respondió Hye-Su con los udones a medio masticar y tragando con rapidez—. Me apetece más comer unos hongos. ¿A ti qué te parece la idea?

—Me va. Dale.

Mientras seguían comiendo, caminaron en dirección a la zona roja en busca de algún local decente que vendiera hongos alucinógenos. Damián tenía entendido que el gobierno holandés había sacado de circulación los hongos de mayor potencial alucinógeno, e incluso prohibido su venta debido a ciertos inconvenientes que habían tenido con su consumo por parte de turistas. Sin embargo, aún quedaban algunos de buena calidad dando vueltas por ahí. Los hongos nunca habían sido algo que le interesara demasiado a Damián. Acostum-

brado a, cada tanto, armarse un porro con sus amigos, jamás había experimentado con drogas alucinógenas, por lo que no resultó mala idea probar para variar.

Caminaron atravesando aluviones de muchachos deambulando bajo los efectos del alcohol y la marihuana. Sus ojos vidriados y sus risas desalmadas le llamaron mucho la atención. Detrás de vidrieras teñidas del rojo de las farolas y cortinas de encaje mujeres voluptuosas salidas de ensueño coqueteaban con los peatones invitándolos a pasar. En el medio de la calle un extenso canal separaba ambas veredas, coronado de pequeños puentes y bicicletas esparcidas a su alrededor. Los bares y Coffee Shop recibían a los curiosos visitantes con luces tenues y música estridente que absorbía y expulsaba de su interior a hombres y mujeres en peores condiciones de las que habían ingresado. Algunos abrazados y otros con la sonrisa impresa en sus rostros se acomodaban los abrigos bajo el frio manto de la noche.

Pararon frente a un pequeño local ubicado en un callejón poco transitado. Algunos locales con faroles rojos apagados vestían en sus aparadores pequeños carteles de alquiler, o al menos así lo comprendió Damián. Una pequeña escalera que terminaba en una puerta vidriada los recibía con su cartel de *open* dispuesto en el centro. Una vez en su interior fueron bañados por una luz celeste tenue y agradable mientras las notas de una citara, como si de una anfitriona se tratase, los envolvía poniéndolos en ambiente e invitándolos a pasar. Revestido de estantes y pequeñas

góndolas llenas de pipas para fumar, encendedores, ceniceros, llaveros y demás souvenirs, una barra vidriada repleta de mercadería se alzaba imponente en medio de todo aquello. Frente a la caja, una mujer los recibía con una sonrisa de bienvenida pintada en su rostro. Llevaba el cabello gris suelto y adornado de esbeltas trenzas a sus lados, por lo que Damián pensó en un primer momento que se trataba de una anciana de avanzada edad. Llevaba un largo vestido gris con adornos dorados en el cuello y las mangas, y un largo collar revestido con una piedra preciosa azulada. Sin embargo, distaba mucho de ser una anciana. Al observarla con atención, un fino y bello rostro propio de una muchacha en plena juventud lo hizo cambiar súbitamente de atención. Sus hermosos ojos azulados lo observaban como si pudieran atravesarlo con la mirada, adivinando el porqué de su visita.

—Good evening. —saludó la joven con una radiante sonrisa perlada y las manos posadas sobre el grueso vidrio del mostrador.

Hye-Su comenzó a conversar con la encargada, quien con mano diestra empezo a hurgar en los estantes detrás del mostrador y dispuso poco a poco sobre el mostrador de vidrio transparente algunas muestras de hongos envasados al vacío listos para ser consumidos. A través del envoltorio transparente podían observar sus colores y texturas, mezcla de verde y gris oscuro. No parecían para nada apetitosos, pero daba igual. No estaban allí comprando un manjar, sino una experiencia.

—¿Cuál te parece que llevemos? —preguntó Hye-Su ahora en español, tras tomarse una pausa de la extensa explicación de la vendedora, quien permanecía en su lugar observándolos a la espera de una pronta decisión.

Damián observó las siete muestras con nombres exóticos dispuestas delante de él. Se rascó la barbilla mientras examinaba uno a uno los hongos envasados al vacío, sin tener la menor idea de que diferenciaba a cada uno de ellos. Salvo el color. Los había marrones, grises y verde apagado. Algunos estaban más apelmazados que otros, pero, en líneas generales, parecían todos iguales.

—¿Cuál es el más potente?

—Éstas —dijo ella, señalando una cajita transparente—. Las *Monguis*. O al menos así lo he entendido.

—¿Y qué te hacen? ¿Qué efectos tienen?

—¿Es tu primera vez con setas, verdad? —preguntó, sonriendo y codeándolo— Alá, virgen.- bromeó, dándole un golpecito con el codo. Damián se ruborizó un poco, asintiendo con un leve movimiento de cabeza.

—Bueno, cómo es tu primera vez, deberíamos llevar estas otras que son un tanto más suaves. Sin embargo, tal vez alucines con estas cómo con estas otras. Tú eliges, guapo.

—Llevemos las fuertes. Total, capaz sea la única vez que coma hongos en mi vida.

Hye-Su asintió y en un perfecto inglés se dirigió a la joven vendedora eligiendo las *Monguis*. Al momento de pagar, Hye-Su se negó a aceptar el dinero de Damián.

—Este viaje va por mi cuenta. —dijo con una sonrisa pícara pintada en su rostro.
Llegaron al hotel tiritando de frio. La nieve se esparcía por la calle y caía suavemente en el asfalto encandecidas bajo la luz de las farolas. La noche se había tragado al sol y el frio no daba tregua, pero las personas seguían marchando por las calles, disfrutando. La amable conserje los saludó con una sonrisa radiante. Ambos le devolvieron el gesto mientras encaraban a paso rápido hacia el pasillo y en dirección a las escaleras como quien lleva algo prohibido entre sus manos y urge no ser descubiertos. Subieron por las escaleras a toda prisa hasta detenerse frente a la habitación de Damián. La llave giró dentro de la cerradura haciendo un leve *click* y la puerta de la habitación cedió mostrando un interior pulcro y ordenado. La ropa que estuvo en el suelo ahora se encontraba sobre la cama recién hecha. Sobre la jabonera del baño, pequeños jabones y shampoos en sobres se alineaban uno junto al otro en fila como soldaditos formando. La habitación daba evidentes signos de haber sido limpiada por las mucamas del hotel, servicio del que se había olvidado por completo.
Hye- Su se sentó sobre uno de los sofás lindantes a los ventanales y comenzó a abrir sobre la mesa el pequeño paquete con hongos como si de una niña desenvolviendo extasiada su regalo de navidad se tratase. Damián cerró la puerta tras de sí y se sacó la campera preguntándose si se le daría la oportunidad de verla desnuda aquella noche. La situación marchaba

de maravilla: la comunicación fluía con dinamismo al tiempo que sentía que había cierta atracción el uno por el otro. Sin embargo, ya se había equivocado en el pasado y no debía apurar las cosas y equivocarse de una forma irreparable. Había que ir tanteando el terreno. Pero, de todas formas, ya sentía que las cosas marchaban a su ritmo. Era su tercera noche en Ámsterdam y ya tenía una chica en su habitación. No podían marchar mejor.

—¿Los comemos ahora? —preguntó Hye- Su, sonriéndole. Detrás de ella, más allá del cristal, la nieve comenzó a caer iluminada bajo la luz de los faros, produciendo una bonita imagen para Damián.

—¿Cómo te dijo que se comían?

—Según la vendedora, deberíamos ingerirlos sin haber comido nada antes.

—Buenos, pero ya pasó algo de tiempo. A ver, ¿Cuánto tiempo hay que estar sin comer?

—No lo sé —dijo Hye-Su, encogiéndose de hombros—. Tal vez una hora.

—¿Y cuánto hay que comer para que pegue?

Hye-Su leyó el prospecto del paquete. Estaba en inglés.

—Pues… con un buen trozo debería bastar. A lo sumo, menos de la mitad.

Damián tomó de la mesa las setas alucinógenas. Cortó un pedazo con los dedos y se lo llevó a la boca. Lo masticó rápidamente y tragó con dificultad. Tenían un gusto espantoso, lo que le hizo fruncir el ceño al ingerirlo.

—¡Venga! —dijo Hye-Su, sonriendo, e imitó a su compañero llevándose el resto a la boca.

Pasó una hora y el efecto no se hacía notar. Acostados en la cama, mirando el techo, esperaban impacientes y en silencio el trance, la caída hacia algún estado psicodélico. De improvisto, Hye-Su se puso de pie y caminó apresurada hacia la mesita donde descansaban los restos de las setas alucinógenas. Inclinándose y con un rápido movimiento, partió el resto de las setas por la mitad y se llevó una a la boca, masticando y tragando velozmente, sin detenerse siquiera a sentir el gusto amargo y rancio que tenían. Dándose la vuelta, caminó con la misma velocidad hacia Damián, quien se había incorporado, observando aquella escena, e, inclinándose, extendió la otra mitad hacia los labios de Damián, esperando, paciente, a que éste los abriese mientras terminaba de masticar los pedacitos que rescataba de detrás de las muelas. Sin dejar de observar sus ojos, Damián abrió la boca, introduciendo, despacio, la mitad de aquellos hongos amargos y desabridos en su boca. Al cerrarla, lamio los dedos de Hye-Su, quien se demoró su tiempo en sacarlos suavemente del interior de su boca.

La joven comenzó a avanzar hacia Damián, trepándose en la cama y sentándose cómodamente sobre la ingle de su compañero. Damián comenzó a masticar con desesperación sin poder creer lo que estaba sucediendo, tragando a duras penas el pedazo rancio y a medio masticar. Hye-Su tomó su cabeza suavemente con las manos y comenzó a besarlo con suavidad. Su lengua comenzó a recorrer la de Damián, robando de a ratos pedacitos que no había tenido tiempo de

tragar. Damián recorrió su cuerpo con los dedos, sacándole la ropa muy suave y torpemente. Si bien no era su primera vez, había tenido pocas oportunidades de hacer el amor, por lo que aún se consideraba un inexperto en el campo. Y ciertamente, nunca lo había hecho con una mujer oriental.

Pronto comenzaron a desvestirse, entre jadeos y risitas, hasta quedar completamente desnudos. Damián comenzó a besarle los pequeños senos mientras rozaba con sus dedos la suave y peluda vagina de Hye-Su, comenzando a gemir extasiada. Los pelos púbicos se enredaron en sus dedos húmedos y comenzaron a ascender y envolverlo, enlazándose en su brazo y subiendo lentamente en dirección a su hombro. Al llegar al hombro, y habiendo cubierto todo el brazo, siguieron creciendo con más fuerza, separándolo de Hye-Su mientras pequeñas hojas verdes crecían rápidamente donde antes estuvo su brazo. A pesar de sentir la calidez y humedad de su vagina en sus dedos, aquella maraña de pelos similar a florecientes raíces comenzó a alejarlo con rapidez de su suave cuerpo hasta quedar ambos totalmente separados. Suspendido en el aire, cayó con suavidad en uno de los pequeños sofás junto a la ventana. La luna gigante iluminaba sobrenaturalmente la ciudad, bañando con su luz toda la habitación. Tendida en la cama, Hye-Su gemía de placer. Parecía que el acto sexual continuaba a pesar de estar a metros el uno del otro. Los pelos comenzaron a crecer nuevamente, envolviendo su torso, sus piernas y su otro brazo a una velocidad acuciante. Las hojas, de

un verde tan intenso y tan real que lo llevó a pensar en la posibilidad de estar convirtiéndose en un árbol, crecían por doquier a medida que los cabellos, como finas y largas serpientes, cubrían su cuerpo, apretando cada vez más, ocupando cada espacio vacío. Damián comenzó a dudar, nervioso, si todo aquello era real o producto de una alucinación. Trató de gritar pero las raíces comenzaron a reptar dentro de su boca. Las sintió bajar por su esófago muy lentamente, hurgando en sus intestinos y ocupando cada recoveco posible. Las raíces lo ahogaban. No podía respirar. Desesperado, intentó zafarse con todas sus fuerzas, pero su cuerpo ya no era suyo. De improviso, sus ataduras tiraron con fuerza en dirección a la cama, introduciéndolo a gran velocidad en la vagina de Hye-Su, como si ingresara por un túnel luminoso.

Al abrir los ojos, no observó paredes vaginales ni secreciones como había pensado que sucedería. Se encontraba sobre Hye-Su, penetrándola una y otra vez. A su alrededor todo se movía, distorsionándose de forma extraña, como si se encontrara bajo el agua. La luz de los veladores cambiaba continuamente entre un rojo intenso, naranja y un azul agradable. Hye-Su gemía de placer, arañando con sus pequeñas uñas la espalda de Damián. Pequeños rasguños se iban trazando en su espalda, pero no le importó. En aquel escenario extraño siguieron haciendo el amor cambiando de posición una y otra vez.

Damián sentía que iba a explotar. Todo giraba a su alrededor, modificando su forma, doblándose y vol-

viendo a su forma original una y otra vez. Sintió una molestia en su espalda, como si estuviese acostado sobre algo. En el momento en que decidió pasar una mano detrás de su espalda Hye-Su cabalgaba más rápido, acabando entre gemidos, por lo que decidió no hacerlo. Las molestias pronto se multiplicaron. Algo se movía bajo su espalda. De debajo, pequeñas ramas llenas de hojas comenzaban a brotar de su espalda. Hye-Su cabalgaba más rápido. Las ramas comenzaron a abrazarlo. Reptaban sobre los muslos de Hye-Su. Se enlazaban en su cintura y comenzaban a envolverla rápidamente. Las luces comenzaron a alternar los colores a mayor velocidad que antes. Damián no pudo contenerse. Eyaculo dentro de Hye-Su. Ella le sonrió de forma picara, moviéndose despacio sobre el regazo de Damián. Siguió moviéndose, convencida de poder acabar nuevamente. Gimió de placer hasta alcanzar el clímax, con la mirada perdida hacia el cielo. Al llegar al orgasmo, de su boca emergieron ramas como si de un volcán emergiera una erupción de lava. Las ramas no cesaban de salir de su interior, cubriendo todo el cielo raso, envolviendo los muebles, la cama, su cuerpo desnudo, bajo las luces intermitentes rojas, naranjas y azules. Lo envolvían con una velocidad inusitada. Pronto se cerraron en su cuello. Lo ahogaban. Las puntas de las ramas se metían en su boca. Descendían por su garganta nuevamente. No podía gritar. No podía respirar.

Despertó sobresaltado. La luz de la mañana se filtraba por las ventanas y el cielo se mostraba despejado.

Empapado en sudor, observó a su alrededor, cerciorándose de que el mobiliario se encontrara como antes. Todo estaba en su debido lugar y en su perfecta forma. Todo excepto Hye-Su. No había rastro de ella en el cuarto. «Debe estar en su habitación.», pensó Damián, mientras se dirigía al baño. Al inspeccionarse al espejo, notó que todo estaba en su lugar. Se revisó la garganta pero no encontró rastro alguno de ramas, pelos u hojas, aunque si una carie.

Luego de ducharse y vestirse, se dirigió a las escaleras rumbo a la habitación de Hye-Su. Golpeó un par de veces hasta escucharla decir algo inentendible en coreano. Interpretando que pedía que pasara, Damián giró el picaporte y entró. La habitación estaba como la había visto el día anterior; la única diferencia era el gran bulto bajo las sabanas de Hye-Su. Por debajo de ellas sobresalían largos mechones de cabello desparramados por una gran y abultada almohada.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Damián, restregándose los ojos.

—¿Estas bromeando, verdad? —respondió una voz de ultratumba.

—No me acuerdo bien. Perdoname. Estaba muy del orto.

—¿Del orto? ¿Qué coño es del orto? No te entiendo. —gimió de forma lastimera.

—Estaba mal. Muy drogado, calculo. *Flashee* un montón y no me acuerdo de todo.

Escuchó un bufido y el silencio cubrió la habitación por un breve momento. Damián no se atrevió a rom-

perlo, creyendo que había metido la pata al sincerarse.
—Tuvimos sexo, tonto… Sexo muy drogados. —respondió por debajo de las abultadas sabanas y acolchados Hye-Su.
Damián recordó el extraño sueño que había tenido la noche anterior. Las ramas saliendo disparadas de la boca de Hye-Su y reptando dentro de su garganta lo hicieron estremecerse en el lugar.
—¿Cómo estuvo tu viaje? —preguntó, sacudiéndose aquel recuerdo de la cabeza.
—Todo se volvía brillante y cambiaba de forma. Fue alucinante. Jamás había probado algo así antes en mi vida. ¡Hasta las paredes se movían!
—¿Y yo me quedé dormido luego de que acabamos?
—Si —corrió las sabanas de su rostro y pudo ver sus pequeños ojos entrecerrados. Parecían casi cerrados y se notaba que la luz le molestaba—. Yo quería seguir, pero luego de correrte te quedaste dormido al instante. ¡Eres muy flojo!- lo reprendió, y volvió a taparse la cara.
Damián sintió su masculinidad abollada. Tomó aire y contuvo la necesidad de responderle. Atacarla no era la mejor opción ahora, y menos si quería tener otra oportunidad de quitarle la ropa.
—Bueno, ¿podríamos volver a probar, no? Capaz que ahora que estoy más fresco sale mucho mejor. —dijo, sentándose a su lado y tocándole el lado del bulto que parecían ser las nalgas.
—Ahora mismo no. Solo quiero dormir. Anoche me quedé hasta tarde mirando como las luces cambiaban de color y el mobiliario cambiaba de forma.

—¿Y si desayunamos? Podemos ir a comer algo y te volvés a acostar.
—Mmmm… —murmuro Hye-Su, acomodándose en la almohada.
Damián, comprendiendo que no lograría nada, salió de la habitación. Volvió a su cuarto y, poniéndose la campera, se dirigió escaleras abajo, saludando a una conserje regordeta y para nada tan bonita como la conserje alemana.
Tomó asiento en un pequeño restaurant y pidió un desayuno ingles mientras observaba a un grupo de gringos con los pómulos colorados comer lo mismo acompañado de abundante cerveza. Afuera hacia un frio sobrecogedor y las personas se desplazaban por las calles abrigadas hasta las orejas bajo los débiles rayos de sol.
Dedicó gran parte del día a pasear por las calles de la ciudad. Quedándole poco tiempo de estadía en aquel continente, decidió sacar un pasaje con su celular y su tarjeta de crédito a la mañana del día siguiente hacia Brujas. Así, podría pasar un poco más de tiempo con Hye-Su y, por obvias razones, ingeniárselas para que se repitiera lo de la noche anterior.
Tras pasar el resto de la mañana caminando por la ciudad y visitar brevemente el museo de Ana Frank, regreso al hotel con la esperanza de que se hubiese levantado de muy buen humor. Cruzo el vestíbulo sin visualizar a ninguna de las conserjes en su puesto. Subió las escaleras a la carrera y se detuvo frente a los números 214 dorados de la puerta de entrada. En el

momento en que iba a tocar pudo percatarse de que la puerta se encontraba entreabierta. Al empujarla un poco, la puerta cedió y la luz del pasillo ilumino levemente el interior de la habitación en penumbras. La habitación se encontraba vacía. La ropa que colgaba de los sillones y de los bordes del pequeño escritorio había desaparecido y en el suelo no se hallaban rastros de ropa o calzado alguno. Recorrió la habitación con la mirada y no pudo encontrar rastro alguno de las valijas. Sin embargo, la cama se encontraba deshecha y revuelta, como si recién se hubiera levantado. Todo aquel escenario daba la sensación desesperanzadora de que Hye-Su había abandonado el hotel. Damián quedó sorprendido. Hye-Su se había marchado.

«¿Por qué no había dicho nada de que se iba? ¿Acaso hice o dije algo malo?». La mente de Damián iba a mil por hora reconstruyendo los acontecimientos de aquella mañana y de la noche anterior. No encontraba razón alguna por la cual huyera así, sin despedirse siquiera. Medito por un momento, de pie en el umbral de la puerta, y decidió finalmente que no valía la pena pensar en ello. Hecho un último vistazo a la habitación y cerró con cuidado la puerta, decidido a preguntar en recepción si se había retirado, ya conociendo de antemano la respuesta. La habitación se fue oscureciendo rápidamente y los últimos halitos de luz se posaron sobre una negra mancha en la almohada, hasta quedar la habitación envuelta en la oscuridad.

7.

—¿Y después que pasó? —preguntó Matías, recostado en el sofá comiendo *Cheetos* de una bolsita que acomodó sobre su panza.

Ambos se encontraban a solas en el gran living de la casa de su abuela. Desde la televisión el locutor relataba una pelea de UFC donde dos monstruos calvos se repartían golpes sobre un octágono de hierro. Por el pasillo, saliendo al paso desde su habitación, un pequeño perro, blanco como la nieve, los saludó moviendo su pequeño rabo con ímpetu. Era el caniche toy de su abuela, un regalo que el "imbécil" de su padrastro le había hecho para hacerle compañía en ausencia de Damián. «Claro, es mucho más fácil regalarle un perro que pasar tiempo con ella», solía pensar Damián al observar al perro recorrer los ambientes dando cortos y rápidos pasos. Sin embargo, se había encariñado con el pequeño can. Comía poco y ya había aprendido a hacer sus necesidades en la cochera, su espacio personal, su territorio. Y, además, resultaba cariñoso hasta empalagar. Su abuela lo bautizó Robustiano, nombre realmente extraño para un perro. Robustiano les ladró dos veces con impaciencia, como invitándolos a jugar, y volvió a la habitación oscura de Damián a echarse sobre su almohada.

«Que perro hijo de puta. Voy a tener que cambiar la funda», pensó, sonriéndose.

Hacía ya dos semanas que Damián había vuelto de su viaje, pero a pesar de ello ésta era la primera vez que ambos se veían desde que había partido. Tal vez fuese por estar ocupados, despiste o simple olvido de ambos. No era la primera vez que pasaban tiempo sin verse a pesar de estar a pocas cuadras de distancia. Habían cosechado una relación en la que podían pasar meses sin verse ni hablarse y aún así el reencuentro resultaba tan agradable y natural que parecía que el tiempo no hubiese pasado en absoluto.

—Nada. Me quedé con las ganas de ponerla de nuevo, pero bueno, ya fue —dijo Damián, recostado mirando el techo—. Esa noche me fui a un Coffee Shop y quedé detonado mal. Al otro día me tomé un tren a Londres. Estuve unos días paseando y conociendo el Big Ben y esas cosas.

—¿Mucho de los Beatles? —masculló Matías con la boca llena.

—¡No! Te juro que me esperaba ver a Lennon por todos lados, pero no. Apenas encontrás algunos imanes, y después tenés lugares que sí ves algunas referencias como el Hard Rock Café o el Abbey Road. ¡Que encima es una calle de morondanga y nada más!

Ambos rieron a carcajadas. Si algo compartían ambos era su odio hacia los *Beatles*. Lo encontraban tan pegajoso, popular y simple que se alejaban de todo lo que pudiera simbolizar aquella emblemática banda. Preferían escuchar los *Guns and Roses,* algunos temas de *Almafuerte* o *La Renga* antes que esa música que catalogaban de *hippie*.

—Y de ahí me fui a Paris. Estuve unos días y me volví en avión, y pase como una semana sin tocar una gota de alcohol. Me la pase escabiando en el viaje —finalizó su historia Damián, sonriente—. Y otras cosas.
—Que buen viaje que te pegaste, chabón. Lástima que no le pudiste sacar el teléfono o algo.
Damián no contesto. Ensimismado en sus pensamientos, aún le molestaba un poco no haber podido despedirse de Hye-Su. Entendía que había sido una relación de una sola noche, pero sentía que habían conectado de alguna forma y se había llegado a hacer la ilusión de que, quizás, si ambos lo intentasen, podrían haber mantenido algún tipo de relación a distancia. « No.», dijo para sus adentros, moviendo la cabeza en señal de negación. « Jamás hubiese podido funcionar. ¿Cómo nos hubiésemos podido ver si yo no tengo un mango? Debe de ser carísimo viajar a Corea.». Robustiano salió disparado hacia la habitación de su abuela y, casi al instante, volvió a atravesar a toda velocidad el pasillo hasta su habitación.
—¿Che, y no te acordás el nombre completo? La podemos buscar por Facebook y esas cosas. —preguntó Matías, abriendo las aplicaciones de su celular con los dedos grasientos.
—No. No me acuerdo. Era algo chino, boludo. Qué se yo.
—Coreano.
—Eso. ¿Sabés que me pasa? Siento cómo que podría haber llevado una relación con ella. No sé cómo explicarlo, pero lo siento. Me gustaba.

—Capaz. O capaz te haces la cabeza por una gurisa que apenas conoces.- dijo, mientras cebaba un mate y le daba una chupada.- A veces proyectamos en el otro una idea que nos salva de nuestra propia realidad. A veces pensamos amor cuando en el otro no hay nada. Tal vez solo una experiencia, un momento. Pero lejos de lo que uno imagina.

Damián reflexionó por un momento en silencio lo que su amigo intentaba decirle a su forma, pero algo dentro de él se negó a aceptar aquella verdad como propia. Tenía su lógica y parecía verosímil, pero le molestaba. « A veces la verdad duele», dijo una voz en su cabeza.

La vuelta al trabajo había resultado tan aburrida como siempre. En la pequeña escuela rural de un pueblo a la vera de la ruta abandonado por el Estado, Damián ejercía funciones de preceptor frente a un puñado de jóvenes que ocupaban las sillas y mesas precarias y escasas que disponían. Transitando por sus calles de ripio, el pequeño pueblo lo había recibido a su vuelta con fuertes e iracundas lluvias y un lodazal que había cubierto casi por completo de barro su impecable *Chevrolet Corsa*. «Bienvenido», pensó, volanteando e intentando pasar sobre un pozo enorme teniendo recaudo de no dañar la suspensión.

Por las tardes se distraía impartiendo clases de Literatura. Si bien eran notorios sus esfuerzos para atraer la atención de los alumnos mediante la relación constante entre los textos abordados y la realidad que Vivian, Damián dudaba a veces de su propia capacidad.

Muchas veces volvía a su casa abatido por la poca predisposición hacia la participación y el interés por "estudiar y sacarse esto de encima" que presentaban la gran mayoría de sus alumnos. Parecía como si nada les despertase interés o pasión más allá de juegos para celular como el *Freefire* o de salir el fin de semana con amigos. En ocasiones esta actitud desganada le servía como excusa para explicarse a sí mismo el atraso en el cual estaba sumido el pueblo: las calles embarradas y llenas de pozos, las veredas sin baldosas y las casas humildes proporcionaban a Damián la misma perspectiva que el estar visitando un pueblo bombardeado. Sin embargo, entendía muy bien que el problema no eran ellos, sino un Estado que los había abandonado por completo. Damián y sus compañeros docentes deseaban poder cambiar, de alguna forma, la idiosincrasia basada en la supervivencia en la cual estaba sumida la población local a través de la acción continua en, por y desde la escuela, pero sus ánimos decaían año tras año al ver que pocas cosas podían cambiarse o cambiaban en realidad. Pronto, muchos aceptaron aquella realidad imperante como la única posible, esforzándose en ayudar en la medida en que fuese posible a los chicos y chicas que asistían a diario. Con ellos, Damián.

Los meses pasaron y el recuerdo del viaje y sus experiencias fueron atenuándose con el correr de la rutina diaria. Todos los días, aún bajo la lluvia, asistía a la pequeña escuela rural por las mañanas, formando a los alumnos frente a la bandera, llenando legajos

y tomando mate. Por las tardes, luego de las clases, volvía manejando por la ruta. El paisaje campestre se presentaba ante él plano y muchas veces aburrido. Ver una y otra vez, por largo tiempo, aquel mismo repetir de árboles, pasto, soja y pequeñas casas rusticas y maltrechas sobre la ruta podían llegar a hastiar a más de uno.

Una tarde, al llegar a su casa, estaciono en la vereda de enfrente. Damián rebuscó en el asiento de atrás, sacando su mochila color gris que siempre lo acompañaba al trabajo, y unos folios con tarea que le había entregado uno de sus alumnos a último momento. Desde aquella perspectiva pudo apreciar a pocos metros atrás, la figura de un hombre sentado en el asiento del conductor con la cabeza fija en dirección hacia él. Cruzaron la mirada por un breve momento y luego decidió no darle mayor importancia. Salió del auto y pulso el cierre automático, escuchando el bocinazo que indicaba que el auto se encontraba completamente cerrado. Caminó hacia la puerta y, antes de abrir, hecho un vistazo sobre su hombro hacia su auto. Tenía la manía de *pispear* para asegurarse de que realmente había cerrado las puertas del auto y nadie intentara forzar las puertas y robar algo, a pesar de que pocos delitos pasaban en la pequeña ciudad en la que residía, y mucho menos por aquel barrio. El automóvil en el cual se encontraba el hombre arranco de pronto y, con gran estruendo, abandono derrapando su lugar y se perdió a gran velocidad tras la esquina. «Boludito», pensó Damián, mientras hacía

girar la llave y empujaba la pesada puerta de entrada que daba al zaguán.

La alarma del despertador sonó estruendosamente. Damián se incorporó para un nuevo día de trabajo. Eran las cinco de la mañana de un viernes. Ultimo día de la semana laboral. Se puso una remera blanca y una camisa celeste, junto con unos jeans azules. Se calzó sus mocasines y se dirigió hacia la cocina. Llenó la pava de agua y la puso al fuego. Preparó el mate y relleno de yerba el yerbero. En el baño se lavó los dientes y la cara. Pasó por la habitación de su abuela, junto al baño y abrió la puerta lentamente. Su abuela dormía apaciblemente, como siempre. Como de costumbre, faltaba una hora para que se
despertara sin alarma alguna y empezara su día. Siempre le extraño que las personas del campo parecían no tener necesidad alguna de despertadores, como si tuviesen incorporado un despertador en el cuerpo.
Acaricio a Robustiano que se levantaba con la misma hiperactividad diaria para saludarlo, blanco como el azúcar. Tomó el porta termos y salió intentando hacer el mínimo de ruido posible al cerrar aquella enorme puerta que chirriaba solo con verla. El frio en la oscuridad de la intemperie le golpeó la cara con fuerza. Se subió el cierre de la campera y empezó a rebuscar en sus bolsillos tratando de encontrar las llaves del auto cuando sus ojos chocaron contra el cigarrillo encendido de una figura vestida de gabardina y sombrero negro de ala corta. Apoyado en un auto

a media cuadra de distancia, el hombre lo observaba impasivo mientras se llevaba el cigarrillo a los labios y exhalaba el humo sin apartarle la vista de encima.
Se quedó de pie en el escalón de su casa. No pudo reconocer al hombre ya que la distancia y la imperante oscuridad le impedían distinguirlo bien. Tal vez no lo observase a él, sino que esperase por alguien o algo. O tal vez fuese un vecino que salió a fumar un cigarrillo, algo poco probable debido a que nadie en la ciudad tenía un reluciente Audi A7 como el que estaba apoyado aquel hombre. «Es una ciudad chica, loco. Nadie que conozca tiene la plata para comprarse semejante auto», pensó, sacándose una lagaña del ojo.
Con las llaves en los dedos se encaminó hacia su Corsa. Al pulsar el botón de su llavero, el pequeño bocinazo que produjo le indicó que las puertas se encontraban destrabadas. Entró y puso el auto y la calefacción en marcha tiritando de frio. Luego de poner su mochila sobre los asientos traseros, acomodó el espejo retrovisor. El hombre dio una última calada al cigarrillo y lo tiró a la calle, abriendo la puerta del Audi y cerrándola con fuerza.
Damián comenzó a manejar en dirección a la arteria principal de la ciudad y tomó por uno de los dos tramos del boulevard que hacía de acceso y salida hacia la ruta. Algunos autos ya circulaban por la calle principal escasamente iluminada por los postes de luz dispuestos sobre una fina y baja medianera que separaba ambos tramos. Damián observó todo el rato el espejo retrovisor, viendo como aquel Audi mantenía una

distancia considerable de su auto, siguiendo el mismo rumbo hacia la colectora. Al llegar a esta, doblo por un carril para tomar la ruta 14 con destino hacia su lugar de trabajo. Al mirar por el espejo retrovisor, el Audi tomaba el mismo camino que él, como si fuese una sombra persiguiéndolo.

El tiempo pasaba y los pequeños ranchos a la vera de la ruta iban quedando atrás, pero el hombre del Audi seguía detrás suyo. Ya no le cabía duda de que lo estaba siguiendo. « ¿Qué mierda quiere? ¿De dónde lo conozco al pobre loco?» se preguntaba Damián sin comprender exactamente qué era lo que estaba sucediendo. La luz de los faros iluminaba a pocos metros delante suyo mientras las nubes intentaban dispersarse dando paso a los tímidos rayos de sol de la mañana. Perfilaba un día nublado. « Áspero», pensó mientras adelantaba a un camión.

Los kilómetros pasaron y por el retrovisor observaba como el auto seguía sin perderle el rastro. De todas las salidas y entradas de las ciudades aledañas jamás manifestó intención alguna de desviarse. Los faros del auto seguían vivamente cada uno de los movimientos del Corsa. Aún acelerando, mantenía la misma distancia, lo cual empezó a incomodar a Damián un poco, aún cuando, razonablemente, no existían motivos para ponerse nervioso.

Llegando al pequeño pueblo donde daba clases, Damián doblo por la callecita de ripio aminorando la velocidad como siempre. Las casitas sin revocar y de chapa le daban la bienvenida como cada mañana su-

midas en un frio silencio. Aflojó aún más la marcha y observó por el espejo retrovisor los movimientos de su seguidor. Vio el automóvil pasar lentamente detrás de él y perderse por la ruta. Damián suspiró, sintiéndose un tanto confundido. Sin embargo, decidió olvidarse del asunto y apurar la marcha y no llegar sobre la hora del timbre de entrada.

La mañana pasó volando entre papeles, mates y problemas de adolescentes. La directora se había ausentado esa mañana. Era extraño ya que nunca faltaba ni aún estando enferma, por lo que la rutina diaria se había tornado agradable sin la presencia y demanda constante de aquella señora que se negaba a jubilarse.

« Menos mal que no está la vieja del orto», pensó una y otra vez mientras llenaba su segundo termo de la mañana y se preparaba unos mates arrellanándose en su asiento.

Hacia el mediodía salió como de costumbre a comer sentado en el pasto, observando como los techos de chapa de las pequeñas casas maltrechas terminaban a lo lejos dejando paso al campo sembrado de, seguramente, soja. Pues si había algo que caracterizaba al campo entrerriano era su extensa llanura dedicada al cultivo y exportación de soja; esa "mierda verde" abundante y de poco o nulo uso en la dieta diaria local. Los oscuros nubarrones se desplazaban presurosos hasta perderse en los confines del horizonte mientras el suave viento acariciaba las hojas de los árboles.

El frio había amainado ligeramente por lo que tomarse unos veinte minutos para almorzar observando el paisaje no resultaba una idea del todo mala. Caminó hacia la vieja estación de trenes abandonada a unas cuadras de la escuela. Con sus columnas deterioradas y sus entradas selladas con ladrillo y cemento, la vieja estación de trenes hubiese funcionado de maravillas como escenario de alguna película de terror. Ni un alma caminaba cerca de aquel agreste y deteriorado edificio. Debajo del andén, los durmientes corroídos y abandonados se perdían a un lado y al otro entre las hierbas, malezas y arbustos. Aquel poblado supo recibir en una época no tan lejana amplios trenes de carga y de pasajeros, permitiendo el aprovisionamiento y desplazamiento de la producción de los pequeños y grandes hacendados del pueblo, pero la venta de propiedades estatales en los '90 y el cierre de los ramales batió con la vida de toda aquella zona, relegándolos a la supervivencia por medios aún más austeros. El tren pronto comenzó a desaparecer hasta extinguirse en gran parte del país. Fueron tiempos muy difíciles para los habitantes del interior de la provincia, muchos de los cuales se veían despojados de los medios por los cuales vivían antes. Podía entenderse, pensó Damián, como la desaparición de uno de los factores vitales de aprovisionamiento y comercio del pueblo determinarían su continuo estancamiento décadas después.

Al sentarse sobre uno de los bancos junto al andén, corrieron enérgicos a saludarlo dos gatos. Uno tenía el pelaje blanco con una gran mancha marrón en for-

ma de círculo en el lomo mientras el otro era negro como la noche. Damián solía cuidarlos y alimentarlos durante todo el año. Fanático de los gatos, llegó a tener ocho callejeros a los cuales les prestaba atención y cuidados como si fuesen propios, pero poco a poco fueron desapareciendo hasta quedar solo dos. Damián sospechaba que posiblemente se los hubiesen llevado los vecinos del pueblo, o, en el peor de los escenarios, los hubiesen matado. Tal vez para evitar que se siguiesen reproduciendo. Tal vez por maldad. Sentía que los locales evitaban mencionar el tema, como si supiesen el verdadero destino de los gatos y se negasen a decirle la verdad. Mientras los acariciaba pensó en ello y no pudo evitar desencajar su rostro en una mueca de frustración e ira indisimulable. Si bien no le pertenecían y eran gatos callejeros, por la forma y esmero con que los cuidaba le costaba no pensar que si lo hacían.

Sacó de su mochila una bolsa de comida para gatos y coloco un puñado para cada uno sobre el césped. Los gatos se abalanzaron sobre la comida, engullendo desesperados

el almuerzo que les habían traído. Luego de hacerle un nudo a la bolsa y meterla en la mochila, sacó de ésta un pequeño *tupperware* y un tenedor envuelto en una servilleta de papel. El olor a arroz con pollo concentrado le embistió la nariz con su agradable aroma y se dispuso a comer al lado de los gatos mientras sentía como se le enfriaba el culo contra la tierra congelada.

Al terminar de comer, guardó el tupperware en una bolsa en la mochila y bebió unos sorbos de agua mineral de una botellita que tenía a un costado de la mochila. La llovizna comenzó a caer suavemente y parecía aumentar a medida que el viento comenzaba a soplar las ramas de los arboles con mayor intensidad. Los gatos corrían y jugaban bajo un árbol a unos metros de donde se encontraba. Echo una ojeada a su reloj y se percató de que ya habían pasado los veinte minutos. Su clase de Literatura estaba a punto de comenzar, pero no se apuró en lo más mínimo. Ya había tomado la manía de llegar unos minutos tarde. «Justicia divina», bromeó para sí.

Al llegar a la entrada de la escuela noto que no estaba solo. Bajando por la maltrecha calle de ripio, estacionado frente a dos casitas que parecían a punto de caerse a pedazos, reconoció el reluciente Audi que lo había seguido toda aquella mañana. Sentado en el asiento del conductor, se apreciaba la figura de aquel hombre con sombrero de ala corta. Una bandada de pájaros revoloteo en el cielo sobre el auto, el cual puso silenciosa marcha al ser percibido por Damián y comenzó a avanzar hacia donde él se encontraba. Al pasar donde se encontraba de pie, Damián intentó discernir el rostro de quien claramente lo perseguía, sin lograrlo debido al polarizado de los vidrios. El auto pasó lentamente a su lado y enfilo hacia la única salida del pueblo con la misma lentitud hasta perderse en la ruta.

Nervioso, perseguido, Damián corrió hacia la preceptoría y se sentó de golpe en su silla. ¿Tendría que

llamar a la policía? Era claro que aquel hombre buscaba algo de él,
y por como lo acechaba no debía de ser nada bueno. Se maldijo por no haber tomado el número de patente del auto. Una preceptora ya entrada en años, rubia y ojerosa, entró a la preceptoría saludando a Damián, quien no se percató de su presencia. Ensimismado en sus pensamientos, trataba de encontrar un motivo a tal acecho. ¿Era un policía que lo estaba investigando? No, pensó. Si fuese un policía tranquilamente lo habría abordado e interrogado en vez de seguirlo y provocarle tremendo susto. ¿Un secuestrador? No había nada que pudiera sacarle. Su abuela ya hacía tiempo que había vendido el campo y con la escasa jubilación y la paupérrima pensión que percibía de su abuelo difícilmente podría obtener un buen rescate. Por otro lado, su madre no tenía un peso y se las apañaba junto a su padrastro para mantener a sus hermanitas. De los demás familiares, Damián sabía que vivían en la miseria y poco podía esperarse de ellos. Entonces, ¿Quién era? ¿Detective privado? ¿Cobrador de deudas? No había razón por la cual ser investigado ni deuda alguna que cobrar más allá de la tarjeta de crédito. ¿Novio o esposo celoso? Damián sonrió. Desde el viaje a Europa que no había tocado el cuerpo de una mujer, e incluso mucho antes tampoco lo había logrado. Se restregó los ojos, cansado. Tal vez fuesen imaginaciones suyas, pero sabía muy bien que por cómo se estaba desarrollando todo, eran pocas las posibilidades.

La vuelta a casa fue tranquila. Manejando por la misma ruta que de costumbre se encontró gran parte del trayecto solo. Pocos autos transitaban por aquellas horas, mientras los brotes de soja en pleno crecimiento lo despedían mecidos por las caricias del viento.
A resguardo del frio y de la poderosa lluvia que el cielo gris auguraba, sonaba
After Hour de *Divididos* cuando comenzó a ingresar en la ciudad. La llovizna no le
impidió pisar el acelerador en un ataque de locura que la letra de la canción le provocaba comúnmente. Siempre había coqueteado con la muerte, y más precisamente con la que ocurre en un accidente de automóvil. Si bien no lo admitía, y debido a su enorme orgullo mucho menos a su amigo Matías, el hecho de no conocer a su padre y de haberse separado de su madre, junto a su indiferencia y falta de cariño para con su hijo habían hecho mella en la vida de Damián. Tan profunda era la herida que continuamente pensaba en ponerle fin a una vida que significaba tan poco para sus progenitores como para sí mismo. Sin embargo, encontraba a cada rato alguna excusa para no hacerlo. Tal vez fuese miedo, o tal vez muy dentro de sí mismo sabía que aquella idea era totalmente vana en un contexto en el que aún era demasiado joven. Tal vez, solo por eso, controlaba sus impulsos, aunque la letra de aquella canción siempre lo llevaba al mismo oscuro lugar de sus pensamientos. O tal vez fuese su abuela. No lo sabía ni se preocupaba en razonar sobre ello.

Para cuando terminaron los casi cuatro minutos del tema, Damián ya había estacionado el auto frente a la casa de su abuela. Apagando el motor, aguzó sus sentidos intentando descifrar si el Audi se encontraba cerca. Había pocos autos en la cuadra y la mayoría de ellos no pasaban de modelo 2009. Suspirando de alivio, bajó con la mochila colgada al hombro y pulsó el cierre automático del Corsa. Las luces del zaguán se encontraban apagadas, por lo que, sumado a la hora y el día, su abuela debía de estar fuera en alguna actividad de la parroquia. Puso la llave e hizo girar el picaporte de la puerta, la cual se abrió con un chirrido estridente. « Tengo que ponerle WD-40 a esta poronga», pensó mientras cerraba con el mismo chirrido. Subió los dos escalones y abrió la puerta de entrada, la cual no estaba con llave como de costumbre, deteniéndose en seco en el portal de entrada y observando como un hombre de rasgos orientales, de traje y corbata, se encontraba sentado en el sillón del living comedor apuntándole con un arma. Damián se percató tarde del arma: toda su atención se concentró por un momento en el sombrero negro de ala corta que llevaba en la cabeza.

8.

—Buenas tardes. —dijo el hombre, moviendo la pistola en señal de que se acercara.
Tras las cortinas de la puerta se vislumbraron destellos de los faros de un auto silencioso al pasar mientras Damián daba el último empujón para cerrar lentamente la puerta. Cruzado de piernas y con el brazo inmóvil en el aire, un hombre de tal vez unos cuarenta años, de claros rasgos orientales y no muy alto lo observaba sentado cómodamente en el sillón del living-comedor. Vestía saco y camisa blanca, corbata, pantalón y zapatos oscuros que relucían con la luz vespertina que se colaba por las ventanas. Sobre una de las sillas de la mesa de roble cercanas al sillón, un largo sobretodo, negro, pulcro y sin arruga aparente, reposaba junto a un maletín de cuero.
Damián titubeó, incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo. Como arrancado de improvisto a la realidad, recordó a su abuela. Desesperado y sin pensarlo demasiado, saltó hacia la habitación de su abuela a pocos metros y la abrió de golpe. La habitación estaba vacía.
—Su abuela se encuentra en la iglesia. Tranquilo. No le he hecho nada —dijo el hombre, siguiendo con la punta del cañón a Damián. Hablaba un perfecto español, algo que llamó la atención de Damián—. Aún.
—¿Qué quiere? ¿Quién es usted? —preguntó casi gritando Damián, conteniendo los bruscos temblores que le provocaban los nervios.

El hombre sonrió. Damián no comprendía si le causaba gracia la situación o si se estaba burlando de él, pero si comprendió la excesiva confianza que poseía y el hecho de que, seguramente, no era la primera vez que sopesaba una pistola como aquella. Los nervios le oprimían el estómago. Observó el arma que lo apuntaba, percatándose de los guantes de cuero que llevaba aquel sujeto, y levanto instintivamente las manos a la altura de la barriga. La situación le parecía totalmente inverosímil, como sacada de una película de acción. El hombre sonrió.

—¡Oh, es muy descortés de mi parte! Discúlpeme. Permítame presentarme: mi nombre es Hiroshi. Claro que no es mi verdadero nombre pero así me hago conocer —dijo con una sonrisa burlona dibujada en su rostro—. Mucho gusto en conocerlo, señor Cañete. ¿Desea tomar asiento para conversar sobre el motivo de mi visita? No nos llevara demasiado tiempo.

Hiroshi señalo con la punta del cañón un sofá cercano. Damián comenzó a avanzar lentamente, con las manos aún en el aire, hasta tomar asiento donde el hombre le ordenaba.

—¿Qué quiere? ¿Por qué esta en mi casa? —preguntó con voz ronca.

—Ha sido un viaje de lo más extraño, ¿sabe? —comenzó a decir, ignorando la pregunta de Damián— Fueron veinticinco horas de viaje hasta Buenos Aires. »¡Oh! —exclamó riendo— Hermosa ciudad, realmente. Desde que he dicho que debía de realizar un viajar hacia Argentina, no han dejado de sugerirme

probar el… ¿Cómo le dicen? ¿Asado? Realmente maravilloso. Si debo de felicitaros en algo, seria en como cocinan los argentinos la carne. ¡Y en lo extenso de su territorio! No he dejado de asombrarme con la vasta llanura que poseen y la gran cantidad de kilómetros que separan a una ciudad de otra. ¡Tanto espacio y tan poca gente! Curioso, muy curioso.

»Pero bien, como se estará haciendo una idea, señor Cañete, no he viajado tantos kilómetros solo para ver carne y llanura. ¡Nada de eso! —dijo agitando su mano libre en el aire en señal de negación— Verá, señor Cañete, me temo que he de aburrirlo por un momento y detenerme en contarle mi historia como para que así comprenda la gravedad del problema que me ha llevado hasta aquí. Nunca nada termina de entenderse si no se empieza desde el principio y, valga el caso, hace tiempo no converso con nadie y ya lo echaba de menos —dijo, dedicándole una amplia sonrisa—. Como verá, a pesar de que domino su idioma —y muchos más, a decir verdad— no soy de por aquí. Claro, se dará cuenta con solo ver las facciones de mi rostro. ¿Cómo nos diferenciamos, verdad? Usted verá, señor Cañete: mi hogar se encuentra a muchos kilómetros de aquí, concretamente en la ciudad de Tokio, en Japón. ¿Conoce usted donde se halla mi país?

Damián abrió la boca para responder pero no pudo emitir sonido alguno, por lo que se limitó a asentir con la cabeza. Miró nuevamente la puerta de entrada de la casa deseando que alguien llegara y lo salvara de aquel japonés loco. Luego con cara de consternación

reprimió el deseo intenso de echar una flatulencia. Giró la cabeza y hecho una mirada hacia la cochera y la habitación, buscando a Robustiano. El estómago comenzó a comprimirse de los nervios.

—No se preocupe, señor Cañete. Todavía tenemos mucho tiempo hasta que su abuela vuelva de la iglesia. A su perro, por otro lado, he tenido que sedarlo. No dejaba de ladrarme e intentar morderme, por lo que decidí dormirlo con una de estas pequeñas pastillas —dijo, hurgando en sus bolsillos y sacando un blíster de pastillas azules de su interior—. Ha quedado completamente fuera de combate por las próximas dos horas en su habitación. Y créame que se encuentra en perfectas condiciones y lo seguirá estando si usted coopera conmigo. —dijo, apoyando el arma entre sus piernas y sin dejar de observarlo ni un segundo.

—Pues bien, como le decía, allí en aquella descomunal megalópolis en medio de una gran isla rocosa es donde me he criado. Mis padres eran dueños de un pequeño restaurant especializado en *Tempura*, y gracias al restaurant me han criado sin necesidad de que me falte nada. Pero las historias no son siempre del todo felices, ¿sabe? Algunas tardes, al volver de la escuela cenaba sentado en la pequeña barra del restaurant. Desde allí observaba a los clientes de mis padres cenar y llenarse la barriga de *Ramen*, *Okonomiyaki* y lo que sea que le pidieran a mi padre. No teníamos carta, pero mi padre era un gran chef que satisfacía las ambiguas exigencias de nuestros queridos clientes, sin lugar a dudas, y mi madre era una gran anfitriona,

cortes, atenta y eficiente El restaurant funcionaba de las mil maravillas. Los clientes no dejaban de entrar a la hora de la comida.

»Una noche, un hombre vestido de negro tomó asiento en la barra. No era para nada raro que comieran en el negocio de mis padres oficinistas, abogados o contadores al paso. Pero este hombre llamó mi atención en seguida, pues por más que hablara con mi madre nunca le traían la comida y no tardaba en irse con un fajo de billetes en la mano. Una vez a la semana venia aquel hombre y siempre se llevaba una buena cantidad de yenes con él. Mi madre no podía disimular su cara de preocupación y desagrado, pero jamás se negaba. Al crecer, aquel hombre ya no volvió más al curro de mis padres. Había sido reemplazado por un grupo de jovencitos de traje y corbata. Tenían tatuajes en las manos y su actitud era mucho más gamberra. La escoria de la sociedad, señor Cañete —dijo, agitando el arma en el aire y entrecerrando los ojos—. Esos hombres eran parte de una organización mafiosa: los *Yakuza*. ¿Ha oído hablar de ellos?- Damián negó con la cabeza. Esta vez no contuvo sus flatulencias, pero al hombre pareció no importarle.- Si pudiera compararlos con algo, serian similares a los *Blood* o los *Crips* americanos. Pandillas mafiosas y violentas. Cobraban a mis padres por protección. Una protección de lo más innecesaria, puesto que no había de que protegerlos más que de ellos mismos.

»Al cursar la preparatoria, mi padre enfermo gravemente. Cáncer de hígado. Estaba tan avanzado que la

quimioterapia no sirvió de nada. Falleció a los pocos meses y mi madre no pudo hacerse cargo por si sola del local, por lo que termino vendiéndolo por menos de lo que valía. Sin poder conseguir empleo alguno, subsistimos con el dinero de la venta del restaurant por un tiempo hasta que las necesidades hicieron evidente que necesitábamos otra fuente de dinero. Cada noche mi madre lloraba desconsolada, sin saber cómo salir adelante en una época en que la recesión dificultaba el acceso a trabajo bien pago. Y sabe, señor Cañete, la imagen de aquel hombre elegante que cobraba a mis padres protección había calado hondo en mí.

»Yo ya era un muchacho difícil de llevar: tenía poca predisposición al estudio y mucha hacia las gamberradas. Gracias a unos jóvenes que conocía, jóvenes inmersos en la droga y el juego a los cuales la sociedad había olvidado y abandonado, tomé contacto con la mafia. Sí, la misma mafia que tantos dolores de cabeza habían proporcionado a mis padres Tras varios trabajos fáciles pronto logre formar parte de la *Yakuza* y llevar el dinero necesario a mi hogar. Claro que no le informaba a mi madre sobre la verdadera procedencia del dinero. Mi tapadera supo ser un trabajo a medio tiempo. Con una simple mentira supe mantenerla contenta y evitarme problemas. ¿Me sigue hasta aquí, señor Cañete? ¿Lo estoy aburriendo con mi historia?

Damián seguía a duras penas la historia. No dejaba de seguir con la mirada el cañón del arma que tenía enfrente al mismo tiempo que intentaba contener las

ganas de ir al baño, las cuales le provocaban violentos retorcijones del estómago. Maldijo en su mente el termo de mate que había tomado por la tarde mientras asentía levemente con un movimiento de cabeza.

—Pues bien, trabaje por largo tiempo en esta organización. Entrados en los treinta años, lleve a mi anciana madre al hospital donde le diagnosticaron un avanzado caso de Alzheimer. El doctor había dicho que no podía hacer nada para solucionarlo y que solo era cuestión de tiempo para que se agravara aún más su situación. Con el correr de los meses, el diagnóstico del doctor resulto acertado. Es por ello que ante las necesidades "especiales" de mi madre tuve que buscar la forma de hacerme de más dinero del que pagaban en la organización. Verá, señor Cañete, en el mundo del crimen organizado las oportunidades no florecen por doquier cuando no eres de los que están arriba. Una noche, mis jefes me habían encomendado un trabajo simple. Debía de asesinar a un empresario de la industria pesquera de Corea del Sur, el cual se había negado a llevar entre sus cargamentos de calamares algunos cuantos kilos de cocaína en sus barcos de carga hacia la bahía de Tokio. Como vera, resultaba del todo inadmisible perder tanto dinero por el capricho de un hombre.

»Me enviaron a Seúl a asesinarlo. Volé hasta la capital y halle el domicilio del hombre con solo unas cuantas llamadas rápidas a algunos contactos. Ingrese por una de sus ventanas eludiendo a la guardia apostada fuera de la gran mansión que po-

seía. El hombre se encontraba en el baño cuando irrumpí en su dormitorio con el silenciador de mi arma cuidadosamente colocado. No era la primera vez que la utilizaba, como bien podrá usted adivinar por mi profesión. Pues bien, no lo halle allí, por lo que comencé a inspeccionar las demás habitaciones hasta encontrarlo sentado en una gran sala de estar frente a su escritorio lleno de papeles. La televisión estaba encendida frente a un sofá a pocos metros de su escritorio. El hombre se asustó mucho al verme. Me cerciore de que nadie me viera y levante el arma para asesinarlo cuando repare en una pequeña niña que me miraba desde el sofá. Una niña con los ojos enormes y el cabello cayéndole por la frente. Dude, señor Cañete. ¿Debía matar a una niña? Jamás había hecho esa clase de trabajo y no estaba seguro de si estaba hecho para hacerlo. El hombre imploró por su vida y la vida de su hija, lanzando súbitas miradas a todos lados buscando ayuda. Pudo haber gritado pidiendo ayuda, pero no lo hizo. ¿Por qué? Aún hoy no se decirlo. "No nos mate", dijo, "Le pagare lo que usted pida, pero baje el arma". Dude nuevamente, señor Cañete. Si hubiese visto el lujo de aquella mansión y hubiese pasado la necesidad que yo mismo pase, tal vez hubiese dudado usted también.

»Desde aquella noche, señor Cañete, comencé a prestar mis servicios como guardaespaldas a la familia Yoo. La duda había mutado en un nuevo patrón y un nuevo pago. Gracias al abultado salario pactado

con el señor Yoo, me llevé a mi madre de Japón para no volver, traicionando la confianza de mis jefes y camaradas *Yakuza*. Soy un traidor a sus ojos y un posible objetivo a futuro. Pero el salario prometido lo compensaba, señor Cañete. Pertenezco ahora a una nueva organización, por lo que no me da miedo el que vengan a buscarme. Ya lo han hecho y seguro lo seguirán haciendo, aunque si no fuera capaz de manejarlo no estaría aquí hablando con usted, ¿verdad señor Cañete? —dijo, dedicándole otra sonrisa.

—Bien. La niña que había visto aquella noche creció hasta convertirse en toda una señorita. ¡Y vaya que señorita! Cualquier hombre se sentiría a gusto de tener a tan fina dama a su lado. Luego de la preparatoria, comenzó a estudiar una carrera muy extraña para una heredera de un negocio familiar millonario. Sin duda, la filosofía y yo no nos llevamos del todo bien. Soy más un hombre de hacer que de pensar, ¿sabe? En fin, hace ya tres meses que desapareció en sus vacaciones en Europa. Su padre, realmente preocupado, me ha encomendado encontrarla, y eso es a lo que me he dedicado últimamente. Al recopilar información sobre su trayectoria en tan amplio continente y al interrogar a incontables personas, el cruce de datos me lleva inexorablemente a usted, señor Cañete. Como podrá adivinar, usted es una de las últimas personas que vio a la señorita Yoo Hye-Su sana y salva. Pues bien, señor Cañete, luego de observarlo con detenimiento por unas semanas, ha llegado el momento de hacerle unas cuantas preguntas.

El corazón le dio un vuelco a Damián. ¿Qué había desaparecido Hye? ¿Como? Trató de recordar la última vez que se habían visto pero la memoria no le ayudaba en esos momentos.
—¿Cuándo fue la última vez que vio a la señorita Hye-Su? —comenzó a preguntar Hiroshi, apuntándole con el frio cañón del arma y con una calma en su voz que no llegaba al corazón de Damián.
Hizo un esfuerzo por recordar la fecha, pero no pudo. Su cerebro salió lentamente del letargo y comenzó a recordar perfectamente la situación pero no así el día de su salida del hotel.
—No me acuerdo, señor. —murmuró. Su mente iba a mil revoluciones por segundo.
—Inténtelo.- respondió, seco.
Siguió pensando. Nada.
—Me acuerdo de la situación… o sea de la última vez que la vi pero no me acuerdo que día fue exactamente. Capaz fue viernes, no sé.
—Efectivamente, señor Cañete. Fue un viernes por la mañana. —dijo con un tono sereno y una voz profunda como la de un psicólogo trabajando con su paciente.
De improviso, el timbre de un teléfono interrumpió la conversación sobresaltando a Damián. El antiguo teléfono de marcación de rueda de su abuela, el cual se resistía a cambiar a pesar de existir hoy día teléfonos modernos más versátiles, sonaba pausadamente. Pensó en que debían de ser sus tíos del campo, quienes siempre llamaban a casa en horas de la noche para saber cómo se encontraba su madre. Eso siem-

pre irrito a Damián, pero en esta ocasión no resultaba para nada molesto. Miró de reojo a Hiroshi. Éste permanecía quieto, en silencio, inmutable. Sintió unas irreprimibles ganas de levantarse, descolgar el tubo y pedir ayuda a quien sea que se suponía llamaba a esas horas cobijado en la oscuridad que comenzaba a cubrirlo todo en la casa, pero sería una completa estupidez. Su fin inmediato. Comprendió rápidamente que no correspondía levantarse a atender el teléfono si quería mantenerse aún con vida. Ni siquiera se atrevió a sugerirlo, ya sabiendo la respuesta.

—Bien. ¿En que estábamos? —preguntó, una vez que el teléfono ceso de sonar— Reláteme los últimos momentos que vivió con ella. Con lujos de detalle, si es tan amable. —dijo, cruzándose de piernas.

Damián titubeó por un momento. ¿Debía mencionar las drogas? ¿La noche de sexo? Había ciertos detalles que dudaba en decir, sobre todo siendo Hiroshi el guardaespaldas de la niña mimada de un empresario mafioso. Sin embargo, mentirle podía llevarle a grandes problemas en el futuro. Comenzó a contarle su historia desde el principio, pero decidiendo omitir la parte de las relaciones sexuales que mantuvieron. Después de todo, pasar la noche en Ámsterdam y no consumir droga alguna representaba un sinsentido enorme. Siempre había sostenido que las personas viajaban a aquella ciudad solamente para drogarse y, por lo poco que había podido constatar, no estaba tan lejos de la verdad.

—Cuando volví del hotel, ella ya no estaba. Se había ido. Se fue con todos los bolsos y sus cosas.

—¿Y luego?
—Después nada. Me compré un pasaje a Paris y me fui para allá después. No la volví a ver ni supe más nada de ella. Le juro que es todo lo que se.
El hombre bajó el cañón del arma y la recostó sobre sus rodillas. Pensativo, se mantuvo en silencio unos minutos que para Damián parecieron eternos. De improvisto, se puso de pie y dio unos pasos hacia la puerta, deteniéndose frente a una pintura enmarcada de Jesús que colgaba de la pared. Cristo mostraba su corazón iluminado con el rostro sereno y el semblante entregado a su destino. Su abuela tenía varias pinturas de Jesús y María enmarcadas y diseminadas por las paredes de la casa. Damián no soportaba ese fanatismo religioso, pero lo toleraba porque impulsaba a su abuela a salir de la casa e ir a la iglesia, lo cual le daba tiempo para disfrutar la casa a gusto. A pesar de mudarse a la ciudad, su abuela no era una mujer que gustara tanto de la vida citadina, por lo que salía muy pocas veces y solo por alguna cita familiar, religiosa o médica. Desde que comenzó
a formar parte del grupo de la iglesia, pasaba sus tardes ayudando en las actividades que mantenían en algún geriátrico cercano.
Hiroshi suspiró, procesando de a poco toda aquella información que le había brindado Damián. Luego se volvió hacia él, sonriendo. No era una sonrisa amable. Era una sonrisa que le inspiro desconfianza en el momento en que vio aquellos perlados dientes.
—¿Hay algo que no me esté diciendo, señor Cañete? —preguntó, extendiendo sus brazos a los lados. La

punta del arma estuvo a punto de tocar la pared que separaba el living-comedor de la cocina.
Damián lo observó sin pestañear. Pensó. Revolvió entre los recuerdos de su mente pero no sabía exactamente que podía habérsele pasado por alto, salvo el encuentro sexual que habían mantenido, claro. Negó con la cabeza.
—No. Ya le dije todo lo que sabía.
—Pues, francamente, no le creo. ¿Cómo es posible que una jovencita coreana desaparezca sin que nadie en el hotel siquiera reparara en ella?
—No sé. —respondió casi automáticamente.
—¿Cómo pudo una jovencita llevarse todo su equipaje y salir sin que la viera la bonita y amable conserje de turno ni la registrara cámara de seguridad alguna?
—¿Cámara de seguridad? —repitió casi como loro Damián. No había visto ningún tipo de cámara en el hotel. ¿Qué cámaras, entonces?
Hiroshi amplio aún más su sonrisa.
—Supongo que no presta mucha atención a los detalles cuando viaja, señor Cañete. Todo esto lo deja a usted muy mal parado frente a la situación que tenemos en manos. Dígame entonces, ¿en quién debo confiar? ¿En su testimonio que hace aguas por todos lados o en el que me provee una trabajadora alemana respetable y numerosas grabaciones de las cámaras de vigilancia?
Damián abrió la boca para responder pero no pudo emitir sonido alguno. Sus manos se movían en el aire como queriendo excusarse con su interlocutor sin tener clara idea de que.

Hiroshi, levantándose de un salto del mullido sillón, se acercó rápidamente a Damián y, con un movimiento igual de veloz, posó el cañón del silenciador sobre la cabeza de Damián. Sintió el frio del cañón en su cuero cabelludo y rápidamente entró en pánico, un pánico que nunca había sentido en su vida.
—¿Qué no me estás diciendo, hijo de puta? —gruñó, frenético, Hiroshi.
Su rostro se había transformado por completo. Su semblante se había deformado a tal punto que parecía a punto de explotar. Sus ojos eran guardianes de una increíble furia. En cambio, la mirada de Damián era de terror absoluto. Su boca había quedado completamente abierta mientras el cerebro intentaba en vano pensar una respuesta adecuada a la situación.
—¡No sé! ¡No sé! ¡Te juro que no sé nada! —gritó desesperado.

Sus ojos se aguaron y sintió la boca más seca que nunca. « Me voy a morir», pensó aterrado. Sintió el martilleo del arma sobre su cabeza y comenzó a temblar incontrolablemente con los ojos abiertos de par en par. Siempre fantaseo sobre cómo iba a morir pero nunca había imaginado que sería de un tiro en la cabeza.
—¿Tú la mataste? —gruñó— ¡Dime la verdad!

Sintió su aliento fétido en la nariz y el cañón haciéndole presión en el cráneo. Cerró los ojos, esperando el disparo.

—¡Contesta! —le gritó en el rostro, salpicándoló de saliva.

—¡No! ¡No! ¡Yo no le hice nada! —gritó igualmente desesperado. Una lágrima le resbalaba por la mejilla y sintió bajar la mucosidad por la nariz. Su respiración se aceleró tanto que pensó que le iba a dar un ataque.

Quedaron en silencio por un momento. Las luces de otro automóvil pasaron de largo iluminando brevemente las cortinas de la puerta de entrada. Más allá del ruido de aquel automóvil, el silencio que se había cernido reinaba aún en la enorme casa solo interrumpido por la agitación en la respiración de Hiroshi y Damián. Como movido por un impulso repentino, retiró el arma de la cabeza de Damián y tomó distancia mientras la guardaba dentro de su saco. Su rostro había cambiado radicalmente. Su semblante asesino se había transformado en una mueca burlona. Una sonrisa volvía a reinar en su rostro sereno y calmo.

—Sepa disculparme, señor Cañete. Pierdo los estribos con facilidad. Pero, como vera, soy un hombre civilizado. Y los hombres civilizados como yo sabemos escuchar y pensar. Y usted, señor Cañete, me ha dado mucho de que pensar hoy.

Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la salida. Llegando a centímetros de la puerta, se volvió de golpe hacia Damián. Este se mantenía inmóvil, con su boca aún abierta. Como si intentara realizar un paso de baile, se movió nuevamente hacia donde se encontraba sentado, chasqueando los dedos, manteniendo el ritmo en su mente de una canción inaudible para los demás.

—*But i dont believe you*. —canturreó, marcando el ritmo con el chasquido de sus dedos. Luego volvió a erguirse, acomodándose el saco y sonriendo.- No le creo, señor Cañete. Y cuando no le creo a alguien, cuando dudo de lo que me está diciendo, suelo ir al fondo del asunto aún cuando a la otra persona no le agrade. Pues, a diferencia de cómo hacen las cosas por aquí, nosotros los japoneses somos verdaderamente eficientes en lo que nos proponemos. Y no es porque dude de vosotros los argentinos. O no, para nada. Habéis hecho cosas realmente maravillosas. Pero hay algo, señor Cañete, de lo que nosotros disponemos y vosotros no. Algo que, tal vez, os cambiaria mucho, ¿sabe? Disciplina, señor Cañete. Una particularidad de la que mi pueblo dispone. Honor: otra cualidad indispensable. Yo he de volver a Corea con el trabajo finalizado y la joven devuelta al yugo paterno, sea del modo en que sea. Se ve que necesita algo de tiempo para pensarlo. Es por ello que procederemos de la siguiente manera, señor Cañete. Le daré un día entero para pensarlo. ¿Veinticuatro horas, entiende? Tomará todo ese tiempo para repasar tranquilamente todo su recorrido por Ámsterdam. ¡Por Europa misma si hiciera falta! Luego volveré aquí y me dirá exactamente donde se encuentra Hye-Su. ¿Comprende lo que digo, señor Cañete?

Damián asintió.

—Muy bien. Veinticuatro horas, señor Cañete. —dijo con el dedo índice alzado en el aire.- Tómese ese tiempo para meditarlo profundamente.

Hiroshi giró sobre sí y comenzó a caminar hacia la salida nuevamente. Al tocar el picaporte con la mano enguantada, se volvió hacia Damián con la misma sonrisa irónica dibujada en su rostro.

—De más está decir lo que pasaría si fuese a la policía. Supongo que no querría que nada le sucediese a su madre, a su abuela y a sus hermosas y rubias hermanitas. ¿Son adorables, sabe? Es por ello que si quiere que sigan siendo así de adorables, más le vale no mencionar nuestro encuentro. ¿Comprende? Hasta mañana, señor Cañete.

El hombre desapareció por el umbral tras el estrepitoso sonido de la puerta al cerrarse. Damián tardo unos segundos en componerse. Se quedó mirando el vacío mientras su cerebro intentaba procesar todo lo que había ocurrido y volver a poner en marcha su cuerpo. Pronto se percató de que estaba temblando. No había podido evitar temblar del miedo. ¿Qué podía recordar que no le haya dicho a aquel hombre? Su cerebro comenzó a funcionar a mil por hora, como si se despertara de un largo letargo. Sintió secarse el rastro de las lágrimas que habían caído cuando se puso violento el interrogatorio. Se incorporó lentamente. Sentía las rodillas débiles y un bulto pegajoso en sus pantalones. Se había hecho encima.

9.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Matías, absorto con la historia de su amigo, mientras hurgaba en su billetera buscando una tarjeta plástica.

Decidido a no pasar la noche donde aquel mafioso podía entrar y salir a su gusto, decidió telefonear a su tío e inventar una excusa para que se llevaran al campo unos días a su abuela. Inventando una historia escueta donde veía a la pobre mujer muy distante y solitaria, convenció a sus tíos, no sin ciertas reticencias, de que su abuela pasara el fin de semana con ellos, en otro ambiente, descansando y recomponiéndose. Al llegar a casa, prácticamente no la dejó siquiera saludar; haciendo acopio de todas sus energías, una vez limpio y con una nueva muda de ropa, armo un pequeño bolso con ropa y elementos de aseo diario necesarios para su abuela y la subió casi a los empujones a un remís con dirección al campo.

—Los tíos querían que cenaras con ellos. ¿No hinchas siempre con que no te vienen a ver seguido por la cosecha y eso? Bueno, ahora están al pedo sembrando. Anda, tomate unos días, despéjate. Yo te lo pago todo. Es mi regalo para vos. ¿Cuando llegas llámame, dale? —le dijo, agitado mientras depositaba sobre el asiento de atrás el bolso con lo necesario para unos días de estadía.

—¿Qué te está pasando, querido? —preguntó, girando sobre sus talones y acariciando la cara de su nieto.

El tiempo los había llevado a conocerse demasiado bien como para percibir que algo andaba mal. Ella sabía que mentía. Él sabía que ella lo intuía. Sin embargo, la imagen de aquel infame extraño amenazando a su familia no lo hizo retroceder un solo paso en su determinación. Le dolía mentirle a la mujer que más quería en este mundo, pero sabía que volvería a hacerlo si eso le salvaba la vida.

—Nada, abue. Todo está bien.

Abrazó a su abuela, quien alcanzaba a percibir lo extraño de la situación, pero como buena matrona entrerriana accedía casi sin rechistar. Se subió lentamente en el Fiat Uno blanco y se perdió en el horizonte yendo en dirección a la arteria principal de la ciudad. Entró en la casa y armo su propia mochila a tal velocidad que le pareció haber tardado prácticamente un minuto en estar echándole llave a la puerta, no sin antes echar un pequeño vistazo a Robustiano y llenarle sus platos de comida y agua, lo suficiente para cuando despertara. Se encaminó hacia el auto. Rebuscó en sus bolsillos y extrajo la llave del auto con tal torpeza que se le escurrieron de los dedos y fueron a parar al asfalto. Le temblaban las manos y sentía las axilas húmedas. Insultó por lo bajo a las llaves mientras se agachaba a juntarlas y volvió a intentar abrir el auto. El Corsa emitió el sonido característico de la cerradura destrabándose. Arrojó la mochila al asiento del acompañante y hecho un último vistazo a su entorno. Pocos autos se encontraban estacionados frente a las diversas casas con la pintura derruida de su cuadra y más allá, pero

ninguno que llamara tanto la atención como el que manejaba Hiroshi. Se tomó su tiempo, cerciorándose de que nadie lo estuviera observando.
Una vez dentro del auto, lo puso en marcha dirigiéndose a toda velocidad calle abajo, hacia el puerto. Pasó por la plaza principal, llena de automóviles que daban la tradicional vuelta a la plaza flanqueada por los principales puestos de comida y bares de la zona. Todo el mundo estaba allí, expectantes de todo aquel con quien se cruzaran, de espaldas al inmenso pilar que hacia la guardia día y noche en mitad de la plaza. Los fines de semana, incluso en invierno, la población en general caminaba o manejaba por el centro y la plaza principal, saludándose los unos a los otros, mate o cerveza de por medio en un tradicional ritual tácito y periódico. Sobre una motocicleta de 110 cilindradas, un hombre robusto hacia equilibrio llevando consigo a una mujer de iguales dimensiones quien cargaba a una recién nacida en brazos- Tras ella, un niño aferrado a sus caderas con los brazos extendidos de par en par, balanceándose sobre la punta de la motocicleta intentando evitar movimiento alguno que lo llevara a caerse. « ¿Cómo pueden viajar así?», se preguntaban algunos peatones al verlos pasar. Estas escenas de la vida cotidiana en la ciudad perturbaban a Damián sobremanera. Lo llevaban a reflexionar en la razón de la existencia de seres tan idiotas sobre la faz de la tierra como lo eran los seres humanos. Pero ahora mismo no reflexionaba sobre ello. Ahora estaba apurado. No tenía tiempo para sus problemas mundanos.

Cuando llegó a la casa de Matías, este se encontraba solo. Ambos pasaron a su habitación dejando estacionado al Corsa frente a los grandes depósitos de YPF. La casa era pequeña y sencilla, pero cómoda y cálida. Matías contaba con una habitación propia separada de la de su madre, por lo que podían pasar tiempo a solas sin necesidad de ser molestados u observados. Tampoco había gran necesidad de ello, ya que la madre trabajaba casi todo el día por lo que ambos podían disponer de la casa por un período considerable de tiempo. A su vez, una amistad tan longeva hacía de Damián prácticamente otro miembro de la pequeña familia de Matías y su madre. Le gustaba eso. Le gustaba sentirse bienvenido en algún lugar más allá de la casa de su abuela. Le gustaba que una madre lo tratara como un hijo más, por más que no fuese su madre. Damián solía pensar en ese sentimiento como una especie de calor; un calor que suele traspasar el corazón y el alma, y que puede hacer bien y mal dependiendo del momento.

Pasaron frente a un reloj de pared que Damián no podía evitar detenerse a observarlo cada vez que ponía un pie en la casa; un reloj con la forma de un gato que movía la cola a cada segundo que pasaba al tiempo que movía los ojos en la misma dirección. Lo llenaba de curiosidad saber cómo lograban mover los ojos y la cola de forma sincronizada.

Al cerrar la puerta, Matías se tumbó en la silla frente a un pequeño escritorio que hacía las veces también de biblioteca. Sobre el escritorio había depositado en un pla-

to el contenido de una bolsita blanca. La cocaína semisólida, unida como una diminuta pelota, se fragmento sobre el plato mientras buscaba entre sus cajones alguna tarjeta con la cual pisarla y armar las líneas.

Damián no pudo contener la verborragia. Tendido en la cama de su amigo, de espaldas a un poster a todo color de *Led Zeppelin*, decidió que si no podía ir a la policía al menos pediría consejo a Matías. Casi al momento en que ambos se posicionaron en sus respectivos lugares, Damián comenzó a contar la extraña historia del oriental que había irrumpido en su hogar. Los minutos pasaron rápidamente mientras Damián revivía aquella experiencia salida prácticamente del argumento de una película afanándose en la descripción de los detalles más ínfimos y efímeros. Pronto logró captar toda la atención de Matías, abstraído por la historia contada por su amigo. Solo cuando comenzó a parecer que llegaban a la conclusión de la historia, retomó sus labores de picar la cocaína olvidada en la mesita frente a la que se encontraba sentado.

Mientras escuchaba, peinó sobre el plato gris dos líneas blancas y finas. Luego de lamer la tarjeta, la guardó en su billetera de cuero marrón desgastada por los bordes, extrayendo un billete de cinco pesos de su interior. La pálida cara de José de San Martin pasó de ovalada a tomar la forma de un cilindro irreconocible a medida que enrollaba con sus dedos el billete, se lo metía por la nariz y aspiraba con fuerza la primera línea. Desde que trabajaba como playero

en una de las escasas estaciones de servicio de la ciudad, era común que los fines de semanas se dedicaran a eso; drogarse y beber alcohol constituían los pilares de su descanso semanal. Y pensar.

—No sé, amigo —dijo Damián, ensimismado en sus pensamientos. Tenía miedo. Miedo de lo que podría pasar si este hombre volviese a su casa—. Por lo pronto no puedo dejar que mi abuela se quede en casa. La mande a lo de mis tíos pero calculó que no me creyó ni mierda.

—¿Vas a ir a la policía? —preguntó Matías, restregándose la nariz y pasándole el canuto a Damián.

Incorporándose lentamente, Damián se acercó hacia el pequeño escritorio- biblioteca de pino barnizado. Tomó el canuto y se quedó inmóvil frente a la gruesa línea blanca y granulada. Pensó en la posibilidad de utilizar su *capacidad* para ponerse en contacto con Hye-Su. ¿Pero cómo? De todas las oportunidades en las que pudo colarse en el sueño de otra persona, en ningún momento había puesto esfuerzo alguno en ello.

¿Cómo podía entonces hacerlo por propia voluntad esta vez? ¿Podía?

Le devolvió el canuto sin decir nada y volvió a tomar asiento frente a su amigo. Necesitaba desahogarse. Contar todo lo que había vivido. Nunca le había confiado su historia a nadie. Era más bien retraído a la hora de hablar de lo que le pasaba. Matías, por el contrario, contaba más de lo que sabía. Se había vuelto un hábito casi cotidiano hacer pasar por alto las pinceladas de más con las que coloreaba sus relatos.

Damián, como mucho, contaba en líneas generales lo que le sucedía. Pero esta vez no. Esta vez necesitaba desahogarse. Confiar en que, al terminar, tal vez no suene tan extraño todo.
—Necesito contarte algo. Algo que hace tiempo me guardo.

Pestañeó. O al menos eso es lo que le pareció. Se encontraba sentado en un sillón de cuero negro en lo que parecía ser una gran sala de estar. Una mesa de madera con seis sillas blancas y almohadones color caqui se encontraban a algunos metros de distancia. Sobre ella, una inmensa araña de cristal se erguía imponente y apagada. Un televisor de pantalla plana amurado a la pared se encontraba suspendido sobre un inmenso modular rack blanco, emitiendo lluvia constante. Amurados a la pared y sobre diversos vajilleros podía observar diversos portarretratos sin vislumbrar bien quienes se encontraban en los mismos. Se hallaba sentado en el living de una casa. Pero no era su casa ni la de su amigo.
« ¿Dónde estoy?», comenzó a preguntarse. Se sentía cansado. Somnoliento. Sintió algo duro en la palma de su mano. Era el control remoto de la televisión. Intentó cambiar de canal pero parecía que el televisor había perdido toda señal. Uno a uno los canales pasaban repitiendo la misma imagen. Lo apagó y se puso de pie. Caminó hacia una mesita ratona y tomó una de los portarretratos que tenía apoyados encima. Una jovencita reía tomada del brazo de un joven con

el rostro difuso, borroso. La jovencita era Hye-Su. O al menos eso parecía. Su rostro aparecía perfectamente representado en la fotografía, a diferencia de su acompañante.

Dejó la fotografía sobre la mesita blanca y caminó hacia la pared. En toda la casa no se escuchaba ningún ruido. Parecía estar solo. Observó las fotografías dispuestas en la pared. Hye-Su aparecía en cada una de ellas, en diferentes momentos y con diferentes personas. Había muchachas que posaban junto a ella con los dedos en v. Vio fotos donde ella se abrazaba a los que parecían sus padres. Todos sonreían alegres y en diversos escenarios orientales como pagodas, templos o castillos. Fotografías en la playa. En las montañas. Pero a Damián no se le escapaba el hecho de que, en algunas de ellas donde se encontraba Hye-Su junto a sus amigos, aparecía (o eso le parecía) el mismo muchacho.

Su rostro siempre borroso perturbaba las imágenes que veía. Resaltaba. Era difícil pasar por alto que en ninguna foto posaba sin la cara borrosa, indistinguible.

Sintió una puerta cerrarse a lo lejos. Un amplio pasillo conectaba la sala de estar con el resto de la casa. Comenzó a caminar. La poca luz que entraba por las cortinas de la ventana del living comenzaba a extinguirse lentamente. Avanzando hacia un estrecho pasillo de paredes lisas y sin adorno alguno, pronto llegó a una escalera. Se quedó inmóvil escuchando, atento. Nada. La puerta de salida de aquella enorme casa se encontraba frente a la escalera. Bajando un escalón,

un amplio espacio albergaba zapatos y zapatillas de diversos tamaños alineados unos junto a otros. « Estoy soñando. O me metí en el sueño de Hye-Su. O de alguien familiar.», reflexionó mientras aguzaba el oído intentando captar de donde podía haber provenido el sonido de la puerta. Silencio. «Ojala no sea el sueño del japonés ese.».

Junto a la escalera de madera apareció una puerta negra. « Esto no estaba acá recién.», pensó. Trató de recordar si la había pasado por alto pero pronto se convenció de lo contrario. Como materializándose arbitrariamente, aquella puerta había aparecido de la nada, emergiendo en la pared junto a la escalera.

Extendió los dedos hasta casi rozar el cromado picaporte, deteniéndose al oír pasos en el piso superior. Parecía como si alguien se lanzara a toda velocidad de un punto a otro hasta detenerse de súbito. Ya no se escuchaba nada.

Comenzó lentamente a subir las escaleras. Cauto y sigiloso, pisaba las baldosas de madera una por una procurando no emitir ruido alguno. Tras una breve subida, la escalera se curvaba para acceder al piso superior de la casa. Aguzó el oído, intentando percatarse de cualquier sonido que delatara lo que sea que lo estuviera esperando. Nada.

Llegó a un amplio pasillo. Las paredes eran interrumpidas a su alrededor por blancas e imponentes puertas con picaportes redondos y cobrizos. Ninguna se encontraba abierta. Sea lo que fuera que hubiese estado allí, se encontraba oculto en alguna de aquellas

habitaciones. Inspecciono la más cercana, pero el picaporte no cedió. Se encontraba cerrada por dentro. Intentó con la contigua, obteniendo el mismo resultado. Las paredes mostraban diversos cuadros con el mismo tipo de fotografías que había observado con anterioridad. Reparó en la persona sin rostro, turbio y siniestro que aparecía junto a Hye-Su y comenzó a sentir escalofríos. Inquieto, se secó el sudor de las manos en el pantalón y comenzó a caminar en dirección a la siguiente puerta. Tomó el picaporte, haciéndolo girar para luego empujar la puerta. La puerta cedió a su peso.

El sol le dio de lleno en la cara. Se encontraba de pie junto al umbral de la puerta pero ya no se encontraba en aquella solitaria casa. El umbral se abría hacia una calle en bajada, empedrada y bulliciosa. Junto a la ajetreada calle se alzaban carteles de diversos locales de venta de souvenirs de todo tipo: imanes y chucherías, bollos, cerveza, churrerías, jamón y delicias varias. Los edificios, apretados entre sí, mostraban una mixtura arquitectónica medieval sublime. A lo lejos, el campanario de una majestuosa iglesia de siglos pasados, pero bien conservada, marcaba la hora con sus estridentes campanadas. Las personas a su alrededor parecían no percatarse de su presencia ni del hecho de que una puerta hacia un espacio totalmente distinto se encontrara abierta en medio de la calle. Cada uno de ellos paseaba inmerso en sus asuntos, conversando entre sí, riendo y comprando. La mayoría de ellos en remeras, bermudas y shorts debido al calor

agobiante. Algunas mujeres caminaban con chándal y calzas deportivas. Algunos hombres, seguramente trabajadores de alguna empresa, se desplazaban rápidamente en camisa y pantalón.

Dio un paso adelante y la planta del pie sintió el frio piso de piedra. Sintió húmedas las axilas, cayendo recién en la cuenta del calor que hacía. Miró detrás de él. La puerta ya no estaba. Había desaparecido tan silenciosamente como se había materializado en aquel mundo. « ¿Cómo voy a volver ahora?»
«Calma.» se dijo para sí mismo. «Esto es un sueño. Es obvio que es un sueño. Estas cosas no pasan en la vida real.», pensó mientras se secaba el sudor de la cara. «Pero éste no es mi sueño. Acá estas para ver o hacer algo. Concéntrate en encontrar el que. Tiene que estar cerca».
Comenzó a caminar calle abajo, mezclándose con el gentío que subía y bajaba en grupos tan lentamente como él lo hacía. Observaba la multiplicidad de rostros y alturas. Cuerpos robustos y altos se mezclaban con el de personas delgadas y más pequeñas. Todos sonreían y hablaban en voz alta, sin recabar en que alguien los oyese. Observó las casas y los locales esperando ver algo distinto; algo que le llamase la atención y le diera evidencia del porque se encontraba allí. « Estoy en España», reflexionó luego de leer los carteles y anuncios. « En alguna ciudad de España.»
Caminó un largo trecho hasta que el sendero se abrió de súbito dando paso a una amplia plaza. Edificios

alargados y de arquitectura medieval hispánica y mora se yerguen imponentes uno junto al otro frente a una bulliciosa plaza. A lo lejos se conservaban los restos de lo que alguna vez fue una imponente muralla que rodeaba a la ciudad. Las personas posaban bajo los arcos de medio punto y los ojivales perfectamente conservados, buscando la pose precisa para la fotografía. Un grupo de chinos caminaban de un lado a otro, posando con sus dedos en v y sus largos palos *selfie*. Algunas mesas y sillas de los cafés y restaurants cercanos se encontraban dispuestas en la amplia plaza, ocupadas por hombres solitarios y algunas parejas tomando café o cerveza, disfrutando del paisaje y el buen tiempo. Las palomas revoloteaban en busca de sobras, como animales carroñeros sobrevolando su presa moribunda.

Damián recorrió con la mirada impaciente la bulliciosa plaza hasta dar con lo que estaba buscando. Hye-Su se encontraba posando con los dedos en v de espaldas a los imponentes restos de muralla aún en pie. Un joven, también oriental, de pelo oscuro inclinado a un lado la fotografiaba sonriendo. Caminó hacia ella y rodeándola con el brazo por la cintura le mostro la fotografía desde la pantalla de su cámara digital.

Sintió un golpe en el hombro que lo hizo trastabillar hacia adelante. A su lado, un grupo de hombres pasaba sin percatarse de su presencia, golpeándolo al pasar. Se detuvieron a un metro de distancia, contemplando la enorme plaza.

—¡La concha de tu madre! —les gritó casi al instante, pero no se percataron de ello. Reían y hablaban entre ellos sin caer en la cuenta del incidente— ¡Eh, pelotudo! ¡Te estoy hablando! —volvió a gritarle a su lado. Pero nadie reparó en su presencia. Sintió que lo ignoraban, o que verdaderamente no lo veían. Se acercó hasta el hombre, de nariz respingona y barriga prominente, e intentó empujarlo, sin éxito. Era duro como una roca. Inesperadamente inamovible. Los hombres siguieron su recorrido sin prestarle ninguna atención.

«Tal vez soy invisible en este recuerdo», reflexionó Damián, mientras se restregaba el hombro. Volvió en la búsqueda de la pareja, pero ya no estaban donde los había visto. Trotó hacia el centro de la plaza y volteo la cabeza en todas las direcciones. Había demasiadas personas en la plaza y parecía que minuto a minuto se iba llenando cada vez más.

Con gran dificultad logró divisarlos calle abajo, rumbo a la muralla. Corrió calle abajo hasta tenerlos a pocos metros de distancia. «¿Me verá Hye-Su?», pensó mientras recuperaba el aire luego del pique.

Ambos se detuvieron ante la muralla. Tomados de la mano, conversaban en su idioma, totalmente inentendible a oídos de Damián, sin percatarse de su presencia. Casi podía pisarles los talones, pero tal parecía que era invisible a ojos del mundo. Ella le sonreía, con la sonrisa perlada y los labios finos que la caracterizaban. Él le devolvía la sonrisa mientras le hablaba. « No entiendo una mierda.», pensó Damián.

—Nos prometíamos volver juntos algún día.

Damián dió un salto a un costado del susto. Como materializada de la nada, otra Hye-Su le hablaba a su lado. Con las manos en la espalda y el ceño fruncido, lo observó curiosa.
—¿Y tú qué haces en mi sueño? —preguntó ella, con cara de evidente molestia— Qué yo sepa, tu no apareces en este recuerdo.
—¡Que cagazo me diste! —exclamó, recomponiéndose del susto.
—Pues eso te pasa por intruso.
—Bueno, bueno, disculpa. Tampoco es que lo haga a propósito —se excusó, con las manos en el aire. Luego, con mirada seria, fue al grano—. Necesito saber dónde estás. No sabes el quilombo en el que estoy metido por vos.
—¿Quilombo?
—Problema. No importa. ¿Dónde estás?
Una bandada de pájaros aleteo sobre sus cabezas y se perdió tras los restos de la antigua muralla formando figuras ininteligibles.
—Aquí. Contigo. —respondió, enrollando un mechón de su lacio cabello con el dedo índice.
—¡No! ¡No me refiero al sueño! —exclamó Damián. Luego inhaló y exhaló largo y profundo, con la intención de contenerse y no precipitarse. Le urgía conocer su paradero para comunicárselo al sicario japonés, pero no debía perder los estribos— Me refiero a donde te encontrás físicamente hablando. O sea, en la vida real.
La pareja se encontraba besándose, ignorando la conversación a sus espaldas. Hye-Su (la Hye-Su que si

reconocía su existencia), guardó silencio, pensando. Se llevó una mano a la barbilla, intentando recordar donde se encontraba.
—No recuerdo. —respondió al cabo de unos minutos.
Damián sintió que se le venía el mundo encima.
—¿Cómo que no te acordás? Todo el mundo sabe dónde se encuentra en un momento dado. Pensá.
Otros largos minutos pasaron mientras Hye-Su intentaba recordar su paradero.
Finalmente desistió de ello, pese a las suplicas de Damián.
—¿Pero por qué quieres saber eso? ¿Qué sucede? —preguntó ya algo alterada.
Damián comenzó a contarle lo que sucedía, deteniéndose con lujo de detalles en la visita que su empleado nipón le había hecho; en como lo siguió con su auto presumiblemente rentado hasta el pueblo donde trabajaba y en cada palabra amenazadora que le había dicho. Sabía que ella no tenía la culpa, pero quería hacerle sentir aunque sea un mínimo de la incomodidad y el miedo que había tenido.
Hye-Su se mantuvo en silencio un largo rato, escuchando. La otra Hye-Su y su pareja comenzaron a caminar lentamente alrededor de la muralla, parando a cada rato para fotografiarse con ésta de fondo. Más allá de la muralla, el sol comenzaba a caer y una pálida luna se podía apreciar a la distancia. Los minutos pasaban y la tarde comenzaba a dar paso a la noche, pero la pareja no le daba importancia a ello. Parecían ocupados disfrutando la ciudad como también de ellos mismos.

Sin haber terminado aún su relato, y al escuchar las amenazas hechas por el empleado de su padre, Hye-Su soltó una carcajada contenida. Damián la observaba, atónito, sin dejar de hablar.

—Hiroshi no te haría daño, tonto. —lo interrumpió entre risas.

—¿Cómo sabes, boluda? ¡Me apuntó con un arma! —le gritó, enfurecido ante sus risas.

—Bueno, bueno. Calma —respondió con los brazos extendidos, consiguiendo que se relajara un poco—. Ha sido empleado de mi padre desde hace mucho tiempo y lo conozco desde niña. Si bien trabaja para mi padre, no creo que sea de las personas que le harían daño alguien.

—Me apuntó con un arma. —repitió, visiblemente irritado, pero bajando la voz.

—Bueno, no discuto sus métodos. Después de todo, me has buscado, de alguna forma, y estamos conversando ahora mismo. Logró su propósito, salvo el hecho de que no puedo decirte donde me encuentro pues ni yo misma lo sé con certeza. Trato de recordarlo pero algo me lo impide. Hay una pared en mi mente. Un obstáculo insalvable que no me deja llegar a la respuesta que estás buscando. Lo siento.

Un grupo de turistas chinos de avanzada edad comenzaron a posar a su lado mientras disparaban el flash de sus cámaras a discreción. Damián los observó aún más irritado. « Son como una plaga», pensó, "hasta en sueños me los cruzo."

Hye-Su se miraba a sí misma de la mano con aquel

joven. Su mirada perdida en tiempos lejanos tardo apenas un momento en volver su atención hacia su compañero. Damián suspiró. Insistir no iba a dar frutos. Tendría que averiguarlo de otra forma.

—¿Es tu novio?

—Era —respondió, esquivando la mirada penetrante de Damián. Incomoda. La pareja comenzó a alejarse y ella comenzó a caminar lentamente tras ellos, seguido de cerca por Damián—. Ya no pertenece a este mundo.

—¿El de tus sueños?

—El de los vivos. —sentenció, cortante.

—¿Murió? —preguntó Damián, para luego apretar los labios y arrepentirse de formular una pregunta tan obvia.

Hye-Su los seguía mientras caminaban tomados de la mano. Suspiró.

—Falleció poco tiempo después de este viaje —dijo Hye-Su, sin darle importancia. Luego añadió, previendo la siguiente pregunta—. Sufrió un accidente automovilístico camino a Seúl. Aparentemente se había quedado dormido camino a casa. Se cruzó en el camino de un camión de carga.

Ambos quedaron en silencio. Hye-Su y su novio tomaron asiento metros más adelante en unos asientos desplegados fuera de una pequeña cervecería. La camarera, una mujer robusta y bajita, tomó sus pedidos diligentemente. A su alrededor, otras personas disfrutaban ya de sus cañas y tapas, fumando a gusto bajo la tenue luz del atardecer. Hye-Su y Damián tomaron asiento en la vereda de enfrente, observando la escena.

—Se llamaba Lee Yoo —comenzó Hye-Su, sin quitarles sus ojos melancólicos de encima—. Estudiaba para contador en la misma universidad en la que preparo mi PhD, aunque no nos conocíamos. Fue una amiga la que nos presentó en una cita a ciegas. Yo era muy tímida y había sido abandonada en una relación anterior que prácticamente no llevaría a nada. Fue mi primera pareja, y consideraba que había dado todo lo que tenía para dar. Aún así, un día me cerró su corazón, y el tiempo hizo el resto. Tenía el corazón roto. Me negaba a intentarlo nuevamente con alguien. Había llegado a un estado en el que procuraba evitar al sexo opuesto. Había abandonado toda esperanza de felicidad en los brazos de otra persona. Me encontraba dañada, como un muñeco al que le falta la cabeza y ya no es útil como antes. Me había cerrado en una burbuja a salvo de cualquier experiencia dolorosa. Solo éramos yo y mis libros, mi familia y mis amigos. Pero mi amiga me empujo a intentarlo. «Ya hace mucho tiempo que rompisteis. Es tiempo de que salgas de ese estado de autocompasión y letargo eterno.»

»Quedamos en un café. Estaba muy nerviosa. Llevaba mis mejores ropas y olía a Channel. Recuerdo que me pregunte, sentada en la mesa de aquel café, cuando había sido la última vez que me había puesto perfume detrás de mis orejas.

»Él llegó tarde, pero se disculpó y fue muy amable conmigo. Aquella tarde nos quedamos hablando por horas. Parecía que el tiempo se había detenido indefinidamen-

te. Lo aprovechamos. Lo agradecimos. Tuvimos varias citas más en el mismo café, a la misma hora. Siempre llegaba tarde, pero siempre se excusaba y sonreía. Yo estaba encantada. Había pasado a ser nuestro ritual.- dijo, volteando a sonreírle.- Me gustaba. Me volvía loca. En una de aquellas citas, él me confeso lo mismo. Comenzamos a salir más seguido. A vernos cada vez que el tiempo y las obligaciones nos lo permitían. Él conoció a mis padres y amigos. Yo conocí a los suyos. Pronto aquella burbuja que me había envuelto se evaporo en el aire, como una pompa de jabón que explota. Me encontraba expuesta, pero no me importaba. Sentía que estaba en buenas manos.

»En el receso de verano, unimos nuestros ahorros y viajamos juntos hasta España. Era un país que, por alguna razón, siempre le había llamado la atención. Quería ver corridas de toros, flamenco y bailes. Caminar por sus calles, sus plazas y sus castillos. Probar sus tapas, su vino y su jamón. Por el trabajo de mi padre, yo ya conocía Madrid y sus alrededores. Sin embargo, quedamos fascinados. Recorrimos lugares que jamás había visto. Parecían salidos de un sueño. —contestó, observando el paisaje a su alrededor.

—Poco tiempo después de volver a nuestro país, ocurrió el accidente. Regresaba por la carretera hacia Seúl desde la casa de campo de sus padres. Habíamos quedado en que me llamaría cuando llegara por la noche. Su madre fue quien me llamó al amanecer. Aquel fatídico día, sentí que una parte de mi alma había desaparecido consigo.

Se alzó el silencio entre ambos, como una barrera fina e invisible. Hye-Su lloraba en silencio, sin dejar de prestar atención al bar. Damián sintió un nudo en el estómago. En situaciones como estas, seguía siendo incapaz de responder algo coherente. Guardó silencio, pensando. Luego recordó el primer encuentro con Hye-Su. Había algo en la historia que llamaba su atención.

—¿Es esa la promesa que te hizo volver a Europa? —preguntó Damián, recordando las palabras de Hye-Su— ¿Le habías hecho la promesa de volver juntos?

Hye-Su asintió en silencio. En el cielo despejado, una pequeña nube, como si fuese un algodón de azúcar gigante en el firmamento, comenzó a desplazarse a través del cielo despejado. Ambos se quedaron contemplando el recorrido cada vez más rápido de la nube, como si el viento soplara cada vez más fuerte. A ella le siguieron pronto otras que se perseguían unas a otras a una velocidad surreal. Damián ya había pensado un nombre para aquellos sucesos aleatorios y extraños.

—Una anomalía. —dijo, rompiendo el silencio que se había levantado como si fuese cristal.

Hye-Su posó sus ojos en Damián, sin comprender.

—Una anomalía —comenzó Damián, sin esperar la pregunta— se produce cada vez que entró en el sueño de alguien. Quise ponerle ese nombre porque cada vez que las veo algo sucede. Y de seguro algo raro va a pasar.- dijo, poniéndose de pie y volteando la cabeza hacia todas direcciones.

—¿Qué sucede? ¿Pero qué tiene eso de malo? —preguntó ella, poniéndose de pie.

— Quiero que me hagas un favor. Fijate si ves algo extraño.
—¿Extraño? —preguntó Hye-Su, alzando la vista al cielo. Las nubes ya habían cubierto todo el horizonte, oscureciendo levemente a la ciudad. Cada tanto, algún cúmulo de nubes se iluminaba de improviso, amenazando con soltar su furia en cualquier momento— ¿Cómo el cielo?
—No el cielo. Fijate acá. Por acá, alrededor. Alguna persona rara. Alguna cosa que no parezca humana.
—¿Qué no parezca humana?
Las personas a su alrededor no se percataban del cambio del tiempo. Como autómatas seguían inmiscuidos en sus propios asuntos mientras la luz del sol se escondía tras una aparentemente interminable cascada gris.
Lo vio. De pie calle abajo una figura oscura alta, esbelta y sin rostro los observaba. Los turistas pasaban a su lado sin percatarse de su existencia. El cielo comenzó a oscurecerse aún más. La noche, de improviso, reclamó sus dominios.
Damián reaccionó rápidamente. Tomó de la mano a Hye- Su y comenzó a correr en dirección opuesta.
—¿Qué sucede, coño? —gritó desconcertada Hye-Su sin obtener respuesta— ¿A dónde me llevas?
Siguieron corriendo hasta que los restos de la antigua muralla desaparecieron a sus espaldas. Damián volteaba cada tanto, sin observar el menor rastro de aquella criatura. No podía arriesgarse. Bien sabía que aquella cosa podía rastrearlos fácilmente. Poseía alguna especie de sentido o sensor que le permitía

ubicarlos. Y no podía permitírselo. Desde su última experiencia, sabía que podía existir la probabilidad de sufrir daño en aquel mundo extraño.

Se detuvieron en una esquina a tomar aire. Por las calles transitaban grupos de turistas que ignoraban su existencia. Damián se apoyó en una pared de ladrillos mientras daba un vistazo a sus espaldas, esperando que aquella criatura desistiera de perseguirlos. Nada. No vio ni rastros del monstruo.

—¿Me puedes explicar que sucede, por favor? —logró formular la pregunta entre jadeos.

Damián se quedó en silencio, dubitativo, intentando formular una respuesta que no sonara tan disparatada en su mente.

—Esta no es la primera vez que me meto en el sueño de alguien. Cada vez que entró en el sueño de alguien, algo se repite siempre: esa cosa comienza a perseguirme. Aparece de repente y no para hasta agarrarme.

—¿Y por qué le tienes miedo si sabes que es solo un sueño?

—Porque la última vez me lastimó en la vida real. —respondió Damián, echando una mirada por detrás de su hombro, inquieto.

Hye-Su se mantuvo en silencio. Comenzaron a caminar doblando la esquina, sin tener un rumbo fijo por dónde ir. Damián comenzó a contarle sobre su experiencia en sueños ajenos. Su *don*, por llamarlo de alguna forma. Detrás de él la oscuridad avanzaba lentamente, engullendo los edificios y las casonas medievales. Las personas atravesaban a lo lejos aquella oscuridad,

como si de una tela negra que avanzara a paso moderado se tratase, sin volver a emerger de nuevo. Sin embargo, se olvidaron brevemente de todo peligro mientras Damián compartía su secreto mejor guardado.
—Ven- dijo.
Tomó de la mano a Damián y atravesaron la puerta verde de una hermosa casa de ladrillos de estilo medieval. Al cerrar la enorme puerta de madera, Damián se encontró de pie nuevamente en el pasillo de la enorme casa que había dejado atrás. Hye- Su saco una llave del bolsillo de su short de jean y le dio vuelta en la cerradura, cerrándola con un sonoro *click*. Luego volvió a guardarla en el mismo lugar y lo miró fijamente a los ojos. Su expresión seria y penetrante lo obligo a tragar saliva.
—Por lo que entiendo, podrías no estar solamente en mi sueño, sino en mi cabeza —comenzó, sin apartarle los ojos de encima—. Antes de que aparecieras, me encontraba gravitando en el espacio exterior con mi traje espacial, de pie sobre un satélite. Estaba mirando las estrellas y la circunferencia de la tierra a lo lejos. Era realmente hermoso. El comunicador de mi casco hacia interferencia, pero podía escuchar que algo me llamaba. Parpadee. Fue por una fracción de segundo, solamente. Y de pronto, ahí estabas. Ahí estábamos. De pie en alguna ciudad del sur de España. Y te veía a ti observándonos a él y a una yo que no era yo pero que fui alguna vez. Estabas de pie en un recuerdo que guardaba encajonado en mi memoria. Y yo viaje de un sueño agradable a aquel recuerdo lejano.

Apartó su mirada de la de Damián e hizo una breve pausa a su explicación llevándose la mano a la barbilla, reflexionando. A su alrededor todo se encontraba en silencio. Por la ventana americana del pasillo se filtraba la luz de una luna lejana. Los grises y negros danzaban y se mezclaban por todo el pasillo, siendo atravesados por la luz pálida del satélite.

—He pensado muchas veces en si la vida no es más que un sueño, o el sueño de otra persona. Sin embargo, sé que no es así. Nosotros estamos aquí y ahora. Y si tú me dices que, tal vez, esa cosa te sigue cada vez que te encuentras en la mente de alguien, pues ese algo que pueda pasarte tal vez te pase en realidad. No sé cómo explicarlo, solo estoy razonando… o tal vez divagando. Tal vez haya una fina línea que divide nuestros mundos. El real y el de ensueños. ¿Entiendes lo que digo?

Damián asintió. Ya se le había pasado por la cabeza la idea de que todo aquello fuese real e irreal al mismo tiempo.

—Lo que quiero decir es lo siguiente —dijo Hye-Su, luego de tomarse otro breve momento—. Tu no te encuentras en mis sueños. De alguna forma, te transportas a mi mente, pero no sabes a donde. Es por ello que puedes ver sucesos que he vivido o sueños en los que me encuentro, pero no tienes el control sobre ello. No puedes seleccionar que ver. Es como una ruleta. Tú eres la bola y giras sobre la ruleta sin saber en cual casilla caerás.

—Tiene sentido —respondió Damián—. ¿Y el monstruo ese? ¿Qué pensás que puede ser? ¿Lo crea la mente de la persona en la que me estoy metiendo?

—Es posible, no lo sé —dijo Hye-Su, jugando con los dedos con un mechón de pelo—. Puede que sea un mecanismo de defensa. Tal vez mío, tal vez tuyo.
—¿Mío?
—Pensalo. ¿Mi cerebro permitiría un intruso? Tal vez es como cuando contraes una enfermedad. El sistema inmunológico del cuerpo humano crea glóbulos blancos que intentan prevenir la propagación de virus que intentan tomar control del cuerpo. Tal vez aquella cosa sea lo mismo: parte del sistema inmunológico del cerebro. Y tú tomas el papel de un simple intruso que debe ser extirpado por completo.
—Tiene sentido. ¿Pero siempre va a tener la misma forma?
—Tal vez. O tal vez es algo que traes contigo.
—¿Qué yo lo traigo?- preguntó Damián, frunciendo el ceño.
Hye-Su se encogió de hombros.
—Tal vez es tu propia mente la que crea aquel ser —dijo en tono calmo—. Mira, he estudiado algo de psicología, y muchas de las teorías psicológicas, desde Freud y Lacan hasta hoy, terminan rozando la superficie del mismo aspecto: ¿Qué tal si fuese tu *subconsciente*? Tu mente logra proyectarte en los sueño de otras personas, pero tu subconsciente sabe que no perteneces allí e intenta que vuelvas a donde perteneces.
Damián intentó recordar sus experiencias anteriores. Cada vez que aquella cosa lo tocaba, o estaba a punto de hacerlo, volvía en sí.

—Puede ser —dijo, tras un breve momento—. Cada vez que me toca o pasa algo muy violento, me despierto. Lo que sí, me despierto en lugares raros, no en mi cama. Como si fuese sonámbulo. No sé. Puede que…

Se interrumpió. Un sonido, como un chirrido al final del pasillo, lo sacó de su reflexión. Vio el rostro de Hye-Su, desencajado. Sus pequeños ojos se abrieron de par en par, observando algo detrás suyo. El chirrido seguía, incesante. Se dio la vuelta. Al fondo del pasillo, la luz que se filtraba por la ventana se posaba en una puerta que se abría lentamente, dejando ver la oscuridad en su interior. Unos largos dedos que parecían garras oscuras como el petróleo se aferraban a la puerta, tirando hacia el interior de la habitación.

Damián tomó a Hye-Su de la mano y comenzó a correr escaleras abajo hasta la planta baja. De pie en el pasillo, volteo hacia un lado y hacia otro buscando donde esconderse. El pasillo empezaba en un amplio living y terminaba en una cocina igual de amplia. Ambos no presentaban lugares adecuados para esconderse. Giró sobre sus talones. La puerta de madera negra junto a la escalera había desaparecido.

—¿Por dónde? —preguntó Hye-Su.

Pasos pesados comenzaron a sonar en la planta superior. Uno tras otro, aumentaban de ritmo como si fuesen golpes secos en un bombo legüero. Pronto los escucharon por los escalones. Pisaba sin prisa, pero a un ritmo constante. Se acercaba. Damián tragó saliva, intentando pensar.

Observó la puerta principal. Era enorme, azul oscuro

y de madera dura. Tal vez roble. Por sus pequeños vidrios en la parte superior se filtraba la luz de la luna, iluminando sus rostros. Se acercó hacia ella y posó sus dedos sobre el frio picaporte cobrizo. Al hacerlo girar, se oyó el *click* de la puerta al abrirse. La puerta cedió y la luz de la luna los envolvió con su palidez.

El vacío los sorprendió. Como pululando alrededor, las estrellas se veían más vivas y cercanas que nunca. Sin embargo, no estaban en tierra firme. La enorme casa flotaba en el aire dejando colgados en el espacio sus cimientos, caños y cables como si fuesen las raíces de un árbol. La luna llena enorme y gris brillaba en el cielo iluminando el vacío alrededor, alzándose imponente y hermosa. Abajo, la nada, oscura y siniestra.

No había escapatoria. Damián giró sobre sí mismo para mirar desesperado a Hye- Su en busca de una solución o idea que los salvara, pero Hye- Su no apartaba los ojos de la escalera. De pie sobre un escalón se alzaba una gigantesca figura oscura que los observaba sin rostro. Las cuencas donde debería tener sus ojos parecían fulminarlos con una mirada vacua e inexistente.

Hye- Su se volteó. Ambos se miraron por un momento que pareció eterno. Había llegado el fin. No había escapatoria alguna para ambos.

—Vete. —le dijo con un hilo de voz.

—¿A dónde, boluda? —preguntó a los gritos Damián, aterrado, aferrado al contramarco del umbral— No me voy a ir sin vos.

La criatura comenzó a bajar los últimos escalones. Se tomaba su tiempo, como acechándolos. Una sonrisa

de enormes dientes afilados surgió en su rostro vacuo. Pronto estaría a pasos de ellos.
—¡Vete! —gritó, empujándolo con fuerzas hacia el vacío.
Damián comenzó a caer en picada hacia la nada. La casa se iba alejando a gran velocidad. Pronto ya no pudo ver más sus cimientos suspendidos en el aire La nada misma comenzó a devorarlo y la oscuridad lo envolvió para siempre.

Abrió los ojos en el preciso instante en el que se llevaba la bombilla del mate a la boca. O al menos así lo creyó. Se encontraba sentado en una pequeña mesa redonda en la cocina de su amigo. Por la ventana de la cocina se filtraba a través de las blancas cortinas la luz de la mañana de un potencial bello sábado. Matías se encontraba sentado a su lado, con un termo Stanley verde bajo el regazo y masticando un bizcochito de la bolsita dispuesta en la mesa.
Pestañeó. « ¿Estoy todavía en un sueño?». Tragó saliva mientras lanzaba miradas hacia todas direcciones, buscando algo. Una *anomalía.* Algo que le indicara que aún se encontraba en el sueño. O que había *saltado* hacia otro sueño. ¿Acaso era posible? Por el momento, no descartaba ninguna posibilidad.
De pronto se sintió observado. A su lado, Matías no le quitaba los ojos de encima.
—¿Y? —preguntó Matías, masticando otro bizcochito, extrañado.
Damián se puso de pie. Haciendo caso omiso de la pregunta, se paseó por la cocina deslizando sus dedos

por las paredes, la mesa y el bajo mesada hasta llegar a la heladera. No veía nada que le llamara demasiado la atención. No emergían puertas de la nada. No se teletransportaba a quien sabe dónde ni aparecían extrañas criaturas a perseguirlo. Cómo si recordara de pronto la presencia de su amigo, volvió a observarlo con ojos cansados, inspeccionándolo.

—¿Y qué? —preguntó Damián.

—Boludo, me estabas contando lo que ibas a hacer ahora —respondió Matías, para luego chupar con fuerza de la bombilla—. Se tapó la puta madre.

—¡Ah, perdón! ¿Qué te estaba diciendo? —preguntó Damián. Obviamente no tenía ni la menor idea de que era lo que había dicho o hecho hasta ese momento.

Matías cebó un mate y se lo pasó a su amigo para luego volver a atacar la bolsa de bizcochitos.

—Me dijiste que ibas a buscar tus cosas y que te ibas a ir a Europa a buscarla.

—¿Qué? —exclamó con aire insólito Damián.

—Y si, boludo. Si me dijiste eso. Que te ibas a ir a buscarla porque la podías ubicar, o algo así. Me parece una locura pero si es lo que querés, dale.

Se interrumpió para tragar el bolo alimenticio que había formado con los bizcochos. Luego se golpeó el pecho como si aquel bolo se deslizara lentamente y pidió con un movimiento de mano el mate de regreso. Atorado, ponía caras realmente graciosas, lo cual divirtió por un momento a Damián quien apuro el mate para devolvérselo. Matías lo llenó y bebió de un sorbo todo su contenido, volviendo a respirar normalmente.

—Si necesitas guita, te puedo prestar algo —dijo Matías, aliviado, mirando la luz proveniente de la ventana—. Tengo algunos ahorros para comprarme el auto, pero tampoco tengo el re apuro. Si no voy en bici al laburo me pasan a buscar los gurises y tampoco es que me muero por comprarme uno. Aumentan a cada rato las cosas así que cada mes ahorro menos para comprarme algo decente, por lo que esperar un par de meses más de lo previsto no me jode tanto.
Damián volvió a tomar asiento. Se convenció de que había vuelto al mundo real. Tal convencimiento, sin embargo, le despertó una súbita hambre voraz. Manoteo cuatro bizcochitos haciendo ruido con los dedos dentro de la bolsa de nylon y los engullo casi sin masticarlos.
—Gracias, amigo —respondió Damián—. Todavía estoy sorprendido de que me creas, la verdad.
—¿Y cómo no te voy a creer si nos conocemos de casi toda la vida? Olvidate. Pero me lo devolvés, sorete. —dijo, apuntándolo con el mate y sonriendo.
—Escuchame. ¿Hace cuánto que nos despertamos? —preguntó Damián con el rostro tenso.
Matías buscó entre sus bolsillos y sacó su celular.
—Y… Más o menos una hora. Entre que nos quedamos *pajeriando* y todo, más o menos una hora. Si.
Damián asintió en silencio. No podía dejar de pensar en los eventos entre el caer dormido por la noche y los minutos antes de volver a tener conciencia de sí mismo. ¿Qué había sucedido? ¿Se encontraba despierto hablando con Matías y al mismo tiempo tenía un pie en el sueño de Hye-Su?

No era la primera vez que le sucedía. Recordó como había despertado en la intemperie frente a la choza del *mencho* cuando éste había muerto en sueños. O el despertar a la mañana siguiente en la funeraria tras aquel sueño extraño la noche en la que velaba a su abuelo. Comenzó a pensar que, tal vez, su mente manejara su cuerpo por propia voluntad, como si estuviera en piloto automático mientras se encontraba fuera, en los sueños y recuerdos que le eran ajenos. Tal vez, los eventos violentos acontecidos dentro de los sueños de otras personas ejercían presión para que su conciencia extraviada retornase a donde pertenecía. Mientras tanto, actuaba e interactuaba con la normalidad con la que solía hacerlo sin, aparentemente, levantar sospechas. Incluso poseía la capacidad de tomar decisiones tan arriesgadas y absurdas como la que había tomado minutos antes. No tenía control sobre su cuerpo, pero su cerebro tomaba el mando mientras él, o su conciencia, o lo que fuere, se encontraban de turista por los callejones de los sueños ajenos.

Tomaron unos mates y salieron. Afuera el viento soplaba ligeramente. Era una mañana de sol, sin una nube que surcara los cielos. Matías entraba a trabajar por la tarde, por lo que decidió acompañar a su amigo a hacer los bolsos. Subieron al auto de Damián. Hacia un frio atroz dentro, tan punzante como el que hacia fuera. Intentó arrancarlo pero el Corsa se negaba a hacerlo. Volvió a intentarlo varias veces dándole vuelta a la llave pero el ritmo constante del encendido fallando lo hizo desistir del intento.

Abrió el capó y bajó del auto con intención decidida de encontrar el desperfecto. Solía hurguetear en su auto regularmente, por lo que no era la primera vez que solucionaba algún problema o realizaba el *service* obligatorio. Se llevó una amarga sorpresa al ver que los cables de la batería estaban cortados. Nervioso, salió de debajo de capot y lanzó miradas hacia todos lados. La calle estaba completamente vacía. Nadie los observaba más allá de los viejos tanques de combustible de la refinería.

—¿Qué pasa? —preguntó Matías desde el asiento del acompañante.

Damián no respondió. A pesar del frio sintió un gélido sudor corriendo por su espalda. Tenía los pelos crispados. Alguien había hecho esto a propósito y tenía la certeza de saber quién fue.

—¡Me cortaron los cables del auto! —gritó enfurecido Damián.

—¿Posta? ¿Quién? —preguntó Matías asomando por la ventana.

—¡Que pregunta boluda! ¡El *ponja*, es obvio! Sabe que estoy acá y seguro se está asegurando de que no me vaya a ningún lado.

Matías descendió del auto e inspecciono el interior. Claramente no entendía nada de autos salvo saber cuál era el que quería comprarse, pero entendió de lo que hablaba su amigo con solo observar los cables cortados tendidos sobre el motor como si fuesen raíces extendiéndose.

—Puta madre —dijo Matías—. ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

—Caminar —respondió Damián sin dejar de observar calle abajo buscando indicios del automóvil del japonés—. Vamos, agarramos mis cosas, nos venimos, arreglo la batería y salgo cagando a Buenos Aires.
—¿Vos decís?
—¡Y si! ¿Sino que voy a hacer?
—Podes salir mañana. Pasas la noche acá y te vas. Hacemos un guiso.
Ambos soltaron una carcajada. Aquel comentario distendió un poco a Damián.
—Ok. Capaz me quedo entonces y veo que de paso no le pase nada a mi abuela. Y de ahí me voy.
Tras una breve caminata llegaron a la casa de Damián. Ambos voltearon hacia todos lados buscando a aquel hombre oriental de aspecto sobrio y recatado, tan yuxtapuesto a la realidad diaria que parecía a su vez inverosímil.
Al poner la llave en la cerradura se detuvo en seco. Empujo la puerta para constatar como esta se abría por la simple fuerza de sus dedos. Estaba abierta. Dentro reinaba una semipenumbra, solo interrumpida por la tímida luz que se deslizaba por entre las cortinas del gran ventanal del comedor. Las preguntas surcaron rápidamente la mente de Damián:
«¿Mi abuela había vuelto y había dejado la puerta abierta? No. Ella nunca la deja abierta, por más que acá nunca pase nada. ¿Estaría la chica que limpia dos veces a la semana? Hoy es sábado, no le toca. Entonces podría ser lo peor. Hiroshi puede estar esperándome adentro. »

Tragó saliva. Era la respuesta más probable. Sintió un nudo en el estómago. «¿Qué hago?». Ambos mantuvieron silencio mientras observaba atónitos la puerta detenerse en seco dejando paso al pequeño zaguán, como invitándolos a pasar.

—Hay que llamar a la *gorra*. —susurró Matías.

—No —le respondió con igual susurro—. Mira si la llamo y no hay nadie en la casa y el *ponja* ese se entera de que llame a la policía. Le puede pasar algo a mi abuela o a mis hermanitas. Así me dijo. Y después de lo del otro día no creo que ande jodiendo por ahí.

—¿Y qué vas a hacer? Yo no entro ni en pedo.

—No me queda otra. Mira si no está y no puedo agarrar ni las tarjetas ni nada. No puedo viajar y solucionar este quilombo.

—¿Pero mira si te vas e igual te mata a tus familiares?

—¿Y qué querés que haga? No tengo ni puta idea de donde está. Necesito un poco de tiempo. Ya sé que la mina no salió de Europa. Capaz sigue en la misma ciudad donde la vi la última vez. Capaz que sueño y descubro donde está, la agarró y la traigo y que se vaya con el *ponja* y se soluciona todo este quilombo.- respondió, alterado, Damián. Sentía que la situación lo rebasaba y que cualquier idea resultaba ser mala idea.

—No, boludo. Pensalo.

Pero no lo pensó más. Armándose de valor, ingresó lentamente. Subió los dos peldaños del pequeño zaguán, abrió la puerta siguiente con cautela y entró casi en puntas de pie.

Dentro no se oía ni el zumbido de una mosca. Las cortinas estaban echadas, impidiendo el paso de la luz matinal. « Claramente yo no las deje así», pensó Damián. Lentamente se acercó a su habitación e inspecciono su interior, para luego hacer lo mismo con la habitación de su abuela, el baño, el comedor y la cocina. Nada. La casa aparentaba encontrarse vacía. Suspiró aliviado, restregándose la cara con la palma de las manos.

—¿No hay nadie?

La voz de Matías a sus espaldas casi lo hace cagarse encima del susto. Lo había seguido con tal sigilo que Damián había pensado que estaba solo.

—No. Nadie. Capaz que el tipo vino y se fue. Anda a saber a qué.

—Bueno, rápido. Agarra las cosas y vámonos. Mira si vuelve, boludo.

Damián caminó a toda prisa hacia su habitación. Encendió la luz. Había dejado la cama sin hacer y en su escritorio se esparcían papeles de todo tipo: planillas de calificaciones, artículos de revistas, libros de texto escolares abiertos o apilados uno sobre otro. Rebuscó en su mesita de luz y sacó de allí un fajo de billetes y las tarjetas de crédito. Sin contarlo, lo guardó todo en su billetera. Reviso en el cajón tirando papeles sin importancia y souvenirs al piso hasta encontrar su pasaporte. Se lo guardó en el bolsillo mientras abría el inmenso placar de madera roída y desgastada por los años y el uso. Del interior sacó un bolso de viaje *Nike* que dejó sobre la cama y comenzó a llenarlo atolondradamente con ropa de todo tipo. Por último,

puso unas zapatillas extra, algunas herramientas que encontró esparcidas debajo de su cama y cerró rápidamente el bolso, abalanzándose hacia la cocina.
Al llegar a la cocina se percató de que Matías ya no estaba. «Debe de estar afuera el cagón», pensó mientras abría el bajo mesada y sacaba una bolsa de comida para perro con la que comenzó a llenar un bowl que tenía a sus pies.
—¡Le doy de comer al perro y salgo! —gritó mientras llenaba el bol y levantaba el siguiente para llenarlo de agua de la canilla.
Guardó la bolsa en su lugar y encaro con un bol sobre otro en una mano a abrir la puerta de la cochera que daba a la cocina. Giró la llave y la puerta cedió. El frio y fétido tufo proveniente de su interior lo envolvió de pronto. Sobre un charco de sangre yacía Robustiano, inerte. Sus ojos se encontraban abiertos, sin vida.
El miedo se apodero completamente de Damián. Dejando caer los bowls, dio media vuelta y comenzó a correr.
—¡Matías!
Sobre el frio piso de la habitación de su abuela se encontraba Matías tirado boca abajo, inmóvil. Sin pensarlo mucho, se acercó a la carrera y se abalanzó sobre el cuerpo de su amigo, intentando darle la vuelta. Sintió un dolor punzante en la cabeza. No vio más nada. No pudo saber cómo se encontraba. La oscuridad lo envolvió como un capullo solido e impenetrable. Todo era silencio. Todo era nada.

10.

Abrió los ojos. La oscuridad se había disipado. Parpadeó varias veces para cerciorarse de que aún vivía. Se encontraba sentado en un sofá Chester de cuero flamant, observaba un pequeño mostrador enfrente, cortado por el acceso a un largo pasillo bien iluminado. Las paredes tapizadas con motivos floreados color crema lo rodeaban por completo. Supo inmediatamente donde se encontraba: el Ámsterdam Art *Hotel*.

Recordó el cuerpo de Matías que yacía en el piso y se tocó la nuca. Sentía una sensación extraña en aquella parte del cuerpo, como si hubiese recibido un golpe realmente fuerte. ¿Estaba muerto? ¿Así era la forma del cielo? ¿Del infierno? ¿Del purgatorio, quizás? Se puso lentamente de pie. Sus pies descalzos pisaban las suaves cerdas del alfombrado. « ¿Por qué estoy descalzo?», se preguntó. Cayó en la cuenta de que se encontraba vestido con una remera fucsia con el logotipo de *Pearl Jam* y un joggin *Adidas* negro. Al echar un vistazo hacia el gran ventanal de la puerta de entrada no logró ver nada. Todo se encontraba en penumbras. Parecía como si alguien hubiese pintado con brea toda abertura hacia el exterior. La negrura chorreaba y se resbalaba lentamente hacia el piso, cubriendo poco a poco la alfombra. Damián, aunque se sintió tentado, desistió de tocar aquella sustancia.

Caminó lentamente hacia la recepción. No encontró rastro alguno de las conserjes. El monitor de la

computadora emitía una imagen borrosa que resultaba completamente indescifrable. Sobre el pulcro mostrador se encontraba la campana de llamada tan característica de los hoteles.

Damián se quedó inmóvil, esperando, escuchando y conteniendo la respiración. Nadie apareció en el breve momento en que esperó. Decidido, estiró la mano y tocó dos veces la campana. El sonido de la campana fue estridente. Resonó en toda la recepción y viajo por el hotel hasta extinguirse tan rápidamente como había aparecido. Esperó, pero nadie parecía querer asomar. Volvió a estirar la mano, pero desistió del intento. Tal vez se encontrara solo. « ¿Estoy en un sueño? Si es así, ¿de quién?». Volvió a echar otro vistazo al hotel mientras pensaba. Se quedó observando las flores dibujadas en el tapiz de las paredes. «Acá es donde todo comenzó. El origen de todo este quilombo».

El sonido de una campana proveniente del pasillo lo sacó de sus cavilaciones. Con ojos como platos, Damián no movía un solo musculo de su cuerpo. Inmóvil, se quedó de pie atento a cualquier sonido o acción súbita. Pasaron los segundos sin que ocurriera nada. Tímidamente comenzó a caminar hacia el pasillo manteniendo verdadera consciencia de los músculos que se estiraban y contraían al momento de mover un pie y luego otro. Asomo por el largo pasillo y se detuvo, escuchando. El silencio lo enrarecía todo. Comenzó a caminar hacia las escaleras.

¡Ring!

A mitad de camino el llamado continuo y estridente de un teléfono casi lo mata de un susto. En la depresión que se formaba en la pared, el teléfono a disco que antes parecía haber sido un simple elemento de decoración *vintage* cobraba vida llenando aquel silencio con su pausado llamado.

¡Ring!

El teléfono no dejaba de sonar. Recuperándose del susto, se acercó la pared. Al descolgar el teléfono, aquel ruido intenso e intermitente pareció finalmente silenciarse para siempre. El silencio volvió a oprimirle los tímpanos. Mantuvo por un momento el auricular en el aire, dubitativo. Tras pensárselo por algunos segundos eternos, se lo acerco a la oreja. Oyó una respiración pausada al otro lado.

—¿Hola?

La respiración continuó sin responderle. A través de aquel sonido escuchó el ruido de algo metálico al caer. Una puerta realizó su recorrido chirriando hasta cerrarse de golpe. Luego todo fue silencio. La respiración se había detenido y desde el otro lado del teléfono no se percibía sonido alguno. Creyendo que le habían colgado, se disponía a colgar el auricular cuando escuchó la voz de Hye-Su llamándolo por su nombre. Su voz sonaba apagada, casi como un lamento.

—¿Hye? ¿Sos vos? ¿Hola?

Silencio. Por un momento creyó que se había quedado hablando solo. Esperó. Por el otro lado escuchó como si algo se arrastrara por el piso.

—Ayúdame.

Colgó. Así se lo hizo saber el tono contínuo.
Piii, piii, piii.
Colgó el teléfono. Comprendió que debía de estar en el sueño de Hye-Su. Entonces no estaba muerto. Podía estar en un sueño, o tal vez en una pesadilla.
Sintió un ruido a sus espaldas. Al girar vio una silueta familiar desplazándose por el pasillo: la figura esbelta y elegante de Kore entraba a la recepción y desaparecía tras el mostrador de recepción. Caminó hacia ella. Tal vez en este sueño ella pudiera serle de utilidad, aunque no estaba seguro de cómo.
Kore se encontraba ordenando unos papeles debajo del mostrador. Parecía no haber percibido su presencia.
—¿Kore?
La mujer dejó lo que estaba haciendo y se irguió dándose la vuelta. El cabello le caía en un rostro sin forma. No había nariz, ni boca, ni cejas, ni ojos, ni siquiera pómulos o arrugas, solo una superficie lisa. Su hermoso rostro había desaparecido, pero por alguna razón parecía observarlo.
Asustado, Damián echó a correr hacia las escaleras sintiendo como aquel ser que emulaba ser Kore comenzaba a perseguirlo. Subió los escalones de a dos a la vez sin mirar atrás. Solo al llegar al segundo piso se percató de que Kore ya no lo seguía. Agitado, se apoyó contra una pared mientras recobraba el aire. El pasillo se encontraba en completo silencio, alumbrado por los spots del cielo raso. Cada una de las puertas cerradas parecían centinelas del largo pasillo alfombrado. Fue allí cuando se percató de donde estaba.

Caminó algunos metros por el pasillo hasta detenerse en una de las habitaciones con números dorados.
—214. —dijo en voz baja.
Tomó la perilla de la puerta y le dio media vuelta. La puerta cedió de inmediato, dejando entrever la oscura habitación. Por la luz del pasillo, poco más que la cama deshecha podía vislumbrar por lo que accionó el interruptor de la luz de la habitación. Una luz blanquecina ilumino de pronto todo el habitáculo. Hye-Su se encontraba durmiendo, destilando de su cuerpo un fuerte olor a alcohol. La ropa sucia y limpia se mezclaba desperdigada por la habitación. Las dos valijas se encontraban abiertas de par en par y parecían vomitar prendas femeninas, botas y zapatos.
—Que quilombo.
Al entrar la puerta se cerró tras de sí y las luces se apagaron. Aterrado y sin comprender bien que sucedía, se tumbó contra la pared y caminó hasta tropezar con la silla del pequeño escritorio. Por debajo de la puerta pudo observar como la luz del pasillo se interrumpía momentáneamente por dos pies que se detenían frente a la habitación. Sintió el picaporte girar lentamente y su cuerpo comenzó a iluminarse con la luz proveniente del pasillo mientras la puerta cedía. Un hombre de unos cuarenta años o más, canoso y robusto se encontraba de pie en el umbral de la habitación. Llevaba un mameluco azul y zapatos de trabajo. Ingresó en la habitación rápidamente y cerró la puerta tras de sí, devolviendo la habitación a su completa oscuridad. Desde la cama sintió como se removía entre las sabanas Hye-Su.

—Damián, ahora no. Vete a dormir. Anda. Estoy cansada.

Sintió pasos en la alfombra, como si aquel intruso arrastrara los pies, produciendo un ras, ras, ras mediante pequeños pasos. Al llegar a los pies de la cama (o al menos así lo creyó, no estaba seguro) el sonido ceso. Damián contuvo el aire. Algo iba a pasar y sentía la necesidad de ayudar a Hye-Su, pero no podía moverse. Sus músculos se sentían agarrótados, como si algo invisible lo mantuviera inmóvil, incapaz de efectuar acción alguna. No era el miedo, no. Algo en aquella habitación impedía que pudiese mover un solo musculo. Algo sucedía y no entendía bien que. En aquel momento no era más que un testigo silencioso de alguna desgracia en las penumbras.

El silencio colmo la habitación hasta ser interrumpido por el sonido de golpes y los chillidos desesperados de la joven. Los golpes caían sobre ella produciendo un sonido seco. *Pum, pum, pum*. Caían sin cesar, ahogando los gritos hasta que el silencio volvió a adueñarse del lugar. Escuchó como el hombre volvía a arrastrar los pies, esta vez en dirección a la puerta. Cuando creyó que sus ojos se estaban acostumbrando a la oscuridad, la luz blanquecina de las dicroicas dispuestas en el techo cegó momentáneamente a Damián. Parpadeó varias veces hasta acostumbrarse a la luz. Hye-Su yacía con la cara boca abajo sobre la cama. Los cabellos le caían sobre el rostro dificultando distinguir si se encontraba consciente o no. Quería acercarse. Quería ver si respiraba. Quería

abalanzarse sobre aquel brutal ser. Quería vengarla y derribarlo a golpes. Pero no podía moverse. Sentía que algo le agarrótaba los músculos. Intentó mover los dedos de la mano. Era inútil. Apenas podía respirar o pestañear. Todo su cuerpo se había congelado ante aquella escena repleta de violencia, como un espectador en un cine manteniendo especial atención a la película que estaba viendo.

El hombre respiraba agitado. Abrió la puerta de la habitación con cautela y se dispuso a observar a un lado y a otro del pasillo. Damián calculó que vigilaba atento a que nadie hubiese escuchado ni reaccionado de alguna forma a lo que había hecho. Luego cerró la puerta con tanto sigilo como la abrió y caminó hacia la ventana de la habitación. La ventana daba hacia un pequeño callejón poco transitado donde depositaban la basura los locales aledaños, aunque decir "poco transitado" fuese demasiado decir en Ámsterdam. Al abrir la ventana el viento gélido soplo hacia donde se encontraba Damián, erizándole la piel. Todo se sentía tan real que Damián dudo por un segundo de que fuese verdaderamente un sueño o un recuerdo. No lo sabía.

El hombre observó fuera y luego dio medio vuelta, caminando hacia donde se encontraba Hye-Su. No sin dificultad levanto el cuerpo de la muchacha, dejando suspendidos en el aire sus brazos y piernas que se bamboleaban a medida que el hombre avanzaba en dirección a la ventana. Tomando especial recaudo de no golpear ninguna extremidad de la joven inconsciente, cruzo su cuerpo por la ventana y,

no sin gran esfuerzo, la soltó en el aire. Se escuchó un sonido fuerte y seco en el exterior del edificio, como si el cuerpo hubiera caído amortiguado por algo. No le pareció a Damián el sonido de un cuerpo cayendo en el asfalto, aunque no estuvo seguro. En su corta vida, nunca experimento una situación similar a la que estaba viendo.

El hombre cerró la ventana, se limpió las manos con un pañuelo que sacó del mameluco y con otro comenzó a limpiar los bordes de la ventana. Se dirigió a la salida y antes de salir repasó con el mismo pañuelo el picaporte, tomando recaudo de cerrar la puerta al salir. Al cerrar con cautela, sintió Damián como sus músculos aflojaban, pudiendo finalmente mover sus extremidades a su voluntad. Sea donde fuera que estuviese, claramente la voluntad de aquel momento era que no fuese más que un espectador en aquella siniestra escena.

Damián observó donde hacia un momento yacía el cuerpo de Hye-Su. Caminó hacia el interruptor para encender la luz. Al acercarse a la cama revuelta, observó un manchón de sangre donde se encontraba hacia un momento la cabeza de su amiga. Había cabellos desperdigados por doquier y gotas de saliva y sangre en la almohada. Sintió un escalofrío y grandes deseos de salir de allí. Se acercó a la ventana y la abrió de golpe. El viento helado le golpeó el rostro. Se asomó y miró hacia abajo. Entre bolsas de basura de un contenedor yacía el cuerpo de Hye-Su. Enfrente se encontraba otro hotel con sus paredes

color gris claro y las ventanas oscuras parecían no albergar vida alguna en su interior. Las paredes bloqueaban la vista del estrecho callejón, sobresaliendo ligeramente. Como si el solo hecho de asomarse por la ventana invocara su presencia, el hombre del mameluco azul apareció desde una esquina del edificio por el callejón. A la carrera, se abalanzó sobre el contenedor de basura. Tomando una larga bolsa vacía escondida entre las bolsas llenas de desechos como si de un camaleón se tratase, comenzó a luchar con el cuerpo inerte intentando meterla dentro. El hombre profería diversos sonidos a medida que levantaba con fuerza las extremidades de la pobre muchacha y las hacia caber con mucho esfuerzo dentro. Pronto el pequeño cuerpo de Hye-Su empequeñeció aún más dentro de su capullo gris. Se veía resistente. El hombre la sacó del contenedor a rastras, cayendo al piso como un saco de papas. Pocos segundos después, ambos desaparecieron tras la esquina visible del callejón.

—Creo que así fue como desaparecí.

Una voz femenina le hablaba a sus espaldas. Los pelos del cuero cabelludo se le crisparon del susto mientras daba bruscamente la vuelta de súbito, calmándose al momento de ver a Hye-Su sentada en la silla junto al escritorio, observándolo con expresión seria. Damián caminó hacia ella y la abrazó poniéndose de rodillas. Ambos mantuvieron silencio. Parecía que ambos buscaban las palabras exactas de lo que querían expresarse y no sabían formular.

—¿Este es un recuerdo? ¿Tu recuerdo? —preguntó Damián, rompiendo el silencio y mirándola a los ojos— Fue terrible, Hye.
Hye-Su asintió con un leve movimiento de cabeza. Su semblante serio no parecía querer cambiar.
—¿Pero cómo puede ser que recuerdes algo que no viviste? Claramente se ve que estabas inconsciente.
—¿Cómo sabes que estoy inconsciente y no muerta?
Damián se encogió de hombros.
—No creo que sea posible que pueda meterme en los sueños o recuerdos de una persona muerta —respondió, mientras incorporándose se acercaba hacia la cama con la intención de tomar asiento, aunque luego de lo que acababa de suceder en aquel lugar cambió de idea—. Por eso no creo que estés muerta. Se me ocurrió justo al ver todo lo que pasó recién.
Hye-Su volvió a asentir con un movimiento de cabeza casi imperceptible.
—En efecto. No estoy muerta.
—¿Entonces?
—No es un recuerdo. O en parte, sí. Forma parte de una reconstrucción. He tenido tiempo de pensar en ello y he asentado estas ideas. Las he moldeado y les he dado la forma de un recuerdo. Es como si viera todo lo que me ha pasado en los ojos de otra persona. Como si fuese una cámara analizando lo que le sucedió a esa pobre muchacha desaparecida. A mí. Así que podríamos decir que, en esos términos, tal vez si te encuentres en un recuerdo. Una idea o un recuerdo, por más absurdo que pa-

rezca. La mente de las personas puede funcionar de formas que jamás imaginaríamos, creando ideas o conceptos que nuestro yo puede aceptar como algo vivido realmente. ¿O te parece imposible que una persona se diga haber experimentado una mentira tantas veces que se convenza de que esa mentira realmente sucedió?

Damián se quedó callado por un momento, meditando en silencio la hipótesis de Hye-Su.

—¿Y si no fue así? —preguntó finalmente— ¿Y si en verdad las cosas pasaron de otro modo?

—Por algo la llamo una reconstrucción. Puede que no sea real, pero analizándolo todo con más calma y tiempo he podido hacerme una idea de cómo ha sucedido.

Damián asintió. Comprendía. Decidido a compartir una idea que le carcomía el cerebro, no insistió en el debate acerca de la reconstrucción. Tomó aire y exhaló un largo suspiro, tomando coraje.

—¿Te acordás del *bicho* ese que nos seguía en tus recuerdos?

—¿Bicho? —preguntó Hye-Su, con la cabezada ladeada.

—Uno negro y enorme. La anomalía. Nos persiguió por la ciudad española y después lo vimos por última vez en tu casa. O no sé si era esa tu casa. La casa de tus sueños, ponele. Se encontraba parado detrás de nosotros en la escalera.

Hye-Su lo observaba con el semblante serio. Asintió con un movimiento de cabeza. Recordó de qué hablaba.

—El monstruo —dijo la muchacha—. Desapareció cuando saliste por la puerta. Me observaba sin ojos, sin rostro. Tan solo asomaba una sonrisa blanca y enorme —dijo sonriendo y extendiendo la sonrisa con sus dedos lo más que pudo, para luego soltarse y volver a la misma expresión de hace unos momentos—. Claramente eso no era humano.

—Estuve pensándolo, dándole vuelta a la idea y se me ocurren dos cosas. Aquel monstruo puede ser producto de tu subconsciente o del mío. Pero siempre tiene la misma forma, ¿no? Yo no creo que tu subconsciente genere un mecanismo de defensa que tenga… no se… la misma forma que el mío. O sea, que sean iguales, ¿me entendés? Entonces si ese bicho tiene la misma forma, aunque en un sueño o en otro cambie un poco el aspecto, calculo entonces que lo debo de traer conmigo. Porque si lo pensamos, ¿Por qué no tiene la forma de, digamos, un lobo, un Power Ranger o algo así? Yo pienso que entonces este bicho me sigue. Lo traigo conmigo a tus sueños y recuerdos, y me persigue.

La luz del pasillo titilo por un momento hasta apagarse completamente, siendo imperceptible para ambos.

—Bien —contestó Hye-Su, tras sumirse en sus cavilaciones por un momento—. Entonces puede ser la representación de tu subconsciente. Tal vez no quiere que *viajes* en los sueños de otras personas. Tal vez te persigue para hacerte volver a tu lugar. Aunque no podemos descartar el hecho de que quizás sea la representación del subconsciente de la persona a la que

estas abordando o sea otra cosa totalmente diferente y que no estamos contemplando por el momento.
—Pero lo que no entiendo es porque me lastima. Porque la otra vez, en otro sueño hace mucho tiempo, ese bicho de mierda me alcanzo y me lastimo antes de que pudiera despertarme.
Una vez que le echó un vistazo, Hye-Su se llevó la mano al mentón en señal de estar pensándoselo. Se quedó en aquella posición por un momento hasta que finalmente desistió, encogiéndose de hombros.
—Entonces, no lo sé. Tal vez sea otra cosa.
Como fulminado por el recuerdo repentino de lo acontecido antes de llegar a aquel lugar, Damián recordó los sucesos inmediatos antes de llegar a la escena del crimen. La suya residía en su casa: Matías desplomado en el piso, la presencia de Hiroshi y el mundo real que parecía apagarse tan rápidamente como se apaga la luz de un farol. Tenía la leve certeza de no estar muerto si en verdad se hallaba en los recuerdos de Hye-Su. Si lo estuviera, ¿Cómo es que podría ser testigo de la reconstrucción consciente de aquel secuestro? No. Definitivamente aún conservaba la vida, y era necesario aprovechar aquel momento para resolver este embrollo.
—¡Escuchame! —le gritó a la cara, tomándola por los hombros con fuerza. El semblante de Hye-Su pareció cambiar profundamente hacia un estado de alarma e incomprensión— ¡Necesito saber ya donde estas! ¿Dónde te tiene este tipo?
Asombrada por el cambio drástico de humor de su compañero, boquiabierta, intentó recordar donde se

encontraba físicamente. Pensó por un momento pero le fue imposible recordarlo.
—Perdón —se excusó con un hilo de voz—. No puedo recordarlo. Por alguna razón, hay algo que me lo impide. Te he mostrado la reconstrucción de lo que creo que ha pasado, pero no puedo recordar lo que he hecho todo este tiempo.
—¡Bueno, pensá! —exclamó desesperado Damián.
—Es inútil —dijo, negando con un movimiento de cabeza. Fuera, las luces del exterior brillaban y cambiaban de tonalidad a través del amplio ventanal, como si hubiese una fiesta y jugaran con los efectos de las luces—. Por más que lo intento, resulta vano. Debo haberlo bloqueado en mi mente.
—No me voy a ir sin saber dónde estás. Hiroshi… creo que asesinó a mi amigo y me dejó inconsciente. ¡Esta sacado! No sé lo que pueda hacerme. Necesito darle alguna respuesta o este tipo puede agarrársela no solo conmigo sino con mi familia. Y no puedo dejar que eso pase, ¿me entendés? ¡Decime ya donde estas, por favor! ¡Pensá!
Trató de recordarlo. Realmente hizo el esfuerzo, pero fue en vano. Por más que lo intentaba, la memoria no tocaba a la puerta. Rendida, se encogió de hombros. Damián suspiró. Era inútil. Tendría que descubrirlo por sí mismo, hurgando en los recovecos de la mente de Hye-Su como si se tratase de abrir las innumerables puertas de una mansión a la espera de que algo suceda. Literalmente hablando.
—Vamos entonces —dijo Damián, encarando hacia

la puerta—. Busquemos la respuesta antes de que esto se pudra más de lo que está.
Caminaron hacia la puerta. Por el umbral se podía apreciar como la luz del pasillo titilaba sin cesar. Al tocar el pomo de la puerta, la luz ceso su titilo y se apagó por completo. El pasillo se sumió por completo en las tinieblas y un silencio siniestro se alzó imponente y amenazante. « Espera.», pidió casi con un susurro Hye-Su. De pie frente a la puerta pálida aguzaron el oído a la espera de algún movimiento fuera. Esperaron. Pasaron los segundos, tal vez los minutos, pero ninguna replica llegaba del pasillo. Suspiraron, rindiéndose. Estaban solos y a salvo.
Fue en el momento de girar el picaporte cuando lo sintieron. Como lanzándose precipitadamente, pasos presurosos y torpes retumbaron por el pasillo abalanzándose hacia donde ambos se encontraban. Percibiéndolo a tiempo, Damián cerró de un portazo la puerta y apretó con fuerza el botón que trababa la cerradura. La puerta casi salta por los aires ante el impacto de un cuerpo pesado que golpeaba con insistencia la entrada al habitáculo. Golpe tras golpe la puerta se doblaba sobre si misma indicando que no aguantaría mucho tiempo, mientras que lo que fuera que estuviese en el pasillo insistiera en entrar.
El monstruo los había encontrado.
Aterrados, retrocedieron casi hasta rozar la pared con la espalda. Urgiendo la necesidad de encontrar una escapatoria, revisaron toda la habitación buscando la forma de escapar o el lugar donde esconderse.

—¿Qué hacemos? —vociferó Damián, desesperado— ¡Ay la puta madre, nos va a matar!
—¡Escondámonos!
Lanzaron otra rápida mirada a la habitación. Ningún lugar resultaba ser un escondite adecuado. El armario era demasiado pequeño para resguardarlos, y debajo de la cama resultaban ser presa fácil. Las habitaciones de hotel decididamente no eran los lugares apropiados para esconder nada.
—¡La ventana! —indicó señalando con el dedo Hye-Su— ¡Rápido, salta!
Damián corrió hacia la ventana y la abrió de un tirón. El cielo cambiaba extrañamente de tonos. Pasaba de negro a gris, de gris a violáceo, y de ahí a azul, celeste, blanco y negro. No se veía la luna ni el sol, ni estrella alguna. Fuera reinaba el silencio y la escarcha se acumulaba en la vereda empedrada. Debajo, el contenedor de basura no parecía presentar una caída agradable. «Ya fue.», pensó Damián.- «Es lo que hay»
—Salta primero, dale.
La puerta seguía aguantando los feroces golpes de la criatura, aunque no sabían por cuánto tiempo más. *Pum, Pum, Pum*. Uno tras otro caían los golpes doblando la parte superior de la puerta hacia dentro y separándola del dintel poco a poco.
—Yo no importo. Esto es un sueño. Pero a ti si puede hacerte daño. ¡Salta ya, coño!
La puerta cedió arrancando la cerradura del pilar y estrellándose del otro lado. La criatura entró atolondrada a la habitación. Sus largos brazos se extendían

por delante y sus dedos parecidos a garras negras filosas rozaban la alfombra del habitáculo. De su boca manaban largos hilos de baba que caían dejando un rastro a medida que avanzaba. Su rostro sin ojos parecía observarlos, percibirlos. Sonrió. Sonrió con dientes tan filosos como blancos.

Se abalanzó a la carrera hacia Hye-Su tumbándola con el cuerpo. Cayeron con gran estrepito, ahogando en la caída un grito de pánico. Sus garras tomaban impulso por sus costados introduciéndose en su pequeño cuerpo una y otra vez, regando de a chorros de sangre la alfombra y las paredes de la habitación. Hye-Su intentaba luchar contra aquella bestia en vano mientras chillaba de dolor. Pronto sus gritos fueron ahogados por la sangre intentando salir, ahogándola. Sus ojos llorosos imploraban piedad cuando la criatura, abriendo y desencajando la mandíbula hasta doblar su tamaño, atino un mordisco que cubrió todo el rostro de la joven. Parte del rostro de Hye-Su terminó rasgado por el monstruo, dejando restos de carne, sangre y hueso expuestos. Hye-Su ya no se movía.

Damián sintió que el mundo se le venía encima. Su cabeza le dolía y la habitación parecía dar vueltas y girar por voluntad propia. Todo se tornó muy confuso. Apenas reaccionó a lo que estaba sucediendo cuando tomó conciencia de que estaba cayendo al vacío.

11.

Despertó. Todo estaba a oscuras. Se encontraba acostado en posición fetal sobre algo sumamente estrecho y vibrante. Sin proponérselo, su cuerpo se movía involuntariamente hacia los lados como si se encontrara en una caja y alguien la golpeara y sacudiera cada tanto. Sus muñecas se encontraban atadas a los pies. No podía moverse demasiado. Intentó gritar emitiendo un chillido ahogado. Se encontraba amordazado y sentía dentro de la boca la sensación de algo húmedo y esponjoso. Sus dedos rozaban una gruesa y nada confortable alfombra, notando debajo el frio de la chapa donde se encontraba acostado. Giró la cabeza entreviendo como la luz intentaba colarse por una fina rendija que cruzaba a poca distancia de donde se encontraba su cabeza hasta perderse cerca de donde reposaban los pies. Fuera se oía el sonido del motor abriéndose paso a través del ripio. Debían estar en algún barrio periférico de la ciudad o por el campo. Por la rendija las luces aparecían y desaparecían intermitentemente, supuso, en la medida en que pasaban cerca de algún poste de luz.

Pronto comprendió donde se encontraba y que había ocurrido. Golpeó como pudo las paredes tapizadas del baúl del auto profiriendo sonidos inentendibles hasta que el auto paro de súbito. El miedo se apodero rápidamente de todo su ser. «Me va a matar. Este hijo

de puta me va a matar» pensó, desesperado. Sentía el sudo correrle por las axilas.
Escuchó el sonido de la puerta del auto abrirse y cerrarse con fuerza. Sonidos de pasos sobre el pasto que se acercaron al auto y se alejaron. Pasaban los segundos, tal vez los minutos, pero no volvió a escucharlos. A lo lejos, diversos sonidos se entremezclaban. Un vehículo que se movilizaba por alguna calle, a lo lejos. El canto de los grillos despreocupados por lo que vendría a continuación. Una cadena que se movía sobre algo
metálico y caía con fuerza al suelo. El chirrido de unas bisagras, largo y molesto. Luego los pasos pesados sobre el pasto volvieron a escucharse. Hiroshi, o al menos eso creía, se acercó hasta el auto, abrió la puerta y subió cerrándola con la misma fuerza que antes. Sintió como el automóvil se resentía bajo el peso del japonés hasta volver a su forma original. Giró la llave arrancando el motor y notó como nuevamente las cubiertas giraban y avanzaban sobre el ripio. Logró notar el leve sonido de las piedritas en el camino al salir disparadas en todas direcciones. El auto se detuvo. Escuchó nuevamente descender al hombre. Escuchó el sonido de las bisagras. La cadena que debía de servir para cerrar un portón. El auto resintiéndose levemente bajo el peso del conductor y la puerta cerrándose con fuerza nuevamente.
El auto retomó su marcha sin prisa. ¿Cuánto habrían pasado? ¿Segundos? ¿Minutos? Pronto giró hacia la izquierda y se detuvo. La puerta del conductor vol-

vió a abrirse y cerrarse. El auto se tambaleó hacia los lados al descender Hiroshi. Caminó sobre el pasto hasta alejarse del auto y extinguir el sonido de sus pisadas a oídos de Damián. A lo lejos escuchó el tímido sonido de una cerradura abrirse. Los pasos volvieron a acercarse. Damián respiraba violentamente. Escuchó como abría una puerta del auto y sacaba de su interior una especie de bolsa. Su sonido característico, cómo si apretara una bolsa y la estirara, continuó hasta desvanecerse una vez que se alejó del coche.

Silencio. Nuevamente silencio. ¿Cuántas veces en su vida se había sumido en el silencio antes de que algo grave ocurriera? Su mente divago buscando la respuesta para luego volver a su estado continuo de alerta. Tragó nuevamente saliva. «Pensá. Pensá.» se decía a sí mismo, intentando encontrar una salida, revisando con sus ojos la oscuridad que lo envolvía.

Pronto escuchó el crujir del césped y el tintineo de unas llaves al chocar. La llave se introdujo por la cerradura y el baúl se abrió de golpe. Quedó sorprendido al ver que no era Hiroshi quien abría el maletero. De pie frente a él, un hombre de rasgos orientales, contextura robusta y cabello negro cortado al ras se erguía imponente con una mano apoyada en el baúl. Vestía unos pantalones de vestir negro, saco a medida y corbata negra que caía sobre una camisa blanca impoluta.

Se arqueó tomando con firmeza la cuerda que apretaba las muñecas de Damián con una mano mientras que la otra la deslizo por sus cabellos. Con un movimiento rápido y poderoso, tiró su cuerpo hacia fuera

sacándolo del maletero. Colgando en el aire, sintiendo un dolor atroz en el cuero cabelludo, aquel sujeto llevó a Damián al interior de lo que parecía ser un galpón gigantesco y poco iluminado. Damián gritaba de dolor y desesperación. Jadeando y bufando, el hombre introdujo su cuerpo en el interior del granero arrojándolo al piso.

Al caer aspiró una bocanada del polvo que desprendió su cuerpo al caer, como si cayese dentro de un frasco de talco. El sucio galpón guardaba en su interior un tractor y un mosquitero. Amplio y con las paredes revocadas a medias, resguardaba de las inclemencias de la intemperie un viejo tractor rojo y un mosquito verde oliva. Largas mesas de trabajo se extendían contra la pared donde descansaban diversas herramientas, cables y botellas de plástico. Una bordeadora se apoyaba contra la rueda del tractor. A pesar del espacio ocupado por estos elementos, el galpón aún conservaba espacio suficiente para guardar incluso un pequeño aeroplano. Un foco colgando desde el techo era toda la iluminación que recibía el lugar por las noches. Debajo, una maltrecha silla de madera esperaba ser usada. A pocos metros de la silla pudo ver un cuerpo envuelto en nylon en el suelo. Reconoció en seguida el cuerpo de su amigo. Tendido boca abajo, no pudo determinar si estaba vivo o muerto. Una mancha de sangre considerable podía verse a simple vista manchar el nylon cerca de su boca.

El asiático habló con alguien a sus espaldas en un idioma que no comprendió y escuchó como se mar-

chaba lentamente. Sintió unos pasos tras de sí acercarse. De improvisto, algo había cortado la soga que unía sus pies con sus muñecas. Casi instintivamente estiró las piernas sintiendo un alivio enorme en las extremidades. Aquel sujeto lo tomó por detrás. Alzándolo con fuerza desde los brazos maniatados lo condujo rápidamente en dirección a la silla. Trastabillo incontables veces, avanzando a través de pequeños saltos a una velocidad que era incapaz de seguir. Su cuerpo desplomó su peso en la silla. Giró la cabeza y pudo comprobar como Hiroshi pasaba un extremo de la soga por debajo de la silla y volvía a atarla con fuerza al extremo que colgaba de sus muñecas, dejándole poco margen de movimiento. Escuchó los extremos rozar entre sí y como Hiroshi se erguía al terminar el trabajo no sin dificultad a sus espaldas. Caminó sin prisa hasta posicionarse frente a Damián. Llevaba un traje similar al de su coterráneo, con unos zapatos negros recién lustrados y unas gafas.

—Nos volvemos a ver, señor Cañete —dijo, sacando un pañuelo de papel del bolsillo de su saco y comenzando a limpiar los vidrios de sus gafas—. Aunque no creo que esta sea la mejor forma de hacerlo, claro está. Pero no me ha dejado más remedio que proceder de tal forma.

Damián calló, intentando ordenar sus pensamientos. Estaba aterrado. Echo un rápido vistazo a todos lados. El hombre que lo acompañaba había desaparecido. Fuera no se escuchaba más que el canto de los grillos. Pensó en que ya debían de encontrarse lejos

de donde había pasado aquel vehículo. Observó el enorme portón del galpón entreabierto mientras sopesaba la posibilidad de desatarse, alcanzarlo y salir corriendo pidiendo ayuda. « Esta el tipo afuera. Va a ser imposible.», pensó mientras sentía un vacío en su estómago y le temblaba el labio inferior. Sintió un dolor agudo emergiendo lentamente en la nuca. ¿Sería allí donde lo habían golpeado hasta dejarlo inconsciente? Tal vez de los nervios al despertar fuera que no lo había sentido hasta ese momento.

Con las manos en las rodillas, Hiroshi se agacho hasta tener su rostro a pocos centímetros del de Damián. Podía sentir la respiración pausada y fétida del japonés. Lo miró a los ojos, sonriendo.

—Estoy al corriente de todos sus planes, señor Cañete. Sé que intentaba escapar del compromiso que habíamos pactado el día de ayer. Como usted ya habrá supuesto, señor Cañete, he sido yo el que ha descompuesto su carro. Sepa disculpar el inconveniente, pero me ha forzado a ello. Bajo ningún concepto puede usted eludir el compromiso asumido. ¡Oh, no señor! Y como verá —dijo, señalando con un dedo hacia el portal entreabierto— ya han pasado las veinticuatro horas del plazo establecido. Me debe muchas explicaciones, señor Cañete.

»Verá, yo soy un profesional —dijo, irguiéndose y probando a la luz la limpieza realizada a los lentes de vidrio redondeado—. Un hombre comprometido con su trabajo. Y cuando hablamos de compromiso, me refiero al hecho de que si acepto un trabajo, lo reali-

zó de lo mejor posible. Soy muy meticuloso: sopeso todo riesgo e inconveniente, pauto los pasos a seguir hasta encontrar el resultado esperado. En ciertas ocasiones suelo ser adicto al trabajo solicitado. Un *workaholic*. Desde que mi empleador me ha encomendado la búsqueda de la niña, no he hecho más que dedicar mis esfuerzos a perseguir su rastro desde los confines de Europa hasta estas tierras australes. Por supuesto, como ya se habrá dado cuenta, no lo hago en solitario. ¡Oh, no señor! —dijo entre risas ahogadas— Aún disponiendo de los amplios recursos de mi empleador, seria verdaderamente imposible tal hazaña solo con mis propias fuerzas. Mis días de lobo solitario acabaron el día en que conocí a mi patrón.

Damián se mantenía en silencio, observándolo pavonearse a su alrededor. Aún siendo tan peligroso como suponía, pensó, era terrible charlatán. Pero lo dejaba hablar a sus anchas mientras elucubraba alguna posibilidad de escapatoria. Las chances parecían nulas, pero no perdía la esperanza.

—Pero bien, debo de haberos aburrido demasiado ya con mi platica. Vayamos al grano. Os habéis reunido aquí, conmigo, por una razón en particular. Respuestas. Pues bien, señor Cañete, es hora de dármelas.

Caminó hacia la mesa de trabajo más cercana y, con un movimiento rápido se despojó del saco, doblándolo cuidadosamente y depositándolo con suavidad sobre la mesa como si se tratara de un objeto frágil. Se arremangó las mangas de la camisa sin pronunciar palabra alguna, tomándose su tiempo mientras el can-

to de los grillos cubría el silencio sepulcral. Del centro de la mesa, casi imperceptibles, tomó unas pinzas y siguió sin prisa hacia el tractor. Tarareando por lo bajo, abrió el capo del tractor y conectó las pinzas en los bornes de la batería del tractor. Caminó hacia la cabina y encendió no sin dificultad el viejo propulsor. *Rum, Rum, Rum, Rum*. De las pinzas partían dos cables cuyos extremos se encontraban pelados.

Se agachó a recoger los cables y se acercó a la silla tarareando. Damián sudaba a pesar del frio. Ya a unos pasos, hizo chasquear los cables. Un violento sacudón eléctrico provocó un chispazo entre las extremidades desnudas. El motor del tractor siguió funcionando a una marcha uniforme.

Rum, Rum, Rum, Rum.

—Me he enterado de que vuestra gente está muy familiarizada con este tipo de herramientas. ¿*Picana*, verdad? Curioso nombre en español. En nuestra tierra también se ha empleado, aunque con otro nombre y otras formas. Se me ha antojado utilizarlo en esta ocasión, sobre todo para no faltarle el respeto a una cultura tan arraigada como la vuestra. Verá, señor Cañete, seré lo que quiera su imaginación que sea, pero soy un hombre respetuoso. O al menos, es lo que intento —rió Hiroshi mientras se acercaba a paso lento blandiendo los cables—. Ha llegado el momento, señor Cañete. Iremos al grano, como tanto acostumbráis las personas en estas tierras. ¡Maravillosa civilización! Dígame, ¿dónde se encuentra la señorita Hye-Su?

Damián tragó saliva. No podía apartar la vista de los cables en sus manos. Pensó. Pensó en que podía decirle. Sabía que se encontraba aún con vida, pero no tenía la menor idea de su paradero. Con un movimiento rápido, Hiroshi introdujo entre sus costillas los cables. Sintió una fuerte descarga eléctrica. Apretó los dientes con fuerza mientras involuntariamente su cuerpo saltaba por los aires y temblaba ante la descarga recibida. Fue apenas un instante, pero el dolor no se asemejaba a nada de lo que había sentido en su vida.

—Hable, señor Cañete —dijo Hiroshi, retirando los cables y manteniendo una compostura digna de un anfitrión—. Dígame donde se encuentra la niña, o el dolor que padecerá esta noche será aún mayor.

—¡No sé! —gritó Damián, conteniendo una arcada —¡No sé dónde está! ¡Se lo juro!

Una nueva descarga recorrió cada nervio de su cuerpo. Todo su cuerpo temblaba violentamente mientras incontables volteos lo atravesaban como cuando un rayo parte en dos un árbol en mitad de una tormenta.

—Hable.

La descarga volvió a torcer su cuerpo. Sentía romperse en mil pedazos por dentro. Intentaba gritar, pero ya no encontraba fuerzas para ello. Sus extremidades solo se tensaban ante la descarga, sintiéndose incapaz de lograr movimiento alguno.

—Hable.

—¡Hey!

Se encontraba sentado en un blanco y reconfortable

sofá. Frente a él, una televisión emitía interferencia en forma de lluvia. Sintió en el rostro la suavidad de unos pequeños dedos rozándole la mejilla. Era Hye-Su. Cayó rápidamente en donde se encontraba. El living de su *hogar* se encontraba en las mismas condiciones que la última vez donde lo había visitado. Por los grandes ventanales entraba la luz de la luna volcándose sobre el mobiliario estilo art-deco. Fuera llovía. El sonido de la lluvia caer resultaba reconfortante e invitaba al descanso, a relajarse, aunque sabía que no podía hacerlo aún.

—Debo haberme quedado dormido. No sé —dijo Damián, intentando recordar los últimos segundos antes de volver a la casa de Hye-Su. Sus ojos comenzaron a vidriarse mientras le contaba lo que había ocurrido—. Hiroshi me estaba haciendo mierda con unos cables. Me estaba torturando. Y mató a Matías. ¡Me mató a mi amigo, la puta madre! —sollozó desconsolado.

—¿Matías? ¿Estás diciendo que Hiroshi, el viejo Hiroshi, te estaba torturando y asesinó a un amigo tuyo?

Damián asintió. La cara de incredulidad de Hye-Su se acentuó cada vez más. Jamás pensó que una persona a la que había conocido casi toda su vida, tan cercana a la familia, fuera capaz de cometer semejante atrocidad.

—¿Dónde te encuentras? —logró decir tras tomarse un breve momento para recomponerse del asombro.

—En un galpón, o algo así. ¿Pero dónde estás vos? —preguntó desesperado Damián— Necesito saber ya donde estas. Me va a matar, Hye. Y va a matar a mi familia si no le digo nada. ¡Tenés que decirme ya!

—Es que… no lo recuerdo. De verdad que no lo recuerdo. Mira, no hago más que dormir para poder estar a salvo. Sé que si despierto, algo verdaderamente malo va a sucederme. Pero aquí, mi cerebro lo bloquea. Crea alguna cortina que me impide saber qué. Me resguarda. Lo siento. Verdaderamente quiero ayudarte, pero no puedo recordarlo. O no quiero recordarlo.

—¡No me jodas, boluda! ¡Hace memoria, la puta madre! ¡Dale!

Hye-Su negó con la cabeza y se mantuvo en silencio. Afuera la lluvia comenzó a arreciar, precipitándose contra el techo y las ventanas con súbita violencia. Damián, con las manos en la cara, se secaba las lágrimas y apretaba sus parpados intentando pensar una salida posible al enorme problema en el que se encontraba.

—Lo estuve pensando. No te acordás porque vos no sos vos —dijo, recobrando la calma y restregándose la frente—. Debes de ser una representación de tu yo saliéndome al paso. Y yo debo ser como un virus, o algo así. Y vos el programa que me encuentro dentro de la computadora que sabe algunas cosas pero no maneja todo el funcionamiento de la máquina. Sé que es medio pelotudo, pero ponele. Hace un rato te vi siendo asesinada por la criatura. Fue terrible. Pero ahora te veo y estas bien. Nada te pasó. Eso me llevó a pensar que tal vez el hecho de que seas una representación de tu yo fuese posible.

Hye-Su se quedó callada, pensativa. Luego levanto la vista, asintiendo con un movimiento de cabeza.

—Es posible.

—Entonces, si es posible, tengo que recorrer la maquina buscando el programa que vengo a buscar. Todo esto es parte de vos. Capaz lo encuentre acá, dentro de esta casa. Parece ser el sitio común donde todo empieza. Me acuerdo que la última vez que estuvimos por las calles de esa ciudad de España, en aquel recuerdo, terminamos entrando a una casa. Esa casa nos llevó a este lugar. Esto debe ser la matriz de tus pensamientos. Ponele que sea un lugar de calma. De paso. Estas puertas, calculo, nos permiten transportarnos a tus recuerdos o sueños. Entonces tendría que probar puertas hasta que me lleve a tus recuerdos más cercanos.

—¿Y si aparece el monstruo?

Damián se encogió de hombros.

—Ya veremos cuando llegue el momento. No sé qué mierda es eso pero cada vez que lo veo, o me lastima o me despierto.

Hye-Su se puso de pie y comenzaron juntos a caminar hacia el pasillo, en dirección a la escalera. Al fondo del pasillo, los refusilos alumbraban la amplia cocina. Sus alacenas blancas, la isla gigante y los utensilios de cocina que colgaban de las paredes se aclaraban y oscurecían intermitentemente. La puerta de salida había cambiado de color a un verde oliva. Las escaleras hacia el primer piso de la estancia mantenían una oscuridad impenetrable.

—¿Hay puertas en la cocina?

—No —respondió Hye-Su—. Es enorme y con amplios ventanales, pero no tiene más puertas que las de las ala-

cenas y demás. Mi padre la remodelo hace poco tiempo. Uno se encuentra a gusto tomando una taza de café contemplando la lluvia caer sobre el parque, fuera. Solo en la parte superior podemos encontrar seis habitaciones.
—¿Todas son piezas?
—¿Piezas?
—Habitaciones para dormir. Ponele, con cama, ropero y todo eso.
—Hay dos amplios baños y luego tres habitaciones y una amplia oficina con biblioteca que utiliza mi padre. Cada tanto entro a tomar algún libro. Parte de esa biblioteca la he llenado yo misma, ¿sabes? Sobre todo desde el momento en que comencé a estudiar mi PhD.
—Claro. Si. —respondió Damián, sin ganas de entrar en detalles.
La escalera se iluminaba tímidamente a medida que la tormenta furibunda iba en aumento. Comenzó a subir hasta que se detuvo a medio camino. Recordó. La puerta negra. Aquella puerta que había aparecido y desaparecido. Bajó precipitándose hasta casi chocar con Hye-Su. La pared contigua a la escalera se hallaba lisa y blanca como cualquier otra pared. Ni rastro de la puerta.
—Tenemos que encontrar la puerta negra —dijo, volviéndose a Hye-Su—. Ahí está la clave de todo esto. Me la juego a que está ahí.
—¿Puerta negra? No recuerdo ninguna puerta negra.
—No importa. Vos ayúdame a buscar una puerta parecida a las de esta casa pero negra.
Subieron las escaleras hasta llegar a la planta superior. Las puertas de los habitáculos franqueaban

el amplio pasillo. Las paredes ya no se encontraban revestidas de portarretratos con fotografías de escenas pasadas. Estaba desnudas, blancas y pulcras. Caminaron hasta la primera habitación y abrieron la puerta. En su interior un amplio y moderno baño se iluminaba de repente sin necesidad de presionar un interruptor. «Sensores de movimiento», pensó Damián, admirado. Ni rastro de puerta negra alguna.

—Deberías enfrentarla —dijo Hye-Su a sus espaldas—. Me refiero a la criatura.

—¿Vos decís?

—Esa cosa solo te sigue a ti. Estoy casi segura de que tú mismo la traes contigo.

—Es lo que te había dicho —dijo Damián volviéndose hacia ella y rascándose tras la nuca—. No sé. ¿Qué tal si me lastima o algo peor?

—A estas alturas pareciera que puedes morir en ambos mundos. No creo que tengas tanto que perder. Aunque preferiría que no murieras así me hallas.

Revisaron el baño en silencio, sumidos en sus cavilaciones.

—¿Qué tal si nos separamos para buscar?- preguntó Hye-Su.-Ahorraríamos tiempo.

Damián se dirigió al fondo del pasillo mientras Hye-Su revisaba una a una las habitaciones contiguas a la escalera. Caminó hacia una gran puerta doble con grabados en la superficie y picaportes dorados tallados en forma de león rugiendo. Damián sonrió.

«La oficina del viejo. Me la juego.», pensó mientras

daba vueltas ambos picaportes y, luego de tirar, empujó hasta abrirlas por completo.
Las puertas cedieron dando paso a una amplia habitación rodeada de una enorme biblioteca que llegaba casi hasta el techo. Por las proporciones que mantenía la habitación, tranquilamente podrían haber hecho otra de las mismas proporciones construyendo un piso superior.
Una escalera metálica con ruedas se encontraba desplegada y apoyada sobre un estante, esperando a ser usada. Un escritorio de estilo victoriano se erguía imponente en el centro. De roble atiborrado de finos detalles, descansaban encima algunos papeles sueltos, bolígrafos y una lámpara. Una silla de iguales características al escritorio y con un cojín rojo sobre ella como si se tratara de una corona descansaba tras ella. La sala terminaba de componerse de un sofá de cuero negro brillante, dos sillones individuales del mismo estilo y un pequeño armario del mismo material que el escritorio y la silla. Todo hacia juego. Damián avanzó pisándola alfombra roja que cubría toda la habitación. Un televisor pantalla plana frente al sillón era toda la tecnología de la que disponía la oficina. Damián se sintió como si estuviera frente al despacho presidencial de la Casa Rosada, a pesar de nunca haberlo visitado.
Recorrió la biblioteca deteniéndose de a tramos, examinando su contenido. Era gigantesca y por alguna razón le hacía recordar al *Ateneo* de Buenos Aires. De forma rectangular, cubría las paredes con diversidad

de libros. Algunos de ellos se encontraban escritos con símbolos que en su vida había visto Damián y que bien podía ser chino, japonés o coreano, aunque calculaba este último por ser Hye-Su coreana. Otros mostraban sus títulos en inglés, lo cual le resulto igual de difícil y molesto de entender. «El mundo se maneja en inglés.», dijo Damián, tomando un ejemplar de Demian de Hermann Hesse, ojeándolo y depositándolo nuevamente en su lugar. «Si llego a sobrevivir, tengo que aprender ese puto idioma.»

No había mucho más para ver. Caminó hacia el escritorio, corrió la silla de madera y se sentó en el cojín rojo, esperando que sucediera algo. Nada. Pasaban los segundos y nada sucedía. Nada se movía. Observó los papeles sobre la mesa. Incomprensibles garabatos en letras que nunca había visto cubrían los papeles. Letras pequeñas pero finas y agradables. Los dejó sobre el escritorio y se puso de pie. El recinto resultaba agradable a la vista. Volvió a observar la gigantesca biblioteca que lo rodeaba. « Ojala tuviera una así.», pensó, ensimismado.

Caminó en dirección al armario. Imponente y de dos metros de altura, se alzaba con flores, tréboles, animales y líneas curvas talladas en la madera que se entremezclaban devolviendo una imagen pintoresca. Observó en su centro dos picaportes en forma de leones con la boca cerrada, uno para cada puerta. « Debe de ser donde guarda los archivos y esas cosas». Tomó ambos picaportes y jaló hacia él, pero la puerta no cedió. Volvió a tirar con más fuerza. Tras el

tercer intento las puertas cedieron como empujadas por dentro. Una enorme ola de agua lo baño de improviso. El agua seguía manando del armario precipitándose furiosa contra Damián hasta hacerlo caer de espaldas. En un pestañeo toda la habitación se había llenado de agua. Se encontraba sumergido en el fondo de la habitación. No veía las puertas por las que había entrado. La habitación parecía haberse sellado herméticamente y las puertas hubiesen desaparecido como si nunca hubiesen existido. Miró hacia el techo, que ya no estaba. Una claridad había reemplazado la losa, como si estuviese en el fondo de una pileta y la superficie estuviera allí, esperándolo.

Sintió como sus pulmones se iban vaciando lentamente, llenándose de dióxido de carbono. Necesitaba respirar. Comenzó a nadar frenéticamente hacia la superficie, pero por más que nadase no lograba acercarse demasiado a la superficie. Parecía que esta se alejaba un poco a medida que él se acercaba. Sintió que los pulmones se le oprimían. Se estaba quedando sin aire. Nadó con mayor desesperación. Los músculos le ardían. Clamaban al unísono que pare, pero no podía. Se iba a morir si no lograba llegar. ¿Podía morirse verdaderamente allí en el sueño? No quería averiguarlo. Vio que la claridad se encontraba más cerca. Más cerca. La vista se le nublaba. Comenzaba a perder el sentido, pero no paraba de bracear y patalear. Sus dedos tocaron algo más que no era agua. Algo le tiraba del pelo, pero no le importó. Tras un último esfuerzo emergió inhalando una gran bocanada de oxígeno.

— ¡Despierta!

Damián tosió descontroladamente. No podía ver nada aún, pero comprendió al instante que se encontraba nuevamente en el mundo real. Había perdido la conciencia.

¿Por qué tocia? No podía contenerse. Sintió la tierra fría y dura bajo su cuerpo. El cuero cabelludo le dolía. Trató de llevarse una mano a la cabeza mientras expulsaba el agua de sus pulmones pero fue inútil. Aún las tenía atadas. Al abrir los ojos, pudo constatar que se encontraba tirado en el suelo frente a un fuentón repleto de agua y suministrado por una manguera conectada por fuera del galpón. A su lado se encontraba aquel oriental silencioso que lo había llevado hasta allí. Debió de haber sido él el que le había sumergido la cabeza bajo el agua hasta el punto de querer ahogarlo. Hiroshi observaba todo desde la silla en la que había estado atado. Con las piernas cruzadas y juntando las manos de forma que las yemas de cada dedo tocaba a su par, lo observaba con indiferencia, sumido en sus cavilaciones.

—No me está respondiendo, señor Cañete. Sabemos que usted conoce el paradero de Hye-Su. Usted fue la última persona que vio a la señorita Yoo. Ni la bella recepcionista ni sus vecinos de piso. Usted. Así que vamos a ponerlo en términos que podamos entender todos. Usted, señor Cañete, me dirá la verdad. Luego de corroborar lo que dice, podrá usted marcharse en paz. Podrá reunirse con su abuela, su madre y sus dos hermanitas. Podréis iros a donde os plazca sin nece-

sidad siquiera de recordar al viejo Hiroshi. Le doy mi palabra, señor Cañete. Hable. Hable y terminaremos rápido con esto.

—¡Le digo que no sé dónde está! Solo se…

Damián no logró terminar la frase. Tomándolo por los pelos, el hombre volvió a sumergirlo en el fuentón. Damián quiso gritar, pero el agua ahogó sus suplicas. Sintió que se iba a morir. Su cuerpo intentaba luchar, pero tenía las manos y los pies atados y la fuerza de aquel sujeto parecía sobrehumana. Poco a poco sus pulmones iban vaciándose. Cuando pensó que ya no podía más, aquel hombre tiró de sus cabellos, devolviéndole apenas la posibilidad de respirar. Tocia sin parar, escupiendo agua que había tragado. Las arcadas arreciaban su garganta. Vomito. No recordaba que fue lo último que había ingerido, pero ahora parecía una sustancia viscosa espantosa. Sintió la entrepierna mojada. Fue en ese momento donde tomó conciencia de que se había meado encima.

—¡Pará, por favor, pará!- suplicó entre sollozos Damián.- No sé dónde está, ya le dije que…

Otra vez el agua. Las manos gruesas y poderosas de aquel sujeto lo mantenían nuevamente sumergido. ¿Un minuto? ¿Medio minuto? ¿Diez segundos? No comprendía a ciencia cierta cuanto tiempo pasaba sumergido. Inmerso en el agua continua e infinita, el tiempo funcionaba de una manera extraña. Su cuerpo se contorsionaba, agitaba y retorcía de formas que nunca había experimentado, luchando por vivir.

Sintiendo que sus fuerzas menguaban y que estaba

a punto de perder el conocimiento fue cuando por fin aquellas poderosas manos aflojaban como un dios benevolente y lo devolvían a la superficie. Lucho por respirar entre arcadas. Vomito bilis. El líquido acuoso y transparente manaba a raudales de su boca. Asco y miedo compartían un lugar en sus pensamientos.

Hiroshi se incorporó. Dejó que Damián se recuperase, luchando por respirar. El hombre ya no volvió a sumergirlo, pero se mantenía atento a cualquier movimiento que realizara.

Hiroshi caminó hacia su amigo envuelto en nylon. El nylon emitía ruido. Un tímido ruido de que algo en su interior se movía. Damián comprendió que Matías aún seguía con vida. El oriental se inclinó y comenzó a desembarazarlo del nylon lentamente, como abriendo con cuidado el envoltorio de un regalo. Girándose en cuclillas le hizo una seña a su compañero. Éste se dirigió rápidamente a su encuentro y agarró del cabello a Matías, llevándolo a rastras hasta depositarlo a los pies de la silla que hacía apenas un momento había ocupado Hiroshi. Matías reaccionó a los gritos, ininteligible a través de la mordaza que llevaba. Tenía las manos y los pies atados igual que su amigo. De la nuca manaba un líquido oscuro que Damián relacionó inmediatamente con sangre. «Debe ser el golpe que le dieron.», pensó mientras el compañero de Hiroshi tiraba su cuerpo a pocos metros de la maltrecha silla.

Hiroshi se inclinó hacia Matías ayudándolo a ponerse de rodillas en su lugar con el cuidado de un padre cuando su hijo se cae. Acto seguido sacó de detrás de

él una pistola que mantenía guardada entre el pantalón y la camisa. Damián no tenía idea de armas por lo que no distinguió de cual se trataba, pero a la luz de la lámpara emitía un brillo extraño. Con ella apuntó a la cabeza de Matías. Saltando en su lugar, miraba con expresión de terror el cañón del arma, luego a Damián, al oriental y luego nuevamente al cañón.

—Veo que no me está tomando en serio, señor Cañete. Y sepa que en ningún momento bromeo. No soy de ese tipo de personas. Esto no es un *bluf*, pero veo que usted aún no comprende que poseo todas las cartas en este juego. Es por ello que haremos lo siguiente, señor Cañete. Me dirá exactamente lo que quiero saber o, a la cuenta de tres, le volare los sesos a su querido amigo y, finalmente a usted y a su hermosa familia. ¡Hable!

—Se la llevó un hombre. Un hombre con mameluco. Entró, la atacó y la tiró por la ventana. ¡No sé más, se lo juro! —gritó desesperado Damián.

—¿Y usted como sabe eso?- preguntó Hiroshi, interesado.

Damián dudó en responder. Si respondía la verdad, jalaría el gatillo. No. Tenía que pensar. Tenía que mentir de alguna forma.

—Vi a un hombre con mameluco ese día. Trabajaba de mantenimiento. Para mí fue él. Verifíquelo, por favor.

—¿Para usted? ¿Por qué?

—¡No sé!

—Uno.

Hiroshi martilló el arma y la colocó cerca de la sien de Matías. Matías chilló, desesperado. Tenía los ojos llorosos pero su mirada imploraba claramente misericordia. Lo miró a Damián, sollozando.
—Lo vi merodeando por ahí —mintió Damián—. Tiene que creerme. Para mí fue él, verifíquelo por favor.
—¿Usted lo ayudó? —preguntó inmutable Hiroshi.
—No.
—¿Entonces como he de creerle que no me está mintiendo? Algo más sabe y no quiere decírmelo. Y este es el momento de hablar. Hable.
—Pero…
—Dos. —bramó, martillando el arma. Aquel sonido heló la sangre de Damián. Sus pensamientos iban a mil revoluciones por minuto. Tenía que darle algo concreto o los iban a asesinar.
—¡Ámsterdam! —gritó Damián, retorciéndose sobre la tierra helada— Estoy seguro que está en Ámsterdam aún. No vi donde fue pero seguro que ese tipo se la llevó y la tiene aún ahí. O cerca. Tiene que seguir esa pista, por favor.
—¿Señor Cañete, me cree tan poco profesional? Hemos revisado a todo el personal y a cada uno de los ocupantes del hotel. Ningún hombre con mameluco fue visto más allá de las nueve de la mañana y, según la recepcionista, usted salió temprano y volvió en el horario en el que tal vez haya desaparecido la señorita. Aquel hombre convertido en criminal no existe más que en su cabeza, señor Cañete. Me está mintiendo.

Hable. Diga la verdad y no me obligue a hacer esto.
—¡Le estoy diciendo la verdad! —gritó Damián— ¡Se lo juro!
Hiroshi pareció dudar. Bajó el arma por un momento, reflexionando. Tal vez el muchacho tenga razón. Hubo un hombre de la empresa de mantenimiento trabajando en la caldera aquel día por la mañana. Tal vez aquel hombre pudo haber vuelto sin ser detectado por la recepcionista. Pero siempre hay alguien allí, aguardando a los clientes. No. No podría haber entrado por la puerta principal sin ser descubierto. ¿Entradas de emergencia? Había una que daba a un callejón. Tal vez hubiese accedido por aquella sin ser visto. Subir al segundo piso y atacar a la joven. Cabía la posibilidad, aunque ínfima, de que aquel muchacho dijera la verdad.
Hiroshi y aquel hombre conversaron en su idioma. Su compañero asentía con la cabeza y respondía con oraciones breves. Damián y Matías no entendían una palabra de lo que decían. No podían apartar la mirada del cañón. ¿Habría surtido efecto la información que le había dado?
El hombre asintió y salió disparado hacia fuera. Tras ser engullido por la oscuridad, pudieron percibir el sonido de un motor al arrancar. Hiroshi sacó de su bolsillo un teléfono. Parecía más serio de lo que nunca lo había visto. Marco un número y esperó hasta comenzar a hablar nuevamente en su idioma. Tras unos segundos corto. Su expresión seguía tan seria como en un comienzo. Parecía abstraído, sumido en sus cavila-

ciones. Permaneció así un momento hasta que volvió a percatarse de la existencia de ambos. Se volvió hacia Damián, sonriéndole con una sonrisa curva.
—Nos ha dado una información que vale la pena corroborar, señor Cañete. Le estamos muy agradecidos por su valiosa cooperación, pero lamentablemente no termina aquí. Haremos un viaje. Un viaje largo. Sabrá entender que hemos de corroborar lo que usted dijo. Demás está decir que su vida depende de ello.
Damián respiró aliviado.
—¿Entonces nos va a dejar vivir? ¿Nos va a soltar? Le juro que no miento, señor. Créame, por favor.
—Oh, le creo, señor Cañete. Es por ello que viajaremos a corroborar lo que usted dice. Usted también lo hará con nosotros.
Una bala atravesó la cabeza a Matías, matándolo instantáneamente. El sonido del disparo resonó en el galpón hasta que el cuerpo sin vida de su amigo cayó al suelo levantando polvareda. La sangre comenzó a manar de sus heridas, cubriéndole el rostro inexpresivo y formando rápidamente un charco de sangre y sesos a su alrededor. Todo se puso oscuro.

12.

—Hey. ¿Estás bien?
Pestañeó. Se encontraba de pie frente a Hye-Su. La joven lo observaba con la cabeza ladeada bajo la luz blanquecina de la dicroica del cielo raso. El pasillo se extendía a lo largo silencioso e inalterable. Sintió la suave alfombra bajo sus pies y cayó en la cuenta de que se encontraba descalzo.
Parpadeó.
—Volví. —consiguió decir con un hilo de voz.
—Bienvenido a mis sueños. Te habíais esfumado de pronto, como una idea brillante que se esfuma sin dejar rastro. Debo decir que tu *singularidad* resulta muy peculiar. ¿Por qué lloras?
Parpadeó nuevamente. La voz de Hye-Su parecía lejana. Sintió húmeda la cara. Se llevó una mano a los cachetes y sintió húmedo el rostro. Las lágrimas caían por si solas una detrás de la otra sin haberlo percibido siquiera. Sintió un nudo en la garganta. La tristeza pronto lo invadió por completo y rindió todo su ser a aquel sentimiento. Lloro al recordar lo que había sucedido hacia un momento. Hye-Su lo abrazó casi por reflejo y Damián hundió el rostro en su pequeño cuello abandonándose por completo al llanto. No podía parar. Como si alguien hubiese abierto un grifo que ignoraba existiera y desparramara su contenido por los lagrimales. Se sentía totalmente desconsolado. Un sentimiento de culpa le

oprimía el pecho. Había perdido para siempre a su amigo. Había muerto por su culpa, pensó.
Estuvieron un rato abrazados hasta que Damián logró recomponerse. Al secarse el rostro notó como el cuello y el hombro de la joven se encontraban totalmente empapados.
—Perdón. —pidió Damián.
Ella esbozó una sonrisa, como indicando que todo estaba bien.
—¿Te encuentras mejor?
—Damián asintió en silencio.
—¿Qué ha sucedido?- preguntó Hye-Su.
Aún sentía un nudo en la garganta. Parpadeó varias veces, como cerciorándose de donde se encontraba.
—Hiroshi acaba de matar a mi amigo. Esta vez de verdad lo mató.
La expresión en el rostro de Hye-Su pronto cambió de sorpresa a preocupación. Comenzaba a aceptar la idea de no conocer del todo a su viejo amigo. Se tomó un momento para buscar las palabras exactas. Comprendía que ella era la causa de la muerte de su amigo, a pesar de que Damián no tenía ninguna responsabilidad con lo que le había sucedido.
—Lo siento —consiguió decir finalmente—. Es mi culpa. Si aquel hombre no me hubiese secuestrado… Si no hubiese estado contigo aquella mañana… Tal vez tu amigo…
Damián se secó la mucosidad de la nariz con el antebrazo y negó con un movimiento de cabeza.
—Ahora eso no importa. Me pueden despertar en

cualquier segundo. Necesitamos encontrar la puerta negra o Matías no va a ser el único que muera. ¿La encontraste?
—No. Busqué por todos lados pero no la he encontrado. Ni siquiera he soñado con algo normal desde que te has ido.
Damián observaba la escalera.
—La única vez que la vi estaba cerca de la puerta de entrada.
Sin esperar que respondiera, Damián se lanzó a la carrera escaleras abajo. Bajando de a dos escalones a la vez, llegó a la planta baja antes de escuchar los primeros pasos de su amiga siguiéndolo. Girando hacia la izquierda observó la pared gris e impoluta. « La concha de la lora», pensó. « Tiene que estar por acá». Tanteó la pared donde antes se le había aparecido la puerta pero solo sintió el frio del cemento en sus yemas.
—Tal vez deberíamos seguir buscando arriba. Tal vez en algún momento dado se nos presente aquella extraña puerta. —dijo Hye-Su observando la expresión de preocupación en el rostro de Damián.
Damián sentía como si una pelota le oprimiera la boca del estómago. Tenía los nervios de punta y las manos no dejaban de temblarle.
«Tengo que hacer algo. Tengo que salvar a mi familia. No se puede morir nadie más»
Respirá.
Cerró los ojos. Aspiró lentamente hasta llenar sus pulmones de oxígeno, conteniéndolo todo lo posible hasta soltarlo en un suspiro prolongado. Vació

su mente poco a poco de pensamientos, como solía hacer cuando pasaba las noches en lo de su amigo, sin pensar en nada, sin preocuparse en lo absoluto. A su alrededor parecía como si el tiempo fuese deteniéndose lentamente. La lluvia que arreciaba fuera comenzó a extinguirse conforme pasaban los segundos, como si las gotas de agua quedaran suspendidas en el aire intentando no quebrar el frágil equilibrio que se había formado en su interior. Nada parecía moverse. Todo estaba en relativa calma.

La puerta.

Abrió los ojos. Observó por la ventana la lluvia suspendida en el aire, como si esperaran su permiso para poder precipitarse al vacío. Giró sobre sus talones. Hye-Su lo observaba en silencio, como esperando reacción alguna de su amigo. Tras unos segundos de silencio, clavó la vista hacia donde miraba Damián. La puerta de entrada a la enorme mansión había desaparecido, siendo reemplazada por una gruesa puerta negra.

—¿Cómo lo has logrado?

—No sé. Yo solo quería calmarme un poco. Puede que influya en algo en tus sueños, después de todo.

—¿Y cómo sabes que es mi sueño? —preguntó Hye-Su con el ceño fruncido— Tal vez sea el tuyo.

Damián no se detuvo a pensarlo. El tiempo le jugaba una carrera que no debía perder. Su vida y la de sus seres queridos estaban en juego.

Avanzó con decisión hasta la puerta y, haciendo girar el picaporte dorado, tiró hasta abrirla por completo. Tras la puerta, amenazante y sonriente, lo esperaba la

criatura de aquella pesadilla que parecía nunca acabar. Con un rápido movimiento sus manos como garras envolvieron su cabeza y lo levantaron por los aires.
Despertate.
Sintió la presión en su cráneo. Aquella criatura aumentaba la fuerza progresivamente al punto de que pronto sintió que le iba a explotar la cabeza. Las enormes palmas oscuras le tapaban las fosas nasales, impidiéndole respirar. Quería gritar de dolor pero sentía que las cuerdas vocales lo traicionaban. Sentía que comenzaba a abandonar el mundo de los sueños. Todo parecía girar a su alrededor. Se sentía confuso, inquieto. Desesperado.
Despertate.

La cabeza le daba vueltas. Recostado en lo que parecía ser una butaca escuchaba el ruido ensordecedor de un motor en marcha. Abría los ojos de a ratos intentando ver donde se encontraba pero resultaba inútil. Todo a su alrededor se movía como si estuviera en una calesita. Frente a Damián había dos butacas vacías y una a su lado en igual estado. Logró ver un pasillo con butacas grises que le cortaban el paso y se terminaba en una pequeña puerta blanca sin picaporte. A su lado, una pequeña ventana mostraba un cielo plagado de grandes nubes que aparecían y desaparecían lentamente. Trató de moverse, pero algo lo retenía en su asiento. Le costaba enfocar la vista y un dolor punzante en la cabeza lo obligaba a cerrar los parpados.

—¿Dónde estoy? —logró articular en una especia de gemido.
Escuchó pasos acercándose. Abrió los ojos en el instante en que un hombre con el rostro difuso observaba sus ojos, levantándole los parpados con los dedos. A pesar de encontrarse mareado pudo reconocer el rostro de Hiroshi. Luego de examinarlo, éste se desplomó sobre un asiento. Le clavó los ojos con una sonrisa dibujada en los labios.
—Aún no es momento de despertar, señor Cañete. Faltan unas cuantas horas para que arribemos a nuestro destino y usted nos dirija hacia nuestro objetivo. El tesoro al final del arcoíris. Para entonces no deberá preocuparse demasiado. Nosotros nos encargaremos de todo. Así que usted dedíquese a recuperar fuerzas y disfrute del viaje.
Le hizo señas con el dedo a alguien que no pudo ver detrás. Tras unos segundos sintió un pinchazo en el brazo. Observó como una jeringa se clavaba en su brazo derecho y el líquido en su interior desaparecía lentamente. Todo comenzó a ponerse borroso. La realidad se diluía en el aire como sal en el agua. Hiroshi sonreía. Una sonrisa radiante, de satisfacción. Todo comenzaba a desaparecer bajo un manto negro que todo lo envolvía. Todo menos aquella sonrisa falsa y eterna, tan parecida a la de la criatura tras la puerta. Una sonrisa que comunicaba mil cosas. Una sonrisa desesperanzadora y cruel.

Se encontraba de pie nuevamente frente a la gran puerta oscura. Miró detrás suyo y a su alrededor, pero no había rastro alguno de Hye-Su. Volvió a observar la puerta. ¿Se encontraría nuevamente aquel monstruo escondido tras ella, acechándolo a la espera de que hiciera girar aquel brillante picaporte? No lo sabía, pero estaba seguro que tras ella se encontraban las respuestas que necesitaba. Lo presentía.

Tragó saliva y tomó el pomo haciéndolo girar.

—Tal vez no sea buena idea.

La suave voz de Hye-Su le hablaba sentada en las escaleras. Giró sobre sí posando sus ojos en la mirada consternada y cargada de preocupación de su amiga.

—¿Por qué decís que no?

—Siento que es algo que no tendrías que ver.- dijo jugueteando con el cuello de su remera.- Algo malo. Algo muy personal. Aún no sé muy bien de qué se trata. No puedo recordarlo, pero es algo malo. De eso estoy seguro. Por favor, no la abras. Por alguna razón me genera demasiado miedo lo que haya en su interior.

Damián avanzó hacia ella y se agachó hasta quedar frente a frente. Con un dedo apartó un mechón de pelo que caía sobre la frente de la joven y la miró con aire pensativo.

—Si algo aprendí en la vida es que no se puede vivir con miedo. El miedo corroe, te va matando por dentro. No nos sirve de nada. Entiendo que tengas miedo pero tarde o temprano hay que afrontarlo. Son obstáculos que se nos van poniendo delante y los tenemos que ir saltando para seguir avanzando. Te en-

tiendo que tengas miedo, todos lo tenemos, pero hay que superarlo. De eso se trata la vida. De superar los miedos y los obstáculos. ¿No te parece?
—¿Acaso estudias filosofía también? —sonrió Hye-Su.
—No. Pero leo mucho y eso ayuda —respondió, poniéndose de pie y extendiéndole la mano—. Esa puerta tiene las respuestas que necesito. Capaz que detrás este solo el monstruo y me termine matando, o capaz haya algo tan oscuro que lo hayas bloqueado. ¿Qué te parece si lo superamos juntos?
Hye-Su dudó unos instantes. Luego tomó su mano y se incorporó.
—Juntos. —replicó con expresión severa.
—Llegamos hasta acá juntos. ¿Por qué nos vamos a separar ahora?
Avanzaron hasta la puerta. Sintieron como la tensión en el aire les crispaba los nervios. Respiraron profundamente al unísono y abrieron la puerta. La puerta dio paso a una pequeña habitación. Contra la pared se encontraba un colchón descolorido y con manchas de humedad sobre el suelo. Más arriba se alzaba un pequeño ventiluz hacia la calle con una cortina negra impidiendo la entrada de los rayos de luz y de miradas fisgonas.
Sobre la cama improvisada se encontraba Hye-Su. Desnuda y con el largo cabello oscuro enmarañado en su rostro, parecía inmersa en un sueño profundo. Damián recorrió con la mirada sus largos brazos flacuchos. Sus muñecas se encontraban esposadas a una gruesa argolla afirmada cerca del rincón, a cen-

tímetros por sobre su cabeza. La habitación, por lo demás, no presentaba mueble alguno y parecía bastante sucia.
Una puerta que no habían visto se abrió. Un hombre entró sin molestarse en no hacer ruido y cerró la puerta tras de sí. Apoyado sobre ésta, observó a Hye-Su dormitar. Su respiración acompasada hinchaba y deshinchaba su pecho de forma delicada y pausada.
El hombre ya no vestía un mameluco, sino unos jeans y una remera Levis. Recostado sobre la puerta, se tocaba la entrepierna viendo dormir a la muchacha. Una vez excitado, se acercó a ella y, tomando recaudos de no despertarla, se puso en cuclillas suavemente y separó sus piernas con movimientos lentos y cautelosos. Ella seguía dormida, o al menos así parecía. De un bolsillo sacó un pequeño frasco. Lo abrió y unto un líquido espeso en su mano derecha, dejando el recipiente en el piso. Damián reconoció al instante el lubricante sexual. Bajándose los boxers se lubrico el pene erecto y lo introdujo lentamente dentro de Hye-Su. Los reiterados movimientos despertaron a la joven que, aterrada, comenzó a gritar. Pero el hombre no se detuvo. A pesar de los chillidos, sollozos y suplicas de Hye-Su, siguió violándola como si no sucediese nada. Tenía el rostro desencajado por la lujuria mientras daba estocadas más y más violentas, sin disimular el placer que le daba la resistencia que ofrecía la muchacha moviendo las piernas en todas direcciones intentando apartarse de él.
Un gemido gutural puso fin a aquella escena llena de violencia y misoginia. Levantándose y abrochán-

dose los pantalones, salió por la puerta donde había ingresado dejando brevemente iluminada por la luz del pasillo a una Hye-Su devastada. Lloraba con angustia y, sobre todo, furia e impotencia contenida en su pecho. Lanzó un gruñido iracundo que retumbo en la habitación y siguió llorando desconsolada. Damián quiso avanzar hacia ella pero la Hye- Su del otro mundo le sostenía la mano con fuerza.

Por la ventana podía ver los pies de las personas al pasar. ¿Cómo es que nadie escuchaba nada de lo que sucedía aquí abajo? « Toda la habitación con el vidrio incluido debe ser aislante del sonido o algo así» pensó con la vista fija en un cartel de VBAT que podía distinguirse tras las cortinas a lo lejos.

Damián cerró la puerta y miró a Hye-Su. Tenía los ojos llenos de lágrimas pero parecía resistirse a soltarlas. Ambos permanecían de la mano y se miraban fijamente, sin saber que decirse el uno al otro.

—Ahora entiendo todo —consiguió decir Damián, tras pensárselo dos veces—. Ahora entiendo porque lo bloqueaste todo. Lo siento mucho, Hye-Su. En serio.

Ella asintió. Se mantuvo en silencio con la vista fija en los pies descalzos de Damián. Éste la tomó entre sus brazos y la abrazó para reconfortarla. Ambos se quedaron en el silencio del pasillo abrazados el uno al otro mientras la lluvia comenzaba a caer nuevamente como decidiendo que ese era el momento indicado para hacerlo. Cerró los ojos y escuchó las gotas caer. Por un leve momento olvidó que el mundo seguía girando. Sus problemas se desvanecieron y, solo por un

leve momento, sintió que eran los únicos que existían en el mundo.
—Pronto te voy a encontrar. Tal vez no viva para verte a salvo, pero te voy a encontrar.
Hye-Su sonrió. Así lo esperaba en lo más profundo de su corazón. Por un momento, Damián sintió que esa sería la última vez que se verían. Los diversos sucesos en el otro mundo lo llevaban a creer en ello. Tenía la certeza de que Hiroshi la encontraría, como así también la certeza de que no viviría para poder verla sana y salva. No lo dejarían. Se sentía abatido por dentro, pero comenzaba a aceptar su destino de alguna forma, por absurdo que a él mismo le pareciera.
—Tengo que decirte algo. Por las dudas.
—¿Qué? —preguntó Hye-Su.
—Me gustas —confesó, mirándola a los ojos—. Me gustaste desde que te conocí. Puede que sea un poco enamoradizo, pero bueno… Es lo que siento y quería que lo supieras. Ojalá las cosas hubiesen sido distintas.
La joven sonrió y le acarició el rostro con sus delicados dedos. Damián cerró los ojos. Sentía que todo comenzaba a dar vueltas en su interior. No puso resistencia alguna.
—Lo serán.

Despertó aturdido. El piso alfombrado se movía y vibraba debajo suyo. Tenía las manos esposadas y la boca amordazada. Frente a su nariz sintió la dureza del cuero deunas botas que se movían inquietas, como

intentando buscar un punto de apoyo más cómodo. La otra bota le oprimía la espalda contra el piso.
El auto dobló en una esquina y sintió como su cuerpo lo seguía por inercia. Tenía la boca seca y su lengua le parecía una lija áspera. Intentó levantar la cabeza pero fue inútil. En aquella posición, sus movimientos resultaban del todo limitados.
El auto siguió en marcha por un tiempo prolongado. ¿Minutos? ¿Horas? Cuando uno es secuestrado el tiempo, por más valioso que fuese, se torna confuso y abstracto. Por la entrepierna sintió frio al moverse un poco. Se dio cuenta que se había hecho encima, tal vez dormido. Parecía que aquella situación verdaderamente les importaba a sus secuestradores, ya que tenían las ventanas abiertas y el aire fresco y húmedo le acariciaba el rostro.
—¿Ha despertado, señor Cañete?

La voz de Hiroshi le llegaba desde el asiento del acompañante. « Son tres entonces», razonó Damián. « Dos adelante y un hijo de puta acá atrás»
El auto se detuvo. El hombre que le pisaba la espalda lo ayudo a levantarse hasta quedar sentado en el amplio asiento de cuero negro. Hiroshi, el conductor y su guardián lo observaban con semblante serio. Los dos esbirros de Hiroshi también eran orientales, presumiblemente coreanos.
«No quiero ver un chino más en mi vida», reflexionó.
—Espero que haya sido placentero su viaje, señor Cañete.- comenzó a hablar Hiroshi sin cambiar su semblante.- ¿Reconoce dónde estamos?

Altas casas de dos y tres pisos con fachadas en escalera se erguían monumentales a la distancia y alrededor. A lo lejos, calles estrechas que posiblemente terminaran en canales cortaban el boulevard en el que se hallaban. Algunas personas les pasaban al lado en bicicleta y otras pocas lo hacían a pie, inmiscuidos en sus temas, drogados y sin preocuparse por los tres hombres de traje y el hombre amordazado en el interior del automóvil estacionado. Ámsterdam.

Damián intentó hablar, pero solo soltó gruñidos ininteligibles a través de la mordaza. Tras un gesto con la cabeza, el guardia a su lado, uno de sus captores, robusto y calvo vestido de camisa arremangada hasta los codos y pantalón de vestir, le bajó la mordaza. Su cara llena de grasa resplandecía por los tenues rayos de sol del atardecer y su camisa mostraba evidentes signos de sudor bajo las axilas.

—Agua. —consiguió pedir no sin dificultad. Sentía la lengua pastosa y la imperiosa necesidad de hidratarse.

Con otro movimiento de cabeza de Hiroshi, el guardia sacó una botellita de agua de su costado y le dio de beber unos cuantos sorbos cortos que le lubricaron la garganta.

—Déjeme advertirle, señor Cañete, que no le conviene para nada gritar en este preciso momento. Si pretende salvaguardar su existencia y la de sus seres queridos, mantenga la calma y coopere con nosotros. ¿Comprende?

—¿Cómo llegamos acá? —preguntó Damián, cerrando los ojos bajo la luz del sol.

—Eso no es importante. Poseemos nuestros medios y el patrón nos provee del dinero suficiente para conseguir lo que no tenemos. Como le dije, señor Cañete, somos profesionales. Sabemos realizar nuestro trabajo y procuramos que sea de la forma las eficiente y rápida posible. Como verá, este trabajo ha resultado un tanto difícil de llevar a cabo, pero hemos avanzado. ¡Oh, sí que hemos avanzado! Gracias a usted, hemos podido reconocer y ubicar a aquel extraño sujeto de mantenimiento. Trabaja para una empresa de mantenimiento y limpieza de diversos establecimientos en la ciudad. Ha representado un problema ubicar al sujeto en cuestión dentro de la empresa, ya que resulta ser una de las grandes, ¿sabe? Pero tras algunas insistentes pesquisas hemos podido dar con aquellos que trabajaron en el hotel el día del secuestro de la señorita Yoo.

Damián se removió en su asiento, escuchando.

—¿Y para que me quieren a mí acá? Ya les dije todo lo que sabía. ¡No sé más, hijo de puta!

Un golpe en la mandíbula lo arrojo hacia la ventanilla izquierda, rebotando con la cabeza contra el cristal. Hiroshi pareció reprender al guardia en su idioma. Éste ayudo a enderezar a Damián, quien sentía un agudo dolor en el pómulo.

—Sepa disculpar a mi ayudante, señor Cañete. Pero entenderá que gritar e insultar no solucionan nada. Ahora mismo su vida y la de sus seres queridos, recuérdelo, pende de un inestable hilo. Es usted el que debe decidir qué hacer a continuación. O nos ayuda,

señor Cañete, o cae al vacío. Un vacío hondo, profundo, de una oscuridad impenetrable. Usted, como podrá imaginarse, se encuentra ahora mismo aquí como testigo. Verá, señor Cañete, lo necesitamos. Necesitamos que reconozca a aquel sujeto. Ningún huésped pareció haberlo visto más que usted. Y, claro está, la señorita Kore. ¿La conoce verdad? Pobre muchacha. Si hubiese cooperado más tal vez aún seguiría sirviendo tras el mostrador y vistiendo aquella sugerente falda. Sabia más de lo que nos quiso decir, lo sé. Aún lo sé.

Damián contuvo la respiración. Sintió como la sangre hervía por dentro. Tenía ganas de matarlos. De matarlos a todos, a pesar de nunca haberlo hecho antes. «Te vas a morir hijo de puta. Donde tenga la oportunidad te vas a morir».

—Solamente dos personas trabajaron como mantenimiento aquella mañana en la que la señorita desapareció. Si dirige su mirada a la derecha, señor Cañete, vera un enorme complejo de departamentos tan característico de los Países Bajos —sacó unas gafas del bolsillo de su saco y abrió una carpeta de tres solapas. comenzó a leer la sencilla hoja dispuesta en su interior—. Aquí vive el señor Frenkie de Beek, holandés nacido en Volendam de treinta y siete años de edad. Soltero. Padre de dos niños igualmente trigueños. Aquella mañana se encontraba reparando la caldera del hotel, por lo que pasó casi toda la mañana en el establecimiento en cuestión. ¿Es este el sujeto que vio aquella mañana, señor Cañete?

Del interior de la carpeta extrajo una fotografía 4x4 y la extendió para que pudiera apreciarla Damián. Un hombre de cabello rubio corto, ojos celestes y barba rala le devolvía la mirada desde la fotografía.
—No —respondió Damián, luego de tomarse un momento—. Bah, no se… No. El tipo tenía el pelo canoso, pero un corte parecido. No tenía barba.
Los tres se miraron dubitativos.
—¿Está seguro, señor Cañete?
Damián asintió.
Cerrando la carpeta de tres solapas y arrojándola sobre la guantera, extrajo otra de su regazo. Esta vez era una carpeta azul pero el contenido parecía el mismo.
—Virgil Ligt —dijo, extendiéndole la fotografía tamaño 4x4 de aquel legajo—. Cuarenta años de edad, oriundo de la ciudad de Rotterdam. Divorciado. Sin hijos. Lleva más de veinte años en la empresa. ¿Lo reconoce, señor Cañete?
Un cuarentón de mirada perdida, cabello canoso, prominentes ojeras y anchos hombros le devolvía la mirada. Damián lo reconoció inmediatamente. Hacía poco tiempo había visto como violaba a Hye-Su.
—Es él —dijo Damián, tras inspeccionar detenidamente la fotografía—. Es el secuestrador.
—¿Está seguro de ello, señor Cañete? —preguntó sin apartar la fotografía del rostro del muchacho— Tiene mucho en juego. Le conviene no equivocarse.
Damián se tomó un momento para contemplar nuevamente la foto. No cabían dudas.
—Es él. —sentenció.

El motor encendió de golpe emitiendo un ronroneo casi imperceptible. Aquel debía de ser un automóvil de alta gama, algo que en su vida había montado Damián ni tal vez volvería a hacerlo.

El guardia lo tomó violentamente por los cabellos y lo arrojó boca abajo sobre el fino alfombrado del auto volviendo a sentirse presionado contra el piso bajo la fuerza opresora de sus botas. Desde fuera sintió el bullicio de las personas disfrutando del atardecer en la ciudad. Los vidrios se encontraban levantados y el aire acondicionado comenzó a funcionar aclimatando el ambiente en su interior. Sintió como su entrepierna comenzaba a secarse, produciéndole una sensación de frescura que no buscaba allá abajo. Ninguno pronunciaba palabra alguna. Pronto las voces y risas del exterior comenzaron a callarse lentamente. Damián conocía esta sensación. Ya la había experimentado en su anterior visita. Estaban alejándose de la zona céntrica y turística de la ciudad. Calles adentro, parecía una ciudad totalmente distinta.

Aparcaron cuando los últimos rayos del sol de la tarde comenzaban a apagarse y daban paso a las agradables noches de verano de la región. Con sus dedos gruesos como si fuesen cinco gruesos embutidos recién cocidos, volvió a tirar de los pelos de la cabeza de Damián levantándolo a la fuerza por los aires y obligándolo a sentarse nuevamente en el rígido asiento de cuero. Hiroshi le dedico una breve mirada y luego clavó sus ojos en la ventanilla del conductor, señalando con el dedo índice en esa dirección.

—Hemos llegado.
Un edificio de ladrillos se levantaba imponente en la vereda de enfrente. Apretado por otros dos de iguales dimensiones, sus amplios ventanales encortinados parecían guiñarles el ojo a sus espectadores. Se accedía por un empinado pórtico hacia una amplia puerta de dimensiones similares a las ventanas, flanqueada por dos pequeñas ventanas que daban a estrechos pulmones poco profundos.
El edificio evidentemente se encontraba alejado de la zona céntrica y ajetreada de la ciudad; había pocas personas en las calles y la mayoría de ellos parecían ser residentes de la zona. Bajo la luz de la luna creciente en el cielo taciturno y despejado los edificios del barrio no parecían tan ostentosos como los que podría haber visto desde la comodidad de su ventana en el Ámsterdam Art Hotel.
Todos bajaron del auto y caminaron hacia la puerta de entrada del edificio. El olor a la cena siendo preparada salía flotando por los amplios ventanales de los edificios contiguos. Un muchacho pasó en skate detrás de ellos cuando comenzaban a subir la empinada escalera hacia la entrada. Al mirar hacia arriba, uno podía apreciar quien se
encontraba en casa y quien no solo por la luz proveniente de las ventanas. Detrás de ellos, un enorme cartel de VBAT se alzaba sobre sus cabezas.
—Vamos a entrar e inspeccionar la casa —dijo Hiroshi, cambiando el semblante. Su mirada y sus labios parecían más tensos que de costumbres—. Si llegas

a gritar o a querer escapar uno de mis hombres te disparará en la cabeza. ¿Lo entiendes?
Damián asintió. Temblaba sin control a causa de los nervios. Observó detenidamente como el esbirro introducía sus ganzúas dentro de la cerradura, abriéndola en un instante casi como si las hubiera abierto con sus propias llaves.
Rápidamente entraron y cerraron la puerta. Una sencilla escalera a su izquierda conducía a los departamentos ubicados en las plantas superiores. Una sola puerta se erguía frente a ellos en aquella antesala apenas iluminada por una lámpara dispuesta en la pared. Tras repetir el mismo procedimiento, el guardia abrió la puerta y entraron rápidamente sin hacer ruido. Una estrecho pasillo se extendía frente a ellos, iluminado apenas por la pálida luz de la luna que entraba por alguna ventana a lo lejos y bifurcándose a pocos metros. En el techo, una araña de cristal se alzaba sobre ellos. El silencio era tan latente que el mínimo ruido alteraría el orden establecido.
Damián sintió un pinchazo en los lumbares. El chofer de Hiroshi apoyaba sobre él un cuchillo con una mano mientras que con la otra lo obligaba a avanzar detrás de Hiroshi y su secuaz. El mensaje quedaba claro como el agua. Donde se atreviera a hacer algo que pusiera en peligro aquella operación, estaba acabado.
Bajo la espesa alfombra grisácea sus pasos resonaban como un eco lejano, avanzando a través de los halitos de luz que se colaban por el pasillo. A medida que avanzaban, la casa los recibía con una oscuridad

espectral. El silencio imperturbable no parecía reservarles nada bueno. Al llegar a la esquina del pasillo, Hiroshi observó detenidamente el escenario que se le abría mientras sacaba lentamente de su cintura la misma pistola que le había mostrado en su primer encuentro a Damián.

Tras un momento tenso, Hiroshi y compañía siguieron su marcha. El pasillo se abría a una amplia sala de estar con cocina equipada con televisor led 32 pulgadas, sofá, barra desayunadora, mesa y sillas de apariencia moderna a tono con el mobiliario y despenseros. La luz de la luna se colaba a través del amplio ventanal con las cortinas azules recogidas con un lazo negro. Damián comprendió que aquella era la luz que había iluminado el pasillo tras entrar al departamento. Pasando la barra desayunadora que se erguía a su izquierda se abría otro pasillo con una araña similar a la que los habían recibido en la entrada del recinto, flanqueada por cuatro oscuras puertas a sus lados.

«Tremendo departamento. Ni en pedo me alcanzaría para alquilar algo tan grande», pensó Damián, siendo interrumpido por una pesada mano sobre su hombro que lo obligaba a sentarse en una silla blanca y con un mullido almohadón rojo. El guardia avanzó hacia la cocina y tocó la pava que descansaba sobre la cocina. Diversos utensilios de cocina como cuchillos y sartenes de diversos tamaños dispuestos en imanes sobre la pared parecían rodearlo, observando los movimientos de aquel intruso en un silencio espectral y eterno. Claro está que sin ojos, observarlo se conver-

tía en simple alegoría, pero Damián no pudo más que pensar en ello. Luego lanzó una mirada hacia Hiroshi y susurro algo que no necesito demasiada traducción. La pava estaba tibia, lo cual podía indicar que alguien estuvo allí hasta hacia poco.

Hiroshi asintió y alzó el arma mientras avanzaba hacia el pasillo sin prender las luces. El guardia lo siguió en silencio, cubriéndole la espalda casi como si fuera su cola. Inspeccionaron las habitaciones una por una, haciendo girar los picaportes con el mayor cuidado posible. Entretanto, el chofer los seguía con la mirada, echando vistazos a cada rato hacia el pasillo de entrada, aguzando el oído a la espera de la llegada del dueño de casa. Damián observó el cuchillo que tenía en su mano. La empuñadura robusta y de cuero sobresalía de sus enormes dedos de salchicha. Un brillo opaco se traslucía en la hoja cada vez que lo movía en el aire. No pudo evitar tragar saliva, nervioso de sentir el frio del acero en su interior. ¿Y si se equivocaba y allí no se encontraba Hye-Su? ¿Si aquel hombre no había sido el secuestrador y lo había confundido? Sabía bien la respuesta a aquellas interrogantes.

Tras revisar tres habitaciones, intentaron abrir la cuarta sin éxito. La puerta se encontraba cerrada con llave y por un pasador sobre sus cabezas.

Bingo.

Tras correr el pasador, el guardia trabajo la cerradura por un momento hasta que un pequeño *click* le indico que estaba abierta. Una escalera angosta los recibía. Bajando, terminaba en una puerta de madera desgas-

tada por los años. El estrecho pasillo olía a moho y las paredes mostraban la pintura descascarada. Con un movimiento de cabeza, el guardia tomó la delantera. Bajaron lentamente. A cada paso que daban las tablas de madera crujían bajo su peso, produciendo un sonido seco y molesto al caminar.

Tanto el chofer como Damián podían escuchar desde la cocina cada uno de los pasos que daban bajando las escaleras. Cada cierto tiempo la cocina a oscuras se iluminaba momentáneamente por los haces de luz de los faros de los autos que pasaban por la calle. Tras ese breve lapso la oscuridad volvía a envolverlos bajo un manto de silencio y penumbras. Cualquier sonido procedente de la casa parecía irreal. Podían escuchar como los vecinos de la planta superior se movían, arrastrando sillas o haciendo chocar la vajilla. De algún lado procedió el llanto de un niño que pareció calmarse tan rápido como había surgido. No merecía la pena prestar siquiera atención a lo que pasaba alrededor. Todos los sonidos parecían extinguirse en aquel habitáculo a medida que llegaban a sus oídos, desapareciendo para siempre. Todas las sombras parecían fusionarse en una manta gigantesca tras el halo de luz.

Tal vez por ello no escucharon el pestillo del armario abrirse en una de las habitaciones.

Tal vez por ello no vieron las sombras deslizándose en el pasillo.

Tal vez por ello no prestaron atención hasta que la puerta del sótano se cerró de golpe.

Los faros de un automóvil iluminaron la habitación.

De pie en el pasillo Virgil Ligt los apuntaba con una Colt .45. El cañón del arma brillo impecable con el tenue halo de luz. Las sombras volvieron a cubrirlo todo hasta que la explosión del arma las apartó de súbito por un momento. El disparo dio en el pecho al chofer de pie detrás de Damián que salió expulsado hacia atrás golpeándose la cabeza con el borde de la barra desayunadora. El segundo disparo impacto en la cabeza de Damián, que cayó desplomado al piso junto al chofer.

Con el pasador en la mano a punto de dejarlos encerrados, una ráfaga de disparos atravesó la puerta del sótano impactando en el cuerpo de Ligt, quien cayó muerto en el acto. El guardia abrió la puerta de golpe, apuntando con su arma al cuerpo sin vida de Ligt.

Se sintió extraño. Damián pudo ver esta sucesión de eventos desde el piso de la cocina mientras la sangre brotaba de su herida cubriéndolo lentamente en un charco de sangre. Podía mover los ojos. Trató de mover las manos y los pies, pero fue inútil. Sus músculos no respondían. Intentó gritar pero ni siquiera podía mover los labios. Sentía que comenzaba a faltarle el aire, mientras caía en la cuenta de que se estaba muriendo. Poco rato después Hiroshi emergía del umbral del sótano con una Hye-Su más sucia y delgada que como la recordaba. Quiso sonreír, aliviado y feliz de verla a salvo, pero fue inútil. Poco a poco la vista comenzaba a fallarle, formándose alrededor del campo visual unos manchones negros que le impedían observarlo todo.

Al cruzar por un breve momento la mirada, Hye-Su comenzó a hablar de forma rápida y desesperada con Hiroshi. O al menos eso pareció, pues sus oídos comenzaron a escuchar cada vez menos. Al principio pareció como si le hablaran a través de un embudo, para luego pasar a ser el espectador de una escena muda. Poco a poco su voz se iba apagando a medida que comenzaba a sentir un leve hormigueo en los dedos de las manos. Hye-Su se desembarazo de los confortables brazos de Hiroshi y se arrodillo junto a Damián. Sus manos se llenaron de sangre al tocar su herida. Su rostro comenzó a ponerse borroso. Trató de sonreír, pero no pudo.

13.

El sonido de pisadas a lo largo del pasillo resonó como un eco intermitente y aparentemente sempiterno apenas interrumpido por el continuo *bip* que emitían las incansables maquinas ECG. El largo pasillo se encontraba vacío, apenas amoblado con sillas de plástico contra la pared sin ninguna persona ocupándolas. Una mujer esbelta de largo cabello trigueño se desplazaba por el pasillo acompañando a una anciana canosa y encorvada que avanzaba no sin dificultad. La anciana llevaba un ramo de flores. El olor a jazmín impregnaba el aire apesadumbrado y tenso del corredor. Resultaba agradable el aroma de las flores para aquellas personas que se encontraban flanqueándolas, postradas en camas ergonómicas y rodeadas de aparatos y sondas costosas que los mantenían con vida y alimentaban. A medida que caminaban iban dejando puertas abiertas o cerradas atrás y algunos de sus ocupantes las seguían con mirada curiosa hasta que desaparecían más allá del umbral.

El calor del verano porteño por llegar se sentía a flor de piel. La mujer sacó de su bolsillo un pañuelo de papel y se lo llevó a la frente para secar el sudor tras la larga caminata por las calles de Buenos Aires. Apenas unas cinco cuadras separaban al hotel del hospital porteño, por lo que no justificaba utilizar los servicios de un taxi o remís por tan poca distancia. Pero era esa distancia la que, sumado a la humedad carac-

terística de una ciudad de cemento y hormigón junto a un gran rio, resultaban una mezcla químicamente importante para el trabajo de las glándulas sudoríparas de cualquier persona. No es que no estuvieran acostumbradas; después de todo, Entre Ríos generalmente presentaba temperaturas y humedad tanto o incluso más altas que las de la capital del país, pero no por eso las personas que allí vivían estaban del todo acostumbradas y no expulsaran toxinas y liquido constantemente.

Una mujer con el pelo recogido y elegantemente vestida con pantalón negro, camisa blanca y zapatos las cruzo al salir al pasillo desde una de las tantas habitaciones del hospital. Cerró la puerta y les dedico una cordial sonrisa, desapareciendo a sus espaldas. Evidentemente también aprovechaba las horas de visita a algún paciente cercano a ella. «Parece que viene de trabajar», pensó la anciana devolviéndole el gesto. Las pisadas resonaron a sus espaldas hasta que desaparecieron más allá doblando la esquina del corredor.

Frente a ellas, los números 214 en letras doradas en la parte superior de la puerta les indicaban que finalmente habían llegado a destino. El sonido del papel crepe siendo estrujado por los delicados dedos de la anciana pusieron de manifiesto cierto nerviosismo, pero su acompañante no le dio importancia. No era la primera vez que visitaba aquella habitación, y los nervios que en el pasado no tan distante pudo haber compartido con la mujer ya se habían esfumado tras enfrentar la irrevocable realidad. Sin embargo, le de-

dico una sonrisa de aliento a su madre mientras abría con un leve movimiento de muñeca la puerta.

Bip, bip, bip.

El sonido intermitente de la máquina de EEG viajo hasta sus oídos ahogando el goteo constante del gotero junto a su cama. La modesta habitación estaba compuesta de una pequeña mesa junto a la pared y una silla cromada color caqui percudida por el uso del lado derecho que se encontraban junto a la cama de blancas sabanas. Sobre los pies del paciente se erguía una mesa auxiliar hospitalaria sin nada encima. Al parecer las enfermeras la habían dejado allí sin motivo aparente, ya que aún no la necesitaban y no presentaba inconveniente alguno tenerla por ahí. Por el ventanal se podía ver el contrafrente del hospital y los balcones de los edificios que la circundaban con la pintura en evidente deterioro. Algunos rayos de sol se filtraban por el amplio ventanal dándole a la habitación un aspecto menos lúgubre del que parecía tener.

La mujer se adelantó a la anciana y corrió la silla para darle asiento junto a la cama a su madre. Respiro conteniendo el aire por un momento y, tras un largo suspiro, inició la corta marcha hasta su asiento. Damián la esperaba con los ojos cerrados y cómodamente recostado en su lecho. Pero no era el mismo Damián que ella recordaba. Tenía la cabeza vendada y se mantenía con vida, o al menos eso era lo que les habían dicho los doctores, gracias a la ruidosa maquina a su lado. En realidad no era tan ruidosa, pero para sus visitantes luego de un tiempo transcurrido en la ha-

bitación resultaba un tanto molesto el constante *bip* que emitían.

La abuela del muchacho se pasó los dedos por la mejilla y luego, dubitativa y tímidamente, posó sus arrugadas yemas sobre la mano de su nieto. ¿Qué infortunio lo había llevado a viajar hasta tan lejos nuevamente y terminar de este modo? ¿Qué había pasado realmente desde que despidió a su nieto desde el umbral de su casa aquella fatídica noche? Había reflexionado intensamente sobre ello desde su vuelta al país. Cuando una desgracia ocurre, solemos reflexionar y echarnos encima fardos llenos de culpa que no verdaderamente no merecemos. Ella lo sabía bien, pero la conciencia trabaja de formas misteriosas y absurdas y constantemente asomaba la sombra de la duda y del quizás en sus cavilaciones. Eso le desagradaba demasiado. No saber que había pasado exactamente después de subir a ese auto le removía la conciencia. No tener la respuesta le resultaba completamente desalentador. Sintió los ojos vidriosos, pero no lloro. Debía mantenerse fuerte, estar firme por su hija y su nieto. Aún cuando se sintiera una segunda madre, aún cuando para Damián así lo fuese, quien había perdido de algún modo un hijo no había sido ella.

La madre de Damián se sentó sobre la cama a un lado de su hijo y estrecho su otra mano con firmeza y ternura. Al contrario que su madre, sentía otro tipo de culpa. Una culpa de largo desarrollo que acumulaba sentimientos que se encontraban y herían por dentro como si hubiese tragado vidrio con el almuerzo. Cul-

pa por no haber estado presente en la vida de su hijo. Culpa por no haberlo priorizado en el momento en que más lo necesito. Culpa por haberlo abandonado a su suerte. Culpa que corroe por dentro y se extiende como un veneno de acción lenta que hacia saltarle las lágrimas a cada momento al ver su rostro y recordar al niño que crio muchos años atrás.

Conversaron nuevamente sobre lo que había ocurrido. Sobre lo que les habían dicho, sobre lo que se enteraron por diversos medios y sobre lo que sospecharon que pudo haber ocurrido. El caso de Damián sucinto un interés nacional e internacional inesperado.

La información de los medios de comunicación y la proporcionada por el consulado argentino en Holanda determinaron que dos sujetos de nacionalidad holandesa, Frenkie de Beek y Virgil Ligt, sin antecedentes, realizaron el secuestro y tortura de dos muchachas de nacionalidad extranjera a las que abusaron sexual y sistemáticamente en periodos de tiempo distintos. Una joven estadounidense, a quien sus amigas habían reportado desaparecida apenas un día antes que la última víctima fue encontrada en el hogar de De Beek tiempo después que la policía allanara el domicilio. La joven fue encontrada descuartizada y sus restos distribuidos en bolsas de residuos negras en el sótano de la propiedad de Beek. Por lo que habían podido conjeturar tras la autopsia, la joven había sido estrangulada tras varios encuentros sexuales aparentemente forzados, por lo que se cree que ambos habían ideado el tenebroso plan de desmembrar

su cuerpo y aprovechar el uso diario que le daban a la camioneta de la compañía de limpieza en la que ambos trabajaban para distribuir las bolsas por la ciudad para que fuesen recogidas por el camión de la basura y así eliminar cualquier posibilidad de ser rastreados en caso de descubrirse una bolsa.

Sin perder el tiempo, habiendo estudiado la situación con detenimiento y aprovechando la oportunidad que se les presentaba, decidieron raptar a otra joven turista en el momento en que se encontraba el hotel donde se hospedaba con poco personal ocupado en el hospedaje. Tras reducir a la joven y arrojarla por la ventana del segundo piso hacia un contenedor de basura, Ligt y de Beek escondieron a la joven surcoreana (cuyo nombre omitieron los medios y las autoridades holandesas) en la camioneta de trabajo utilizada por los secuestradores, esperando hasta el anochecer para ingresarla en la casa de Ligt sin ser vistos. Según las pericias, la joven estadounidense había sido asesinada repentinamente, víctima de asfixia posiblemente mientras era violada por uno de sus secuestradores, por lo que ambos decidieron repetir la experiencia y tomando los recaudos para no incurrir en el mismo error mortal. Se desconoce hasta el mometno, sin embargo, quien de los dos secuestradores fue el que asesinó a la joven estadounidense.

La reconstrucción de los hechos acontecidos aquella noche en el domicilio de Ligt resulta aún confuso. La joven surcoreana fue encontrada a salvo tras un llamado anónimo a la policía de Ámsterdam dando

aviso del sonido de disparos en la planta baja de un complejo de departamentos a las afueras de la ciudad. Al llegar los oficiales al lugar a pocos minutos de la llamada se hallaron frente a una escena grotesca y digna de una película de Tarantino. Hallaron a la muchacha abrazada al cuerpo de un joven argentino con un disparo en la cabeza. A su lado un surcoreano de cuarenta años se desangraba en el piso mientras que poco más allá el cuerpo de uno de los secuestradores yacía sin vida producto del impacto de dos balas que perforaron su costado izquierdo atravesándole los órganos vitales. A pesar del testimonio de la joven, las autoridades holandesas no han podido determinar con exactitud el desarrollo de los eventos de la masacre ni los autores de la misma. La investigación, no obstante, sigue su curso.

Luego de ser asistida por la ambulancia la joven fue remitida al hospital donde fue examinada por los especialistas, quienes constataron en sus informes señales de haber sido abusada sexualmente en forma reciente. Tras dejar su declaración por escrito a las autoridades policiacas de Ámsterdam, la joven decidió regresar a la casa paterna en su país de origen, abandonando los Países Bajos a las pocas semanas de ser rescatada.

Damián logró salvarse gracias a la pronta asistencia de los paramédicos. Una vez en el hospital, tras intensas horas de operación, lograron sacar la bala que se había alojado en su cabeza, pero la gravedad de las heridas lo habían dejado en un coma profundo del que los doctores no estaban seguros de sí saldría

alguna vez. Tras dar aviso a la familia, su madre había logrado repatriar a su hijo hacia Buenos Aires, donde seguía con vida gracias a la asistencia de las aparatosas y caras maquinas del hospital.

—Aún no comprendo cómo pudo haber terminado así —dijo su abuela, con un hilo de voz que prácticamente parecía un susurro ahogado—. En otro país, de esta forma…¿Cómo pudo pasar semejante desgracia en tan poco tiempo?

Estrujaba el ramo de flores con sus débiles manos sin quitar de encima la mirada de su nieto. La barba comenzaba a crecerle nuevamente al igual que su cabello. Parecía descuidado y por momentos otra persona, pero, de todas formas, seguía estando allí su nieto, dormido entre monitores.

—Según la investigación, pudo haber sido secuestrado. Encontraron signos de haber sido forzada la puerta y de haberse producido una pelea o algo similar en tu casa. Al parecer lo había secuestrado el coreano muerto que encontraron en el apartamento ese junto con uno más chico. Los vieron unos vecinos tuyos cuando subían algo en el baúl de un auto y se iban. Al parecer habían sido Damián y Matías.

—¿Supiste por qué lo secuestraron?

La anciana había dejado de ver a su nieto y clavaba sus ojos en los de su hija. Una mirada penetrante que desde pequeña le incomodaba, como cuando cometía alguna travesura o le mentía sobre alguna nota de la escuela. Como si sospechara continuamente que no le estuviese diciendo todo lo que sabía

—No —contestó tras tragar saliva—. Por suerte descartaron que estuviese metido en todo ese asunto del secuestro de las turistas. Cuando sucedió el secuestro de la yanqui él estaba visitando un pueblito y lo vieron un montón de turistas. Y cuando la secuestraron a la coreana justo él no estaba en el hotel, por lo que sumado a que volvió al país al tiempito descartaron que hubiese estado involucrado, ¿viste?

La anciana se puso de pie y depositó en un jarrón de plástico vacío color purpura sobre la mesita de luz junto a la cama las flores que todavía apretujaban sus dedos. Con delicadeza la despojó de su envoltorio de papel y las introdujo en el recipiente lenta y cuidadosamente. Luego caminó con la misma velocidad que demostraban los movimientos de sus manos hacia el pequeño baño del que disponía la habitación y sin prender la luz dio vuelta la canilla del vanitory y llenó con agua fresca el pequeño jarrón. Sin prisa se encaminó hacia la mesita de noche donde depositó en su lugar el jarrón lleno y volvió a tomar asiento junto a su nieto. Ciertamente las flores le daban un toque de vida a la fría habitación de hospital.

—No tendría que haberme ido ese día. Tendría que haberme quedado. Me sonaba muy raro que todo fuese de repente, tan rápido. No llegué ni a pestañear que ya tenía el remís afuera.

—¿Y qué hubieses hecho, mama? Imposible haber adivinado que iba a pasar algo así.

La anciana volvió a posar sus cansados y penetrantes ojos en los de su hija. Sus pensamientos rondaban

por diversos recovecos de su mente, la acechaban y atacaban por todos los frentes, pero ella, decidida, priorizaba, daba orden al caos de su mente.
—¿Qué sabes de Matías?
La mujer acariciaba la fría mano de su hijo, ensimismada en sus pensamientos. Vacilante, dirigió sus ojos a los dedos que mantenía en sus manos.
—Cuando desaparecieron los tipos estos con Damián y Matías, un vecino que tiene campo allá pasando la ruta 14 le dijo a la policía que había visto un Audi por la zona, pero que después él siguió nomas y no vio por donde se metieron. La policía sigue buscando por esa zona que es todo campo pero todavía no encontraron nada. Es gigante el lugar y no hay certeza de que se pueda encontrar ahí.
—Dios no quiera, pero ya debe de estar muerto, el pobrecito. Si los tipos esos que secuestraron a Damián no se lo llevaron allá a Europa va a ser difícil que el pobre gurí siga vivo.
—La madre estaba devastada —dijo la madre de Damián—. Hablé con ella hace poco y casi se me larga a llorar cuando preguntó por Damián. Pobre mujer.
—Pobre mujer.
Ambas suspiraron y devolvieron su mirada al joven que dormía. Solo el incesante bip de las maquinas que lo mantenían con vida pareció cortar el silencio que se alzaba entre ellas. Fuera las nubes comenzaban a cubrir poco a poco el cielo azul mientras una bandada de pájaros pasaba sobrevolando los edificios cómo figuras oscuras y distantes desplazándose

en un espacio impoluto. La anciana observó por la ventana la danza de aquellas aves, formando líneas y figuras de contornos circulares y rectas hasta desaparecer a lo lejos. Solo el sollozo pausado y repentino de su hija la hizo apartar sus ojos de aquel espectáculo. Con una mano sosteniendo la de su hijo y otra en el rostro, sollozaba en silencio y se sorbía los mocos abruptamente. La anciana se levantó con dificultad de su asiento, asiéndose de los apoyabrazos y caminando lo más rápido que pudo hasta el otro extremo de la cama para envolver con sus delgados brazos de matrona a la madre de su nieto.

—Ssshhh, ssshhh… ya, ya… —la consoló, acariciando su cabello trigueño e intentando no sucumbir a la tentación de arrojarse de lleno a la desesperación cómo su hija, manteniendo el temple que supieron construir los años y la experiencia.

Envuelta en el calor de su cuerpo lloro hasta saciar sus ganas. Tras despojar su rostro del pecho humedecido, se sonó la nariz estruendosamente con un pañuelo de papel que sacó de su bolsillo.

—Pesa, mama. Pesa darme cuenta de lo mala madre que fui con él cuando se me está muriendo acá al lado.

«Y si», pensó la anciana, pero aguantó las ganas de decírselo. De decirle que lo había abandonado cuando más la necesitaba por formar y mantener una familia. Pero se aguantó las ganas. Las ganas de decirle en la cara que prácticamente ella lo había criado y que verdaderamente sentía que el hijo que estaba en

coma en aquella habitación era más de ella que de su hija. Pero se aguantó las ganas.
—Lo hecho, hecho esta —respondió con una lagrima asomando por el rabillo del ojo—. No fuiste lo mejor para él, pero no se puede hacer nada ahora. Ahora mismo hay que aguantar y esperar que se mejore. Que se despierte y vuelva a ser el gurí feliz que conocemos todos.
Su hija volvió a sonarse la nariz y guardó el maltrecho pañuelo nuevamente en su bolsillo. Luego juntó las diminutas y frágiles manos de la su madre en las suyas y volvió a mirarla a los ojos. Permaneció en silencio un momento, observándola, como si escrutara en las esquinas de su mente.
—Perdoname.
Las agujas de su reloj de muñeca marcaban las cinco de la tarde, una hora en la que solía regresar comúnmente a casa. Acurrucada en uno de los confortables sillones de la biblioteca de la universidad, observó como actuaban los demás jóvenes universitarios a su alrededor. Algunos se encontraban inmersos en sus lecturas, mientras otros tomaban notas o resolvían ejercicios sobre finas y amplias mesas de madera. Acaricio con los dedos la suave tela del posa brazos de su sillón mientras seguía con la mirada el caminar algo encorvado de un muchacho cargado de libros que pasaba junto a ella y se perdía mas allá donde comenzaba la estrecha hilera de bibliotecas repletas a reventar.
Volvió a su lectura. Con los pies descalzos sobre su asiento y las rodillas levantadas, apoyaba sobre sí un

ejemplar del *Sublime Objeto de la Ideología* de Slavoj Zizek. Termino el párrafo y marcó la página con un separador, cerrándolo estruendosamente. Suspiró. Prácticamente tendría que empezar el libro por el principio del capítulo. Por alguna razón que ignoraba, se le hacía completamente difícil mantenerse enfocada en la lectura y prestar la atención debida a las clases del día. Pero eso no era verdad. Aunque trataba de ponerse excusas a sí misma y pretender que no entendía el por qué se encontraba tan distraída aquel día, lo cierto es que si lo sabía.

Ansiedad. Estaba ansiosa de llegar a casa. Desde que había vuelto a su país y retomado su rutina diaria, su habitación se había convertido en un lugar sagrado para ella. Una especie de túnel que la conectaba con lo que más anhelaba durante el día. Algunas veces llegaba a compararse con una drogadicta, esperando con ansias el momento de su próxima dosis que la lleve a olvidar las penurias y tragedias de este mundo. No fue fácil, en un principio, retomar su vida, confiar en las personas que la rodeaban y mezclarse entre el tumulto como una persona más. Sonreír se había convertido en una habilidad que requería una cantidad considerable de concentración. Pero lo hacía. Se había creado una máscara a la cual presentar al mundo y el mundo se sentía agraciado frente a la presencia de aquella mascara. *Todo estaba bien*. A través de aquella mascara logró que las personas dejaran de sentir compasión y pena por todo aquello que había vivido y que se habían enterado por los medios de

comunicación locales, quienes explotaron la noticia de la forma más amarillenta posible. Con ella, logró que se acortaran las sesiones semanales con su psicóloga de dos veces a la semana a una sola vez cada quincena. Mentía a conciencia en cada sesión, maquillando su día a día de forma que hacia parecer su vida envidiable. Se había vuelto un cascaron vacuo. *Todo estaba superado.*

Pero no era así. Podía mentirle a los demás pero no a sí misma. Podía mirar a los ojos a su padre y sentir el calor de su abrazo asegurándole que todo estaría bien aunque supiese que no lo estaría. Algo dentro suyo se había roto para siempre. Su confianza hacia las personas había disminuido drásticamente y comenzaba a rehuir de los compromisos sociales. Llegó a negarse reiteradamente y de buen grado incluso a estudiar con sus compañeros. Se había vuelto una paria. Un ser que se aislaba voluntariamente de la sociedad, si es que tal estado era posible en una ciudad tan grande como Seúl.

Comenzó a guardar sin apuro sus pertenencias en su bolso Adidas y se levantó desperezándose. Otro muchacho pasó caminando a su lado y le dedico un saludo, siendo correspondido por un movimiento de cabeza. Tomó su bolso y comenzó a caminar hacia la salida. Entre las hileras un grupo de alumnas en edad escolar parecían estar escondiendo papelitos dentro de alguno libros, una costumbre tan habitual que hasta ella misma en la preparatorio había realizado. Se sonreían y largaban risitas ahogadas, callándose entre ellas y tapándose las bocas. Recordó los nervios

que le habían agarrado en aquella época al dejar su promesa de volver a aquella enorme universidad para cursar economía y, finalmente, cambiar a filosofía de forma tan repentina que había sorprendido hasta a su padre. Solo cuando las muchachas repararon en ella retomó su camino hacia la salida.

La salida de la biblioteca se encontraba concurrida como siempre. Podría decirse que cada día se repetía, con ciertos matices distintos, la misma pintura. Dentro, algunos alumnos revisaban carteleras o charlaban entre ellos. Fuera había alumnos sentados en las escaleras o de pie fumando y charlando con sus típicas camperas universitarias, entre carpetas, cuadernos y libros. Un suave y agradable viento soplaba acariciando sus cabellos. El verano se acercaba. Le parecía increíble que ya hubiese pasado un año y medio desde que fuese rescatada. Aún así, recordaba cada minuto de su cautiverio como si hubiese pasado ayer. De no ser por los almanaques, seguiría convencida de que todo aquel horror había sucedido tan solo hace unas cuantas horas atrás.

Tomó aire hasta llenar sus pulmones. Aire veraniego. Una época del año que la ponía feliz. Intentó sonreír, pero fue en vano. Suspiró y siguió caminando escaleras abajo hasta perderse entre la multitud de estudiantes. Entró en una tienda cercana, Chocolate coffe, nombre curioso para una cafetería. Pidió un expresso, le agregó azúcar y salió del local mezclándolo con una cucharita de plástico que tiró en un cesto de basura casi vacío.

Caminó hacia la parada de colectivos atiborrada de alumnos y esperó unos minutos hasta que apareció un colectivo junto a los últimos haces de luz de la tarde. Pagó su boleto y se sentó junto a la ventanilla a observar a los peatones desaparecer tras ella mientras se terminaba los últimos sorbos de café. El autobús se llenó rápidamente. Una mezcla de aromas se debatió entre sus fosas nasales, obligándola a producir una mueca en su rostro. Dos chicas con bolsos Gucci se pusieron de pie junto a ella, charlando y soltando risitas ahogadas. Un joven pasó detrás de ellas y le clavó la mirada por un momento, cómo si le estuviese realizando una radiografía de su cuerpo. Lo ignoró cómo ignoro a las dos chicas a su lado. Se le estaba dando bien eso de ignorar, de aislarse.

Se bajó del colectivo y caminó calle arriba en dirección a su casa. Al desaparecer el colectivo un automóvil se detuvo en la parada. Del lado del conductor, un hombre de traje y corbata negra la observaba como, supuso, la observó todo aquel día. No le costó demasiado tiempo comprender que se trataba de uno de los empleados de su padre, encargado de la seguridad de su preciosa hija, aún cuando ésta no se hallara en territorio extranjero. Era obvio que el viejo no correría el riesgo de perderla dos veces, pero mantenerla en vigilancia las veinticuatro horas ya rayaba un poco la paranoia. Pensó en esto como un elemento más que la impulsaban al nihilismo y la aislación total. Le resultaba sencillo culpar a su padre sabiendo que en verdad tal vez se estaba autocompadeciendo de sí misma evitando enfrentar la realidad y se-

guir delante de otra forma, tal y como se lo había dicho su psicóloga sesiones atrás.
Aguzó la vista, intentando distinguir de quien se trataba esta vez, pero fue en vano ya que el coche se perdió lentamente tras la esquina. Daba igual. Sus escoltas solían rotar entre sí, por lo que resultaba complicado establecer quien la cuidaría cada día.
Siguió su marcha hasta divisar el amplio portal de un enorme terreno al que llamaba hogar. Dos hombres vestidos de traje y corbata como su guardaespaldas la saludaron inclinando la cabeza respetuosamente. Ella no hizo demasiado caso y entró sintiéndose la dueña de aquella reconfortable mansión. Sonrió. Últimamente sonreía al llegar a su hogar.
Caminó por un sendero de piedras pulidas y de diversas formas. Un amplio jardín chino se abría ante ella. De una pequeña montaña caía a un enorme estanque un chorro de agua que golpeaba las piedras produciendo una agradable catarata al final de su recorrido. Flores y plantas de diversos tamaños y tonalidades rodeaban el estanque y todo a su alrededor. Algunos peces exóticos nadaban en las profundidades del estanque mientras una rana hinchaba su pecho de pie sobre una roca. Un pequeño puente sobre el estanque permitía pasar de un lado a otro para observar una enorme roca de jade dispuesta sobre el muro oriental que separaba la propiedad de las demás casas vecinas. Algunos cerezos y crisantemo regaban por el suelo y los aires sus pequeñas hojas, dando al paisaje un aspecto de ensueño.

Tras un breve momento observando las luciérnagas sobrevolar el estanque, retomó su marcha hacia las luces de la mansión. Extrajo de su bolso una llave y se dispuso a abrir y correr la puerta pero la mucama se le había adelantado, dándole la bienvenida a su hogar. Se quitó las zapatillas en la entrada y las dejó sobre una zapatera a un costado de la entrada. Se calzó unas sandalias y se dirigió hacia la cocina arrojando su bolso a una silla vacía. La cocinera, vestida con un largo delantal negro, salteaba en aceite de oliva pedacitos de zanahoria, pepino, zucchini, hongos, espinacas y brotes de soja que había cortado en juliana sobre una tabla de madera a su lado. Las verduras salían volando de la sartén hasta caer nuevamente en la sartén a fuego medio. Realizaba estos movimientos con tal habilidad que desde niña le daba asombro y cierta envidia. Jamás había aprendido a hacer siquiera un huevo duro, aunque vale decir que no había puesto demasiado empeño en aprender. Se limitaba a observar y degustar lo que le preparaban. No se quejaba en absoluto de su suerte.

—Hoy cenaremos *bibimbap*, señorita. ¡Su favorito! —comunicó como si se tratara de una cocinera de la televisión la mujer sin dejar de mover la sartén— ¿Quiere su huevo frito o crudo?

Hye- Su tomó una manzana del enorme bol de mármol dispuesto sobre la barra desayunadora. Luego dio media vuelta y caminó en dirección a las escaleras cerca de la entrada.

—No tengo hambre, Yang- Mi. Lo siento. Pero lo probaré por la mañana.

La mujer sacó la sartén del fuego, tomó un repasador y se giró hacia la joven limpiándose las manos. Ésta detuvo su marcha para observar atenta a la comadrona. Mujer de pocas palabras, no solía dirigirle miradas tan severas y cargadas de preocupación cómo la que le dirigía en ese momento.

—Señorita, ésta es la quinta noche que no cena. Tampoco desayuna gran cosa por la mañana. Lo sé. Yo misma reviso a diario la heladera y noto lo que usted y el señor comen o no. Discúlpeme el atrevimiento, señorita, pero insisto en que se alimente como una señorita de su edad debe.

Hye-Su le sonrió. Una sonrisa forzada, pero al menos una que la salvara del apuro.

—Estoy bien, Yang- Mi. No pasa nada. Es que hoy no tengo demasiado hambre, eso es todo.

—¿Está haciendo dieta? —preguntó de brazos cruzados.

—No.

—¿Es un chico? ¿La quiere más delgada?

—¡Que no! —rió Hye-Su.

La comadrona se encogió de hombros. Se volvió hacia la sartén con el repasador sucio en el hombro y siguió salteando las verduras.

—No preguntó más —dijo de espaldas a la muchacha—. Pero si mañana no se termina un plato, se lo haré comer por las malas, señorita.

Hye-Su sonrió y retomó su camino. Al llegar a las escaleras, Hiroshi la esperaba de pie junto recostado contra la pared. Iba de zapatos, pantalón de vestir y

una camisa blanca impecable arremangada hasta los codos. La observó hasta llegar a los primeros peldaños de la escalera. No le habló. No hacía falta. A pesar de ser un tipo que no solía callarse nada, mantenía otro tipo de relación con la hija de su patrón. Una relación de respeto y atención. Sin embargo, para Hye-Su, Hiroshi parecía el único que sabía cómo se sentía. Sin embargo, a pesar de sentirse eternamente agradecida por salvarla, sentía a su vez cierto rencor por cómo habían sucedido las cosas. Por cómo se había desenvuelto en aquella situación. Por cómo había involucrado tanto a una persona que no tenía nada que ver. Que supo querer aunque sea un poco y que ahora ya no estaba en este mundo.

Casi no volvieron a dirigirse la palabra más que para lo que el protocolo tácito disponía como necesario. Hiroshi había quedado a cargo de la seguridad de toda la familia, por lo que resultaba comprensible que no le quitara un ojo de encima, aún cuando no fuera de forma personal. Podía tranquilamente girar la cabeza en una esquina y ver a uno de sus esbirros sentado en algún automóvil de gama alta, siguiéndola casi sin tomar recaudos de no ser visto.

La relación con su padre, por otro lado, era una situación completamente diferente. Desde su regreso, había aunado esfuerzos en recuperar la relación perdida con su hija. Tal es el grado de preocupación por el que había pasado ante el destino infortuno de la única familia que le quedaba, que al principio intentó con esfuerzos desesperantes acercarse a su hija y es-

trechar lazos paternales todavía más fuertes. Ella lo dejaba acercarse, pero hasta cierto punto. Se sentía dañada y necesitaba tiempo para recomponerse, aún cuando pensara que nunca lo lograría del todo. Él lo comprendía. Seguía su día a día aún cuando el trabajo lo desbordara, pero le daba el espacio que necesitaba con la esperanza de que volviera a ser la misma de siempre. Ella, aún apreciando el esfuerzo, lo rehuía encerrándose en el único lugar que se sentía segura. En sí misma. *Todo estaba bien*.

Subió las escaleras de a dos escalones a la vez y se deslizó por el largo pasillo en dirección a su habitación. En el medio del pasillo, el enorme portal que daba a la oficina de su padre se encontraba abierto de par en par. Su padre se encontraba sentado de espaldas al escritorio en medio de la habitación. Hablaba por teléfono mientras observaba los estantes repletos de libros de la enorme biblioteca que lo rodeaba todo. Ella se apoyó en la puerta a observarlo. Hablaba sobre un cargamento que debía llegar al puerto de Dalian. Recordó cuando era niña y visito el puerto con su padre. Se encontraban rodeados de sus hombres "negociando" en pleno muelle con hombres chinos que nunca supo exactamente a que se dedicaban, pero por sus miradas temblorosas y su forma frenética de asentir no le quedó duda alguna de que aquel encuentro más que una negociación terminó en extorsión y amenaza. Desde pequeña intuía, sin prestar demasiada atención a sus asuntos, su forma de cerrar los tratos. Si no podía comprarte con dinero, lo hacía con amena-

zas. Prácticamente su padre era un mafioso. Pero justamente aquel mafioso fue el que no escatimó esfuerzos en rescatarla. Podía repudiar a su padre, pero no podía sacarle méritos al comprender lo importante que era para él. Era su hija, después de todo.
Emprendió su marcha hacia su habitación sin hacer ruido. La voz de su padre la siguió todo el trayecto hasta que entró en la habitación y cerró la puerta detrás. Acostada en su cama, comió la manzana y depositó el resto en la mesita de noche a su lado. Siguió leyendo *El sublime objeto de la ideología*, trazando con un lápiz las partes que le parecieron importantes, hasta que el sueño la abrazó de improviso. Bostezo. Dejó el libro y caminó hacia el baño a cepillarse los dientes. Inmediatamente luego de acostarse se quedó dormida.

Se despertó cuando los tenues rayos del sol atravesaban las cortinas blancas como la nieve y le daba de lleno en la cara. Se levantó y fue hacia la puerta. Con la mano en el picaporte se dio cuenta de que se había dormido vestida solo con una remera gris de los Rolling Stones y unas simples bragas. Por alguna extraña razón, no le importó. Se sentía sola en la casa, siendo que comúnmente podía encontrar empleados por doquier, yendo de aquí para allá limpiando, cocinando, cortando el césped o atendiendo a las necesidades de su padre. Pero hoy no. Estaba segura de que no.
El pasillo se encontraba vacío. Se dirigió hacia el despacho de su padre pero las enormes puertas de robusta madera se encontraban cerradas de par en par.

La habitación de su padre, por el contrario, estaba abierta pero vacía. No encontró señales de que haya pasado la noche allí. Por la ventana del pasillo pudo distinguir como los rayos de sol se escondían rápidamente detrás de oscuras nubes que se movían a toda velocidad y presagiaban una tormenta feroz a punto de desatarse. Solo cuando tocó el primer escalón arreció con fuerza la lluvia sobre el techo de la mansión. Debajo todo estaba a oscuras. Aguzó el oído pero no pudo percibir la presencia de nadie. Siguió descendiendo hasta que llegó a la planta baja. Sus pies descalzos no sentían frio alguno sobre el piso flotante bien pulido.

Se dirigió hacia la cocina sin encender ninguna luz y abrió la heladera. Por las ventanas las gotas de lluvia golpeaban furiosas y formaban figuras ovaladas y perpendiculares sobre el vidrio límpido. Las observó mientras sacaba dos vasos de la alacena y los llenaba con leche que guardó luego. La puerta de la heladera hizo un ruido seco al cerrar. Tomó los dos vasos y se dirigió hacia el living. Sentado en el sofá, Damián le sonrió.

CONTENIDO

1. 5
2. 19
3. 37
4. 63
5. 95
6. 119
7. 133
8. 149
9. 167
10. 203
11. 221
12. 245
13. 269

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 24 días del mes de noviembre de 2021, el mismo día del año 1907 en que nace el Líder wayuu, luchador social y étnico conocido como *Wushojolo* y El Pacificador, llamado Nemesio Montiel Polanco Epieyú.